LOLES LÓPEZ

ME LO ENSEÑÓ UNA BRUJA



esencia

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

1

El espectacular navío *Costa Favolosa* se deslizaba con ligereza sobre las aguas del mar del Norte, casi no se percibía el vaivén de las olas al romper contra su gran casco. El barco acababa de zarpar desde el puerto de Copenhague con destino a los fiordos noruegos y, aunque debería estar feliz de poder encontrarse en aquel crucero, por gentileza de su buen amigo Andreas, algo le decía a Sofía que aquello no había sido buena idea. No era que no le gustase el mar o viajar, su desazón venía causada por el hecho de que había sido víctima, una vez más, de las alocadas ideas de su amigo, que la había empujado a realizar su primer viaje Single...

Sofía no era una mujer a la que le agradase pregonar su soltería, que ya duraba un año, ni tampoco le emocionaba asistir a fiestas temáticas para solteros; ella prefería pensar que el amor llegaría cuando estuviese preparada y que no hacía falta andar buscándolo. Pero no contaba con la persuasión de Andreas, que era incapaz de estar soltero más de un mes y que necesitaba fervientemente conocer hombres para poder hallar, al fin, a su pareja ideal. Todo ello iba acompañado por el hecho de que Sofía llevaba unos días recibiendo ramos de flores sin tarjeta, algo que la hacía pensar que alguien de su entorno quería seducirla con galantería, como a ella —en teoría— debería gustarle, pero aún no tenía ni siquiera una pequeña pista de quién estaba detrás de aquellos detalles anónimos.

—Sofía, esto es increíble, las maletas ya están en el camarote... Esto sí que es un servicio completo —comenzó a decir Andreas, mientras se acercaba a ella.

—Con lo que has pagado, hasta debería estar colocada la ropa en el armario... —farfulló Sofía, volviéndose para observar a su amigo, que la miraba con una ceja enarcada.

—A ver, señorita Gruñona, ¿qué fallo tiene este barco? —preguntó él con los brazos en jarras y mirándola con cara de desaprobación, consciente del carácter crítico de su amiga.

—De momento ninguno... Pero acabamos de zarpar, es demasiado pronto para hacer una valoración en profundidad... —musitó ella, intentando no echarse a reír por la postura que adoptaba Andreas al mirarla.

—Dijimos que en este viaje íbamos a disfrutar al máximo y a conocer gente, por lo que estar aquí observando el mar y la lejanía no cumple con lo estipulado... Anda, muévete y vamos a tomarnos unas copas de champán bien fresquito, rodeados de personas solteras —dijo él, mientras la arrastraba hacia uno de los salones de cubierta, donde había preparada una fantástica recepción para los viajeros; para que comenzasen a dejarse ver y así poder disfrutar desde ese momento de aquel viaje temático.

Al entrar en aquel salón, Sofía se fijó en que ya se habían formado varios grupos de hombres y mujeres, que hablaban animadamente, levantando tanto la voz que era posible oír sus conversaciones sin esfuerzo. Eso hizo que arrugase la nariz; no le gustaba aquella muestra excesiva de confianza cuando acababan de conocerse hacía apenas unos minutos. Observó la decoración exquisita de aquella sala, que se encontraba en uno de los laterales del barco, desprovista de paredes y sólo cubierta con un toldo confeccionado con varias telas de diferentes tonalidades de azul que dejaban que el sol entrase tímidamente entre ellas. En la parte derecha había una gran barra de bar, donde varios camareros vestidos con un uniforme blanco y azul marino servían con eficacia alcohol a los alegres *singles*. Se fijó en que, a medida que los minutos avanzaban y el consumo de las copas aumentaba, el ambiente se volvía cada vez más desinhibido y que algunas de las personas que se encontraban allí se fijaban en una u otra presa...

A Sofía aquello le recordaba a una selva por la que andaban los animales en libertad, donde los machos alfa estaban dispuestos a encontrar a un hembra con la que copular y saciar su instinto más carnal, mientras las hembras, desesperadas por dar con un macho con el que perpetuar la especie, buscaban uno al cual cazar para el resto de sus vidas; se parecía más a eso que a un grupo de personas dispuestas a divertirse, como le había jurado su amigo una y otra vez cuando le contó a qué tipo de viaje irían. Sofía sabía lo que era sentirse así: querer tener a alguien al lado a toda costa. Pero ya se le había pasado esa época de obsesión por encontrar pareja, que comenzó siendo bastante joven, influenciada por su entorno. Los hombres que había conocido, y con los que había mantenido una relación, no habían sido como los imaginaba y los pocos que se le acercaban no cumplían sus requisitos mínimos. Porque a medida que cumplía años se iba haciendo más exquisita y exigente y necesitaba más, mucho más, de los hombres que conocía.

—Ay, Sofi... Al lado de la barra, el hombre que lleva la camisa morada medio desabrochada. Mirada oscura, cuerpo de infarto, preciosa sonrisa... ¡¡Me he enamorado!! —exclamó Andreas de manera teatral, mientras lo miraba embobado.

—No está mal... Pero ¿tú crees que entiende? —preguntó Sofía, observando a aquel hombre, que sonreía sin parar mientras hablaba con sus amigos.

—¡Pues claro! Tengo un radar que me dice quién es gay y quién no —respondió Andreas guiñándole un ojo y aguantándose la risa—. Lo que ocurre es que te ha gustado para ti y me lo quieres quitar, mala pécora... —añadió, mirándola detenidamente.

Su amiga iba como siempre impecable, con un precioso vestido blanco de media manga recto y unos zapatos de tacón. El cabello lo llevaba suelto, con sus ondas castañas balanceándose al compás de la brisa marítima. Era alta, más que la media, y aun así no se privaba de utilizar altísimos tacones para estilizar sus ya de por sí largas piernas.

—Para nada... No es mi tipo —contestó Sofía, observando al hombre en cuestión y dejando a Andreas con la boca abierta.

—Pero si está buenísimo —señaló él molesto, admirando la belleza de aquel hombre que hechizaba a toda la sala.

—Bueno, a mí no me gusta, Andreas. —Sofía sonrió—. Pero eso no quita que esté bien y vea lógico que tú te sientas atraído por él —comentó, mientras se llevaba la copa de champán a la boca con elegancia y finura.

—Ven conmigo, vamos a presentarnos —dijo él, cogiéndola de la mano y llevándosela hacia donde estaban el desconocido y sus amigos.

Sofía tuvo que coger con fuerza la copa para que no se derramara nada por el camino ante la impulsividad de Andreas.

El grupo de hombres a los que se acercaban con determinación los observaban con mayor curiosidad a medida que se iban aproximando a ellos. Sofía los miró con atención; rondarían los treinta y pocos años, se parecían bastante en la manera de vestir, con camisas y pantalones vaqueros estrechos, peinados con tupé y con una sonrisa blanquísima. Parecía que Andreas y ellos frecuentaran las mismas tiendas de moda. Su amigo llevaba aquel día una camisa de color mostaza que hacía resaltar el moreno natural de su piel.

Sofía estaba acostumbrada a ser su carabina. Andreas siempre la llevaba con él por si se equivocaba y el hombre que le había gustado no era gay; así podía decir que era ella la que estaba interesada y salir airoso de una situación un poco vergonzosa...

En todos los años que llevaban siendo amigos, Andreas sólo se equivocó una vez, y de esa manera tan poco convencional Sofía conoció a su última pareja, Borja, alias Don Machoman...

Andreas se puso delante de aquel hombre que lo había hechizado nada más atravesar el salón y se presentó con una sonrisa, mientras Sofía observaba la conversación y los gestos del desconocido, que se presentó como Marcos. Al poco fue arrastrada al resto de las presentaciones y a las típicas conversaciones sobre

procedencia, edad y oficio... A los pocos minutos, al ver que su amigo estaba absorto en una conversación bastante intima con el hombre de la sonrisa blanquísima, se excusó con educación con los amigos de éste y se dirigió a su camarote en busca de algo de soledad para poder decidir qué iba a hacer en aquel barco repleto de solteros con expectativas tan precisas y claras.

Su camarote se encontraba en la parte inferior del navío y tuvo que bajar diez pisos en el espectacular y luminoso ascensor, para llegar al puente donde estaba su dormitorio. Un letrero colgado del pasillo anunciaba que aquella planta recibía el nombre de «ALHAMBRA»; eso la hizo sonreír. Al entrar en su camarote, se dio cuenta de que era interior y que no tenía ni una triste ventana. Para ella el espacio era pequeño, acostumbrada como estaba a habitaciones de hoteles de cinco estrellas, pero no estaba mal, y no podía quejarse mucho, pues había sido un regalo de su amigo y ella sabía que Andreas no podía permitirse escoger un camarote de mayor categoría.

En medio del habitáculo había una gran cama de matrimonio, con una colcha de color blanco y rojo, y varios cojines, también rojos, dispuestos con elegancia. Tenía al lado una mesilla encastrada en la pared y justo enfrente un pequeño escritorio de madera con una silla del mismo tono rojo que la colcha. De la pared colgaban varios cuadros que retrataban el mar con pinceladas precisas y en diferentes tonalidades de azules, y en una de las paredes había un televisor de plasma que se podía ver desde la cama con total comodidad. En el lateral derecho una puerta daba a un pequeño cuarto de baño completo y justo al lado de ésta se encontraba el armario.

Sofía cogió la maleta de los pies de la cama, la puso encima y comenzó a organizar su ropa lo mejor que pudo. Cuando acabó, vio que en el escritorio había unos folletos donde se explicaba todo lo que se podía hacer a bordo, además de un pequeño plano del barco con los nombres de las diferentes cubiertas; todos ellos eran de lugares de interés arquitectónico y cultural, como por ejemplo:

Versalles, El Escorial, Tivoli, museo del Hermitage... y así hasta completar los catorce niveles con los que contaba aquel espectacular barco. Observó que había varios gimnasios, además de piscinas y spas, y decidió visitar alguno. Todavía quedaban unas horas para que sirvieran la comida y así podría aprovechar el tiempo haciendo deporte.

Se puso un conjunto Adidas de color negro y rosa, se cepilló el pelo y se lo ató en una perfecta coleta, se calzó sus zapatillas a juego con la ropa y salió del camarote dispuesta a borrar aquella sensación de que no pintaba nada allí. Recorrió el pasillo de moqueta azul y se dirigió hacia el ascensor. Subió hasta la planta donde se encontraba la zona de los gimnasios, que recibía el nombre de «LUXEMBOURG», y se encaminó hacia la puerta donde, en un cartel escrito en varios idiomas, se leía la palabra «GIMNASIO». Entró y se dio cuenta de que era la única que había despreciado una copa en compañía de otros solteros para irse a sudar. Estaba acostumbrada a ser el bicho raro del lugar, la mujer a la que le costaba abrirse a los demás, la que prefería la soledad que intentar mantener una conversación vacía con un desconocido; así era Sofía para el resto del mundo, alguien que no se mezclaba con la gente, a quien le costaba relajarse en presencia de extraños...

Dejó la toalla que se había llevado en la máquina de al lado y se puso en la cinta de andar a máxima velocidad, para empezar a despejar su mente e intentar centrarse en lo que verdaderamente importaba de aquel viaje: su amigo. Mientras observaba las grandes cristaleras que tenía delante y que ofrecían una preciosa panorámica del mar meciéndose por el movimiento de la embarcación, se obligó a cambiar su actitud arisca y a divertirse con aquella locura de viaje, pues Andreas se merecía verla bien y no enfurruñada con la vida y, sobre todo, con los hombres.

En aquel momento, su amigo la necesitaba para superar la ruptura con su último novio, un músico bohemio al que conoció en un pub bastante hippie que Andreas frecuentaba con asiduidad. Según éste, fue amor a primera vista, comenzaron a hablar y al poco

ya estaban retozando en el apartamento del músico. Estuvo tres meses en una algodonosa nube de felicidad y amor, bebiendo los vientos por aquel hombre esperpéntico que a Sofía no le hacía nada de gracia, pues parecía que estaba más pendiente de la música que de su amigo. Y el tiempo le dio a ella la razón, pues el músico se fue en busca de más fama y dejó a Andreas con el corazón roto y llorando por las esquinas. Pero a los dos días de aquella separación, apareció con dos pasajes para el crucero y con las altas expectativas de poder olvidar el dolor que le había causado aquel hombre, en aquel viaje repleto de personas como ellos, solteros y buscando algo parecido al amor...

Sofía estuvo corriendo sobre aquella cinta una hora y cuando acabó, exhausta y sudorosa, cogió la toalla para secarse y abandonó el solitario gimnasio. Tenía que ducharse y cambiarse para la comida. La parte buena de aquel viaje era que podía utilizar todos los modelitos de última moda que se había comprado aquel año y que no le había dado tiempo a ponerse. Después de una refrescante ducha, escogió un precioso vestido del diseñador Giorgio Armani en color rosa palo, de corte recto y largo hasta la rodilla, que acompañó con unos preciosos Manolos fucsia de plataforma; se maquilló con suavidad, destacando sus labios con un color similar al de sus fantásticos zapatos, se dejó el pelo suelto y un poco húmedo para que no se le encrespara y salió en busca de su amigo, que no había dado señales de vida hasta entonces.

Mientras caminaba por cubierta lo llamó por teléfono. La sala donde se había celebrado el cóctel de bienvenida estaba vacía y sólo pudo ver a unos empleados del barco que limpiaban aquel espacio común. A la tercera llamada contestó un alegre Andreas, que le dijo que se hallaba en el restaurante del puente Villa Borghese. Sofía, con un resoplido para calmar sus nervios y reprimir su poco aguante ante aquellas situaciones en las que no sabía qué hacer ni adónde ir, se encaminó hacia donde estaba el loco de su amigo.

—¡Pareces una diosa! —exclamó él con entusiasmo al verla, mientras se acercaba a besarla en las mejillas.

—Y tú llevas la misma ropa... —observó Sofía, haciendo un mohín.

—Me he venido directamente de la fiesta. ¿Dónde estabas? Te he buscado... —explicó con los ojos brillantes, delatando que había bebido más de la cuenta.

—Dudo siquiera que te hayas dado cuenta de mi ausencia. Te he visto embelesado con el de la sonrisa Profident.

—Uf, Marcos... —murmuró Andreas, cogiéndola del brazo para acercarse más a ella y llevarla al interior del restaurante—. Sofi, es impresionante.

—Me puedo hacer una idea... —susurró, aguantándose la risa al ver lo rápido que su amigo se desenamoraba y se volvía a enamorar.

—Y en la cama es... —insinuó, mordiéndose el labio.

—¡¿Ya?! De verdad, tienes un problema con el sexo —sentenció Sofía.

—¿Problema? —replicó Andreas—. Sólo disfruto, Sofi; algo que deberías hacer tú también... Dime, ¿cuánto tiempo llevas sin acostarte con alguien? ¿Un año? Eso lo veo un desperdicio de tiempo.

—Yo no puedo acostarme con el primero que me haga ojitos, Andreas... —contestó ella con solemnidad, mientras levantaba la barbilla haciendo que se le meciese el cabello.

—Sofía, eres demasiado exigente; debes relajarte y dejarte llevar —comentó él preocupado, mirándola fijamente.

—No creo que sea demasiado exigente, sólo pido que cumplan unos requisitos mínimos para poder pensar en tener algo con esa persona.

—A ver, enumérame esos requisitos... —pidió Andreas, negando con la cabeza y pensando que su amiga no iba a cambiar nunca, ya que aquel tema lo habían tratado con anterioridad y nunca llegaban a un acuerdo.

—Entiéndeme, no le pido que haya visitado la luna ni nada de eso, pero sí debe ser atractivo, culto, vestir con buena ropa y tener buenos modales para poder llevarlo a los eventos que frecuento

habitualmente. Debe congeniar conmigo, ser lo más similar a mí en gustos, aficiones y clase social... Creo que no pido mucho —concluyó con serenidad.

—¡Madre mía! Sólo te falta pedirle la cuenta del banco y una analítica de sangre —comentó su amigo con estupor —. ¿Dónde dejas el amor, el romanticismo, el flechazo y las mariposas en el estómago?

—A mis veintinueve años ya no busco nada de eso; ahora necesito a un compañero de viaje, no a alguien que me trastoque la vida —respondió ella con aplomo.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —exclamó Andreas de manera teatral, llevándose la mano a la boca, horrorizado por lo que acababa de oír—. Tú fuiste la culpable de que yo creyese en el amor perfecto, aquel del que se hablaba en las novelas que tú leías en la universidad. ¡Fuiste la culpable de que me hiciese escritor de novelas románticas! ¿Y ahora me dices que no crees en el amor? Lo siento, pero no me lo creo. Lo que ocurre es que Don Machoman te dejó demasiado tocada y desde entonces no has vuelto a querer nada con nadie. Debes cambiar el chip ya y arriesgarte de nuevo.

—Estoy cansada de que siempre acabe igual —refunfuñó ella, observando el interior del restaurante, la elegancia en la combinación de colores, el cuidado de los materiales y la armonía de los mismos.

—¿No te das cuenta?

—¿De qué? A ver, ¡ilumíname! —soltó Sofía, mirándolo a los ojos.

—De que siempre acaba igual porque siempre te fijas en el mismo tipo de hombre: vanidoso, egocéntrico y egoísta.

—Vamos, que soy una especie de imán para lo mejorcito del país... —bufó ella.

—Más o menos. Para poder cambiar el final, debes comenzar a hacer las cosas de diferente manera...

—¿Y eso cómo se hace?

—¡Ay, amiga mía! Hoy es tu día de suerte, porque la inspiración está de mi lado. Primero de todo, vamos a sentarnos a la mesa de Marcos. Tranquila, he investigado y tiene amigos heterosexuales a los que seguro que fascinarás; después haremos una lista de los hombres potenciales de este barco con los que te gustaría tener algo y los desecharemos por completo. Luego nos fijaremos en los hombres a los que nunca se te ocurriría mirar.

—¡Estás como una cabra! —exclamó Sofía espantada.

—A grandes males, grandes remedios... —sentenció él con una sonrisa.

—Te lo digo desde ya: no pienso acercarme a nadie que no me guste, por tanto, dile a tu Muso que se quede quieto y que espere a que estés delante del ordenador para poder darte órdenes.

—¡Ay, Sofi! Relájate y disfruta de todas las maravillas que nos está ofreciendo este viaje. Mira, mira... —dijo, señalando con disimulo un grupo de hombres de unos cuarenta años, muy atractivos, que se quedaron observándola cuando pasó por su lado.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un liante? —preguntó Sofía con una sonrisa, un poco más relajada.

—Sí, algunas veces... Pero sabes que sin mí, tu vida sería un auténtico muermo —comentó Andreas riéndose a carcajadas. Al darse cuenta de que Marcos lo saludaba desde el otro extremo del restaurante, él le respondió con el mismo gesto.

Sofía se dejó arrastrar por todo el restaurante de su brazo, mientras se daba cuenta de que su amigo tenía razón: sin él, su vida sería un auténtico aburrimiento. Repleta de obligaciones, de momentos solitarios y de falsedades. Andreas hacía que sacase un lado distinto al que mostraba habitualmente, con él se relajaba y era una mujer normal y corriente.

Pero lo que no sabía Sofía era que aquel viaje alocado que había accedido a emprender le cambiaría por completo la vida, haciendo que se preguntase qué estaría dispuesta a hacer en realidad para conseguir la felicidad, aquella que pensaba que no merecía alcanzar.

2

Estaban alrededor de una mesa redonda; Sofía se sentaba a un lado de Andreas, que se había acomodado junto a Marcos, aquel hombre de sonrisa extremadamente blanca, que no cesaba de hablar. El restaurante era espacioso, con multitud de mesas dispuestas de forma estratégica para poder optimizar el espacio con la mayor eficacia. El suelo era de mármol de color marrón y brillaba como si fuese nuevo, de los techos colgaban grandiosas lámparas de araña con miles de bombillas. La mesa estaba vestida con manteles de alta calidad en color blanco y detalles en dorado, y las sillas adornadas con los mismos tejidos y colores.

Sofía intentaba seguir la conversación que había iniciado su amigo. Hablaban de España. Marcos y sus amigos eran de Barcelona y comentaban los fantásticos lugares que había en su tierra, mientras Andreas correspondía hablando de la ciudad donde vivía, Segovia, y de aquélla en la que residía su corazón, Fauglia, donde había nacido su padre, ubicada en la provincia de Pisa, en la región de la Toscana.

—Sé que cuando me haga viejo acabaré viviendo en Fauglia. Es un precioso pueblecito rodeado de grandes árboles y girasoles, en el que se oye el trinar de los pájaros y se respira la amabilidad de su gente —explicó con los ojos brillantes al hablar de esa localidad a la que tanto cariño tenía.

—Por cómo me lo describes, debe de ser un lugar idóneo para poder tener la tranquilidad necesaria para escribir —dijo Marcos.

—Sí, es posible que allí encuentre la paz para poder darles forma a mis historias, pero también soy muy cosmopolita y necesito rodearme de personas y bullicio para que se me ocurran ideas —contestó Andreas con una sonrisa.

—Dime, Sofía, ¿tú también te dedicas al mundo literario? —preguntó Marcos.

—No... —murmuró ella, colocándose la servilleta sobre el regazo —. Me dedico a las finanzas.

Andreas la interrogó con la mirada, sin entender por qué había dicho eso. Ella, sin que nadie lo notase, negó con la cabeza con disimulo. Él, al darse cuenta, cambió de tema radicalmente, logrando que Sofía se relajase; en ese momento no le apetecía contarles a aquellas personas a qué se dedicaba en realidad... Se centró en degustar los deliciosos manjares que les habían servido, mientras escuchaba la conversación que tenía lugar en la mesa, intentando que nadie reparara demasiado en ella. Prefería estar en un segundo plano, ser espectadora de las artes comunicativas de su mejor amigo. Los amigos de Marcos eran bastante habladores y, aunque Sofía no participase mucho en la conversación, se entretuvo escuchándolos. Sólo hablaba cuando se dirigían en exclusiva a ella, pero intentaba no centrar la atención en su persona; contestaba con monosílabos y mostraba una leve sonrisa. Le costaba bastante sentirse cómoda con personas a las que acababa de conocer. Era demasiado introvertida y sabía que aquello la hacía una persona hosca y antipática para los demás, pero no podía evitar ser de esa manera. Sólo había una persona en el mundo que sabía cómo era en realidad y éste era su amigo Andreas.

Cuando terminaron de comer, quedaron todos en la piscina semicubierta del barco; al día siguiente llegarían a Estocolmo e iban a aprovechar aquella tranquilidad para poder tomar el tímido sol de aquella región del norte de Europa. Sofía se puso un triquini de color rojo sandía, con detalles de pequeñas piedras preciosas doradas en los bordes, encima una camisola de gasa del mismo color, y completó el conjunto con un sombrero de ala blanco y sus gafas de sol de pantalla. Cuando estuvo lista, cogió su bolso y salió al pasillo para encontrarse con Andreas. Éste llevaba un bañador estilo bóxer elástico en color azul celeste con una franja blanca que lo dividía en

tres partes, una camiseta que le había regalado ella ese mismo año, de Calvin Klein en color blanco, e iba con una toalla echada sobre el hombro.

—Sofi, de verdad que con el cuerpazo que tienes no sé qué haces aún soltera —comentó su amigo, mientras se dirigían al ascensor para subir a la cubierta principal.

—Cuerpazo no tengo, ya me gustaría tener más de aquí —dijo ella tocándose los pechos— y menos de aquí. —Sofía se tocó el trasero.

—Eres una mujer que se cuida y eso se nota. Mira qué tonificada tienes la piel, y el cabello lo llevas siempre perfectamente hidratado... Da gusto mirarte.

—En esas cosas no se fijan los hombres —soltó ella riendo despreocupada.

—Pues deberían ver el potencial que tienes —concluyó Andreas mientras entraban en el ascensor.

Sofía se observó en el espejo. Siempre iba bien conjuntada y elegía muy bien los modelitos que más la favorecían. No le gustaba ir de cualquier manera, se debía a una imagen y se esforzaba mucho en el gimnasio y yendo a centros de estética para poder mantenerla como ella deseaba: impecable. Su cabello castaño no tenía ni una sola cana y ni una sola punta abierta, iba todos los meses a que le tiñesen el pelo y a que le hicieran tratamientos carísimos para tenerlo así de sedoso. Su piel estaba libre de cualquier impureza, ni un solo pelo asomaba donde no debía. Incluso las uñas, tanto las de las manos como las de los pies, estaban muy bien recortadas y pintadas con manicura francesa.

Reconocía que estaba demasiado pendiente de su imagen; nunca salía de casa sin estar perfecta y sin haberse mirado por lo menos cinco veces en el espejo. Era su norma: si a la quinta vez que se miraba veía que todo estaba en su sitio, podía irse. Ella achacaba esa obsesión a su trabajo, en el que debía dar una imagen de mujer elegante y profesional para que los demás la tratasen así, además de que tenía a su abuela siempre pendiente de que así fuera...

Llegaron a la piscina y Andreas la guio hacia un lateral del barco, donde había dispuestas unas tumbonas; en una de ellas estaba Marcos, que los miraba con aquella sonrisa demasiado blanca para el gusto de Sofía. Andreas se adueñó de la tumbona que estaba al lado de éste y ella se tumbó en la que había justo al otro lado. Dejó su bolso sobre la hierba artificial que rodeaba la enorme piscina oval y observó que había bastante movimiento en aquella parte del barco; mucha gente había tenido la misma idea y se bañaban en las tibias aguas de aquella preciosa piscina.

Con todo el ritual que requería la acción, Sofía depositó el sombrero sobre la tumbona y se quitó la camisola para dejar a la vista el precioso y caro triquini que estrenaba, se volvió a colocar la pamela blanca y se sentó en la tumbona con elegancia, sin mirar siquiera si algún hombre había reparado en ella. Cogió del bolso la crema solar y comenzó a esparcirla sobre sus piernas, pues se habían colocado en la zona donde daba el sol y no quería estropear su delicada piel con rojeces causadas por éste. Cuando acabó de darse crema, guardó el bote y se centró en relajarse, mientras notaba cómo el sol comenzaba a calentar tímidamente. A su lado, Andreas y Marcos no paraban de hablar del barco, del viaje y de todo lo que iban a vivir a bordo.

Estuvo en aquella postura un buen rato, hasta que se aburrió de mirar el cielo y comenzó a observar a las personas que se bañaban en la piscina. Mujeres y hombres intentaban esconder barriga mientras iban hasta las duchas de los laterales de la piscina; unas mujeres chillaban por algún juego que había iniciado alguien, que consistía en zambullir a quien primero se pillase. Unos hombres de unos veinte y muchos años se tiraban de cabeza y de bomba para así salpicar a otro grupo de mujeres jóvenes que estaban hablando dentro de la piscina.

Se quedó un rato mirando a toda aquella gente que viajaba a bordo de aquel crucero para solteros, todos con la esperanza de encontrar al hombre o la mujer de su vida, y poder recordar aquel día en su vejez... Sofía sabía que para ella ya se había acabado esa

fantasía; había tenido tres novios, ¡tres! Un número demasiado alto para lo que hubiese querido en realidad. Y ninguno de ellos se había convertido en el hombre de su vida... Con todos había ocurrido algo que había hecho que aquella bonita relación se trastocase hasta tal punto que la única solución fuera abandonarla...

Se notaba sin fuerzas para empezar de nuevo, sabía que era una mujer difícil, tenía un carácter altanero, especial, que incluso llegaba a ser inexplicable para sí misma; además, le importaba mucho desempeñar su trabajo lo mejor posible, aunque hacerlo conllevase dedicarle muchas horas al cabo del día; pero eso ya lo sabían los que se embarcaban en una relación con ella, Sofía era demasiado sincera y sensata como para ocultar algo tan obvio. Para ella su trabajo era lo primero. No quería envejecer sola, pero lo que tenía claro era que tampoco se iba a quedar con el primero que la aguantase. Ella buscaba algo más, aunque no fuese amor...

Se quedó pensativa, observando la escalerilla que tenía justo enfrente, mientras intentaba adivinar quién podía estar detrás de aquellos ramos de flores que llegaban a su despacho y pensaba que desearía dar con la pista que necesitaba para desvelar ese misterio, cuando unas manos masculinas se cogieron a los laterales de la escalerilla y de un impulso un hombre las subió con soltura. Sofía lo examinó con detenimiento; tampoco tenía otra cosa mejor que hacer. Era alto, delgado y fibroso; no tenía los acostumbrados músculos marcados en el abdomen, aunque en aquella piscina había muchos así; los suyos eran más sutiles. Su vientre era plano y si la luz le daba en un ángulo preciso se visualizaba el dibujo de la tableta de chocolate, pero sólo se quedaba en eso, en un atisbo. Las piernas eran largas y atléticas, sin mucho vello; tenía los brazos delgados pero fuertes, el cabello largo le caía empapado por los hombros y en su rostro resaltaban unos ojos castaños y una barba de dos días. Rondaría la treintena, un par de años mayor que ella; no obstante, Sofía no lo veía como a los demás hombres, éste tenía un aspecto más juvenil, como si intentase camuflar su edad con aquel look.

El hombre movió la cabeza para sacudirse el agua del pelo y de repente los ojos de ambos se encontraron y se miraron con fijeza durante unos segundos que a Sofía le parecieron eternos, haciendo que se sintiese incómoda. Él sonrió abiertamente y le guiñó un ojo, dejándola perpleja con el gesto; luego se dio la vuelta, dejándole ver un bañador estilo *slip* de un estampado imposible en tonos fluorescentes, que se ceñía a su prieto trasero, y se fue hacia donde estaban sus amigos, unos melenudos bastante estrafalarios que al verlo empezaron a gritar y a saltar.

Sofía negó con la cabeza, desaprobando aquella conducta tan veinteañera, y siguió con la mirada perdida en la piscina, mientras criticaba para sí la poca cabeza que tenían algunas personas que no sabían comportarse delante de los demás. Se quedó allí tumbada unos minutos más, hasta que se hartó de estar tan estática, se levantó con la elasticidad propia de una bailarina, se quitó el sombrero y las gafas, que dejó sobre la tumbona, y desvió la mirada del espectáculo de besos que se estaban dando su amigo y Marcos. En dos pasos se aproximó al borde de la piscina, observó si había gente en la zona donde quería caer y con un pequeño impulso se zambulló de cabeza casi sin levantar agua. Ésta estaba templada y daba gusto poder bañarse en ella, por lo que estuvo un rato allí, nadando estilo mariposa y crol, liberándose de aquel calor que se le había pegado a la piel, de la frustración que sentía por no poder hablar con su amigo y tener que estar allí sola y aburrida, rodeada de personas a las que no quería conocer. Cuando se cansó de recorrer la piscina, salió por la escalerilla que había al lado de su tumbona.

—Tengo una duda: ¿sirena o nadadora profesional?

Sofía levantó la cabeza al oír aquella voz masculina y profunda que le hablaba cerca. Al mirar quién era, se sorprendió al ver que era el mismo hombre al que había visto subir antes la escalerilla, el del cabello largo y el bañador estrafalario.

—Ni una cosa ni la otra —respondió ella, frunciendo el cejo al ver que a él el cabello se le estaba secando y que lo tenía rizado estilo afro.

—Lástima, me tocará pagar una pequeña apuesta que he hecho con mis colegas... —dijo, mientras se tocaba con despreocupación la cabeza y sonreía.

—Sí, claro, es una verdadera lástima... —musitó Sofía, dando un paso hacia delante para alcanzar su toalla y poder taparse con ella, pues la brisa marina la estaba dejando helada.

—Me llamo Zack —dijo el hombre, tendiéndole la mano.

Sofía la miró y después lo miró a los ojos.

—Enhorabuena —contestó, dejándolo plantado, mientras se acomodaba en su tumbona.

—¿Siempre eres así de simpática? —preguntó Zack.

—Sí —dijo Sofía, al tiempo que tiraba de la toalla y se la enrollaba en el cuerpo, notando la calidez y suavidad de la misma.

—¿Y qué hace una mujer tannnnn simpática como tú en un crucero como éste? —soltó él; la miró a los ojos y descubrió que los tenía de un color verde aceituna.

—Mira... —Sofía titubeó unos segundos sin dar con el nombre que le acababa de decir aquel hombre.

—Zack —dijo él, ayudándola.

—Eso, Zack... No sé qué pretendes viniendo aquí a hacerte el simpático conmigo. A mí no me van todas estas cosas... —Señaló su entorno con la mano—. Estoy en este crucero porque un amigo un poco loco me ha traído a rastras y no por propia voluntad; por tanto, no me interesa caerle bien a nadie, no quiero ni necesito conocer a más gente y no me apetece hablar con un tío que, para bañarse en una piscina pública, se pone un bañador tan estrafalario y ceñido que no deja nada a la imaginación...

—Aaaahhh... —Él sonrió y asintió con la cabeza—. Te has fijado en mi paquete... Si es que soy irresistible, nena —comentó, mientras le guiñaba un ojo.

—¿Que qué? —titubeó ella, perpleja ante aquel comentario—. A ver, no es que me haya fijado en tu... eso... sino que vas por ahí con ese ridículo bañador, sacado de a saber qué tienda, y con esa melena encrespada y...

—¿Qué tiene de malo mi pelo? —preguntó, mientras se tocaba el cabello, ahora prácticamente seco, que se levantaba en miles de ricitos castaños.

—¡¡Todo!! De principio a fin. ¡Es horrible que lo lleves así! ¿Nadie te lo ha dicho? —preguntó con gesto de disgusto, haciendo un mohín.

—¿El qué? ¿Que no les gusta como llevo el pelo? Eso me da igual, a mí sí me gusta —anunció sonriente—. Y hay muchas mujeres a las que también... Ya sabes, así pueden agarrarme bien —susurró, levantando las cejas y dando un paso más hacia ella.

—No hace falta que me des detalles... —lo cortó Sofía con cara de asco—. ¿Vas a quedarte aquí toda la tarde?

—Sólo hasta que me digas cómo te llamas.

—¿Y si no quiero decírtelo? —soltó con frialdad.

—Perfecto. Así podré saber más cosas de ti. La verdad es que eres un poco estirada, pero no sé, creo que tienes posibilidades...

—¿Posibilidades? —repitió extrañada.

—Sí, posibilidades de que me pueda fijar en ti —concluyó él con una sonrisa radiante.

—Creo que ya lo has hecho... No quieres volver a donde está tu clan melenudo —replicó ella, mientras se sentaba en la tumbona con cara seria.

—¿Clan melenudo? —Zack se rio a carcajadas—. Bueno, es extraño, nunca me fijo en ninguna mujer esnob, tú eres la primera a la que me acerco —informó, acomodándose en el suelo al lado de ella.

—¿Esnob? Perdona, pero yo no... —comenzó a decir Sofía a la defensiva.

—Perdona, bonita —la interrumpió él con una sonrisa en los labios—, se nota de lejos que eres una pija de cuna. Mírate, si hasta el bañador es de marca... Tus andares, tu postura, incluso cómo siseas las palabras... ¡Eres una pija de la A a la Z!

—Y tú un rockero melenudo —siseó ella con el orgullo herido.

—Bueno, no me importaría serlo, pero no lo soy —dijo Zack con una sonrisa, mientras observaba cómo aquella mujer estirada se ponía las gafas de sol ocultando su increíble mirada verde.

—Me llamo Sofía, hale, ya te puedes levantar y volver con tus amigotes, que te están haciendo señales un poco toscas —comentó Sofía, moviendo la mano con desprecio hacia ellos e invitándolo a que se marchara de su lado.

—Mis amigos son muy guasones... —dijo él, al tiempo que los miraba y les hacía un gesto con la mano—. Tienes cara de llamarte así; encantado de conocerte, Sofía. Nos volveremos a ver —añadió, mientras se levantaba y le guiñaba un ojo, antes de dar media vuelta y dirigirse hasta donde estaban sus amigos.

—¿Quién era ése? —preguntó Andreas, que había estado pendiente de toda la conversación.

—Un melenudo que parecía tener ganas de acabar con mis nervios —contestó ella, colocándose el sombrero con dignidad e intentando que no se le notase que aquella conversación la había alterado más de lo que habría querido.

—Sofi, mi Muso me dice que ése es el indicado —contestó Andreas, y se acercó a ella mientras observaba la fiesta que se llevaban aquel grupo de hombres tan variopintos, con bañadores de estampados imposibles.

—Pues dile a tu Muso que cierre la boca, que no quiero saber nada de tíos melenudos, marcapaquetes y cabezotas —replicó Sofía con cara de pocos amigos; miró de reojo hacia donde estaban ellos y se fijó en que comenzaban a bailar al son de la música que se oía por los altavoces que estaban ubicados en la piscina, justo al lado del bar.

—Pero es que es tan distinto de lo que siempre has escogido —comentó Andreas, sin apartar los ojos de Zack, que se movía con soltura al ritmo de la música.

—Pues por eso no quiero nada con él, porque no es mi estilo de hombre. ¡Míralo! Parece sacado de un videoclip de música rock o hip hop. No me gusta en absoluto. —Y negó enérgicamente con la cabeza.

—Pero no tienes que dejarte llevar por el exterior, a lo mejor es un buen hombre...

—¡Que no, Andreas! En la vida se me ocurriría mezclarme con semejante tipo —dijo con énfasis, mirando al joven desde lejos.

Zack se dio cuenta y le sacó la lengua mientras le guiñaba un ojo. Sofía volvió la cabeza hacia la piscina, maldiciendo estar en aquel barco, rodeada de tanto niñato, alejada del confort y la estabilidad que siempre le había dado su apreciada rutina.

3

Aquélla era la primera cena que se celebraba en el grande y lujoso barco y Sofía y Andreas se pusieron sus mejores trajes para subir al magnífico restaurante. Al entrar se quedaron fascinados con la decoración de la estancia, ante la majestuosidad de sus lámparas de araña que ocupaban todo el techo y la iluminación cálida que ofrecían al entrar. Se sentaron a la mesa que ocupaban Marcos y sus amigos; al parecer, Andreas y él se habían hecho inseparables desde que se habían conocido aquella misma mañana. Sofía se sentó al lado de su amigo, con cuidado de que su largo y sedoso vestido de Chanel de color plateado no se le estropeara al hacerlo. Se colocó con cuidado la servilleta blanca con bordado plateado sobre el regazo y apoyó los antebrazos en la mesa redonda, intentando seguir la conversación que acababan de iniciar.

—¿Habías estado antes en un crucero? —le preguntó uno de los amigos de Marcos, que se sentaba a su otro lado, un hombre que rondaría los cuarenta, con el cabello salpicado de canas, moreno y con unos ojos oscuros que la miraban con atención.

—No, ésta es la primera vez —contestó Sofía, observando que él no podía apartar la mirada de su sugerente escote. Sonrió al ver que era uno de los amigos heterosexuales de Marcos.

—Pues te va a encantar. Yo me he aficionado mucho, me divierte poder recorrer mundo sobre un barco —explicó con una sonrisa.

—¿En qué países has estado? —preguntó Sofía, pensando que aquel hombre no estaba mal...

—Menos en Australia, he estado en todos —dijo, echándose hacia atrás para reírse.

—¡Qué bien! A mí también me gusta mucho viajar, pero prefiero el avión para hacerlo, es más rápido y cómodo.

—A ver si algún día viajamos juntos —susurró él, acercándose un poco más para poder verle el escote. Sofía, al darse cuenta, se irguió con dignidad.

—Creo que ya lo estamos haciendo, César... —replicó; le cambió el semblante y notó que su voz había sonado más ruda de lo que ella pretendía.

—Sí, lo sé, pero podríamos quedar cuando se acabara el crucero... Son sólo catorce días, muy poco tiempo para conocernos...

—Bueno, pues cuando se acerque el final del viaje, ya hablaremos —respondió Sofía con una tímida sonrisa.

Él también sonrió, esperanzado por las palabras de aquella mujer que parecía tan sofisticada e inalcanzable.

—Sofi —dijo Andreas en voz baja, mientras le tocaba con disimulo la pierna para llamar su atención.

—¿Qué? —preguntó ella también en un susurro, sin saber por qué hablaban de aquella manera.

—La mesa del fondo a la derecha. —Andreas señaló con la cabeza la dirección en la que tenía que mirar.

Sofía lo hizo. En la mesa que le había señalado, estaba el hombre melenudo que había conocido en la piscina, junto a sus amigos. Los observó en silencio, sorprendida por la manera que tenían de vestir, sin ápice de elegancia y parecía que con lo primero que habían encontrado en el armario; con mezclas de colores imposibles y con tejidos deplorables. Se escandalizó por la forma en que se comportaban, daba la impresión de que no tuvieran vergüenza y que ni siquiera la conocieran. Bebían y bromeaban sin preocuparse de lo que pensara de ellos aquel barco repleto de solteros que intentaban gustar y quedar bien.

—Hay gente que no debería salir de casa —comentó César, al mirar en la misma dirección que su compañera de mesa.

—¿Eh? —titubeó ella, abandonando sus pensamientos e intentando recomponer su rostro del espanto que le había producido lo que había presenciado; no entendía cómo era posible que hubiese gente así—. Sí, eso parece... —Cogió su copa de vino espumoso y se la acercó a los labios, desviando la mirada de aquel grupo y centrándose en otra cosa.

Cenaron mientras charlaban animadamente entre todos. Aunque Sofía sólo hablaba cuando le preguntaban, disfrutó más que la velada anterior; la cena estaba deliciosa y el vino circulaba a una velocidad de vértigo. Al terminar se dirigieron a la discoteca; por la mañana aún les quedaba travesía hasta llegar al primer puerto, por lo tanto no tenían prisa ni ganas de dar por finalizada aquella primera noche en alta mar, sobre todo los hombres. Sofía habría deseado volver a su camarote, pero Andreas, aunque casi ni reparaba en ella, la convenció para que fuese también a tomarse una copa con ellos.

La sala era muy amplia, con luces de colores giratorias por todo el techo y la música del momento sonando a través de los enormes altavoces. Muchas personas comenzaron a bailar en medio de la pista y otros tantos se dirigieron a la barra del bar para pedir alguna bebida que saciara su sed y que les restara timidez. Andreas cogió a Marcos y se lo llevó a bailar, mientras Sofía se quedaba con César a un lado de la barra, tomando un delicioso Martini y observando los contoneos que hacían algunas mujeres para captar la atención de los hombres.

—¿Llevas mucho tiempo soltera? —soltó de repente César, sorprendiéndola con la pregunta.

—Un poco, ¿y tú? —contestó, sin ganas de hablar de su soltería.

—Unos meses —dijo él con despreocupación.

—¿Qué pasó?

—Ya sabes... Se acabó el amor. —César cogió su copa y le dio un largo trago hasta terminarse todo aquel alcohol de golpe, dejando el recipiente vacío sobre la barra, que tenían al lado.

—Claro... lo típico —comentó Sofía, incómoda por aquella conversación tan personal con un hombre al que acababa de conocer.

—No eres una mujer de muchas palabras, ¿no? —preguntó él con una sonrisa.

—No, prefiero el silencio —dijo en un susurro, intentando encontrar una vía de escape para poder salir de allí como una dama.

—Mira, Sofía, te voy a ser sincero: yo no soy un hombre que tenga mucha paciencia para estas cosas, me considero muy directo y supongo que siendo una mujer de mundo como eres, no te sorprenderá lo que te voy a decir —empezó César, mientras observaba cómo bebía un delicado trago de su copa—. Me gustas, creo que ya te habrás dado cuenta, eres una mujer muy atractiva y sofisticada... Me encantaría que me permitieras acercarme un poco más a ti para saber cómo se siente uno cuando besa esos labios tan seductores que tienes y poder llevarte a mi camarote para demostrarte lo que soy capaz de hacer con una mujer como tú. —Dio un paso hacia ella, mirándola con deseo.

—César, creo que te estás equivocando conmigo... Yo no he venido a este barco a retozar con nadie y menos la primera noche —explicó Sofía con tranquilidad y elegancia.

—Pues tus actos dicen lo contrario —susurró él, mientras le apoyaba una mano en la cintura.

—¿Mis actos?—repitió Sofía sorprendida, dando un paso atrás para que la soltara.

—¡Mírate! Vas demasiado provocativa, con ese vestido ajustado y ese escote que deja entrever un precioso pecho; y tus gestos, cuando te tocas el cabello o te mojas los labios con la lengua, delatan que sientes lo mismo por mí... son un claro indicio de que deseas lo mismo que yo —dijo César, volviendo a acercarse a ella.

—¡Lo que me faltaba por oír! —exclamó ofendida, y lo miró con los ojos muy abiertos—. Yo me puedo vestir como quiera, sin que con ello dé pie a nada con nadie. Mis gestos no tienen ningún doble sentido y no me he dado cuenta de todo lo que dices que he

hecho... Por tanto, lo que estás buscando no lo vas a encontrar conmigo. Buenas noches. —Apoyó la copa en la barra y se volvió para alejarse de aquel hombre que le había parecido encantador durante la cena, pero que con el paso de las horas había descubierto que era como todos los demás que conocía, más pendientes de conseguir su claro objetivo que de conocerla...

—¿Adónde crees que vas? —La cogió del brazo para que no se fuera, acercándola a él—. Me has estado calentando toda la noche con tus coqueteos, con tu vestido, y ahora necesito que me sacies.

—¡Que te sacie otra! —exclamó ella, nerviosa, intentando zafarse de él, cuyo simple contacto le daba asco.

—No, Sofía, esto no va así. Tú lo has empezado y tú lo tienes que acabar —replicó César acercándose a ella y echándole el aliento de alcohol en el rostro; ella arrugó la nariz por el olor nauseabundo y por la situación incómoda que estaba viviendo.

—Eso no te lo crees ni tú —masculló, apretando los dientes con voz afilada, cargada de odio, al tiempo que levantaba la rodilla con precisión y fuerza y le daba un golpe en sus partes.

César se dobló de dolor y comenzó a insultarla, mientras Sofía se recogía el largo vestido y se alejaba de aquel hombre que se creía que todas las mujeres debían postrarse a sus pies sólo porque él lo deseaba. Salió de la discoteca nerviosa, cabreada y frustrada por tanto imbécil como había en el mundo. Estaba más que harta de los hombres como ése, que se creían que por ir guapa una ya les debía algo... Estuvo paseando arriba y abajo por la solitaria cubierta, pensando qué hacer: no podía irse de allí hasta dentro de unos días, estaba encerrada con aquel impresentable en un barco. Se acercó a la borda y observó el movimiento del mar; estuvo tentada en saltar y olvidarse de toda aquella pesadilla, pero ella no era de las que se rendían a la primera de cambio, aunque en el pasado hubiese estado a punto de hacerlo...

—¿A bordo se celebra la gala de los Oscar? —oyó decir Sofía. Se volvió y vio a Zack sonriéndole, mientras observaba su deslumbrante y caro vestido.

—¿Y tú adónde vas, a una fiesta de disfraces? —preguntó ella de malas maneras descargando su frustración con él.

Zack se miró la ropa y comenzó a reír a carcajadas. Llevaba un pantalón pirata con un estampado de cebra, una camiseta de media manga en color negro y morado y unas zapatillas de lona con unas letras impresas en los laterales.

—Cuando me disfrazo soy más original —dijo entre risas.

—No lo pongo en duda —contestó Sofía con cara de pocos amigos.

—Tú lo tendrás más fácil —dijo entonces Zack, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones.

—¿Qué tengo más fácil? —preguntó inquieta.

—Disfrazarte, por supuesto. Ya tienes el carácter de una bruja, solitaria y antipática; sólo te falta coger una escoba, ponerte una verruga en la nariz y, ¡chica!, clavadita —soltó sonriendo.

—Mira, si el muchacho además de tener un gusto pésimo para la moda, también sabe hacer bromas —gruñó ella, mirándolo con aversión.

—¿Lo ves? Soy un partidazo, nena —contestó Zack, señalándose con las manos y guiñando un ojo. Se lo estaba pasando genial con aquella conversación.

—En la puerta de tu casa debe de haber una fila de mujeres esperando que les hagas caso. No sé aún por qué has tenido que recurrir a un crucero Single —comentó Sofía con seriedad.

—No estoy aquí para encontrar pareja —informó él, acercándose a ella un poco más—. La verdad es que no me hace falta recurrir a estas cosas. Ya sabes, soy irresistible para las mujeres.

—Por lo menos hay uno que reconoce que ha venido aquí para buscar a alguien que le caliente la cama —soltó incómoda, al recordar la situación que acababa de vivir con César.

—¡Joder, tía! Yo no me gasto más de mil pavos para mojar —dijo Zack apoyándose en la borda del barco; la brisa les movía el cabello a ambos.

—Vale, ahora sí que no lo entiendo. ¿A qué has venido? —preguntó con curiosidad; observaba su rostro sereno que miraba a la lejanía.

—A pasármelo bien con mis colegas —respondió con una sonrisa, volviéndose hacia ella—. ¿Y tú a qué has venido?

—A hacer de carabina de mi amigo —resopló abatida; apoyó los codos en la borda y admiró la oscuridad de aquella noche. Podían verse con nitidez todas las estrellas y el silencio sólo lo rompían el sonido del motor del barco y el bullicio de los pasajeros.

—¿Sólo has venido por él? —preguntó Zack, mientras observaba su rostro serio que contemplaba el horizonte.

—Sí... —musitó Sofía, mirándolo a los ojos—. Es mi mejor amigo, necesitaba un respiro e ideó este alocado viaje.

—Al que te metió de cabeza —terminó de decir por ella.

—Sí y sin consultarme —murmuró Sofía con una tímida sonrisa.

—Puedes unirte a nosotros cuando quieras —propuso Zack con amabilidad, haciendo que ella se irguiese de golpe.

—¿A vosotros? —inquirió mientras ponía cara de repulsión.

—Sí, te aseguro que te divertirás.

—Prefiero quedarme sola, pero gracias —contestó titubeando, con una forzada sonrisa.

—No pegamos ningún tipo de enfermedad ni nada de eso, ¿eh? —soltó Zack, que se aguantaba la risa al ver el gesto contrariado de aquella mujer tan distinta a él.

—Ya, ya lo sé —susurró Sofía, dando un paso atrás—. Es que prefiero aprovechar el tiempo que tenga en el barco para hacer ejercicio y leer.

—Sí, creo que es lo mejor. Como te vean acercarte a ellos se van a espantar y no me lo perdonarán en la vida... ¡Una bruja pija! Uf... —Puso cara de miedo—. Me dejarían de hablar, fijo —añadió con ironía, procurando no reír al ver la reacción de Sofía.

—Qué gracioso... —masculló ella, mientras lo miraba con desaprobación—. Bueno, esta bruja pija se va a su cama a dormir.

—Sí, tendrás que sacarle brillo a la escoba y darle de comer al gato —dijo él entre risas.

Sofía vio con horror cómo se divertía a su costa, pero prefirió callarse lo que pensaba realmente, para no tener que hablar más con él; no sabía cómo lo hacía, pero siempre giraba la conversación para dejarla mal a ella... Le sonrió frunciendo los labios para demostrarle que le caía mal, y le clavó su mirada verde desaprobatoria para que se diera cuenta de que nunca jamás se le ocurriría acercarse a él y menos a su grupo de amigos; luego se dio la vuelta y se dirigió hacia su camarote, dando por finalizada aquella velada.

—Espero que sueñes con pócimas y hechizos, brujilla —dijo Zack, viendo que no se despedía de él.

Sofía levantó una mano, pero no dijo nada.

Zack se quedó observando cómo se alejaba, mientras de su rostro no desaparecía la sonrisa que le producía hablar con aquella mujer tan desconcertante para él, tan arisca, sofisticada, petulante, fría y que lo miraba con pavor y repugnancia. Pero eso no le importaba, sus ojos, aquellos increíbles ojos verdes, le decían todo lo contrario; que ella e en realidad no era así y que en su interior residía alguien excepcional a quien Zack tenía ganas de conocer. Deseaba descubrir si tenía razón o simplemente era una mujer bonita carente de interés, averiguar si su instinto le había fallado por primera vez en su vida, aunque algunos de sus actos le decían que no se iba a equivocar.

La había visto defenderse sola de aquel baboso que la sujetaba. Zack estuvo a un tris de acercarse a él y darle una patada en el culo, pero ella, con toda su elegancia de mujer refinada, se lo quitó de encima sin siquiera despeinarse. Eso era tener clase y lo demás tonterías. Cuando salió de la discoteca, la siguió para poder hablar con ella, y al descubrirla paseando por la cubierta, nerviosa y enfadada, vio un atisbo de lo que creía que esa mujer era capaz, pero cuando lo vio cerca de ella, aquella chispa comenzó a apagarse

y empezó a ser de nuevo la chica de clase alta, que creía que todo el mundo debía darle las gracias por el mero hecho de respirar en la misma habitación.

Tan pronto como Sofía desapareció de su vista, Zack se dio la vuelta y volvió a la fiesta, aunque en su mente seguía aquella mujer estirada que lo hacía reír y que le creaba la necesidad de conocerla de verdad...

4

Aquella noche Sofía no pudo dormir bien, el vaivén del barco y el ruido que hacían los motores eran los culpables de aquellas ojeras y del color ceniza de su rostro. Delante de un humeante café con leche, sentada a una pequeña mesa de uno de los restaurantes, escuchaba cómo su amigo le relataba la noche que había pasado en compañía de Marcos, intensa y apasionada, según él.

—Pero se acabó —soltó al final de toda su explicación, mientras cogía la taza y bebía un sorbo de café.

—¿Cómo que se acabó? —preguntó Sofía somnolienta.

—Creo que no es el hombre de mi vida, me tiene un poco harto... —susurró Andreas.

—Pero ¡si sólo ha pasado un día! —exclamó sorprendida.

—Lo sé, pero siento como si hiciera mucho más tiempo. No sé, Sofi... Marcos es impresionante en la cama y tiene un cuerpazo de infarto, pero lo veo vacío... No sé de qué hablar con él, ya nos lo hemos dicho todo... —concluyó con un hilo de voz.

—Andreas, tu problema es que te enamoras con mucha rapidez. Debes tomarte las cosas con más tranquilidad e ir conociendo a la persona antes de involucrarte tanto —dijo Sofía, posando la taza sobre el platito.

—¡Vaya dos patas para un banco! Yo que soy una veleta del amor y tú que huyes de él...

—No es que huya, es que no he encontrado aún al hombre idóneo.

—¿Y crees que lo encontrarás? Yo creo que no existe un hombre tan perfecto... —dijo Andreas, observando a las personas que había en aquel restaurante desayunando.

—Pues si no existe, me tocará quedarme sola; lo que tengo claro es que no me voy a contentar con el primero que me haga ojitos —comentó con seriedad.

—Ay, Sofi, míranos, rodeados de solteros y aun así llorando nuestras penas... Prométeme que no dejarás que me vaya a la cama con ningún hombre más. Luego lo paso mal... —susurró con tristeza.

—No sé para qué me haces prometerte nada, si luego vas y haces lo que te da la gana —dijo ella con una sonrisa, sabiendo lo que ocurriría cuando a Andreas se le cruzara otro hombre que le gustase.

—Lo sé... ¡soy un golfo! —exclamó resignado—. Debe de ser la sangre italiana que corre por mis venas. Cuando veo a alguien que me gusta, me resulta imposible quedarme quieto.

—Sí, claro, ahora culpa a tus raíces italianas de tu promiscuidad.

—Bueno, no todos tenemos la sangre de horchata —bromeó él, haciendo que Sofía se atragantase con el último sorbo de café.

—¡Oye! —exclamó molesta, mientras le tiraba la servilleta a la cara—. Yo soy muy apasionada y lo sabes.

—Sí, igual de apasionada que los caracoles —replicó Andreas.

—Hoy te has levantado chistoso, ¿eh? —refunfuñó Sofía, haciendo un mohín.

—Y eso que me has pillado en un mal día —dijo él sin parar de reír por la cara de enfado de su amiga—. Tengo que hablar seriamente con Marcos.

—Te deseo suerte. ¡Ah!, y esto que quede claro: si al final decides que quieres seguir adelante con lo vuestro, porque has visto que en realidad es el hombre de tu vida o lo que sea... a mí no me apetece formar parte de su grupo... Anoche, uno de los amigos de Marcos, César, intentó propasarme conmigo —le confesó con serenidad, mientras dejaba la cucharilla en el plato.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Andreas boquiabierto.

—Como te lo cuento.

—Parecía buen hombre —murmuró contrariado.

—Tú lo has dicho, parecía...

—¿Y el melenas? —preguntó, levantando una ceja.

—¿Qué le pasa al melenas? —De forma instintiva, Sofía lo buscó con la mirada por si andaba cerca, no le apetecía volver a ver a ese hombre carente de educación y modales.

—¿Que si parece buen hombre o no?

—Puf... Directamente no me parece ni un hombre, es más bien un niñato que se ha quedado anclado en los veinte años —replicó con rimbombancia.

—A mí me gusta... —comentó Andreas como si nada.

—No creo que le vayan los hombres, pero si quieres inténtalo —respondió con serenidad.

—Si supiera que es gay, no se me escapaba. Tiene un algo que me llama la atención.

—¿Su ropa llamativa, su pelo a lo afro o la manera de comportarse? —susurró Sofía, repasando los puntos negativos de Zack.

—Sofi, no todo el mundo quiere ni puede vestir de Dior... —contestó su amigo con una sonrisa.

—Puf... Como si quiere vestirse de Armani; a mí ese hombre no me va y no seas pesadito con el tema, Andreas —dijo, un poco molesta con la fijación que tenía por Zack.

—Tuya es la decisión. Bueno, deséame suerte, voy a cortar con un hombre en alta mar —dijo él, levantándose de la silla y poniendo cara de pánico—. Lo malo es que no le podré decir: «Espero no verte nunca más» —bromeó.

—¡Suerte! —musitó Sofía, levantándose también—. Cuando termines de hablar con él, búscame en el gimnasio. Quiero hacer algo de deporte y luego probaré el spa.

—Perfecto, nos vemos allí. Sé muy mala —dijo, guiñándole un ojo.

Ella sonrió negando con la cabeza y se dirigió a su camarote para cambiarse de ropa e ir al gimnasio. Era consciente de que resultaba absurdo ponerse tantos conjuntos. Ya sabía que después del desayuno iría a hacer gimnasia, pero nunca se le ocurriría ir a

desayunar con sus mallas y su camiseta microperforada. Desde muy pequeña, su abuela le había inculcado la importancia de tener una buena imagen, estudiada e impoluta, algo que Sofía siempre había logrado gracias a su buen gusto y a la buena posición económica de su familia.

Ese día el gimnasio estaba lleno de gente con ganas de lucir palmito y Sofía tuvo que amoldarse a aquella situación lo mejor que pudo. No le gustaban mucho las aglomeraciones, prefería la soledad de los gimnasios a las horas en las que no había nadie, pero al no saber qué hacer con el exceso de tiempo libre que tenía en aquel barco, decidió esperar a tener una cinta de correr libre mientras saltaba a la comba y luego también tuvo que esperar para usar la bicicleta haciendo abdominales. Cuando acabó, cogió la toalla, se colgó la bolsa de deporte al hombro y se dirigió hacia el spa.

La recepción de éste era espectacular; una guapa recepcionista que le sonreía mientras Sofía se acercaba, le ofreció un albornoz y le dijo dónde se podía cambiar. En la bolsa de deporte llevaba un biquini rojo, que se puso, junto con el albornoz, y salió de los vestuarios con su ropa dentro de la bolsa. La dejó en una de las consignas que había en un lateral de la entrada y se fue directamente hacia el baño turco; le apetecía relajarse mientras el vapor le tonificaba la piel. Antes de entrar, colgó el albornoz en una de las perchas que había disponibles y entró cerrando tras de sí. El intenso calor de dentro la recibió de golpe y la escasa luz hacía que estar medio desnuda, sólo con el biquini, no la intimidase.

En aquella pequeña cabina de listones de madera no había mucha gente, sólo cuatro personas, que permanecían en silencio, disfrutando de la paz que reinaba en aquel lugar. Sofía se sentó en un lado de los bancos de los laterales, se acomodó y cerró los ojos para poder disfrutar ella también al máximo de aquello. Se quedó allí quieta, notando cómo los poros de su piel se abrían y el calor penetraba en su cuerpo; el cabello, que llevaba recogido en una

perfecta coleta, se le pegaba a la piel, pero se sentía a gusto en aquel sitio, donde liberó su mente y no pensó en nada más que en el compás de su respiración.

Le daba igual que la puerta se abriera y se cerrara, no abría los ojos para nada, centrada en tranquilizarse y en darle una nueva oportunidad a aquel crucero, que había ganado puntos al tener varias opciones para relajarse. De repente, una risotada la sacó de su concentración; provenía de unos hombres que se habían sentado enfrente de ella; eran cinco y no paraban de hablar y de reírse a un volumen demasiado alto para encontrarse en un lugar tan pequeño y cerrado. Sofía resopló frustrada y se levantó del banco, dando por finalizado su baño turco. Al salir, oyó un cuchicheo y de nuevo más risas. Puso los ojos en blanco y, tras cerrar la puerta, cogió su albornoz y, con él puesto, se encaminó hacia los jacuzzis. En aquel spa había cinco y, antes de entrar en uno que vio vacío, se quitó el albornoz y se metió debajo de una ducha que había al lado. Luego fue entrando poco a poco en el agua templada, se acomodó y dejó que los chorros la fueran relajando por completo; era como tocar el cielo con los dedos, se sentía tan bien allí...

—Hola, Sofía —susurraron cerca de ella.

Ella levantó la mirada y vio con estupor quién la había saludado. Maldijo interiormente la mala suerte que estaba teniendo en conseguir su preciado fin: desconectar.

—Te estaba buscando...

—¿Para qué, César? —soltó, mientras se sentaba erguida y se cruzaba de brazos, intentando que él no viese su cuerpo, cubierto sólo con un biquini.

—Quería disculparme por mi actitud de anoche... Yo no soy así, no suelo ser así... Pero el alcohol y la pastilla para el mareo que me tomé antes de cenar fueron los causantes de que dijera e hiciera cosas de las que me arrepiento —contestó, mientras la observaba desde arriba. Llevaba unos pantalones cortos y un polo azul claro.

—Disculpas aceptadas. ¿Y ahora me permites que continúe con mi momento de relax? —preguntó con frialdad.

—Creía que me dejarías compartir el jacuzzi contigo... —farfulló él con timidez, posando los ojos en el cuerpo de Sofía.

—No, César, como entres en este jacuzzi, yo saldré ipso facto —replicó con rotundidad, notando cómo apretaba la mandíbula mientras esperaba algún movimiento por su parte.

—Una lástima... Confío en que me vuelvas a ver como soy realmente y no como me comporté anoche. Podrías darme una oportunidad ahora. Estamos solos y te aseguro que no me he tomado ninguna pastilla contra el mareo... —propuso con una sonrisa repleta de promesas.

—¡Hombre, pero si está aquí la simpatía en persona!

Los dos se volvieron de repente al oír la voz; era Zack, que acababa de entrar.

—¿Conoces a ése? —susurró César en tono despectivo, observando a Zack con gesto contrariado.

—¡Pues claro que me conoce! Si me está esperando dentro de esa piscina de burbujas —respondió Zack, quitándose la camiseta de tirantes naranja fosforito que llevaba, dejándola a un lado y abriendo el grifo de la ducha—. Hazme hueco, Sofi, que vengo con ganas de roce —añadió, mientras el agua le mojaba todo el cuerpo.

—No entiendo nada —balbuceó César al ver que aquel hombre estrafalario se iba a meter en el jacuzzi con aquella mujer tan sofisticada.

—Pues te vas y te compras una enciclopedia, que me han dicho que con eso se aprenden muchas cosas —dijo Zack metiéndose en el jacuzzi en el que estaba una sorprendida Sofía mirándolos tanto a él como a César, sin saber muy bien cómo reaccionar y menos aún qué decir.

César se volvió, miró por última vez a aquella mujer que lo había rechazado de una manera tan hosca y se fue de allí desconcertado por la aparición de aquel hombre que no le pegaba ni con cola.

—¿Qué narices has hecho? —preguntó ella en voz baja cuando Zack estuvo dentro del jacuzzi.

—Salvarte el culo —contestó él, mientras recostaba la espalda y la cabeza en el lateral de la piscina.

—Lo tenía controlado, no hacía falta que vinieras tú a decirle nada a ese impresentable —siseó mirándolo.

—Yo no diría eso, el pavo quería meterse contigo en el jacuzzi... —Sonrió mientras la observaba de reojo—. ¿O preferirías que él estuviese aquí contigo?

—No digas tonterías... ¡Claro que no!

—Venga, no me distraigas más que quiero relajarme un poco.

Sofía resopló desesperada y se recostó sobre la almohadilla para intentar volver al estado de calma que había conseguido antes de que llegaran los dos hombres. Oyó cómo Zack reprimía una risa y lo miró de reojo. Tenía los ojos cerrados y la cabeza erguida, y observó que con el pelo mojado, sin aquel volumen que destacaba de forma habitual sobre su persona, estaba bastante bien. El rostro se le veía relajado y, con disimulo, Sofía se entretuvo en contemplar con detenimiento sus rasgos. En verdad Zack era un hombre atractivo, muy alto, fibroso, con algún que otro músculo ligeramente marcado, y unos ojos grandes y muy expresivos; lo que no lo favorecía era aquella melena suya y su manera de vestir tan estrambótica, que le restaban puntos y cualidades según su parecer.

—Deja de mirarme, brujilla —dijo él, sobresaltándola al pillarla in fraganti.

—No te estoy mirando —musitó nerviosa, mientras miraba hacia otro lado.

—Claro... Por cierto, a mis amigos les ha gustado más este biquini que el bañador con agujeros que llevabas ayer.

—¿Y cuándo me han visto? —preguntó Sofía, intentando hacer memoria.

—En el baño turco, estábamos sentados delante de ti.

—No puede ser, ¿vosotros erais los que os reíais? —siseó Sofía molesta.

—Sí. Ya sabes que nos gusta divertirnos y te hemos visto salir de allí con tanto glamur que no nos hemos podido aguantar la risa.

—Parecéis niños... —replicó molesta.

—Y tú pareces una abuela —contestó con tranquilidad.

—¡Oye! —exclamó, ofendida por la comparación.

—Es la verdad, siempre refunfuñando y con el cejo fruncido. ¿Es que nunca te diviertes?

—Cuando me apetece y con quien me apetece.

—Con el maromo ese no, ¿verdad? ¡Menudo soplagaitas! Anoche lo vi morreándose con otra mujer en la discoteca.

—¡¿Cómo?! —preguntó sorprendida.

—Ya ves, cuando necesita llevarse a una mujer a la cama, el tío no hace distinciones, lo intenta hasta que alguna le dice que sí... —explicó distraídamente.

—¿Cómo sabes que anoche intentó algo conmigo? —indagó.

—Os vi —explicó Zack sin darle importancia.

—¡Me estabas espiando! —exclamó ofendida.

—Yo no diría eso... Digamos que ibas tan sencilla que no me fue difícil verte entre la gente que había en la discoteca. Por cierto, ese vestido es muy vistoso, pero no te favorece.

—¿Y tú te atreves a hablarme de moda? —preguntó Sofía, levantando la voz molesta por su comentario—. Mira, melenudo, el vestido que llevaba anoche me costó miles de euros y sé que me queda como un guante. No puedes venir tú aquí, con tus pantalones de estampado animal y tus camisetas de colores eléctricos, a decirme qué me favorece y qué no. Porque a ese juego también sé jugar yo y, amigo mío, el cabello estilo oveja recién sacada de una secadora no te favorece nada de nada —concluyó, levantándose del agua y disponiéndose a salir de allí.

—Sólo digo que a una mujer sin curvas como tú no le favorece un vestido así... —murmuró él, observando su cuerpo semidesnudo.

—¿Sin curvas? —soltó, perpleja por lo que le acababa de decir —. Mira, Zack, ya le gustaría a un hombre como tú tener a una mujer como yo.

Caminó por fuera del jacuzzi en dirección hacia donde estaba colgado su albornoz.

—No te creas... A mí me gusta tener dónde cogerme, y tú... no tienes ni tetas... —contestó Zack sin mirar su trajín ni su cuerpo, intentando que la risa no se le escapase delante de ella.

—Pues mira, me alegro de no gustarte, así no tengo que preocuparme por darte una negativa —replicó enfadada, mientras se ataba el albornoz.

—De lujo, los dos contentos entonces —respondió él.

—Sí, saltando de alegría —farfulló Sofía, dándose la vuelta y dejando a Zack riéndose dentro del agua templada del maravilloso jacuzzi del barco.

5

—Estoy deseando salir de este barco y comenzar con las excursiones —dijo Sofía, tumbada en la cama del camarote de Andreas, que era exactamente igual que el de ella.

Después de comer, se habían ido allí a charlar y a ver un poco la televisión.

—No digas tonterías, Sofi. Aquí hay muchas cosas que hacer y sitios adonde ir. Esta noche, sin ir más lejos, hay una cena temática en el restaurante grande.

—Puf... —resopló sin ganas de nada—. ¿Cuál es el tema?

—El cabaret —respondió él con una sonrisa triunfal—. Y no me digas que no, que hemos venido a este crucero a divertirnos y a encontrar a nuestro medio limón. Ay, mira, Sofi. —Le enseñó la revista del corazón que estaba hojeando—. Mira qué vestidos llevaban los famosos en la gala benéfica... Ains... Yo me pido para los Reyes Magos un Matt Bomer —comentó, admirando la fotografía del reconocido actor.

—Y yo un Ian Somerhalder, por pedir que no quede... Pero Andreas, ni Matt ni Ian se acercarían a dos personas como nosotros... Por tanto, nos tenemos que aguantar con lo que ronda por ahí fuera —concluyó Sofía desanimada.

—A ver, Sofi. Sé que el gilipichis de César se pasó contigo y que el melenas te está dando demasiado la tabarra, pero piensa que en menos de dos días dos hombres se han fijado en ti. ¡¡Dos hombres!! —exclamó emocionado—. Y aún nos quedan por delante doce días más. Eso viene a ser, a ver, déjame que piense, que ya sabes que yo soy de letras... —Comenzó a hacer cábalas mentales mientras su

amiga lo miraba reprimiendo una risa—: Sofi, ¡¡veinticuatro hombretones se van a fijar en ti!! —chilló, entusiasmado ante la perspectiva.

—Claro... Medio barco va a caer en mis redes de seducción. Anda, Andreas, seamos realistas. No me quejo de mi físico, bien me lo trabajo todos los días para poder entrar en la talla que deseo; sé que no tengo unas curvas impresionantes, pero intento emplear mi dinero en comprarme los vestidos y complementos que mejor me sientan y sacarme el máximo partido; aunque sé que esos veinticuatro que tú me nombras se quedarán en uno o en ninguno, porque, amigo mío, te recuerdo que tienes una amiga un poco seca, a la que le cuesta relajarse en presencia de gente extraña...

—Hija, eres la positividad en persona. Anda, no seas tonta, vamos a bajar a recepción y a enterarnos de qué hay que hacer para asistir a la cena disfrazados de cabaret. Estarás monísima con un vestido con flecos y yo con chaleco... Voy a darle un zas en toda la boca a Marcos —añadió con una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Demasiado bien. Por eso, tengo que estar impresionante y hacer que se arranque los pelos de la cabeza en cuanto me vea —comentó, levantándose de su cama.

—Menos mal que lo has dejado tú... —dijo Sofía entre risas.

—Mujer, que lo deje yo no significa que no quiera que se sienta mal por haberme perdido. Uno tiene que hacerse valer, querida —explicó, ayudándola a levantarse de la cama.

Sofía fue con él a recepción, donde una chica muy simpática les comentó que había ropa disponible para todos los pasajeros, pero que si no querían utilizar la que ofrecía el barco, también podían comprar en las boutiques de a bordo. Les indicó dónde estaban y ellos fueron a ver si podían encontrar alguna prenda que les gustase.

Al cabo de una hora dentro de un local repleto de personas con el mismo fin, dieron con lo que estaban buscando. Salieron de allí contentos por haber conseguido un disfraz de cabaret para la

velada.

Las horas previas a la cena temática las pasaron preparándose para la misma. Fueron a hacerse la manicura, a que les dieran un masaje exfoliante por todo el cuerpo e incluso hubo sesión de peluquería, donde a Sofía le hicieron un recogido imitando una melena estilo bob. Andreas y ella estuvieron charlando de los hombres que veían pasar, entre otras muchas cosas. Sofía comenzaba a pasárselo bien, algo que le resultaba muy fácil cuando tenía a su amigo al lado.

—¿Ya estás lista, Sofi? —preguntó él, llamando con suavidad a la puerta de su camarote, sin dejar de observar cómo le quedaban aquellos pantalones de tela de raya diplomática estilo gánster que había elegido.

—Sí —contestó ella abriendo la puerta y mostrando cómo le sentaba el precioso vestido de flecos blanco y negro que llevaba puesto.

—¡Estás guapísima! —exclamó Andreas, abrazándola con cariño y admirando los detalles de aquel disfraz: una cinta que le rodeaba la cabeza con una pluma negra en un extremo y una boa de plumas negras que Sofía llevaba colgada del brazo.

—Tú sí que estás guapo —observó ella, encantada al ver cómo le sentaba aquel traje y el sombrero de media ala que se había puesto.

—Bueno, Sofi, lo presiento, ésta va a ser tu noche —dijo Andreas, mientras la conducía por el pasillo en dirección al ascensor.

—No presientas tanto. Vamos a divertirnos y a cenar, y prontito a la cama, que mañana por fin empiezan las excursiones —contestó Sofía, colocándose bien el collar de perlas largo que llevaba al cuello.

El restaurante estaba decorado para la fiesta y la música de la época sonaba quedamente por los altavoces. Los pasajeros comenzaban a llegar, disfrazados y con ganas de disfrutar de una noche distinta en aquel navío. Había parejas ya formadas; se los podía ver en los laterales del local, abrazados y devorándose con

pasión, era como si no pudiesen estar sin rozarse. Muchos de los solteros que había en el barco aún buscaban a su otra mitad y otros simplemente habían ido allí para divertirse...

Sofía y Andreas entraron y se dirigieron a unas mesas que había dispuestas por todo el salón, y que contenían deliciosos manjares y bebida. Los camareros aguardaban detrás de éstas para poder servirles lo que quisieran. Andreas pidió dos copas de vino y comenzaron a picar algo, mientras miraban cómo iban vestidos los demás pasajeros masculinos. Había para todos los gustos: hombres muy guapos a los que el traje les quedaba como un guante, hombres resultones, que se sentían incómodos con aquel disfraz, y hombres que pasaban desapercibidos... Sofía empezó a animarse a medida que se bebía la copa de vino y, entre la comida y la música, comenzó a reírse por todo y por nada.

En un momento dado, vio a César acompañado de una rubia muy exuberante, ataviada con un cortísimo vestido rojo y negro. Él la llevaba bien cogida por la cintura y cuando sus ojos se encontraron con los de Sofía, la miró con petulancia y luego volvió la vista a su acompañante, que sonreía a todos los presentes.

Sin dejar de observarlo, Sofía alzó su copa y se la acabó de un trago. Como había dicho Andreas antes, que no le gustase un hombre no significaba que le gustara ver cómo aparecía con otra mujer más llamativa que ella y que además la paseara por delante de sus narices, para que se diese cuenta de que él había encontrado pareja y ella no.

—Ni caso, Sofi —le dijo Andreas, al ver que su amiga había parado de hablar de golpe.

—Me da igual lo que haga ese desgraciado... —gruñó, molesta por la mirada que le había echado César, como si se creyera mejor que ella.

—Mira —Andreas señaló hacia la puerta y Sofía volvió la cabeza.

Vio a cinco hombres que entraban en el salón, todos vestidos de negro, con pantalones de cuero y camisa, con los tres primeros botones desabrochados; en la cabeza llevaban un sombrero estilo

gánster también negro, que ocultaba su cabello peinado en una prieta coleta. Entre bromas y risas se encaminaron hacia la fiesta. Uno de ellos, el más alto, levantó la vista, llevaba unas gafas de montura blanca que contrastaban con todo aquel look oscuro, y se encontró con la mirada curiosa de Sofía. Él le sonrió y le guiñó un ojo mientras seguía su camino hacia uno de los laterales del restaurante, justo enfrente de donde estaban ellos.

—¿Ése era...? —susurró Andreas.

—Me temo que sí... —siseó Sofía, apartando la vista de Zack.

—Sofi, está buenísiiiiisimo —comentó, sin poder dejar de mirarlo.

—No, Andreas, que te veo venir. Te he dicho que me lo iba a pasar bien, pero no que fuera a ligar o a tener nada con nadie del barco. —Cogió otra copa de vino y se la llevó a la boca.

—No será gay, ¿verdad? —preguntó él, sin dejar de admirar lo bien que le sentaban a Zack aquellos pantalones de cuero que se le pegaban a la piel como un guante.

—No lo sé, pero si quieres averiguarlo, te espero aquí —replicó, molesta por el entusiasmo de su amigo al ver a Zack con aquella ropa.

—De verdad, Sofi, tienes que tomarte la vida con un poco más de alegría, si no te saldrán arruguitas —susurró Andreas con cariño.

—Anda, olvida al melenas y vamos a bailar —contestó ella, cogiéndole la mano y llevándoselo al centro de la sala, donde varias parejas se movían al ritmo inconfundible del charlestón.

Sofía demostró lo buena bailarina que era. Desde que cumplió cuatro años, sus padres la habían llevado a una academia privada de baile, por lo que sabía bailar cualquier tipo de música, clásica o moderna... Estuvo en aquella academia hasta los dieciséis años, y la hora y media que duraban las clases eran para ella una especie de liberación; allí podía ser simplemente una niña que disfrutaba con algo que le encantaba, sin pensar ni recordar que fuera de aquellas paredes de cristal su vida se había roto en mil pedazos, haciendo que ya no pudiese ser la misma de antes.

—Vale, no te vuelvas, pero César te está mirando con cara de «¿Y yo me he perdido este bombón?» —susurró Andreas, sin dejar de bailar.

—Eres único para levantarle la moral a cualquiera —dijo ella entre risas, mientras seguía bailando aquella música tan rítmica, sintiéndose cada vez más animada y de mejor humor.

—Es mi deber como amigo —musitó él con una sonrisa.

La canción finalizó y el disc jockey cambió el ritmo de la fiesta y puso una pieza mucho más actual, una mezcla de electropop, hip hop y rap, que invitó a los más jóvenes a desmelenarse con aquel ritmo frenético y divertido. Sofía y Andreas se sentaron y observaron cómo bailaban los demás, pero lo que ella no se podía imaginar era que Zack y sus amigos iban a ejecutar una coreografía casi perfecta con aquella canción, abriéndose poco a poco un hueco entre los que estaban en la pista, que les dejaban espacio, mientras admiraban aquella manera que tenían de mover las piernas.

Sofía estaba asombrada. Nunca había visto a nadie bailar en directo de esa forma. Aquellos hombres hacían que pareciese sencillo, como si aquellos pasos tan rápidos y acompasados fuesen algo natural, como si fuese un juego de niños. En una de esas piruetas y demostraciones rítmicas, Zack la miró y le guiñó un ojo, mientras le sacaba la lengua sin detener aquel baile frenético que estaba entusiasmando a todos los pasajeros del crucero.

—¿Te está retando? —preguntó Andreas, sin dejar de mirar la manera que tenían de bailar aquellos hombres.

—Pues si quiere retarme que me rete; eso sí, yo no voy a hacer como él, enseñarles a todos lo bien que bailo. —De repente sintió vergüenza ajena ante aquella demostración—. Vamos a tomarnos una copa —añadió enfurruñada, colocándose la boa alrededor del cuello y caminando hacia una de las mesas que había por la sala.

—Dicen que quien es un maestro en la pista de baile también lo es en la cama... —comentó Andreas manteniendo el paso a su lado.

—Pues me alegro por él... —susurró; cogió una copa de champán y se la bebió de un trago, mientras intentaba quitarse aquel sinsabor que había sentido al ver que todos, hombres y mujeres, estaban pendientes de Zack.

—Para no gustarte, te tomas muy a pecho lo que hace... —dijo Andreas, observando a su amiga y el cambio en su semblante.

—Ya sabes que no me gusta la gente ordinaria... —resopló Sofía, cogiendo otra copa, mientras intentaba disimular su malestar y recomponerse.

Andreas la miró y sonrió negando con la cabeza; después observó a aquel hombre que se divertía en el centro de la sala. Era tan distinto de su amiga, que, aunque pareciese descabellado, él pensaba que era lo que Sofía necesitaba en aquellos momentos; alguien con quien reír y con quien poder disfrutar de la vida de verdad; no como estaba viviendo últimamente, más centrada en los negocios que en divertirse. Sofía siempre elegía el mismo tipo de hombres: maduros, egocéntricos y soporíferos, que no le aportaban nada positivo. Se quedaron en aquel rincón, bebiendo un buen rato, mirando a la gente que iba y venía y charlando de cualquier cosa excepto de aquellos melenudos bailarines.

—Para de beber ya, Sofi... Mañana no vas a poder abrir los ojos —dijo Andreas, al contar su quinta copa de champán, además de la de vino que se había tomado mientras cenaban.

—Tienes razón... Me termino ésta y me voy a dormir, prometido.

Sofía sonrió con cariño a su amigo, que siempre velaba por ella, y de reojo vio a Zack rodeado de mujeres espectaculares y jóvenes, que intentaban obtener un poco de atención por parte de aquel hombre tan peculiar que se movía por la pista como un bailarín profesional.

—Esta noche alguien dormirá calentito y no vamos a ser ni tú ni yo —comentó Andreas, dirigiendo la vista en la misma dirección que ella y sobresaltándola al haberla pillado mirando hacia el lado equivocado.

—Pues que le aproveche —gruñó Sofía, mientras se terminaba de un trago el contenido de la copa—. Bueno, yo ya me retiro; ¿te vienes?

—No, voy a ver si me acerco a un tío que he visto por ahí, que no ha parado de mirarme... —explicó él con una sonrisa.

—Tú y tus ligues. —Rio divertida—. No te involucres mucho, ¿vale? —añadió, dándole un cariñoso beso en la mejilla.

—Sólo sexo, prometido —contestó Andreas con una sonrisa.

—¿No dijimos que no lo ibas a volver a hacer? —preguntó ella, al tiempo que lo interrogaba con la mirada.

—Mi sangre italiana me hace débil, Sofi —replicó Andreas teatralmente, haciendo que ella sonriera y negase con la cabeza.

El viento frío la despejó de golpe. Se sentía un poco mareada a causa del alcohol que había ingerido aquella noche, pero ver que nadie reparaba en ella le creaba una inseguridad que necesitaba contrarrestar. Sabía que era una tontería sentirse de esa manera, que no podía pretender gustar a todos los hombres del barco y menos cuando ella no quería involucrarse ni buscaba nada, pero su ego y su falta de estabilidad en los años decisivos de su adolescencia la habían hecho así de inestable.

Se apoyó en la borda de aquel espectacular navío y admiró el cielo estrellado con una sonrisa. Si seguía por ese camino, se convertiría en una solterona sin remedio, pero no sabía cómo cambiar su actitud. Había entrado en un bucle de negatividad y no conseguía atisbar la salida... Respiró hondo, llenándose los pulmones con la brisa marina, intentando atenuar aquella sensación de ahogo que se había instalado desde hacía muchos años en su pecho. Luego se dio la vuelta para dirigirse de nuevo hacia el interior del barco y a su camarote, pues debía descansar para el día siguiente, en que llegarían a Estocolmo. Estaba deseosa de ver lo que le ofrecía esa ciudad y, sobre todo, lo que más ansiaba era poder salir de allí, para despejarse y olvidarse de la gente no grata que había conocido a bordo.

Después de desmaquillarse, de quitarse todas las horquillas del pelo y cepillarse la laca que llevaba en él, se puso el pijama, se tumbó en la cómoda cama y se quedó dormida con el balanceo interminable de aquel gran barco.

6

Andreas y Sofía seguían al grupo de pasajeros que habían optado por bajar a tierra para realizar la primera excursión. Habían desayunado juntos en el restaurante y se habían tomado una pastilla para el dolor de cabeza que les había causado beber tanto alcohol la noche anterior. Sofía se sentía resacosa y cansada, pero prefería mil veces salir del barco y poder caminar sobre tierra firme que quedarse allí. Además, le apetecía mucho ver qué encantos escondía aquella ciudad.

Daba gusto pasear por aquellas calles repletas de historia; la temperatura era agradable, hacía calor, pero éste no era sofocante, y contempló embelesada los lugares más famosos y los edificios más significativos de la ciudad. Se fijó en que Zack y sus amigos no estaban en aquella excursión, algo que la alivió e hizo que disfrutase al máximo de aquel precioso día.

Después de una intensa jornada, Sofía subió al barco entusiasmada y feliz por todo lo que había visto; Estocolmo era preciosa y lo que más le gustó sin duda alguna fue el palacio real, tanto por fuera como por dentro. Además, aquella ciudad tenía muchísimos encantos, como sus calles adoquinadas, los edificios, antiguos pero perfectamente conservados, varios museos e incluso el callejón más estrecho que había visto nunca. Llegó a su camarote y se dejó caer exhausta sobre la cama, miró el reloj y vio aliviada que aún quedaban un par de horas para que sirvieran la cena. Poco a poco, sin notarlo, se quedó dormida.

Se despertó a la mañana siguiente con un sobresalto. Llevaba puesta la ropa del día anterior, había dormido de un tirón muchísimas horas y sentía como si la cabeza le fuera a explotar. Se levantó, se duchó y se puso unos vaqueros de Gucci que le sentaban

espectaculares y una camiseta de media manga de color celeste. Luego salió del camarote en dirección al restaurante del hotel; estaba hambrienta y quería recuperar fuerzas para la siguiente ciudad donde atracarían: Tallin.

—Buenos días, bella durmiente —la saludó Andreas, acercándose a su mesa.

—Buenos días; ¿tú también te quedaste dormido? —preguntó, mientras degustaba una deliciosa tostada.

—No, fui a tu camarote e intenté despertarte, pero no hubo manera. Al final tuve que venir solo a cenar —explicó él, sentándose a su lado.

—Ni me enteré, estaba agotada. —Sonrió y, cogiendo la taza de café con leche, se la llevó a los labios.

—Anoche conocí a un grupo de solteros muy simpáticos y me han dicho que hoy nos unamos a ellos —dijo Andreas, mientras untaba con parsimonia sus tostadas con mantequilla.

—¿Quiénes son? —preguntó Sofía, observándolo atentamente, al tiempo que dejaba la taza sobre el plato—. Espero que no hayas caído otra vez en la tentación.

—No —dijo él riendo con ganas—. Anoche fui un niño bueno y me fui solo a dormir.

—Así me gusta —respondió Sofía con una sonrisa.

—Luego te los presento, he quedado con ellos a la salida del barco... —explicó, antes de coger la taza de café solo y tomársela de un trago.

—De acuerdo...

Después de desayunar y de ir por sus cosas al camarote, salieron juntos por la pasarela para visitar la ciudad de Tallin. Sofía estaba entusiasmada, pues había leído que aquella población contaba con maravillosas construcciones medievales y estaba deseando admirarlas todas. Le encantaba la arquitectura y, sobre todo, ver edificios que tenían tantísimos años. Era una apasionada

de la historia, algo que le había inculcado su padre, que a una edad muy temprana ya le leía los libros de historia y le explicaba que para saber desenvolverse en el presente había que aprender del pasado.

Siguió a Andreas y vio que éste se detenía delante de los amigos de Zack, que la miraban con una sonrisa. Ella se quedó bloqueada, intentando encontrar la lógica de aquello.

—Éstos son los hombres de los que te he hablado; anoche me lo pasé genial con ellos, charlando y riéndonos... Te presento a Eddy, a Abel, a Koldo, a Juan y a Zack ya lo conoces.

Mientras iba nombrándolos, ellos le hacían una mueca a modo de saludo que a Sofía le pareció fuera de lugar y que la hizo indignarse.

Se quedó observando a aquellos tipos melenudos, que vestían ropas demasiado vistosas para su gusto; parecía que no tuviesen otra cosa en el armario. Estaba sorprendida de ellos fueran los solteros que había conocido su amigo la noche pasada. ¿Andreas estaba loco? ¡Si eran lo opuesto a ellos! Sin saber muy bien qué decir, sonrió tímidamente y luego, olvidando sus modales, echó a andar detrás de la guía que les iba a mostrar la ciudad, mientras su amigo la miraba extrañado por aquel desplante.

—¿Qué te pasa? —musitó Andreas en voz baja cuando estuvo cerca de ella.

—Nada, simplemente que a mí ese tipo de gente no me gusta —contestó con seriedad.

—Pero Sofi, no seas así. Son súper majos y anoche me lo pasé genial con ellos...

—Me alegro por ti, pero yo no quiero saber nada de esos tipos que a saber cómo han conseguido un pasaje en este crucero.

—Pues pagándolo, ¿cómo lo iban a conseguir?

—No lo sé, pero míralos, tienen pinta de no haber trabajado en su vida... Con esos pelos largos, esas barbas de cuatro días sin arreglar y esa ropa hortera sacada de algún mercadillo de segunda mano. Lo siento, pero a mí no me van —concluyó molesta.

—No seas tan clasista, ¿vale? —dijo Andreas, molesto por su comportamiento extremista—. A la gente no hay que valorarla por la ropa que usa, sino por cómo es. Dales una oportunidad, ¿de acuerdo? Mira más allá de sus pintas.

—¿Te gusta a ti alguno? —preguntó ella de repente, mirándolo a los ojos y sin dejar de caminar.

Su amigo la observó extrañado.

—¿Cómo? ¡No! Si son todos heteros... Vamos, que yo sepa —dijo con una sonrisa apaciguadora.

—Entonces ahora sí que ya no entiendo tu fijación por juntarnos con esa clase de gente...

—Bueno, aparte de venir a buscar pareja, también podemos hacer nuevas amistades, ¿no?

—Puaj —soltó ella de malas maneras.

—¡Sofía, no me cabrees! —exclamó Andreas, comenzando a enfadarse por la actitud de niña consentida de su amiga—. Además de parecerme muy divertidos, quiero saber más de ellos para recopilar datos y utilizarlos en la novela que estoy escribiendo. Mi Muso me dio anoche una fantástica idea para acabar mi último libro: *Amar es cosa de dos*. —Y sonrió, dispuesto a que Sofía les diese una oportunidad a aquellas personas, aunque para ello él tuviese que maquillar la realidad.

—Bueno, está bien... Intentaré ser simpática y darles una oportunidad. Pero que quede claro que lo hago por ti y porque quiero leer esa novela ya —contestó Sofía altanera.

—¡Ésta es mi chica! —Andreas la abrazó y luego se acercó con ella al grupo de hombres a los que acababan de saludar—. Todo aclarado, vamos a conocer Tallin, chicos —dijo exultante, antes de ponerse a hablar con Eddy.

Recorrieron las calles del casco antiguo de la ciudad, que estaba amurallada; entrar allí era como retroceder a la época medieval. Sofía se quedó maravillada por la gran cantidad de monumentos que había: edificios e iglesias góticas, torres, callejuelas románticas. Pasear por aquellas maravillosas calles era como encontrarse

inmerso en un cuento de hadas, y Sofía anhelaba doblar una esquina y que la sorprendiese algún personaje de ficción, vestido con traje de época y con los corteses modales de entonces.

Andreas se paró varias veces a tomar notas en su inseparable libreta, mientras Sofía caminaba en silencio, admirando todo aquel esplendor y recordando las historias que su padre le relataba de aquel lugar tan pintoresco.

—Precioso, ¿verdad? —preguntó alguien a su lado.

Ella se volvió y sonrió.

—Sí, la catedral ortodoxa de Alejandro Nevsky es impresionante —contestó, mientras la señalaba con la mano delante de ellos, con sus cúpulas de cebolla y su ecléctico estilo arquitectónico—. Me deja sin palabras ver estas maravillosas construcciones que se realizaron hace tantísimos años sin la tecnología que ahora tenemos en nuestras manos.

—A ver que lo adivine... ¿profesora? —preguntó Zack, intentando averiguar a qué se dedicaba.

—No —respondió ella con una sonrisa—, administrativa.

—Era mi siguiente opción, te pega mucho estar escondida entre montañas de papeles —musitó observándola.

—¿Y tú? —preguntó a su vez Sofía, obviando su último comentario.

—No, yo no soy administrativo —contestó él con una sonrisa.

—Eso ya lo suponía, pero quiero saber a qué te dedicas —insistió, sin dejar de mirar su rostro alegre, cubierto por una leve barba.

—Bueno, ya sabes... Me dedico a todo y a nada en especial.

—Vamos, que estás en paro —soltó Sofía, imaginándoselo.

—No me gusta etiquetarme, pero bueno... —dijo él, todavía sonriente.

—Y si estás en paro, ¿cómo te has podido pagar este viaje? —preguntó ella con curiosidad, dando por hecho que estaba desempleado, aunque Zack no lo hubiese confirmado.

—Me tocó en un concurso —contestó con alegría.

—¡Qué suerte tuviste! —soltó ella con ironía.

—Sí, mucha. —Zack se acarició la barbilla con aire distraído—. Sigamos andando —pidió, mientras caminaba detrás del grupo.

—Anoche liasteis bien a mi amigo, ¿eh? —dijo Sofía, intentando averiguar las razones verdaderas de que estuvieran haciendo aquella excursión con ellos.

—La verdad es que fue él quien nos lio, nosotros nos íbamos a quedar en el barco, como ayer, pero nos convenció de que nos gustaría ver esta ciudad y al final accedimos.

—No lo entiendo...

—¿El qué?

—Primero que Andreas os haya pedido que vinierais con nosotros, somos tan distintos... Y segundo que seáis así —concluyó, señalándolo y poniendo cara de disgusto ante su manera de vestir.

—¿Así cómo? —preguntó Zack sin comprender.

—Que no tengáis sentido del ridículo.

—¿Lo dices por la ropa y por el pelo? Pienso que no hay que ser como los demás para ser mejor. Ya te lo dije el otro día, me visto y me peino como a mí me gusta, no como creo que a los demás les puede gustar...

—Entonces tienes muy mal gusto.

—¿Y eso quién lo dice? Nadie puede decir qué es bueno y qué malo. Cada uno tiene una manera de ver las cosas, pero nadie tiene la verdad absoluta de lo que es correcto y de lo que no lo es.

—Hay unos mínimos, Zack —porfió gallarda.

—¿Y quiénes los han establecido?

—La sociedad, la gente... ¡Todos! —exclamó Sofía, viéndose entre la espada y la pared.

—No me convence tu respuesta.

—Ni a mí tu imagen —replicó ella con altanería.

—Ni a mí tu manera de ser —respondió Zack, alejándose y dejándola sola, asombrada y frustrada por aquella conversación repleta de contradicciones.

Sofía siguió caminando, intentando centrar la atención en los monumentos y en lo que decía la guía, pero sus ojos se iban hacia Zack, que hablaba de forma animada con Koldo, más bajito que él, con el cabello negro largo y rizado. Bufó mientras observaba las escasas nubes que había en el cielo... Vaya viajecito le esperaba con aquellos hombres a su alrededor... Miró a Andreas, que seguía hablando con Eddy entre risas. Por lo menos alguien se lo pasaba bien, porque ella estaba deseando que terminase aquel crucero desde el primer minuto que embarcaron.

Por la tarde volvieron al barco y Sofía se fue directamente a su camarote; necesitaba descansar de tanto andar por las callejuelas de aquella preciosa ciudad. Al día siguiente visitarían San Petersburgo y después podrían descansar un día en alta mar hasta llegar al siguiente puerto. Se metió en la ducha para quitarse el calor y, sobre todo, el cabreo de mil demonios que llevaba, porque su amigo la había ignorado durante toda la excursión y por aquellos melenudos, que estaban más pendientes de hacer el ganso por la ciudad que de prestar atención a lo que decía la guía turística.

Se vistió para ir a cenar al restaurante, tras maquillarse y cepillar su melena. Había quedado con Andreas allí. Después de aquella conversación tan tensa con Zack, había pasado el día prácticamente sola. De vez en cuando Andreas se acercaba a ella y hablaban un rato, pero en cuanto podía, la dejaba y se ponía a hablar con Eddy. Zack no había vuelto a acercarse a ella para entablar conversación y a Sofía no le apetecía hacerlo con ningún otro, aunque por dentro estuviese deseando recibir algo de atención por parte de quien fuera.

Salió del camarote a la hora acordada con Andreas y se miró en el espejo del ascensor cómo le quedaba aquel vestido corto de Louis Vuitton, de cuero negro y media manga; calzaba unas preciosas sandalias negras con mucho tacón y del hombro derecho le colgaba un pequeño bolso del mismo color. Se había dejado el pelo suelto, con las ondas perfectamente marcadas con espuma moldeadora, lo

cual les daba movimiento y no hacía que se le encresparan. Iba maquillada con cuidado, sus grandes ojos verdes resaltaban y llevaba los labios pintados en rojo pasión.

Cuando llegó a la planta donde se encontraba el restaurante, salió del ascensor con paso seguro y caminó hasta donde estaba su amigo, que al verla le hizo una señal con la mano. Para su disgusto, cenaron en la misma mesa que los nuevos amigos de Andreas, y ella estaba horrorizada por el espectáculo que estaba dando; la manera que tenían de hablar y de comportarse en un lugar público era del todo reprobable.

Después de la cena, durante la cual Sofía no quiso hablar ni nadie reparó en ella, se fueron a la discoteca a tomar una última copa. Ella estuvo a punto de volverse al camarote y dar por concluida la velada, pero Andreas la cogió con fuerza del brazo y se la llevó con él. Allí se dedicaron a escuchar la música que se oía y a ver cómo algunos pasajeros bailaban, mientras su amigo y aquellos hombres hablaban entre risas y Sofía se limitaba a beber de su copa de martini al lado de ellos. Cuando ya no pudo soportarlo más, coincidiendo con que la copa se le había acabado, dio media vuelta y se marchó de la discoteca. Para estar así prefería estar sola.

Paseó por la cubierta del barco, intentando tranquilizarse antes de ir a su camarote a dormir; no se sentía a gusto consigo misma y era difícil paliar aquella sensación de que sobraba en todas partes. Sus pasos la llevaron hasta la piscina, perfectamente iluminada por varios focos de su interior.

—Como siempre tan simpática... —murmuró Zack, acercándose a ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sofía sorprendida, volviéndose al oír su voz.

—Al no verte nos hemos preocupado, podrías haber dicho que te ibas... —contestó él con tranquilidad. Esa noche llevaba unos pantalones negros y una camiseta blanca con unas letras impresas en rojo.

—He creído que no era necesario —dijo ella restándole importancia, mientras observaba el balanceo del agua de la piscina.

—¿Por qué eres tan rígida?

—Yo no soy rígida —replicó, mientras se daba la vuelta para encararse a él.

—Sí que lo eres, no te gusta hacer locuras. —Sonrió divertido al ver el rostro contrariado de aquella mujer tan introvertida.

—Las locuras no sirven para nada... —respondió Sofía, levantando los ojos al cielo y sintiendo un nudo en la boca del estómago.

—¿Cómo que no?

De repente, Zack se le acercó con rapidez, la cogió y se tiró con ella a la piscina, donde se zambulleron, salpicando agua por todas partes.

—Pero ¿qué haces? —logró decir Sofía estupefacta y empapada, mientras intentaba mantenerse a flote.

—Demostrarte que las locuras sirven para algo —contestó él divertido, sin dejar de mostrar aquella sonrisa suya tan franca.

—Sí, para destrozarme un vestido de más de mil euros —protestó ella, enfadada al verse de aquella guisa, notando cómo la ropa se le pegaba al cuerpo e intentando que sus caros zapatos no se hundiesen en el fondo de aquella piscina azul.

—¿Sabes una cosa, brujilla? Con el cabello mojado, el maquillaje esparcido por la cara y esa expresión de enfado, estás preciosa —dijo Zack, al tiempo que se aproximaba a ella cada vez más, sin apartar la mirada de Sofía, que lo observaba entre asombrada y molesta por lo que había hecho.

—Tú estás muy mal de la cabeza —siseó, aguantando la respiración al ver cómo había cambiado en décimas de segundos el tono de la conversación y la mirada de él.

—Es posible —contestó Zack, y sonrió.

Sofía observó la chispa en los ojos de aquel hombre tan singular, que hacía que ella no saliera de la piscina y echara a correr enfurruñada, que la dejaba absorta, esperando el siguiente paso de

aquel melenudo que la había tirado al agua sin avisar.

Zack le acarició la cara con tranquilidad, intentando dibujar sus facciones con los dedos, y Sofía se quedó quieta mirándolo, embelesada por el magnetismo que destilaba con sus susurros y, sobre todo, con sus caricias; tiernas, íntimas, repletas de promesas sin pronunciar. Ella no pudo, ni quiso, apartar la mirada de aquellos ojos oscuros, de aquella boca de repente tan tentadora que le pedía a gritos que la besara, con los labios entreabiertos, seductores, haciendo que las pequeñas gotas de agua crearan un espectáculo excitante del que ella era la única espectadora.

Sofía contuvo el aliento, intentó recobrar la razón, pero lo que sentía se la nublaba por completo. Notó cómo el cuerpo de Zack se pegaba al de ella, y se dio cuenta de que él sí llegaba al fondo de la piscina y podía tener mayor estabilidad. También notó el roce de sus brazos, de su pecho y de sus piernas, y de súbito, como un reclamo de su cuerpo, su sexo palpitó alocado, recordándole que seguía viva a pesar de todas sus excusas por negar ese hecho. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Lo volvió a mirar, esa vez de manera distinta. Tenía el pelo tan empapado como ella; pequeñas gotas resbalan por su rostro masculino y su barba se le antojó de golpe tentadora, quería saber cómo sería su tacto. Se sentía como si le hubiese quitado una venda y pudiese ver a aquel hombre tal como era, atractivo, seguro de sí mismo, y que la miraba con tal fogosidad que sería capaz de descongelar un glaciar. Se perdió en él y lo único que quiso, que anheló, fue que terminase lo que había empezado; su respiración se hizo irregular sólo de pensar que estaban a solas en aquella piscina y que con aquel hombre tan sorprendente para ella podría pasar cualquier cosa.

Zack se acercó tanto que Sofía podía sentir su aliento sobre su rostro mojado, el cual le hacía cerrar instintivamente los ojos. Le acarició la nariz con la suya y ella notó un cosquilleo en la entrepierna. Entonces él dijo en un tono muy sensual:

—Es una verdadera lástima que no te gusten los hombres como yo y que a mí no me gusten las mujeres como tú.

Sofía abrió los ojos y lo miró extrañada, mientras Zack sonreía divertido. Le guiñó un ojo y se alejó de ella nadando para salir del agua, abandonándola en aquella piscina, empapada por fuera y por dentro, con la libido por las nubes. Sin mover un solo músculo, observó cómo él se marchaba de allí y desaparecía en la lejanía, dejando un rastro de pisadas mojadas y sin volver la cabeza para comprobar cómo estaba ella.

Con el orgullo herido y un cabreo que amenazaba con explotar en cualquier momento como si fuera un volcán en plena erupción, Sofía salió como pudo de allí y fue a su camarote, intentando que nadie la viese en aquel penoso estado. Mientras, en su mente sólo se repetía una cosa: «Ésta me la pagarás, pelanas».

7

—Buenos días, señorita Gruñona —la saludó Andreas, sentándose a su lado en el restaurante para desayunar.

—Buenos días, liante —contestó ella con una sonrisa.

Sofía desayunaba tranquila, aunque la noche anterior no hubiese dormido prácticamente nada a causa del chapuzón inesperado con Zack y porque no pudo dejar de pensar en las razones que habían hecho que ella, una mujer con las ideas muy claras y unos objetivos claramente fijados, se sintiera atraída por unos segundos por aquel espécimen de hombre. Al final, después de dar mil vueltas y de ponerse histérica al no encontrar la solución a ese problema, dio por zanjado el tema, pensando que habría sido a causa del alcohol y poco más, pues era imposible que sintiese nada por aquel hombre en condiciones normales. Era descabellado, tanto, que llegar a esa conclusión hizo que se encontrara un poco mejor.

—¿Adónde fuiste anoche? Zack fue a buscarte, pero tampoco volvió.

—Tu nuevo amigo me cogió por la cintura e hizo que nos zambullésemos en la piscina vestidos —explicó, molesta al recordar el incidente.

—¿Y eso por qué? —preguntó Andreas, aguantándose la risa sólo de pensar en su amiga, con lo ideal que iba siempre, de aquella guisa.

—Yo qué sé —respondió indignada, encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Ay, qué romántico. Espera que saque la libreta. —Buscó en los bolsillos de su pantalón—. Me lo imagino: la luna os iluminaba con una suave luz, las estrellas cubrían el cielo como un manto, el murmullo de la piscina creaba una música sin igual. Él se acercaría a

ti, te apartaría el cabello con suavidad y te diría lo preciosa que eres; tú, al ver cómo se resbalaban las gotas por su rostro masculino, te dejarías llevar y, poco a poco, vuestros labios se acercarían tímidamente hasta encontrarse en un primer y majestuoso beso lleno de pasión y anhelo —dijo, mientras escribía en su cuaderno.

—De verdad, Andreas, esas cosas déjalas para tus novelas románticas, porque la realidad no es así de edulcorada. Mira, te hago un resumen: estropeó mi caro y precioso vestido, me acarició la cara, sí, pero no pasó de ahí, porque enseguida salió de la piscina para marcharse, dejándome empapada y cabreada por tener que volverme al camarote con esas pintas —explicó Sofía.

—Pues vaya... Mi versión es mucho mejor. —Andreas chasqueó la lengua mientras se acariciaba el pelo con el bolígrafo.

—Pero no es lo que ocurrió —dijo ella.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada, terminar de desayunar y ver San Petersburgo.

—Ellos también van a venir... —dijo titubeante, temiendo la reacción de su amiga.

—Sin problemas. —Sonrió—. Yo ya he acabado de desayunar, me voy a terminar de arreglar y nos vemos donde siempre, ¿de acuerdo?

—Sí, claro... —respondió, extrañado por su aparente tranquilidad.

Sofía llegó a su camarote y se cambió de ropa. Lo primero que tenía que hacer era vestirse de tal manera que fuera irresistible para ese hombre que la había dejado literalmente tirada. Se puso una minifalda de color blanco y una camiseta rosa de Givenchi. Para rematar, se calzó unas sandalias con un poco de plataforma, que eran súper cómodas y además le estilizaban las piernas, uno de sus puntos fuertes. Se cepilló el pelo y se hizo una apretada coleta, se puso un poco de rímel para enmarcar los ojos y brillo de labios, y se aplicó también un corrector de ojeras; no quería que Zack supiese que no había dormido aquella noche, no deseaba darle ese gusto.

Debía aparentar calma y firmeza. Cuando se dio el visto bueno en el espejo, se puso un bolso en bandolera y se fue en busca de su amigo y de Zack.

—Woooooo, estás preciosa —soltó Andreas al verla.

—¿Con estos trapitos? —preguntó ella con una sonrisa llena de intenciones.

—¿Qué tiene preparado esa cabecita tuya? —murmuró él, adivinando sus oscuros propósitos.

—Nada, me portaré bien —contestó Sofía, regalándole una sonrisa de niña buena.

—Eso no te lo crees ni tú —dijo Andreas, al ver el brillo de los ojos de su amiga.

Echaron a andar por la pasarela para abandonar el barco y al poco se volvieron al oír las voces y el jolgorio inconfundible de aquellos cinco amigos tan escandalosos. Zack, al verla, se quedó serio de golpe, pero intentó disimular mirando a su amigo y riéndose sin ningún motivo aparente. No quería que ella se diese cuenta de que aquella ropa le había hecho parar de golpe la conversación que estaba manteniendo y que se le había olvidado por completo lo que iba a decir.

—Creía que la Barbie Sirena no vendría hoy —soltó con una sonrisa socarrona, cuando estuvieron cerca de Andreas y de Sofía.

—Vaya, ya no soy una bruja, ahora he ascendido a Barbie —replicó ella, parpadeando con coquetería y obviando la parte que hacía referencia a su baño nocturno.

—Rectifico, porque ahora que lo dices, lo de Barbie te queda demasiado grande... Ya sabes, la muñeca tenía más *pechonalidad* que tú —dijo él con una sonrisa, mientras se tocaba el cuello de su camisa estampada en color morado—. Más bien eres una Monster High, creo que la zombi te va mejor que las demás, ya sabes, por el carácter reservado y agrio que compartís.

—Qué entendido eres en dibujos infantiles. Por algo será —insinuó Sofía, sin poder morderse la lengua con aquel hombre.

—Ya sabes, hay que saber de todo un poco —contestó él con una sonrisa.

—O lo que es lo mismo, no saber nada de nada de muchísimas cosas.

—Bueno eso no lo sabes.

—O tal vez he dado en el clavo y estás disimulando —replicó ella con chulería.

—Venga, chicos, haya paz. Vamos a pasear y ver lo que nos espera en esta ciudad —dijo Andreas, cortando aquella discusión entre los dos e intentando poner paz en aquella excursión que ni siquiera había empezado.

Sofía miró a Zack con altanería, levantando la cabeza, y él le sacó la lengua, como siempre. Ella, molesta por su conducta, que hacía que variase la suya propia, echó a andar a grandes zancadas, aunque sin olvidar su elegancia y feminidad.

Recorrer las calles de San Petersburgo era como desplazarse a otro mundo totalmente distinto; sus edificios eran majestuosos e impresionantes, su riqueza arquitectónica estaba presente en muchísimos lugares. Sofía admiró embelesada aquella ciudad; sus palacios, sus iglesias y sus plazas eran dignos de ser ensalzados, sin lugar a dudas.

—Para ser una rata de biblioteca, te gusta mucho la arquitectura, brujilla —dijo Zack con sorna, acercándose a ella, que en ese momento estaba admirando la impresionante fachada de la iglesia del Salvador, de silueta complicada y muy pintoresca; la ornamentación se reflejaba maravillosamente en las aguas del canal Griboédov, y las fachadas estaban revestidas con ladrillos esmaltados, baldosas y azulejos, creando un espectáculo para la vista.

—Tengo un nombre, pelanas... —murmuró Sofía, sin apartar la mirada de aquella preciosa vista—. Y sí, me encanta la arquitectura, creo que no es malo tener varios hobbies. Pero claro, seguramente a ti eso te sorprende, porque sólo te dedicas a organizar botellones y a buscar por los rastros esa ropa que usas...

—¿Pelanas? —repitió divertido, sorprendido por aquel apelativo.

—Claro, ya que tú pasas de mi nombre, he optado por pasar yo del tuyo —contestó ella con una sonrisa, mientras echaba a andar contoneando con sofisticación las caderas.

Zack la miró sin poder contener la risa. Cada día que pasaba, le gustaba más aquella mujer tan singular.

Después de dar una vuelta por el centro de la ciudad se fueron a comer a un restaurante cercano y, entre plato y plato de comida típica rusa, probaron el vodka.

—Madre mía, qué fuerte que está —protestó Sofía al mojar los labios en aquel licor y notar el intenso sabor del alcohol.

—Venga, señoritinga, que no se diga y dale un buen trago —la apremió Zack, que estaba sentado enfrente de ella. Sin dejar de mirarla, cogió el pequeño vaso lleno de vodka y se lo acabó de un trago, retándola con la mirada para que hiciese lo mismo.

—Sofi, enséñale a éste de qué pasta estás hecha —susurró Andreas, animando a su amiga a que se soltara un poco la melena delante de aquellos hombres.

—De verdad, no tengo que demostrar nada y menos al pelocho que está ahí sentado —contestó ella con tranquilidad.

—¿Pelocho? —Repitió Eddy riéndose y dándole un codazo a Zack, que se había quedado con una sonrisita en la cara mientras la miraba fijamente.

—Esperaba un poco más de imaginación por tu parte. La verdad es que recurrir a un anuncio de televisión es algo demasiado obvio para una mujer como tú, tan ilustrada y sofisticada —soltó Zack con chulería, mientras se acariciaba la barba con parsimonia e intentaba hacerla rabiar aún más.

—Trae aquí ese licor —dijo Sofía cogiendo el vasito en un arranque de valentía—. La sofisticación y la educación abren muchas más puertas que la locura. —Levantó el vaso y, sin dejar de mirarlo, se bebió todo su contenido, aguantando la sensación de quemazón que le había dejado aquel alcohol en la boca y la garganta.

—Es posible, pero seguro que las puertas que abren te llevan a lugares aburridos y oscuros. La locura en cambio te llevará a la felicidad y la diversión. —Zack chasqueó la lengua, seguro de sus palabras.

—Cambiando de tema —dijo de repente Andreas, viendo que aquella conversación no iba a acabar bien e interrumpiendo aquella verborrea de ellos dos—. Cuando acabemos de comer podríamos ir a pasear por el centro a nuestro aire, y así aprovechar el tiempo para ver un poco más las costumbres rusas y comprar algún que otro recuerdo.

—Me parece estupendo —comentó Eddy, y levantó su vaso de vodka para brindar por aquella idea.

Como habían dicho, después de comer se separaron del grupo y se fueron por la ciudad los siete solos. Entraron en varias tiendas buscando las famosas matrioskas y compraron además alguna botella de aquel vodka que habían probado, para poder brindar también en el barco. Llegaron a éste justos de tiempo; diez minutos más tarde y se hubiesen quedado en tierra. Antes de irse a sus camarotes permanecieron en cubierta observando aquella ciudad desde la distancia.

Sofía les explicó lo de las Noches Blancas de San Petersburgo. Era un fenómeno que ocurría los meses de verano, cuando la luz diurna casi no desaparecía del firmamento, no llegando a oscurecer por completo, y el día podía durar unas diecinueve horas. Sofía admiró aquel paisaje precioso. Aunque no lo reconociese delante de aquellos hombres, aquel día lo había pasado bien, se había divertido intentando sacar de quicio a aquel hombre que tenía respuesta para todo. Tras quedar para verse en el restaurante, cada uno se fue hacia su camarote y Andreas y Sofía bajaron juntos hasta su planta.

—¿Qué estás haciendo, Sofi? Has estado todo el día discutiendo con Zack. ¡Todo el santo día! Ya incluso discutíais por tonterías, como cuando os habéis puesto en la tienda a ver cuál de las dos matrioskas era mejor y más bonita —le dijo Andreas, mientras recorrían el pasillo en dirección a sus camarotes.

—¡Vaya, no hay quién te entienda! Me pediste que me divirtiera —dijo ella con una sonrisa.

—¿Discutir con ese hombre te divierte? —preguntó confuso.

—Digamos que desde que anoche me tiró a la piscina, me he puesto un objetivo claro para este crucero, y es hacerle la vida imposible al pelanas —explicó ella con tranquilidad.

—Ten cuidado, Sofi —le aconsejó él, negando con la cabeza, divertido por las ideas de su amiga—. Espero que este jueguecito que os lleváis los dos no os explote en la cara y al final os encontréis perdidamente enamorados el uno del otro.

—¡Esas cosas sólo ocurren en las novelas, Andreas! Yo nunca podría enamorarme de un tipo como Zack. No hay más que mirarlo para ver que no podría estar a mi lado —aseguró, del todo convencida.

—Es posible que no seáis iguales, pero a veces el amor no entiende de gustos ni de clases sociales —comentó Andreas con cariño—. Sólo te digo que tengas cuidado...

—Lo tendré —susurró ella, deteniéndose en la puerta de su camarote—. Luego nos vemos.

—Espero que esta noche te lo tomes con más calma... Hasta ahora —se despidió de ella Andreas.

Sofía sonrió mientras entraba en su dormitorio. Se sentía de buen humor. El hecho de fastidiar a Zack se había convertido en un soplo de aire fresco en aquel crucero; se lo pasaba bien intentando encontrar algún error o fallo en lo que él comentaba, aunque se lo tuviese que inventar. Nunca le daría la razón, trataría de rebatir todo lo que él dijese. Zack había abierto la caja de Pandora al tirarla vestida a la piscina e insinuársele y ahora aquello se había convertido en una guerra.

Se duchó, se vistió y se maquilló. Antes de salir de la habitación se miró en el espejo y sonrió divertida. Aquella noche prometía y más con el sugerente vestido que llevaba puesto, corto, ajustado y

de color negro, de la última temporada de Elie Saab; insinuaba mucho pero no dejaba ver nada, perfecto para volver loco a más de uno.

Como cada noche, cenaron en el restaurante principal del navío, en la misma mesa que ocupaban los melenudos que habían hecho tanta amistad con Andreas. La cena, como siempre, estaba deliciosa y Sofía se comportó con amabilidad y simpatía, algo que incluso sorprendió a su amigo, pues a ella le costaba mucho mostrarse como era en la intimidad... Disfrutaron todos de una fantástica velada, con risas y conversaciones ligeras. Después decidieron visitar el casino de a bordo; al día siguiente no había excursiones, por lo que tenían todo un día de relax en el barco.

—¿Dónde has dejado a la verdadera Sofía? —le preguntó Zack, sosteniendo un vodka con limón mientras se acercaba a ella, que estaba observando cómo su amigo apostaba a la ruleta.

—La he dejado maniatada en el camarote —contestó con una sonrisa, bebiendo un sorbo de su delicioso *gin-tonic*.

—Mmmm... Es curioso, pero me pone un montón la idea de verte maniatada y con una mordaza en la boca; así estarías mucho más sexi.

—Tomaré nota para el futuro, cuando quiera llamar la atención de un hombre —contestó Sofía, intentando no decirle alguna sandez, pues se había propuesto portarse bien esa velada.

—Con el vestido que llevas hoy llamas bastante la atención —dijo él, repasando con la mirada su cuerpo envuelto en aquella prenda tan ceñida.

—Vaya, para no tener tetas sí que te has fijado.

—Bueno, aunque carezcas de eso, no quita para que gustes a otro tipo de hombres... —Señaló la sala repleta de gente con la mano en un gesto distraído.

—¿A qué tipo de hombres? —preguntó ella, mientras bebía un poco de su copa.

—Ya sabes, a los de tu especie: antipáticos y aburridos.

—Gracias por la parte que me toca.

—No hay de qué. —Sonrió—. Es un placer mostrarte la realidad.

—Pero hay una cosa que no entiendo —murmuró pensativa—. Si tan horripilante soy, ya sabes, sin curvas y además una bruja de cuidado, ¿por qué sigues acercándote a mí para hablar?

—Una buena pregunta, sin duda... Supongo que me da pena verte aislada de todos —contestó despreocupado.

—¡Qué buen samaritano eres! —exclamó Sofía con sarcasmo.

—Soy un partidazo —dijo Zack con una sonrisa encantadora, haciendo que ella se irguiese, ofendida por su contestación.

—¿No vas a jugar? —le preguntó ella, señalando la mesa de la ruleta y centrándose en otro tema.

—No me gusta apostar dinero... —comentó él con indiferencia —. Prefiero apostar con cosas mejores.

—¿Qué cosas? —preguntó, extrañada de su contestación, que había hecho que se interesase de verdad.

—Ya sabes, un coche, un piso, un beso... —susurró él, mirándola de reojo.

—Lo primero lo entiendo, pero ¿un beso? Veo absurdo apostar eso...

—Bueno, es que no es un simple beso. Es un beso en mayúsculas, con su lengua, con sus tocamientos de rigor... —explicó Zack, bajando la voz y dando más calor e intención a sus palabras.

—¿Y sueles ganar muchos besos de ésos? —preguntó Sofía curiosa, tragando con dificultad al percibir que sus palabras la estaban afectando más de lo que ella quisiera.

—Si me interesa, sí; si no, intento perder a toda costa —contestó con una sonrisa.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Soy bueno cuando quiero, sólo es eso —respondió con alegría.

—Apostemos —soltó de repente Sofía, envalentonada por el alcohol, la situación o por el divertido día que había pasado.

—¿El qué? —preguntó él distraído.

—Me da igual, lo que quieras —contestó ella con decisión.

—Un beso, pero no de niña repipi.

—Si gano yo, quiero que beses a quien yo te diga —concluyó Sofía con una sonrisa maliciosa, pensando en el perfecto candidato, que se llevaría una sorpresa cuando viese al melenudo acercarse a él.

—¡Hecho! —exclamó Zack con seguridad, y le ofreció la mano para sellar el trato.

—¿Te da igual que sea hombre o mujer? —preguntó ella, intentando ponerlo nervioso.

—Sí, porque sé que voy a ganar —se jactó con una sonrisa, y la miró fijamente.

—Elijo yo el juego —dijo Sofía antes de que sellaran el pacto estrechándose la mano.

—De acuerdo.

Sofía dejó su copa en la barra del bar y caminaron entre las mesas dispuestas por el gran salón con moqueta azul. En cada una de ellas había un juego, al que los viajeros apostaban y jugaban ganando o perdiendo su dinero. Al final se detuvo en una mesa oval, donde una mujer de rostro serio barajaba unas cartas y repartía a medida que se lo solicitaban. Sofía se volvió para mirar a Zack y le hizo una señal; iban a jugar al black jack, un juego de cartas que consistía en sumar los puntos de éstas para llegar a la cifra de veintiuno, sin pasarse. Se pusieron cada uno en un lado de la mesa y la crupier comenzó a remover las cartas, sacó dos de ellas y las giró.

—Has elegido mal el juego —dijo Zack con una sonrisa, mientras observaba que él llevaba ya ocho puntos y Sofía tres.

—¿Es que te da miedo perder? —preguntó ella con una sonrisa.

—No me da miedo nada y menos cuando sé que voy a ganar. No sabes lo bien que se me da a mí esto.

La crupier sonrió al oírlos y volvió a depositar dos cartas, dándoles la vuelta a la vez. Zack sacó un siete y Sofía un nueve. Ésta empezó a ponerse nerviosa; los dos estaban próximos a ganar: si Zack sacaba un seis llegaría a veintiuno y si ella sacaba otro

nueve, ganaría. Cuando la crupier dejó las cartas boca abajo encima de sus respectivos sitios, contuvo la respiración; no quería besar a ese hombre.

—¡Veintiuno! El caballero gana —informó la crupier, dando la vuelta a las cartas. Sofía había sacado un dos.

—Te lo he dicho —anunció sonriente Zack, observando su cara de enfado.

—¡Vamos afuera! —soltó Sofía, molesta y de malas maneras; no le gustaba perder ni a las canicas.

Salieron los dos juntos hacia la cubierta del barco. La noche, por llamarla de alguna manera, no era del todo oscura, el cielo estaba parcialmente iluminado y se podía entrever la luna, pero apenas las estrellas. En cambio, unos matices azules de diferentes intensidades dejaban el cielo precioso, dándole una pincelada de magia a aquella noche en alta mar. Sofía caminaba a grandes zancadas, intentando apartarse al máximo de las personas que paseaban por allí, mientras notaba que su enfado crecía cada vez más y que los efectos del alcohol, además de su entusiasmo previo, se disipaban por completo y volvía a sentirse como en los últimos años: huraña, taciturna y gélida.

—No hace falta que me des un beso —dijo Zack, intentando reprimir una carcajada. La cara que se le había quedado a Sofía al ver que había perdido era digna de verse y él lo estaba disfrutando de lo lindo.

—Sabía a lo que me arriesgaba, Zack y soy una mujer de palabra, eso no lo dudes —replicó con solemnidad y gesto serio y contrariado.

—Ya sabes que nos hemos apostado un beso de los buenos, no un piquito de periquito —aclaró.

—Lo sé —siseó ella, parándose en seco y poniéndose delante de él.

—Esto se pone interesante —susurró Zack alegre; observó su delicado rostro, que comenzaba a aproximarse al suyo. De repente Sofía miró detrás de él y después le sonrió con coquetería mientras

le hacía una caricia en el torso.

En ese momento, lo empujó con todas sus fuerzas a la piscina, pero no contó con que él, mucho más hábil, la cogiera de la mano en el último momento y se zambulleran juntos.

—¿Estás tonto? —preguntó alterada, viéndose de nuevo empapada y dentro de la piscina.

—Yo no he sido el que ha tenido la idea de que nos zambullésemos —soltó él, mientras se apartaba el agua de los ojos, que le impedía ver con claridad.

—Pero yo quería que te cayeses tú solo —gruñó molesta, mirándolo desafiante y deseando que así hubiese sido y no como habían acabado al final.

—Ay, Sofía, necesitas disimular un poco mejor. Te has detenido delante de la piscina y no parabas de mirarla y, claro, ya me temía yo esto —explicó Zack entre risas, retirándose el pelo empapado con las manos.

—¡Eres un borde! —exclamó furiosa y empezó a nadar hacia la escalerilla para salir de la piscina antes que él.

—Y tú, bonita, una bruja —contestó Zack sonriente, al tiempo que nadaba detrás de ella con dificultad a causa de la ropa.

Antes de que Sofía llegase al borde, la cogió de la mano atrayéndola hacia él, la amoldó a su cuerpo buscando su nuca con una mano para que no se escapase y posó sus labios húmedos en su boca entreabierta por el asombro de verse arrastrada hacia él. Fue un beso tan voraz que la dejó sin aliento ni tiempo para reaccionar. La lengua experta de Zack se introdujo en su boca sin impedimentos, mientras la estrechaba más contra su pecho, notando, a medida que el beso se volvía más ardiente, cómo Sofía se relajaba entre sus brazos, disfrutando de la maestría con que la besaba, dejándose llevar por aquel cúmulo de sensaciones que afloraban con sólo sentir aquella caricia tan sublime para ella.

Nunca la habían besado de aquella manera tan apasionada y terrenal que incluso hacía que se olvidase de que estaba dentro de una piscina pública, con su mejor vestido y el maquillaje corrido,

algo impensable para una mujer como ella. Pero en aquel momento no importaba nada más que Zack y Sofía. Nada más que dos personas dejándose llevar por aquella electricidad que los recorría cuando estaban cerca.

8

Por enésima vez esa mañana, Sofía intentó concentrarse en el manuscrito de su amigo, tumbada en una de las hamacas que bordeaban la piscina. Ese día tocaba quedarse en el barco hasta llegar al siguiente destino e iba a aprovecharlo para descansar. La noche anterior no pudo conciliar bien el sueño el volver a su camarote, empapada y disgustada por cómo había terminado la velada, de nuevo por culpa de aquel hombre que se había fijado en ella para amargarle el crucero y que además había conseguido besarla; todo eso era demasiado frustrante para Sofía.

Aunque le costase reconocerlo delante de cualquiera que se lo preguntase, el beso le gustó bastante más de lo que pensaba, pero cuando Zack se relajó entre sus brazos, aprovechó para poder escapar de su agarre y lo dejó allí, dentro de la piscina, solo y excitado, mientras veía cómo ella se alejaba de él con el vestido empapado y los zapatos de tacón en la mano, intentando que nadie la descubriese en esas condiciones.

Después de quitarse la ropa, meter el vestido en una de las bolsas especiales para la tintorería y darse una ducha templada para relajarse tras aquel episodio que la había frustrado tanto y entrar en calor de nuevo, se quedó tumbada en la cama, mirando el techo y recordando aquel beso dentro de la piscina, en la soledad de aquel barco donde estaba viviendo situaciones que no le gustaban y que la sorprendían incluso a ella misma. Intentaba ver la parte positiva, pero no sabía cómo, ese hombre siempre hacía algo que la ponía de mal humor, incluso la había besado... ¡A ella!¡ ¡A Sofía Figueroa de la Sierra!!

Por la mañana la sensación no mejoró al pensar que tendría que ver a Zack con su sonrisa franca y sincera, sin un ápice de remordimiento por lo que había pasado la noche anterior, sin ni siquiera mencionarlo ni ofrecer una disculpa por lo acontecido. Con su ropa siempre fuera de lugar y aquel pelo afro que llamaba tanto la atención. Y allí estaba ella, releyendo el comienzo de la nueva novela romántica de Andreas, mientras él y los melenudos se zambullían en el agua de la piscina como si fuesen amigos de toda la vida, llevándose más de una mirada reprobatoria por parte de los demás pasajeros que también querían aprovechar la piscina, pero sin los continuos salpicones y gritos de aquellos hombres.

Sofía resopló mientras se obligaba a centrarse en lo que estaba haciendo y a dejar de mirarlo, porque aunque quisiera negarlo, sus ojos siempre iban hacia donde estaba él, intentando averiguar si también la miraba a ella, si quería volver a besarla o incluso si sus amigos sabían algo de aquel beso que nunca debió producirse. Intentó volver a centrarse. Aquello se estaba convirtiendo en una misión imposible, pero tenía que leer la novela de su amigo, pues desde que Andreas comenzó su carrera literaria, ella se había convertido en su lectora cero, algo que se tomaba muy en serio, ya que era la primera que leía el manuscrito y debía darle su opinión sobre éste, además de corregirle fallos y comentarle mejoras que creía que se podían realizar.

«Observé en silencio cómo, desde detrás de aquellas montañas grisáceas, salía con timidez el sol de un nuevo día. Tenía por delante otra oportunidad para comenzar a hacer las cosas bien, no como querían los demás que las hiciera. No estaba triste, era absurdo sentirse así, pero debía hacer algo para cambiar mi actitud con este mundo que me brindaba tantas ocasiones para ser feliz y yo las desperdiciaba como si nada. Debía coger el toro por los cuernos y decirle de una vez por todas que lo amaba. Hoy sería para mí el principio de una nueva vida, llena de locura, pasión y amor; o eso anhelaba. Me levanté con decisión y me acerqué a mi moto de gran

cilindrada en color negro que estaba a escasos metros de donde me encontraba. Debía ir a verlo, no quería achantarme; ya estaba tomada la decisión.»

Sofía sonrió al leer el comienzo de la nueva historia de Andreas. Pintaba bien y ya estaba deseando saber más, eso era bueno. Para ella lo más importante de una novela era que la enganchara desde el principio y su amigo siempre cumplía sus altas expectativas.

—Te gusta vivir la vida al límite, ¿eh? —preguntó Zack desde dentro del agua, con el pelo mojado y recogido en una coleta, al tiempo que miraba cómo leía.

—Sí, ya ves, me encantan las emociones fuertes —masculló Sofía con mala cara, levantando una ceja, observando las facciones masculinas de él y el brillo divertido de su mirada.

—Se te nota —dijo alegre, mientras salpicaba agua hacia donde ella estaba.

—¡Quieres estarte quieto! Pareces un crío, de verdad —gruñó molesta, intentando que su lector de ebooks no se mojase.

—¡Menudo muermo de tía! —resopló Zack—. Me gustabas más anoche... Al fin te vi hacer algo alocado —musitó, aguantándose la risa.

Sofía le echó una mirada que hubiese provocando un tsunami, pero él simplemente se rio y se alejó dejándola de nuevo sola.

Se pasó toda la mañana allí tumbada leyendo; de vez en cuando levantaba la cabeza para ver qué hacía Andreas. Éste se lo estaba pasando en grande, disfrutaba de las locuras de aquellos hombres a los que no les importaba hacer el ridículo delante de quien fuese. Se había amoldado bastante bien a su juerga, sus risas y sus bromas. Era como si se conociesen de toda la vida y Sofía simplemente sobraba en aquella ecuación. Ella era la extraña entre ellos, la adulta...

Intentó que su mente —bastante más libertina desde que estaba en alta mar— no viajase a horas atrás, cuando en aquella piscina sólo había dos personas, vestidas, dentro del agua, besándose como si se acabase el mundo, estrechándose y

percibiendo la respiración alterada del otro; notando que conectaban... Su mirada viajó de nuevo hasta Andreas, e intentó con ello calmar un poco aquel remolino de sensaciones que la desbordaban, pero cuando lo atisbó se quedó perpleja por el espectáculo que estaban presenciando sus ojos.

No se lo podía creer, el muy... la había engañado. Era evidente que no estaba siendo testigo de ninguna escena sacada de una película clasificada para mayores, pero conocía a su amigo lo suficiente como para sumar dos más dos. Ya imaginaba ella que algo escondía, sabía muy bien cómo era él, y tanta simpatía por unos hombres que no tenían nada en común con ellos resultaba algo extraño... Aquella mirada lo delataba, aquellos gestos proclamaban todo lo que escondían. Sofía sabía que allí había algo más que amistad, los cuchicheos y los jueguecitos que compartían lo habían delatado.

Se levantó de un salto, miró a Andreas frunciendo el cejo, señal inequívoca de que estaba pensativa o molesta, algo de lo que él se dio cuenta, cogió su bolso y el lector de libros electrónicos y se fue hacia su camarote. Se estaba cansando de que todo el mundo le tomase el pelo, de ser la última en enterarse de las cosas y de que nadie reparara en ella. Su paciencia se estaba agotando a medida que el barco avanzaba más hacia el norte.

—Sofi, espera —dijo Andreas, corriendo detrás de ella.

Llevaba una toalla enrollada en la cintura y sus chanclas resonaban por el suelo abrillantado, dejando un rastro de agua a su paso.

—¿Qué quieres, Andreas? —preguntó molesta, mientras se daba la vuelta; estaba a escasos metros del ascensor.

—Quiero explicarme. Sé que te dije que ninguno de ellos era gay, pero... Anoche me di cuenta de que me equivocaba —explicó con una sonrisa—. No sé cómo ocurrió, pero de repente me vi besándolo y... ¡uf, Sofi!, besa como los ángeles.

—¿Y cuándo me lo pensabas contar? —preguntó enfurruñada.

—Quería hacerlo a solas, no me apetecía que ninguno de ellos me oyera, pero esta vez creo que me he enamorado de verdad, Sofi... —musitó con los ojos brillantes.

—Todas las veces crees que es de verdad —respondió, cansada de la facilidad que tenía su amigo para enamorarse.

—Pero es que Eddy, bueno, es totalmente distinto a los demás. ¡Joder! Si no me había dado cuenta de que es gay, con eso te lo digo todo —dijo nervioso—. Tengo miedo, Sofi.

—¿Miedo? ¿De qué? —preguntó ella sorprendida.

—De tener el mismo final. Me gusta demasiado... —murmuró con pesar.

—No debes pensar eso, Andreas. Si te gusta y a él le gustas, no debes temer nada. Eres el primero que disfruta de la vida tal como llega, tienes un don y no debes dejarte llevar por mi negatividad —dijo Sofía con cariño.

—Sofi, pero es que sé que a ti no te caen bien y que estás con ellos por mí.

—Es cierto, pero ahora que sé que hay una razón de peso, lo haré sin fruncir tanto el cejo —contestó con una sonrisa.

—¡Eres maravillosa! —exclamó Andreas mientras la abrazaba.

—Y tú un pendón desorejado, pero aun así te quiero un montón —dijo, estrechándolo entre los brazos.

Por él haría cualquier cosa, era el único que la comprendía, su único amigo; la única persona que había estado en los momentos difíciles, cuando el pasado la visitaba con fuerza y angustia, a causa de cualquier aniversario.

Se duchó y se vistió para comer. Se puso un vestido vaporoso de color verde, con sandalias de tacón; se maquilló con sutileza y, cogiendo su bolso, se fue hacia el restaurante donde había quedado con Andreas. Al entrar lo vio ya sentado con los melenudos y se sentó en la silla que quedaba libre, cómo no, enfrente de Zack, que la miraba risueño.

—Sofi, hemos pensado ir al cine después de comer; te apuntas, ¿verdad? —dijo su amigo.

—¿Qué película dan? —preguntó ella, poniéndose la servilleta sobre el regazo.

—Una de terror —contestó Andreas con una sonrisa.

—Bueno... —dijo sin mucho ánimo; no era el género que más le gustaba, pero por lo menos haría algo distinto.

—¿Tampoco te gusta el cine? —soltó en voz baja Zack, mirándola con curiosidad.

—Sí que me gusta —respondió ella muy digna.

—Pues parece que te hayan dado unos resultados malos de unos análisis... —Chasqueó la lengua sin apartar los ojos de ella, estudiando sus gestos y su manera de defenderse tan de niña rica, sin gritar y sin montar ningún espectáculo.

—Bueno, que no salte de alegría no significa que no me guste el cine; además, el terror es uno de mis géneros preferidos —replicó con altanería faltando a la verdad, mientras se servía un poco de vino en la copa.

—Vaya, si al final me voy a creer del todo que eres una bruja de verdad.

—Deberías tenerme miedo, Zack; a veces hago desaparecer a gente —murmuró Sofía con una sonrisa maliciosa, pensando en la posibilidad de echarlo del barco de un solo empujón.

—Mmmm, cada vez me gusta más esta nueva versión tuya —dijo él sonriendo—. Me das mucho más morbo al saber que tienes una parte oscura capaz de hacer maldades, una que es capaz de ocultar a la pija relamida que eres en el fondo.

—Bueno, a veces no todo es lo que parece —contestó ella, apretando los dientes para no soltar alguna sandez. Debía ser más lista que él, aunque fuera una tentación dejarse llevar por su fuerte carácter, que continuaba escondido en medio de la refinada educación que había tenido—. A lo mejor es mi tapadera para poder campar a mis anchas.

—Es posible o simplemente te estás haciendo la chula conmigo —comentó Zack bajando la voz y observando su reacción.

Sofía lo miró con cara de disgusto. Aquello parecía no tener fin; contaba los días que faltaban para poder quitárselo de encima, estaba deseando que se acabara aquel crucero y poder volver a su vida rutinaria, tranquila y tediosa, lejos de aquel hombre que la sacaba de quicio sólo con existir.

Después de comer, tal como habían quedado, se fueron hacia el cine; era una sala rectangular con butacas de terciopelo granate y moqueta gris por todo el suelo. Se sentaron todos en la misma fila, al final de la sala. Parecía que los demás pasajeros hubiesen pensado hacer lo mismo a aquella hora y el cine se llenó en pocos minutos. Sofía vio, sin sorpresa, que debía sentarse al lado de Zack, algo que parecía que fuese hecho aposta, porque siempre acababa al lado de él. Andreas se acomodó bien pegado a Eddy, y Koldo y Juan compartieron una bolsa de palomitas. Sofía intentó olvidarlos y concentrarse en la película; lo bueno de los cines era que no se necesitaba hablar, ni tratar de caerle bien a nadie, sólo ver la película en silencio. La película empezó y, para estupor de Sofía, era de las que más odiaba: de fantasmas. Sabía que era absurdo tenerle miedo a algo ficticio, pero no lo podía evitar, siempre le había dado miedo eso.

—¿Qué te pasa, brujilla? ¿Es que tienes miedo? —preguntó Zack en un susurro, acercándose a ella, que estaba casi acurrucada en el asiento.

—¿Yo?... —titubeó, agarrándose al asiento—. A mí no me da miedo nada, pelanas.

—¿Los fantasmas no eran primos segundos tuyos? —se mofó él.

—No, son primos hermanos... —Resopló con ironía, intentando demostrar que efectivamente no tenía miedo, aunque en realidad sentía pavor ante aquellas imágenes horripilantes que aparecían de súbito en la gran pantalla, haciendo que diese un brinco.

—Para no darte miedo nada, estás a punto de romper la butaca —murmuró él, aguantándose la risa y observando cómo se aferraba a los apoyabrazos.

—¡Oh, cállate! —exclamó Sofía, tapándose la cara al ver aparecer un fantasma horripilante en la pantalla, que hizo que los espectadores gritasen a coro.

—Mentirosa. —Zack se rio divertido al verla padecer por una película y negar lo obvio.

—¡Cierra el pico! —gruñó ella, mientras intentaba no perder la compostura; pero le estaba resultando complicado con todos los sustos que le estaba dando aquella terrorífica película.

Estuvo debatiéndose entre si quedarse para que su orgullo se mantuviese intacto o darle el punto a Zack y salir de allí como alma que lleva el diablo. Al final, su cabezonería ganó al terror que sentía y se quedó intentando que no se le notase que casi no veía la película, pues la mayor parte del tiempo tenía los ojos cerrados. Y aun así se sobresaltaba por los gritos que daban de los demás espectadores.

—¡¡Uau!! Pedazo de peliculón —exclamó Koldo entusiasmado, al salir del cine.

—Creo que es la mejor película de miedo que he visto en años —coincidió Eddy.

—Sí, me parece que a Sofía también le ha gustado, ¿verdad? —preguntó Zack con malicia, a sabiendas de que lo había pasado mal.

—Sí, mucho —contestó con una sonrisa forzada.

—Aún nos queda tarde por disfrutar; ¿nos vamos a la piscina? —preguntó Andreas, mirando con cariño a su amiga, que le respondió con otra sonrisa con la que intentaba decirle, sin palabras, que estaba bien.

—Yo os dejo ya... Luego nos vemos para cenar en el restaurante —dijo Sofía, deteniéndose para irse en otra dirección.

—¿Estás segura de que no quieres venir? Ya sabes lo que le ocurría a la protagonista de la película cuando se quedaba sola... —comentó Zack distraídamente, observando cómo se le contraía la cara al escucharlo.

—Me arriesgaré —siseó ella, molesta por sus bromas de mal gusto.

—Luego nos vemos —dijeron los demás al despedirse.

Sofía se dirigió hacia su camarote, entre temerosa aún por la película y molesta por los comentarios impertinentes de Zack, que no la había dejado tranquila en todo el tiempo que estuvieron en el cine. Cuando llegó, se quitó las sandalias, cogió su lector de ebooks y se tumbó en la cama, procurando que las imágenes de la película no se repitiesen en su mente. Trataba de racionalizar el temor que sentía; era absurdo que a una mujer como ella le diesen miedo las películas de terror, pero era algo que no podía controlar. Hasta tal punto la atemorizaban que a la que oía algún sonido extraño, se quedaba paralizada intentando averiguar su procedencia, mientras en su fuero interno hacía lo posible por tranquilizarse.

De repente oyó un sonido metálico que la dejó petrificada en la cama, con los ojos muy abiertos y conteniendo la respiración, para saber de dónde procedía y encontrarle una respuesta lógica a lo que la había asustado. Cuando se estaba convenciendo de que era todo producto de su imaginación, lo volvió a oír, esta vez con mayor nitidez. Provenía de la puerta que daba al pasillo. «No seas niña, eres una mujer fuerte y valiente. Levántate y ve a ver qué es eso», se dijo, dejando el lector de libros electrónicos sobre la cama y dirigiéndose hacia la puerta. Cogió el pomo con mano temblorosa, respiró hondo y abrió de golpe; lo que encontró allí hizo que pasara del miedo al enfado en décimas de segundo.

9

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó furiosa.

—¡Qué pálida estás! ¿Te he asustado? —preguntó Zack con una sonrisa divertida.

—¿Has venido hasta aquí para asustarme? —soltó, cada vez más enfadada.

—Reconoce que ha sido muy divertido —contestó él entre risas, al verle la cara de cabreo que tenía.

—Uy, sí, la monda —refunfuñó, molesta por la actitud infantil de aquel hombre.

—¿Qué hacías? —Entró en el camarote sin necesidad de invitación.

—Leer, y me gustaría seguir haciéndolo. —Cerró la puerta para que nadie viese a Zack en su camarote.

—Debes estar tranquila, porque morir de un ataque al corazón, no morirás. —Se dio la vuelta para mirarla a la cara—. Mi abuela de ochenta años tiene más marcha que tú.

—Me alegro por ella. ¿Algo más, Zack? —preguntó, cansada de sus continuas discusiones, mientras se apoyaba en la mesa del escritorio.

—Sí —dijo él, dando dos zancadas y plantándose enfrente de ella—. Venía a cobrar mi apuesta.

—Creo que ya te la cobraste anoche —replicó; se irguió y lo miró desafiante.

—Lo de anoche sólo fue un adelanto. Te dije que no quería un beso de repipi. —La cogió por la cintura y la atrajo hasta él.

—¿Qué haces, Zack? —preguntó con un suspiro, descansando las manos sobre su duro y fibroso torso mientras intentaba mantener un espacio entre los dos cuerpos.

—No lo sé, Sofía. —Titubeó mientras le acariciaba la nuca y miraba con detenimiento sus labios entreabiertos—. Me dejo llevar por mis impulsos y éstos me han traído aquí, a tu habitación, para besarte de nuevo.

—Pero si no te gusto, soy una bruja, una frígida carente de sentido del humor —dijo ella, intentando mantener un poco de cordura, pero algo tenía aquel hombre que la hacía flaquear y olvidar hasta sus propias palabras.

—Lo sé y soy el primero que se sorprende, pero me encanta hacerte rabiar. —Sonrió mientras sus labios se posaban en los de ella.

Sofía notó la lengua de Zack que entraba en su boca, que la tentaba y que acariciaba la suya, notó que sus manos la atraían más hacia él y no pudo reprimir un gemido ante aquella efusividad y aquella pasión. Nunca en toda su vida la habían besado de una manera tan ardiente y excitante. Lo que había experimentado la noche anterior no fue un espejismo, Zack la hacía sentirse diferente cuando traspasaba aquella barrera invisible, la que él se había saltado dos veces y sin preguntar.

Se dejó llevar por lo que sentía sin importarle que la manera de ser de aquel hombre no entrara en sus rígidos planes. Pero estaba de vacaciones, ¿no? ¿No era eso lo que se esperaba de ella? ¿No se pretendía que con ese viaje se dejara llevar y se olvidara de quién era en realidad? Sofía simplemente dejó que ocurriera; a lo mejor nunca más en su vida tendría una oportunidad como ésa, lejos de su familia, lejos de su entorno, sin nadie que conociera a aquella mujer fría e introvertida.

No sabía qué le pasaba cuando él la tocaba, cuando la besaba de aquella manera que hacía que no tuviera nada más que aquellas sensaciones que le despertaba, esas que ni siquiera sabía que existieran en su interior. Se dejó llevar por completo, algo que nunca antes había hecho, algo que siempre le había jurado a Andreas que

nunca haría, porque ella era una señorita, una mujer que debía hacer que la respetasen en todo momento, que nunca se acostaría con nadie por el simple hecho de que la atrajera.

Ella siempre esperaba antes de dar ese paso, mínimo seis citas y si eran más mejor, pues creía que cuanto más difícil se lo pusiera a un hombre, mas fácil sería conquistarlo para siempre... En ese momento no le importaba que Zack pensase algo malo de ella, porque no lo iba a elegir como novio y mucho menos como posible candidato a marido. Zack era un paréntesis en su cuadriculada vida, algo que nunca jamás desvelaría, pues aquello era un error, aunque fuese un error que la hacía gemir, excitarse y sentirse tan sexi como nunca antes se había sentido.

—Zack, esto no lo puede saber nadie, ¿me has oído? ¡Nadie! —dijo Sofía con convicción, mientras observaba cómo se mordía el labio inferior y, tras posar una mano sobre su cuerpo, recorría cada centímetro de ella.

—Nadie —susurró él excitado.

Comenzó a desabrocharle la ropa, a acariciar aquel cuerpo suave y depilado con esmero, donde todo guardaba una armonía y hasta la ropa interior era de marca y perfectamente conjuntada. La tumbó en la cama, besando su piel tonificada, que olía a perfume caro, lamiendo y mordisqueando a su paso, haciendo que ella lo agarrase del pelo, intentando frenar sus impulsos que a cada beso que él le daba intentaban resurgir con fuerza, mientras dejaban a un lado aquella manera de ser que se había ido fabricando con el paso de los años.

Zack sonrió al verla. Era tan distinta a él, tan delicada y absurdamente sofisticada que rozaba incluso lo cómico; era una señorita refinada y él un cualquiera con mucha suerte, pero alguien que le podía enseñar muchas cosas —tanto fuera como dentro de la cama— que ella seguramente ni sabía que existían. Eso lo hizo ponerse aún más cachondo. La tenía tumbada a su merced y sabía, con completa seguridad al ver cómo se retorcía con unas simples caricias, que los hombres con los que había estado eran unos sosos

en la cama, más pendientes de satisfacerse ellos que de averiguar lo que en realidad quería aquella mujer tan singular, que a veces se comportaba como una bruja —hosca y taciturna— y otras se dejaba llevar, convirtiéndose en alguien excepcional.

Zack se tomó en serio aquella empresa y estaba dispuesto a descubrirle un mundo nuevo, excitante, divertido y alocado, donde la ropa sobraba y la banda sonora serían sus gemidos.

Sofía se agarraba a la sábana, intentando que no se le notase que llevaba tiempo sin practicar sexo; incluso parecía que casi se le había olvidado cómo hacerlo. Zack le bajó con brusquedad el tanga de encaje que llevaba y la miró embelesado, relamiéndose al comprobar que hasta en aquel lugar su cuerpo estaba desprovisto de vello. Se acercó a ella mientras la contemplaba con picardía y bajaba la lengua hacia sus partes más íntimas.

Ella lo miraba horrorizada. Nunca le habían hecho eso y temía que no le gustase... Pero cuando oyó a Zack reprimir un gemido, cerró los ojos y se concentró en el juego de su lengua, que le acariciaba el clítoris, que la hacía arquear el cuerpo al notar cómo crecía su excitación. Nunca había sentido algo igual.

—Quiero oírte, Sofía —susurró Zack entre sus piernas, mientras la lamía sin piedad—. Quiero oírte gritar de placer.

—Yo... yo no soy... —bufó ella, intentando controlar el volumen de voz, pero sus movimientos cada vez eran más veloces y creyó morirse de gusto—. Yo no soy de las que gritan... —logró decir, al tiempo que cerraba los ojos, notándose tan cerca el orgasmo que casi lo podía rozar con los dedos.

—Me importa una mierda que no chilles con los otros, yo quiero que grites conmigo —dijo, y le apretó con delicadeza el clítoris entre los dientes.

—¡Oh, Zack! —masculló ella, mordiéndose los labios.

—Grita o pararé —la apremió, deteniéndose.

—No, no pares... —suplicó, mientras levantaba la cabeza para mirarlo a los ojos.

Era raro en ella, pero aquel jueguecito le estaba gustando e incluso excitando como hacía tiempo que no lo lograba nadie.

—Quiero oírte gemir, me pones cachondísimo cuando lo haces —dijo Zack, volviendo a enterrar la cabeza entre sus piernas.

La lamió con más fiereza, haciendo que gimiese sin control, notando que se estaba relajando con él, percibiendo que estaba muy cerca del clímax... Al poco, Sofía estalló en un alarido, mientras un maravilloso orgasmo la sacudía por completo. Él la miró con ojos chispeantes, se acercó a ella y, para sorpresa de Sofía, la besó en la boca, haciéndole notar su propio sabor y provocando que aquello la excitase de nuevo, sin pensar en nada más que en el placer que había alcanzado.

—No te muevas —pidió Zack al tiempo que se levantaba de la cama y buscaba un preservativo en el bolsillo del pantalón. Luego se desnudó en décimas de segundo, mostrándole sin pudor su tremenda excitación—. ¿Preparada para correrte de nuevo?

Sofía lo miraba sorprendida. El tamaño de su sexo y que su pubis estuviera desprovisto de vello le llamó la atención; además, no estaba acostumbrada a llegar dos veces casi seguidas en un mismo acto. Pero él estaba tan seguro de sus palabras que no le quiso quitar la ilusión. Zack se colocó el condón en un segundo, bajo la atenta mirada de Sofía, que recorría su cuerpo, fibroso y delgado, se fue hacia donde ella estaba tumbada, se colocó entre sus piernas y, mirándola a los ojos, la penetró con delicadeza, haciendo que cerrase los ojos, entre el placer y la molestia de tener algo dentro después de tanto tiempo.

—Qué cerradito lo tienes... —musitó Zack, mordiéndole la oreja —. ¿Cuánto hace que no follas?

—Un año —resopló ella, mientras se cogía de su espalda y recibía sus embestidas, cada vez más profundas, cada vez más rápidas.

—¡Eso es muchísimo tiempo! —exclamó él, besándola con violencia y haciendo que gimiese.

—Lo sé, pero no había encontrado al hombre indicado —contestó entre gemido y gemido.

—¡Menuda chorrada! —dijo Zack, y al mismo tiempo la cogió del trasero y la penetró con más profundidad, haciendo que gritara del placer—. Eso, grita... Me encanta que lo hagas —añadió, sin cesar su movimiento.

—Esto debe ser un secreto, Zack. —Jadeó sorprendida al notar cómo, poco a poco, en su interior crecía un latigazo de placer que podía desencadenar un orgasmo.

—Sí, no te preocupes. Éste será nuestro secreto, tuyo y mío, pero ahora, Sofía, vuélvete loca, deja de ser esa fachada que te has creado y muéstrame cómo eres en realidad.

Ella lo miró boquiabierta, sin entender muy bien qué le pedía, pero sus embestidas, su mirada, sus gemidos, la enloquecieron y se dejó ir por completo. Gritó mientras le clavaba las uñas en la espalda y se deshizo en el mayor orgasmo que había tenido nunca.

Zack no pudo aguantar mucho más y, tras otras tres penetraciones, se dejó ir también cayendo encima de ella.

—No ha estado mal, señoritinga —dijo, saliendo con cuidado y quitándose el preservativo.

Sofía lo miró con la respiración entrecortada y comenzó a maldecir en su interior; no debería haber llegado tan lejos con aquel hombre estrafalario. No sabía por qué lo había hecho, por qué no lo había echado de su camarote... Pero allí lo tenía, desnudo y jactándose de que aquel encuentro sexual no había estado mal. Se sintió herida en su orgullo. Ella era una señorita y no una cualquiera que retozaba con el primero que le decía un cumplido. Se debía a sí misma unos mínimos, que habían sido pisoteados en aquel encuentro con aquel hombre odioso que vivía de una manera cuestionable, sin un ápice de sentido del ridículo, manteniéndose a saber cómo y dando la nota por donde iba... ¡Aquello era lo peor que había hecho en su vida!

—Vístete y sal de mi camarote —soltó con la voz afilada, mientras se tapaba con la sábana.

—Uy, ya ha vuelto la bruja que vive en ti —resopló él, tirando el condón en la papelera del cuarto de baño y moviéndose con tranquilidad al tiempo que mostraba su cuerpo desnudo—. Me gustas más cuando la tienes maniatada y amordazada.

—Zack, por favor te lo pido: no quiero que le cuentes a nadie que te has acostado conmigo, ¿me oyes? —Su voz sonó hosca y fría.

—¡Alto y claro! Tranquila, no voy a ir pregonando que me he acostado con la alegría del barco... —bufó reprimiendo una sonrisa, mientras cogía su ropa del suelo y comenzaba a vestirse.

—Te juro que como se te escape en alguna ocasión, yo lo desmentiré por activa y por pasiva y...

—Sofía, tranquila, no soy de los que fardan de sus conquistas —contestó con seriedad.

—Eso espero, porque lo que ha pasado aquí no debería haber pasado nunca... No sé qué me ha ocurrido, no sé qué he podido pensar para creer que era una buena idea —farfulló nerviosa y arrepentida de su conducta.

—¡Joder, tía! Parece que no hayas disfrutado conmigo.

—No es eso, lo que ocurre es que somos totalmente diferentes y no quiero que nadie me relacione con alguien como tú.

—Claro... no quieres salir en la prensa rosa. Perdona, Isabel Preysler, no contaba con que estaba delante de una celebridad acechada por mil y un periodistas, para sacarle alguna foto comprometida y así bajar su caché —ironizó Zack, abrochándose el pantalón.

—Qué simpático eres —dijo ella con sarcasmo—. No es por eso y lo sabes. Yo no soy famosa ni pretendo serlo. Lo único que te digo es que tengo que respetar unos límites por consideración a mi familia y a lo que me dedico...

—De verdad, cada vez entiendo más por qué la gente huye de ti... Sólo ha sido un polvo, ya está, zanjado el tema —replicó él con seriedad, poniéndose la camiseta.

—¡No hay más que hablar entonces! —soltó alterada, sin dejar de observar su trajín.

—Es lo mejor para los dos. Yo no quiero que me relacionen con una mujer tan vacía y egocéntrica —gruñó Zack molesto. Cogió el pomo de la puerta, lo hizo girar y salió del camarote dando un fuerte portazo que retumbó en el interior.

Sofía se quedó en silencio, observando la puerta cerrada. Se sentía miserable por todo lo que le había dicho a aquel hombre que le había dado la mejor sesión de sexo de todos los tiempos. Pero ¿es que no podía cerrar el pico por una vez? ¿Siempre tenía que echar alguna pullita para sentirse superior? Se miró las manos, intentando averiguar si lo que acababa de pasar hacía unos minutos había sido una buena o una mala idea... Estaba hecha un lío, no sabía qué pensar. Decía una cosa y luego hacía otra totalmente distinta, era como si habitasen dos Sofías en su interior. La primera, la que siempre había aflorado, y la segunda, una mujer que la sorprendía con sus actos, como dejarse llevar por los comentarios jocosos de Zack o por aquella electricidad que sentía cuando él estaba cerca... ¡Era de locos!

De un salto se levantó de la cama y se dirigió a la ducha, debía prepararse para la cena. Abrió el grifo del agua fría para poder despejar su mente y se dio cuenta de que al día siguiente haría siete que estaba en aquel crucero para solteros, donde se había acostado con el antagonista de su hombre ideal, y que debía verlo aún otros siete días más hasta dar por finalizada aquella experiencia en alta mar. Cogió un poco de champú y comenzó a enjabonarse concienzudamente el cabello, imaginando el síncope que les daría a sus abuelos si se enteraban alguna vez de que se había liado con Zack, un hombre que no sabía lo que era comportarse en sociedad y que ni siquiera tenía intención de aprenderlo.

Dejó que el agua eliminase el resto de jabón y que se llevase con ella aquel pensamiento absurdo. Eso nunca iba a pasar, nadie se enteraría de lo sucedido, en aquel camarote no había pasado nada; ella lo negaría el resto de sus días. Cogió un poco de gel y comenzó a enjabonarse con delicadeza. Aún no entendía por qué se había dejado llevar de aquella manera, sólo porque a él le había apetecido

ir a su habitación para besarla y... claramente con la intención de acostarse con ella. Porque era a lo que había ido allí, no debía negar la verdad, era mejor para todos. Y ella, a pesar de su educación de colegio privado bilingüe, de sus valores bien aprendidos con todas las charlas y enseñanzas que le habían dado sus abuelos, que querían hacer de ella una mujer de bien, había accedido a darse un revolcón con el hombre equivocado.

Aspiraba a más, a mucho más. Quería casarse con un hombre que cupiera en su rígida vida, con el que poder hablar, educado e inteligente, y al que pudiera llevar a todos los eventos que frecuentaba.

Se aclaró el jabón y salió de la ducha más o menos tranquila y, después de ponerse el albornoz, comenzó a desenredarse el pelo, mientras observaba su imagen en el espejo. Ya no era la chica que había sido, los años pasaban para todo el mundo, y a ella le habían servido para sentirse más segura de sí misma, más capaz de conseguir lo que realmente quería, y no temía hacer lo necesario para lograrlo.

El sonido de alguien llamando a la puerta hizo que saliera de sus cavilaciones; se dirigió hacia allá y entreabrió para ver quién era.

—¿Aún estás así? —preguntó Andreas, entrando en el camarote.

Iba elegante y moderno, con unos pantalones chinos claros y una camisa oscura.

—Pero ¿qué hora es?

—Súmale media hora a la hora acordada... —Miró de reojo la cama deshecha y se extrañó de verla así; su amiga era una obsesiva del orden.

—¡Dame cinco minutos! —exclamó Sofía, corriendo hacia el cuarto de baño.

Se maquilló y se peinó en tres minutos, los otros dos le sirvieron para elegir vestido y ponérselo. En el ascensor, mientras subían hacia el restaurante, se terminó de dar el visto bueno; no quería que Zack pensase que no iba a ir a la cena por lo que había ocurrido. ¡Una Figueroa era capaz de mover una montaña si ésta la

molestaba! Aquel hombre con el que había compartido más que palabras no iba a ver que se achantaba. A orgullosa no la ganaba nadie. El timbre del ascensor avisó de que habían llegado a su planta. Un último vistazo a su vestido de Armani rojo, corto y con escote palabra de honor hizo que se irguiera satisfecha y caminara con decisión hasta la mesa que iba a compartir con el hombre que le había provocado dos orgasmos seguidos hacía unas pocas horas...

Andreas iba delante, guiándola hasta donde estaban sentados los melenudos. Sofía sabía que aquella noche estaba arrebatadora; no era una creída, pero aquel vestido siempre despertaba el interés de los hombres y esa noche necesitaba sentirse terriblemente sexi. Mientras se encaminaba hacia la mesa, comprendió las razones que llevaron a Andreas a querer poner celoso a Marcos cuando cortó con él. Que ella hubiese rechazado a Zack, e incluso obligado a no decirle a nadie que se habían acostado, no quitaba que quisiera enloquecerlo y excitarlo sólo con su presencia. Ver que podía despertar ese tipo de reacciones sólo con estar presente era una manera de sentirse poderosa. Podía afirmar, casi sin miedo a equivocarse, que sí, que las mujeres eran complicadas y retorcidas para los asuntos del corazón. Era un «contigo pero sin ti» continuo. Un juego peligroso y excitante del que esperaba salir triunfadora.

—Perdón por el retraso —se excusó al llegar a la mesa, sin mirar hacia donde estaba él.

—No pasa nada, señoritinga. Estábamos hablando de lo que hemos hecho esta tarde —informó Zack con una sonrisa, haciendo que ella volviese la cabeza para mirarlo al fin.

—Ah, muy bien —titubeó, colocándose la servilleta en el regazo y llenándose la copa de vino.

—Cuenta, ¿qué has hecho tú? —volvió a la carga Zack.

—Poca cosa: he estado en mi camarote, leyendo —respondió con firmeza, mientras se llevaba la copa a los labios y le daba un largo trago al vino.

—¿Sólo eso? —preguntó él, enarcando una ceja.

—Sí, ¿te parece poco? —soltó desafiante.

—No, no... Me parece una manera un poco sosa de aprovechar el tiempo...—contestó, conteniendo la risa.

—Que a ti te parezca sosa no significa que lo sea. Para mí, saltar por cubierta mientras los demás viajeros se ríen de mí me parece una práctica bastante absurda.

—¿Crees que los demás se ríen de mí? Vaya, por lo menos tengo alma de bufón y no de cacatúa.

—¡Mañana hay excursión! —exclamó con entusiasmo Andreas, intentando mantener la paz y el buen rollo en la mesa y cortando el diálogo afilado que mantenían Zack y Sofía.

—Sí, me han hablado muy bien de Warnemünde. Dicen que es el balneario preferido de los alemanes —terció Eddy, sentando al lado de Andreas.

—Pues nos llevaremos nuestros trajes de baño para poder comprobar si tienen razón —comentó Koldo con una sonrisa.

—Uy, señoritinga, mañana vas a disfrutar de lo lindo... —intervino Zack, volviendo a la carga.

—¿Y eso por qué?

—Porque vas a estar rodeada de adorables ancianos que tendrán más marcha que tú —contestó sin dejar de sonreír.

Sofía puso los ojos en blanco y se mordió la lengua para dejar correr aquello, pues con él nunca encontraba el punto final de sus discusiones. Cogió de nuevo la copa y se la terminó de golpe, ahogando aquella sensación de hostilidad que sentía hacia Zack. Acostarse con él, definitivamente, no había sido buena idea.

10

—Como sigamos comiendo y cenando de esta manera, llegaré a mi casa con varios kilos de más —dijo Andreas, mientras salían todos juntos del restaurante.

—Parece que nos estén cebando para la matanza —bromeó Eddy con una sonrisa.

—Eso tiene fácil solución: nos vamos a la discoteca y bailamos un rato, y así bajamos la cena sin darnos cuenta —propuso Koldo.

—Abuela, ¿nos concederá el gran honor de su presencia o se retirará a sus aposentos para sacarle brillo a su escoba? —preguntó Zack en tono jocoso, regalándole una de sus mejores sonrisas.

—Ya te gustaría a ti que me quedara en mi camarote —masculló Sofía, mientras caminaba con paso seguro, orgullosa y seria.

Aquella noche no había tanta gente en la discoteca como los primeros días, sólo algunos grupos repartidos por la sala, que bailaban mientras charlaban y tomaban una copa. Ellos se fueron directamente hacia la barra del bar y pidieron sus respectivas consumiciones. Cuando se las sirvieron, se dirigieron a un lateral de la discoteca, donde comenzaron a hablar de lo que les depararía el día siguiente. Al poco, el grupo se fue disgregando. Koldo y Juan fueron de nuevo a la barra para pedir otra copa y se quedaron allí, hablando con unas mujeres. Abel y Zack se animaron y se pusieron a bailar en medio de la casi desierta sala, marcándose de nuevo un baile digno de profesionales. Mientras, Sofía estaba al lado de su amigo y de Eddy, que charlaban un poco ajenos a ella.

Sofía iba bebiendo su Martini con aceituna, intentando que sus ojos no fueran a parar a las acrobacias y los pasos imposibles de los dos melenudos que acaparaban todas las miradas de los allí presentes. Resopló frustrada cuando vio que Zack ni siquiera hacía el

gesto de echarle una ojeada. No era que quisiera ser el centro de su atención, pero sabía que esa noche estaba espectacular y bien se merecía alguna que otra mirada de reconocimiento.

La canción terminó y con ella la demostración de baile por parte de ellos dos; los asistentes aplaudieron y varias chicas bastantes jóvenes se les acercaron contoneándose y demostrando a todo el mundo que les había gustado tanto el baile como los bailarines.

Sofía lo observó sin poder remediarlo, mientras cogía la copa con fuerza, casi apretando el frágil recipiente, y era testigo de que —para su sorpresa— Zack levantaba pasiones y que una de las chicas se permitía el lujo de acariciarle el torso con coquetería... Sofía tragó saliva y vació la copa de una vez, luego cogió la aceituna y se la llevó a la boca mirando todo el tiempo cómo él sonreía a la muchacha, se dejaba acariciar y se centraba en las atenciones recibidas.

Sin decir nada, Sofía echó a andar alejándose de su amigo y de Eddy, que la miraron extrañados, dejó la copa en la barra del bar y, pasando muy cerca de Zack, tan cerca que hubiera podido estirar un poco la mano y cogerlo y llevárselo consigo, para apartarlo de aquella mujer que demostraba con sus actos que quería algo más de él, salió de la discoteca sola, furiosa y frustrada. Tenía ganas de montar un numerito, de decirle a aquel pelanas que no podía ignorarla y menos cuando hacía tan pocas horas que habían compartido la cama. Pero Sofía era una señorita bien educada, a la que le habían enseñado a mantener el decoro, por lo que prefirió salir de allí y no ser testigo de las artes de ligar de aquel hombre que la había cegado tanto como para permitirle conocerla de forma más íntima.

Llegó a su camarote, se quitó los zapatos, se desmaquilló concienzudamente y se puso el pijama. Al acostarse, el aroma masculino de Zack la embriagó haciendo que se acordara con mayor nitidez de lo que había ocurrido en aquella cama aquel mismo día. Apretó los dientes, se dio la vuelta e intentó dormir, desechando cualquier recuerdo de él, obligándose a olvidar lo que había sucedido

y prometiéndose que jamás volvería a suceder. Pues ella valía mucho más que ese pelanas loco y absurdo que había conseguido que su apacible existencia se convirtiera en una montaña rusa de emociones contradictorias.

Se despertó antes de que sonara la alarma y se quedó un buen rato mirando el techo, mientras esperaba que se hiciera de día para empezar a prepararse para aquella excursión. Se levantó y fue al cuarto de baño, donde se duchó, se cepilló el pelo y se maquilló, procurando ocultar las ojeras que delataban la mala noche que había pasado. Se puso un vestido suelto de color azul claro, de tirantes y con un poco de vuelo, se calzó unas bailarinas blancas y dentro de su bolso guardó un biquini y una toalla. Era posible que ese día terminasen bañándose en la playa y no quería darle la satisfacción a ese melenudo de verla con su ropa interior. Su mente, la muy puñetera, comenzó a imaginarse lo que habría hecho él aquella noche con aquella chica, más joven que ella, más guapa y más esbelta, y una arcada de asco le subió por la garganta al pensar que habría retozado con ella horas después de compartir su lecho.

«¡Ya está bien! No pienses más en eso. Sí, te acostaste con él. Sí, estuvo bien. Pero ya está. Él es un friki y tú una señorita. ¡Punto final!», pensó, harta de no poder controlar sus pensamientos, que le recordaban sin cesar lo vivido en aquel camarote. Antes de salir, cogió una fina rebeca y la metió también en el bolso; lo malo de aquel clima era que podía pasar del calor templado al fresco en pocas horas. Al abrir la puerta, vio algo en el suelo, un pequeño papel doblado, que recogió, lo desplegó y leyó:

> Espero que las prisas de anoche por salir de la discoteca se debieran a que tenías que sacarle brillo a la escoba y preparar algún hechizo. Nos vemos en un rato.
>
> Z

Sofía lo releyó dos veces y parpadeó sin entender nada. Luego metió la nota en su bolso y se fue a desayunar al restaurante. Cuando llegó, Andreas ya ocupaba una mesa y ella fue hacia allá.

—¿Qué te pasó anoche? —preguntó él, al tiempo que Sofía se sentaba a su lado.

—Nada, ¿por qué? —preguntó, dejando el bolso en la silla vacía.

—Porque te marchaste sin despedirte, Sofi... —contestó Andreas.

—¡Ah, eso! Bueno, me dolía la cabeza y no me apetecía hablar —improvisó; entonces se levantó para acercarse a las mesas dispuestas por todo el restaurante, con todo tipo de alimentos para poder tomar un desayuno completo.

Andreas la miraba desde la mesa, mientras ella iba cogiendo pan, café, tomate rallado, aceite y un zumo y lo depositaba todo en una bandeja. Sabía que le estaba mintiendo. Algo le pasaba, estaba demasiado rara y pensativa. La conocía lo bastante bien como para saber que algo rondaba por aquella cabecita suya, algo lo suficientemente importante como para no contárselo...

—¡Qué hambre tengo! —exclamó Sofía, dejando todo lo que había cogido en la mesa y sentándose de nuevo.

—¿Te ha pasado algo con Zack? —preguntó de golpe Andreas, haciendo que ella se atragantase con el zumo de naranja.

—No —contestó con convicción—. ¿Es que él te ha dicho algo?

—No, no me ha dicho nada. Además, casi no le vimos el pelo, pues se fue de la discoteca justo después de ti... —explicó, sin dejar de observar los movimientos nerviosos de su amiga.

—¿Solo? —preguntó ella en un susurro.

—No, con una chica. ¿Por? —contestó, extrañado ante su curiosidad por saber lo que había hecho aquel hombre que no dejaba de meterse con ella.

—Por nada, por saberlo. —Sonrió y le dio un gran mordisco a su tostada con tomate, intentando fingir ante su amigo la calma que solía tener y de la que carecía en aquellos instantes.

—Sofi... —murmuró Andreas, mirándola fijamente.

—¿Qué? —preguntó ella, y juntó algunas migas que se le habían caído en el plato.

—¡Suéltalo!

—¿Qué quieres que suelte?

—Tú no preguntas «por nada». Sé que algo tienes en esa cabecita tan cuadriculada.

—Andreas, de verdad, no pasa nada. Sólo te lo he preguntado por curiosidad. Debe de ser la rutina del barco, que me hace tener sed de información —concluyó, mientras se terminaba el zumo de naranja.

Él la observó con detenimiento; la conocía lo suficiente como para saber que algo escondía, pero también sabía que era tozuda como ella sola y si no quería contar nada, aunque él le hiciese un tercer grado, con foco incluido, no soltaría prenda. Por tanto, prefirió aparcar el tema y estar más pendiente de ella para descubrir qué le ocurría que la afectaba tanto. Porque lo que más detestaba él era no saberlo todo; era un maruja empedernido que necesitaba chismes y cotilleos como el aire para respirar, pues, según decía, para ser un buen contador de historias debía escuchar las anécdotas que vivían los demás y así podía coger ideas para crear una historia propia.

Después de desayunar, cada uno volvió a su camarote, donde terminaron de arreglarse, y quedaron en la salida del barco.

Aquel día el sol lucía sin una nube; Sofía se puso sus gafas oscuras y, con el bolso colgado del hombro, se dirigió hacia donde la estaban aguardando. Warnemünde prometía, o eso esperaba, pues deseaba quitarse de la mente, y del cuerpo, a aquel hombre estrafalario que la confundía con todo lo que hacía.

Caminaban detrás de la guía turística y Sofía intentaba prestar atención a todo lo que esa mujer decía de aquella pequeña población alemana, para así ignorar a esos hombres que los acompañaban a Andreas y a ella en todo momento. Warnemünde era un pueblo de pescadores, con grandes playas de fina arena blanca y casas de colores con tejados a dos aguas. La ciudad en sí era pequeña, sólo con dos calles principales que la cruzaban, y uno de los monumentos más destacados era el faro, una construcción que alcanzaba los treinta metros de altura.

Una vez acabado el itinerario, la guía les dio dos horas libres para poder disfrutar de las playas de agua gris y helada. Sofía se quedó maravillada al ver las pequeñas tumbonas hechas en mimbre de diferentes colores que había esparcidas por toda la arena. El paisaje la sorprendió por su originalidad y por sus preciosas tonalidades.

Sus acompañantes se quitaron la ropa en décimas de segundo y, sin pensárselo mucho, se zambulleron en aquellas frías aguas. Sofía observó que había dispuestas varias cabinas donde poder cambiarse con intimidad, de modo que cogió su bolso y se fue a una de ellas. Eran unas casitas prefabricadas de madera, con vistosos colores que armonizaban con aquellas tumbonas tan originales que había sobre la arena. Dejó colgado su bolso en un gancho y empezó a quitarse el vestido, que después dobló a la perfección para que no le quedaran feas arrugas; luego sacó el biquini del bolso, se lo puso y guardó su ropa interior. Un golpe seco la sobresaltó, haciendo que se detuviera en mitad de su tarea. Se quedó quieta, escuchando de nuevo, pero ya no volvió a oír nada. Pero cuando fue a abrir la puerta, alguien la hizo entrar dentro de la casita otra vez, dejándola desconcertada.

—¿Qué haces aquí? —siseó Sofía, al ver al responsable.

—¿Tú qué crees que hago? —preguntó él con una de sus sonrisas.

—Adivina no soy, Zack —dijo ella, observando el brillo picarón de su mirada.

—Te voy a contar un secreto, algo que no suelo decir de entrada, ya sabes, para mantener un poco el misterio. —Le guiñó un ojo y se acercó más para confesarle lo que lo había hecho entrar en aquella cabina con ella—: Me dejo llevar siempre por mi instinto y, curiosamente, me ha traído hasta aquí.

—Hasta ahí llego, fue lo mismo que te llevó a mi camarote la pasada noche. Pero dime, ¿qué haces aquí? —volvió a preguntar, intentando mantener la calma y no ponerse a dar gritos y patadas para echarlo de allí.

—Es fácil de explicar; sobre todo quiero quitarte la poca ropa que llevas ahora mismo y hacértelo aquí, de pie, sin darte a tiempo siquiera para negarte, sólo dejándote llevar por esta atracción un poco extraña que sentimos los dos. Dime, ¿a que sería morboso? —preguntó, mientras daba un paso más hacia ella y la arrinconaba contra una de las paredes del cubículo.

—¿Anoche no te saciaste lo suficiente con aquella jovencita? —preguntó Sofía, mirándolo con frialdad y esperando que aquel cosquilleo que había comenzado a crecer en su entrepierna desapareciese por completo.

—¿Qué jovencita? —dijo él extrañado—. ¡Ah! Aquella chica. —Rio despreocupado—. No sabía que me estabas vigilando, si no, habría hecho algo para ponerte un poco más celosa.

—¡Yo no estoy celosa! —exclamó molesta.

—Sí, claro... —bufó con ironía, aguantándose las ganas de reír al ver la expresión alterada de Sofía—. ¿Por qué frunces tanto el cejo? —preguntó luego, acariciándoselo con delicadeza.

—Zack, déjame salir —pidió ella con educación, mientras intentaba poner espacio entre los dos.

—No.

—¿Y qué harás si yo no estoy dispuesta a hacer ninguna de las cosas depravadas que has señalado? —Levantó la cara con altanería para demostrar que no quería nada con él, aunque por dentro estuviese deseándolo.

—Sé que tu parte finolis no quiere, pero la otra, la que de vez en cuando aparece sin querer, ésa está deseando que me abalance sobre ti y te coma entera.

—Te equivocas —musitó con soberbia, negándose lo que era obvio.

—¿Ah, sí? —preguntó Zack, apoyando una mano con delicadeza en su cintura y atrayéndola hasta él—. Entonces, si yo, por ejemplo, me acerco a tu cuello y te beso con suavidad, mientras una de mis

manos te acaricia la espalda y también el culo... —añadió, ejecutando lo que describían sus palabras—. Entonces ¿me dirás que me equivoco al asegurar que ahora mismo estás empapada?

—Eh... —Sofía titubeó, intentando recobrar el aliento y que no se notara lo que la afectaba aquella caricia—. Totalmente equivocado.

—Vaya... —Él sonrió—. No puede ser que mi radar esté fallando a estas alturas, aunque nunca lo he usado con una mujer tan fría y agria como tú...

Zack observó que aquello hizo que frunciera de nuevo el cejo y, sin esperar más respuestas, se acercó a ella y la besó con pasión. Sofía, como él había adivinado, no se apartó y lo recibió como el día anterior, con ganas y ardor. No sabía qué le ocurría con esa mujer tan desesperante, pero le encantaba ver cómo gemía cuando él la acariciaba o cuando la besaba; era simplemente delicioso. En el trato era una mujer desquiciante, a la que todo le parecía mal y siempre tenía palabras negativas ante cualquier plan que hubiesen sugerido sus amigos, pero entre sus brazos, aquella mujer insulsa se convertía en puro fuego, en un huracán de deseo y excitación que no descansaba nunca y que lo volvía loco en más de un sentido.

Y así, casi sin reparar en lo que estaba haciendo, Sofía se dejó llevar de nuevo por Zack, por su magnetismo, por su vitalidad y por su optimismo, e hizo algo de lo que jamás, ni en sus más tórridos sueños, se hubiera creído capaz: hizo el amor en un sitio público, de pie y rodeada de gente. Para su sorpresa, disfrutó como si estuviera descubriendo el sexo por primera vez, gozando al máximo de las caricias de Zack, de los susurros y las palabras que le decía al oído. Sólo era sexo, se repetía, mientras él se ponía un preservativo y se hundía en su interior. Sólo era sexo, se volvía a decir, mordiéndose el labio inferior para no gritar y que nadie se enterase de lo que estaba ocurriendo allí. Sólo era sexo, pensaba, mientras se agarraba con fuerza al cuerpo de Zack, intentando mantener el equilibrio y un mayor acoplamiento. Sólo era sexo, se decía al ver su cabello, sus

pintas y su manera tan diferente de vivir la vida. Sólo era sexo, se repetía hasta la saciedad, mientras un placentero orgasmo le recorría el cuerpo y notaba que él también se dejaba ir.

Sofía lo miró con la respiración entrecortada. Sí, sólo era sexo, pero ya había repetido dos veces con alguien que no cuadraba en su mundo perfecto, con alguien al que tachaba de friki y que iba tan mal vestido... Y no entendió lo que le ocurría; si a ella ese hombre no le gustaba, ¿cómo era que acababa acostándose con él? ¿Sería la culpable aquella atracción extraña que Zack había mencionado?

—Me encanta esta Sofía —susurró él, acercándose a ella para darle un beso en los labios que la dejó temblando de nuevo—. Ahora saldré yo y dentro de unos minutos sal tú, ¿de acuerdo?

—Sí... —murmuró, cogiendo el biquini del suelo y poniéndoselo rápidamente.

Sí, tenía razón; aquella Sofía que se dejaba hacer en lugares públicos no era la que ella reconocía, era otra, tan extraña que hasta se sorprendía. Observó cómo Zack, tras darle un beso y esbozar una sonrisa de las suyas, franca y sincera, salía de la cabina y la dejaba sola. Pero ¿qué le ocurría con ese hombre?, se preguntaba mientras cogía el bolso y esperaba ante la puerta para poder salir, como si no hubiese pasado nada, de aquel cubículo que había sido testigo de aquel encuentro sexual tan tórrido y fugaz. Por fin cogió aire llenándose los pulmones y salió de allí. El sol la hizo cerrar los ojos hasta acostumbrase a su luminosidad y, con la elegancia de toda una dama, que para eso había asistido a clases de modales a una edad temprana, se acercó a donde estaban sus compañeros.

Dejó el bolso encima de una de aquellas tumbonas tan originales y, sin pensárselo mucho, se fue hacia el agua. Necesitaba con desesperación quitarse aquella sensación entre arrepentimiento y disfrute que tenía en el cuerpo. El contacto con el agua hizo que se le erizase el vello, pero no quería dar marcha atrás, así que siguió avanzando hasta que el agua le llegó a la cintura y luego se

zambulló de cabeza para dejar en aquella agua helada y gris el recuerdo de aquellos minutos tan apasionados dentro de una cabina minúscula.

Aunque la temperatura del agua era demasiado fría para ella, la agradeció tras el calor y el sudor de hacía pocos minutos. Cuando emergió del agua, vio a Zack a escasos metros, jugando con sus amigos como si fuera un crío, pasando totalmente de ella, sin ni siquiera mirarla, como si no existiera, como si no hubiese ocurrido nada entre ellos...

Sí, sólo era sexo. Sofía, sin quererlo ni proponérselo, había encontrado un rollete en el crucero, algo que jamás, ni siquiera a su querido amigo, desvelaría... Se moriría de vergüenza si alguien se enteraba de que ella, siendo la mujer que era, se había dejado liar por un hombre cualquiera, por un hombre cualquiera que, eso sí, la llevaba al séptimo cielo en sus encuentros sexuales. Echó a andar en dirección a la arena. Debía pensar con objetividad. Le gustaba acostarse con él, eso no lo podía negar y, dado que a él también parecía gustarle, no era nada malo que disfrutaran del sexo durante el viaje. Si sus abuelos se enteraban algún día, les daría un ataque de ansiedad: ¡su única nieta teniendo encuentros sexuales sólo por diversión! Eso la hizo sonreír. Nunca había pensado que sería capaz de hacerlo; siempre aseguraba que ella, antes de acostarse con un hombre, debía comprobar que fuera el indicado para mantener una relación, algo que con Zack estaba totalmente descartado desde el principio. Eso sí, cuando acabase el viaje, cada uno haría su vida como si no se conociesen.

Con esa idea en la cabeza, Sofía se tapó con una toalla y se sentó en una hamaca, mientras observaba los juegos absurdos de sus compañeros de viaje. Se sentía extrañamente tranquila, aun sabiendo a lo que estaba jugando, a un peligroso juego en el que ella, en cada encuentro sexual con Zack, dejaba entrever cómo era en realidad. La mujer a la que desde hacía tanto tiempo se había obligado a ocultar, por miedo a que la hiriesen, por temor a que la dejasen atrás.

11

Llegaron al barco repletos de la vitamina D que les había aportado el sol radiante que los había acompañado en aquella preciosa playa. Estaban bastante cansados y también helados porque no habían parado de bañarse en las aguas frías de aquel mar y también por la bajada de temperatura que anunciaba la noche. Sofía se había puesto la rebeca que había llevado consigo, pero aun así el frío no quería dejarla. Se fueron directamente hacia sus respectivos camarotes y quedaron, como venía siendo costumbre, para cenar todos juntos en el restaurante. Sofía, al llegar a la intimidad de su dormitorio, lo primero que hizo fue meterse en la ducha para poder quitarse la sal que se había adherido a su piel y entrar en calor. Al terminar, se puso el albornoz y se fue hacia el armario para elegir el atuendo que quería lucir esa noche. Al final, después de descartar varios vestidos, se decantó por una falda de tubo negra y una blusa blanca con transparencias. Se calzó unos preciosos zapatos de tacón negros, se maquilló y se recogió el pelo en una tirante coleta. Se miró al espejo desde todos los ángulos posibles y se dio el visto bueno. Antes de salir, vio en el suelo una nueva nota... Reprimiendo una sonrisa al sospechar de quién era, la recogió y la leyó:

> No hay jovencita lo suficientemente descarada que haga desaparecer de mi mente el sugerente sonido que haces cuando estoy dentro de ti.
>
> Z

Sofía lo releyó varias veces y esbozó una sonrisa. Vaya, con eso no contaba ella. Creía no estar a la altura en las artes amatorias, pero había descubierto que con él podía ser otra mujer, más desinhibida, más caliente y más liberal. Guardó la nota en su bolso y, cerrando con cuidado la puerta de su camarote, se dirigió hacia el

restaurante. Si al final tendría que agradecerle a su amigo que la hubiese arrastrado a ese viaje; en aquel barco estaba descubriendo a una Sofía distinta...

—Hola, chicos —saludó de buen humor, mientras se sentaba a la mesa que ocupaban los demás.

—¿Cómo lo haces para estar tan radiante, mala pécora? —preguntó Andreas en un susurro—. Creo que a mí me duelen hasta las pestañas —se quejó, contrayendo el rostro con dolor y reflejando lo cansado que estaba.

—Una buena ducha hace milagros, Andreas —contestó Sofía, mientras se ponía la servilleta en el regazo.

—Pues la tuya debe de tener algo que la mía no tenía... —masculló Andreas, que envidiaba la vitalidad de su amiga después de un día de excursiones y playa.

—Pues ahora cena y enseguida a dormir —respondió Sofía con cariño, adivinando que Andreas no le haría caso y que continuaría la fiesta hasta que su cuerpo dijese basta.

—No escuches a la abuela del grupo; ahora lo que necesitas es bailar un rato más y cuando llegues al camarote cogerás la cama con ganas —terció Zack, que estaba sentado enfrente de ella.

—Uf, no sé si podré aguantar este ritmo, Zack —Andreas rio despreocupado, mientras Eddy le cogía la mano por debajo de la mesa en un gesto de cariño—. Con decirte que mañana no pienso bajar a Copenhague. Ya la he visto; por tanto, me quedaré en el barco a que me mimen y a descansar lo máximo.

—¿No vas a ir? —preguntó extrañada Sofía—. Venga, Andreas, no seas así. Dijimos que iríamos a todas las excursiones.

—Ay, Sofi, estoy muy cansado y además quiero empezar a escribir una nueva novela, que, preparaos, empezará en un crucero Single —informó en voz baja, mientras guiñaba un ojo a todos los ocupantes de la mesa, que lo escuchaban con atención.

Sofía lo miró. La verdad era que parecía realmente cansado, pero a ella no le apetecía quedarse en el barco. Después de zarpar de Copenhague tendrían tiempo de sobra de estar allí. En ese

momento notó que le acariciaban la pierna con un pie desde el extremo opuesto y levantó la mirada hacia Zack, que le guiñaba un ojo. Sofía resopló nerviosa. Ella sí haría la excursión, le daba igual si era sola, pero necesitaba caminar, ver cosas y distraerse.

Cuando acabaron de cenar, Andreas y Eddy se fueron a sus camarotes, Koldo, Juan, Abel y Zack se animaron a tomar una última copa en la discoteca y Sofía, con una sonrisa tímida en los labios, se excusó y se marchó sola. En un principio se iba a dirigir directamente a su dormitorio, pero luego pensó dar un paseo por cubierta y así bajar la copiosa cena que habían tomado hacía escasos minutos. En la soledad y con el sonido envolvente del mar y del motor de la embarcación, cogió su teléfono móvil y se animó a llamar a su abuela; desde que llegó no había hablado con ella.

—¡Alabados sean mis oídos, lucero! —exclamó la mujer en tono dramático al contestar la llamada.

—Hola, abu, ¿cómo estás? —preguntó ella, apoyándose en la borda del barco, mientras el viento hacía ondear su coleta.

—Bien, he acabado de cenar y ahora mismo estamos viendo la televisión. Pero cuenta tú, ¿qué tal el viaje?

—Muy bien. De momento me están gustando todas las ciudades que hemos visitado; hoy hemos estado en Warnemünde y me he dado un chapuzón en sus frías aguas —explicó con una sonrisa.

—¡Oh, debe de ser todo maravilloso! Y dime, ¿el loco de Andreas se ha enamorado ya? —curioseó, al tanto de la facilidad que tenía el amigo de su nieta para encapricharse.

—Por lo menos dos veces. —Sofía rio con cariño al pensar en lo enamoradizo que era su único amigo.

—¡Andreas es único! —exclamó su abuela riéndose—. Lucero, debes tener los ojos bien abiertos, ya tienes casi treinta años y debes empezar a buscar un buen marido. Seguro que en ese barco habrá muchos hombres solteros, con una rebosante billetera, dispuestos a que los adulen y los enamoren. Lo tienes todo para

hacerlo posible: eres preciosa, educada, inteligente y sofisticada. Haz feliz a tu vieja abuela y tráeme como *suvenir* un novio rico al que consentir.

—No te creas que hay tanto soltero... —contestó Sofía; su abuela no sabía que estaba a bordo de un crucero Single—. Y los únicos que hay los descartarías nada más verlos.

—Ésos no interesan. Deben tener dinero y clase social, eso que no se te olvide; eres una señorita de clase media alta y no puedes conformarte con un obrero que te hable de amor a la luz de la luna —le recordó con cariño.

—Sí, tranquila... —Observó la lejanía, pensando en qué diría su abuela si supiera con quién había compartido cama—. ¿Cómo va todo?

—Bien, y no me preguntes nada más, que le he prometido al abuelo que no te pondría al día del negocio.

—¿Y eso por qué? —inquirió con una tímida sonrisa.

—Porque, lucero, necesitas desconectar.

—Bueno, ya me queda menos para volver y verlo con mis ojos.

—Disfruta, Sofía, nos vemos en unos días. Tranquila, que cuando vuelvas todo seguirá como antes.

—Buenas noches, abu —se despidió con una sonrisa, antes de cortar la llamada y guardarse el móvil en el bolso.

Suspiró y echó a andar hacia el interior del barco. Sus abuelos sólo querían lo mejor para ella, aunque ni ella misma sabía qué era realmente eso. Su último novio reunía todas las condiciones: tenía dinero, elegancia, don de gentes y una buena familia que lo respaldaba. Pero lo suyo no funcionó muy bien. No era que él no estuviese pendiente, no... Borja, más conocido por el apelativo que le había puesto Andreas de Don Machoman, porque se creía el más macho del mundo, la cuidaba y mimaba hasta el extremo, le regalaba lo que se le antojase, la llevaba a los locales de moda de la capital y no permitía que ella pagase nunca, aunque Sofía pudiese hacerlo sin problemas. Era perfecto, tanto, que casi empezó a asustarla. Pero cuando ella supo su pequeño secreto, no dudó en

dejarlo, aunque eso llevase a su abuela a estar una semana encerrada en su casa, aduciendo unas terribles migrañas causadas por las decisiones descabelladas de su nieta, y su abuelo dejase de hablarle durante varios días...

Bajó en el ascensor y caminó por el desierto pasillo. Sólo se oía el sonido seco de los motores y ella no hacía más que pensar en cuándo iba a encontrar a esa persona perfecta a la que darle todo su amor, con la que tener la estabilidad que siempre había soñado, esa persona que sería el complemento perfecto para su existencia...

—¡Al fin! Ya creía que me iba a tocar llamar al capitán del barco para ir en tu busca —dijo Zack, apoyado en la puerta del camarote de Sofía.

—¿Tú no estabas en la discoteca? —preguntó ella, haciendo un mohín al verlo de nuevo con aquellos pantalones piratas con estampado de cebra, que con la luz fluorescente del pasillo resultaban dañinos para la vista.

—Tú lo has dicho: estaba. Me aburría, era más de lo mismo —contestó sonriente.

—Y has venido para...

—Para divertirme un rato contigo —respondió como si nada.

—Es tarde, Zack; quiero estar descansada para ir mañana a la excursión.

—También quería que hablásemos... ¿Me dejas entrar o prefieres que todo el barco me vea aquí contigo? —dijo, mirando hacia los lados del enorme pasillo.

Sofía puso los ojos en blanco mientras fruncía el cejo. Sabía que no podría decir que no ante algo tan obvio.

—Bueno, tú dirás —lo apremió, mientras cerraba la puerta y los dos estaban ya en la intimidad de su camarote.

—Mañana me iré contigo a la ciudad.

—¡No, no... no! —negó con rotundidad.

—¿Por qué no?

—Porque nos verán juntos.

—Nadie sabe quiénes somos y además mis amigos se quedarán también en el barco...

—Pues peor me lo pintas. ¿No crees que sospecharán si los dos vamos juntos a la excursión?

—No, porque saben que te aborrezco y que tú me aborreces... —aclaró con una sonrisa, exponiendo lo perfecto que era su plan.

—Nos pillarán y no quiero que ellos piensen que tú y yo... —Sofía señaló la cama con la mano.

—No lo pensarán, confía en mí. Tengo un plan —añadió, guiñándole un ojo.

—Pfff... —resopló, al imaginar que aquello explotaría dentro de poco y que se vería inundada de preguntas íntimas y reproches—. No sé, Zack...

—Ven aquí, desconfiada. —Sonrió mientras la atraía hacia él—. Desde que te he visto entrar en el restaurante he querido quitarte esta blusa tan fea.

—¡¿Fea?! —exclamó molesta.

—¡Eres increíble! Te enfadas porque no me gusta tu ropa —comentó entre risas, metiendo las manos por debajo de la blusa y acariciándole la espalda.

—¿Qué estamos haciendo, Zack? —preguntó ella, intentando averiguar lo que él pensaba de sus encuentros sexuales a escondidas.

—Vivir, Sofía. Vivir y disfrutar de estos maravillosos días —respondió, cogiéndola por la nuca y besándola con fervor.

—Yo nunca he hecho estas cosas —susurró, mientras ayudaba a Zack a quitarse la camiseta negra, con unas letras enormes en color fucsia.

—Lo sé, y por eso me gusta tanto que lo hagas. —La miró fijamente bajándole con delicadeza la cremallera de su falda de tubo —. Eres tan deliciosa cuando te ruborizas, cuando intentas frenar tus instintos animales, cuando dejas de ser la chica repipi que eres, para convertirte en una mujer increíblemente sensual en la cama.

—Nunca nadie me ha dicho que sea así en la cama... —farfulló, ayudándolo a quitarle la blusa.

—Eso es porque los que has dejado entrar en tu cama estaban más pendientes de ellos que de ti. ¡Mírate! Soy un cabrón con suerte —añadió, hundiendo los labios en el escote del sujetador.

—Pero tú mismo me dijiste que no tengo curvas y... —dijo con dificultad, cogiéndole la cabeza.

—Era para bajarte un poco los humos. Eras tan pedante cuando te conocí, que parecía que todo el mundo tenía que darte las gracias por existir.

—Eso no es verdad —susurró, intentando reprimir las ganas de cogerlo por los hombros y echarlo sobre la cama.

—Lo es; parecía que tenías metido un palo de escoba por el culo. Tan recta, tan perfecta, tan soberbia...

—Entonces ¿qué haces aquí conmigo? —preguntó, intentando encontrarle lógica a todo aquello.

—Liberar a la Sofía que me vuelve loco, a ésa a la que le gusta que meta los dedos dentro de sus braguitas de encaje, la que deja de mirarme como si fuera un animal horrendo y comienza a gemir y a pedirme más... —explicó, haciendo lo que decía y convirtiendo aquella conversación en susurros y gemidos.

Zack la tumbó en la cama despacio, sin dejar de besarla, acariciándola con sutileza, y Sofía se dejó llevar por los sentidos, obviando todo lo que pensaba y disfrutando del momento. Él la recorrió despacio con la lengua, de arriba abajo, mordisqueando y lamiendo, hasta llegar a su húmedo sexo. La miró con su acostumbrada sonrisa y ella se la devolvió expectante, echó la cabeza hacia atrás y permitió que sus sentidos hicieran el resto; dejó libre a esa nueva mujer en la que se convertía cuando estaba a solas con él.

La lengua de Zack se metió en su interior haciendo que de su garganta saliese un gritito, la tentó, jugó e hizo que se volviese loca al lamer su clítoris con tanto fervor. Sofía se arqueaba de placer, notando cómo el frenesí se instalaba en su cuerpo. De repente, Zack

introdujo un dedo en el sexo de ella y Sofía cerró los ojos al notar cómo entraba y salía ese dedo, sin que él dejara de acariciar con la lengua su hinchado y sensible clítoris. Los movimientos cada vez fueron más acompasados, más veloces y, al poco, Sofía estalló en un placentero orgasmo que la hizo gritar y cogerse de las sábanas para controlar la reacción explosiva de su cuerpo. Zack levantó la cabeza y la observó. Con el cabello revuelto sobre la almohada, las piernas abiertas y la respiración entrecortada estaba preciosa. Se incorporó un momento, cogió de su pantalón un preservativo y se lo puso bajo la atenta mirada de Sofía, que lo recibió levantando las caderas para que pudiese acoplarse a la perfección en su interior.

Zack comenzó a moverse con suavidad, con movimientos profundos y certeros; Sofía, a cada embestida recibida, gemía de gozo. Salió sin previo aviso, la ayudó a incorporarse y la guio para que se pusiera de rodillas. Al tenerla así se excitó muchísimo, aquel culito prieto lo volvía loco; la acarició con mimo y, sin decirle nada, la penetró con fuerza, haciendo que gritase, no de dolor, sino de puro disfrute.

—Joder, cómo me pones —musitó Zack sin dejar de moverse, cogiéndola por las caderas para que sus penetraciones fuesen más profundas.

—Oh, Dios... —gimió Sofía al ver que estaba a punto de tener otro orgasmo—. No pares...

—Dime que te folle —pidió él excitadísimo.

—Más, más... —lo apremió ella, notando que empezaba a llegar al orgasmo.

—Quiero oírtelo decir, Sofía. Una señorita como tú no dice esas cosas, pero la Sofía que me pone sí las dice —insistió, acelerando sus movimientos.

—Zack...

—Dilo.

—¡Fóllame! —exclamó con un grito, al tiempo que un devastador orgasmo la recorría de la cabeza a los pies, haciendo que arquease la espalda y que cerrase los ojos.

—Sí, córrete... Joder, yo también estoy a punto —masculló, y observó los movimientos del trasero de ella—. Me voy, Sofía —anunció dejándose ir—: ¡¡Oooooooogh!!

Antes de salir de su interior, Zack le dio un dulce beso en la espalda, se quitó el preservativo, le hizo un nudo y se tumbó a su lado, intentando recobrar el aliento.

—¿Cómo estás? —preguntó, mientras le acariciaba la espalda.

Sofía estaba tumbada boca abajo, jadeante.

—Bien. —Levantó la mirada para verlo—. Aún me sorprendo de cómo he llegado a estar así contigo... —añadió pensativa.

—Las cosas pasan, no hay que darles mil vueltas para saber las razones... —contestó Zack con una sonrisa.

—Quiero dormir... —dijo entonces Sofía, notando que los ojos se le cerraban sin poder remediarlo.

—¿Me estás echando de tu habitación? —preguntó divertido, al ver la manera tan cortés de sugerirle que se marchara.

—¿Tanto se nota? —murmuró ella, contemplando su sonrisa.

—Un poco. Bueno, brujilla, mañana nos vemos. —Le dio un beso en la cabeza y se levantó de la cama para poder vestirse.

—Zack... Esto no lo puede saber nadie —le recordó, mirándolo con seriedad.

—No lo sabrá nadie, te lo prometo —respondió convencido, mientras se abrochaba con rapidez el pantalón y se ponía la camiseta—. Descansa, mañana nos espera un día intenso.

Sofía observó cómo se marchaba de su camarote y la dejaba sola, agotada y satisfecha, notando que un dulce sueño la invadía sin remedio. Sí, al final no había sido mala idea hacer ese paréntesis en su rígida y estudiada vida. Esos encuentros sexuales le estaban viniendo bien; hacía tantos años que no se sentía así de sexi y dichosa... Con el recuerdo aún latente de Zack, de sus besos apasionados, de sus palabras susurradas, se durmió, todavía desnuda, sobre la cama deshecha de su pequeño camarote.

12

Aquella mañana desayunó sola en el restaurante. Su amigo Andreas, con la excusa de que se quedaba en el barco, no quiso madrugar. Cuando Sofía acabó, se dirigió a su camarote para cepillarse los dientes y coger una rebeca por si refrescaba. Al entrar, se topó con un papel en el suelo. Lo recogió mientras cerraba la puerta y lo abrió para leerlo:

> Espérame en la plaza del ayuntamiento, no tardaré mucho.Tranquila, nadie sospecha que me voy contigo. Una cosa súper importante: lleva ropa cómoda. No vamos a un desfile de moda, vamos de excursión. ¡Nos vemos!
>
> Z

Guardó la nota en su bolso y se fue a cambiar de ropa. Se había puesto un vestido, pero haciendo caso de su sugerencia, lo sustituyó por unos pantalones cortos vaqueros blancos y una camiseta con brillantes en color fucsia; para terminar, se puso unas Converse del mismo color que la camiseta. Luego cogió una pequeña toalla, una goma para el pelo, un cepillo y se lo guardó todo en un bolso de piel que podía llevar en bandolera. Se miró en el espejo y sonrió, anhelando que aquella excursión a solas con Zack fuera bien y que no acabasen como el rosario de la aurora...

Salió del barco sin ver a nadie conocido y siguió a la guía turística hasta el centro, donde se encontraba la plaza del ayuntamiento. Estaba nerviosa, no sabía si era por si los descubrían o por ir a pasar un día completo con él... Al llegar a su destino, la guía les contó la historia de Copenhague y les habló del edificio que estaban admirando. Sofía la miraba de reojo, pues estaba más pendiente de ver a Zack... El grupo se empezó a mover para seguir visitando la ciudad y ella se hizo la remolona y se quedó donde

estaba, poniéndose cada vez más nerviosa al no verlo y temiendo que no fuera a ir y la dejase plantada con cualquier excusa que se sacara de la manga, haciendo que se sintiese estúpida por haber confiado en alguien a quien acababa de conocer.

—Ya te dije que nadie nos vería —dijo Zack con una sonrisa.

Sofía se volvió para mirarlo, aliviada al oír su voz. Estaba justo a su espalda y sujetaba un tándem.

—¿Y eso? —preguntó ella, señalando la bicicleta.

—Necesitamos un vehículo para movernos por la ciudad y qué mejor que una bicicleta para dos —explicó Zach, mientras se subía y la apremiaba para que se subiese detrás.

—¿Adónde vamos? —curioseó, mientras observaba la bicicleta y a él con gesto contrariado.

—Al castillo de Rosenborg. Te va a encantar, te lo aseguro —dijo con seguridad—. Anda, para de fruncir el cejo y deja aquí a la Sofía gruñona; hoy quiero estar con la que a mí me gusta.

Ella lo miró con una sonrisa. La verdad era que aquel hombre le decía las cosas tal como eran, sin andarse por las ramas. Armándose de valor y abandonando sus estirados pensamientos, cogió el manillar, se subió a la bicicleta y, cuando Zack le dio el aviso, comenzaron a pedalear los dos por las calles pintorescas y coloridas de aquella ciudad. No tardaron mucho en llegar, sólo unos minutos, y Sofía, al ver aquella edificación roja tan espectacular se quedó sin habla. El castillo estaba rodeado por extensos jardines perfectamente cuidados; muchas personas, como ellos, paseaban o iban en sus bicicletas, e incluso se tumbaban sobre el mullido césped. Zack se volvió para mirarla y sonrió al ver que había acertado al llevarla allí primero. Se bajaron de la bicicleta y, mientras la arrastraban, se acercaron un poco más al castillo.

—Es precioso —susurró Sofía embelesada.

—Sí lo es. Me encantaría que vieras el castillo de Kronborg, al que se considera la casa de Hamlet, pero nos pilla un poco más lejos. Si nos da tiempo, podemos coger el tren y acercarnos —propuso Zack con entusiasmo.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó Sofía.

—Sí, hace unos años...

—Se nota.

—Sube a la bicicleta; lo que hay dentro es un poco aburrido, por tanto, pasamos de eso. ¡Ahora nos vamos al Tivoli! —exclamó, dando un salto y subiendo de nuevo a la bicicleta.

Sofía sonrió y, sin rechistar, se acomodó detrás de él. Recorrieron casi un kilometro hasta encontrar la entrada a los preciosos jardines de la ciudad.

—¿Por qué no hemos venido aquí primero? —preguntó ella, confusa al ver que acababan de pasar cerca de la plaza del ayuntamiento.

—Porque me dijiste que no querías que nadie del barco nos viera juntos... —contestó Zach, encogiéndose de hombros con indiferencia y haciendo que Sofía se alegrase al comprobar que era un hombre de palabra y que respetaba la decisión que ella había tomado, de no dejarse ver con él.

Dejaron la bicicleta en la entrada, en la zona habilitada para ellas, y entraron. Para sorpresa de Sofía, el Tivoli no sólo eran unos preciosos y bien cuidados jardines, también era un parque de atracciones grandioso. Allá donde mirase veía gente paseando, comiendo o yendo de una atracción a otra. Aquel ambiente festivo y relajado le influyó positivamente e hizo que pasara una mañana fantástica, yendo de arriba abajo en compañía de Zack, que no se separaba de ella ni un solo segundo.

—Podríamos ir a comer, ¿no? —propuso Sofía al cabo de unas horas de ir y venir e incluso de montarse en la montaña rusa de madera.

—Ven, tengo una idea —dijo él, cogiéndola de la mano y arrastrándola fuera del parque.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella con una sonrisa.

—Vamos a comprar algo de comer, cogeremos el tren y nos iremos al castillo de Kronborg —anunció también sonriente.

Sofía lo miraba divertida. Tenía una vitalidad arrolladora que la contagiaba cuando estaba cerca de él. En un bar cercano compraron unos bocadillos y unos refrescos y los metieron en la mochila que llevaba Zack colgada a la espalda. Después montaron en la bicicleta, se fueron en dirección a la estación de trenes, compraron los billetes y al poco subieron en uno, llevándose la bicicleta con ellos. El trayecto hasta aquella parte de Dinamarca les llevó casi una hora, que aprovecharon para comer, charlar y descansar.

Cuando el tren se detuvo, bajaron con la bicicleta. Desde allí se perfilaba el castillo al fondo del paisaje y Sofía se estremeció al ver que, incluso de lejos, aquella fortaleza era impresionante. Zack la animó a subir a la bicicleta para llegar lo antes posible; no estaba lejos, sólo a un kilómetro más o menos de la estación. Lo que más le gustó a Sofía fueron las señalizaciones de las aceras, con un precioso castillo en relieve indicándoles por dónde llegar a él.

Pedalearon con emoción mientras la edificación comenzaba a acercarse cada vez más. Sofía contuvo el aliento inconscientemente al admirar en toda su magnitud aquel precioso castillo que miraba hacia el mar sobre el estrecho de Oresund, rodeado por un cuidado césped que contrastaba con el color gris de sus ladrillos. Dejaron la bicicleta cerca del recinto y se acercaron más andando.

—Es impresionante, Zack —dijo Sofía emocionada.

—Espera a verlo por dentro —contestó él, cogiéndole de nuevo la mano y llevándosela hacia una de las entradas.

Lo primero que visitaron fueron las mazmorras. Zack se acercó a una máquina expendedora que había justo a la entrada, donde vendían algo bastante inusual: linternas, y compró dos, algo que extrañó a Sofía, pues no entendía para qué las iban a utilizar. Pero a medida que avanzaban hacia el interior de aquella sala oscura, se dio cuenta del porqué de aquella curiosa compra; sin aquellas linternas no hubiesen podido ver nada. Decir que a Sofía las mazmorras la impresionaron era quedarse corto. No sabía si era a causa de la tenue luz que emitían las linternas o del frío que comenzaba a helarla mientras se adentraban cada vez más por los

angostos pasadizos, o simplemente la compañía de Zack, que la envolvía en un halo de misterio al contarle para qué utilizaban aquella sala en la época renacentista. Pero aquello sólo fue el principio de una visita que recordaría siempre.

Después de ver todas las estancias que estaban abiertas al público y hacer mil y una fotos con sus teléfonos móviles, se sentaron sobre la mullida hierba a ver el suave movimiento de aquel estrecho que separaba Dinamarca de Suecia.

—Me ha sorprendido mucho que me trajeras aquí, la verdad es que esto es maravilloso —comentó Sofía, sin dejar de mirar el precioso paisaje que tenía delante, lleno de majestuosas praderas verdes.

—Sabía que te gustaría —contestó él con una sonrisa.

—Dime, Zack, ¿de dónde eres? —preguntó con curiosidad.

No sabía casi nada de él, sólo que era un friki con un gusto excéntrico para la ropa, que se le daba muy bien ponerla furiosa y saciarla sexualmente; que era un gran bailarín, un bromista y le encantaba hacer payasadas con sus amigos.

—Soy de aquí —respondió con una sonrisa nostálgica.

—¿Eres danés? —exclamó sorprendida. Había interpretado sus conocimientos de la ciudad como algo casual.

—Sí, nací en Copenhague. —Hizo una pequeña mueca de disgusto—. Pero cuando cumplí cinco años nos trasladamos a vivir a Madrid.

—Ahora entiendo por qué sabías tantas cosas de la ciudad... —susurró Sofía, observando que su rostro se había endurecido.

—Vengo bastante a menudo, porque algunos parientes continúan viviendo aquí.

—Tienes suerte, es una ciudad preciosa —comentó ella, admirándola de nuevo.

—Sí, lo es —reiteró Zack—. Creo que al final acabaré viviendo aquí de nuevo, me gusta demasiado como para sólo visitarla de vez en cuando.

—¿Y por qué no lo haces?

—Es complicado. —Sonrió con tristeza.

—¿Tienes a alguien especial esperándote en Madrid? —preguntó en un susurro, temiendo oír un sí.

—No, sólo a mi familia —contestó él, observándola detenidamente—. No soy de esos hombres que se van enrollando con mujeres teniendo a alguien especial en la mente.

—Perdona, no te conozco lo suficiente para saberlo... —respondió incómoda.

—Ya, pero si lo has dicho es porque conoces a hombres que sí lo hacen.

—Sí... —afirmó ella, acariciando la hierba con la mano.

—Cuéntame.

—Poco hay que contar —replicó con una sonrisa nerviosa.

—Sabes que puedes confiar en mí. Cuéntame quién te hizo creer que todos los hombres somos infieles. Vamos a ver, haberlos los hay, pero no todos somos iguales...

—Mi último novio... —contestó de mala gana—. Él me engañó con otra mujer y luego hizo creer a todo el mundo que la culpable de nuestra ruptura era yo...

—Vayamos por partes; ¿cómo averiguaste que él te engañaba?

—Encontré unas braguitas que no eran mías en el bolsillo de su pantalón —explicó con vergüenza.

—¿Le preguntaste de quién eran?

—No, claro que no. Soy una señorita, yo no me pongo a dar voces, ni a montar escenitas delante de nadie. Simplemente le comenté que sabía que me estaba siendo infiel y que prefería dejarlo.

—¿Ya está? ¿No lo mandaste a la mierda, ni le gritaste? —preguntó, sorprendido ante la reacción fría de ella al averiguar algo así.

—No, yo nunca me comporto de esa manera... —dijo con una media sonrisa.

—Entonces, después de que tú lo dejaras, ese tío comenzó a decir que fue por tu culpa... —dijo Zack, retomando el hilo de la historia.

—Sí, empezó a decirles a nuestros conocidos y parientes que yo era un témpano de hielo y que era imposible lograr que amara a alguien, que sólo me quiero a mí misma... —susurró, dirigiendo la vista a la lejanía e intentando no mirarlo a la cara, pues se avergonzaba de que la gente la considerase así; y lo que más rabia le daba era no poder demostrar que se equivocaban al afirmar esa sandez. Porque Sofía se había impuesto una manera de ser que, a base de adoptarla mil veces a lo largo de su vida, se había adherido a ella con tal fuerza que ahora no podía desprenderse de aquella coraza que le impedía mostrarse tal como era.

—¡Ese tío es un gilipollas! —exclamó Zack, molesto al ver cómo le había afectado aquello a ella—. Escúchame, Sofía, sí eres una señoritinga fría y rígida de cuidado, pero que diga esas cosas está fuera de lugar. Yo mismo he sido testigo de cómo quieres a tu amigo, incluso te has embarcado en este crucero sabiendo a lo que venías sólo por él. Una persona que nada más se quiere a sí misma no haría esas cosas... —concluyó, rozándole la mano.

—¿Tú crees? A veces pienso que él tenía razón y que soy incapaz de querer —dijo, mientras se perdía en su mirada sincera.

—No digas eso, Sofía. —Zack se acercó a ella y la besó con suavidad, saboreando sus labios entreabiertos, notando cómo ella le devolvía el beso—. Venga, señoritinga, vamos a ponernos en marcha, que si no no llegaremos al barco y zarpará sin nosotros —dijo él de repente, con la mano todavía apoyada en su cuello, viendo que si no paraba en ese momento, no podría hacerlo más adelante.

—¡Ostras! ¿Qué hora es? —preguntó Sofía angustiada. Había perdido la noción del tiempo y se había relajado demasiado, olvidándose de que debían volver al barco antes de que zarpase del puerto.

—Pues nos queda una hora y media para llegar al barco y aún tenemos que coger el tren.

—¡Pues vámonos! —exclamó nerviosa, al tiempo que se ponía de pie y casi corría hacia donde estaba la bicicleta.

Pero parecía que la suerte estuviese de su parte porque llegaron cuando aún faltaban unos minutos para que zarpara el barco. Subieron separados y cada uno se fue por un lado hacia sus respectivos camarotes. Sofía entró en el suyo con una sonrisa y un recuerdo precioso de aquella ciudad. Se tiró sobre la mullida cama rememorando el maravilloso día y aquel tierno beso que Zack le había dado ante el precioso escenario que creó Shakespeare para dar vida a Hamlet... El sonido de alguien llamando a la puerta hizo que saliese de sus ensoñaciones. Abrió sin preguntar, creyendo saber quién podía ser, pero se sorprendió al ver que se equivocaba.

—Hola, bichito —la saludó Andreas, dándole dos sonoros besos en las mejillas y entrando en el camarote.

Sofía cerró la puerta y una extraña sensación de desasosiego se instaló en su estómago al ver que no era Zack...

—He venido para que hablemos tranquilamente tú y yo —anunció su amigo, mientras se sentaba en la cama y esperaba que ella hiciese lo mismo—. ¿Cómo has pasado el día?

—Muy bien, la verdad es que te has perdido una excursión preciosa —contestó, acomodándose a su lado.

—Es que necesitaba descansar, Sofi. Compréndelo. Me ha dado pena no ir contigo, seguro que habrás estado aburrida al no tener con quién hablar...

—No te preocupes, Andreas, no me ha hecho falta hablar con nadie. Había tanto que ver y tantos sitios a los que ir, que se me ha pasado el día volando.

—He venido hace una hora, cuando he visto que los pasajeros que habían ido a la excursión estaban de vuelta, pero tú no habías llegado aún —dijo, observando sus gestos nerviosos al escuchar aquello.

—Es que me he detenido a ver tiendas antes de entrar en el barco; ya sabes, mañana nos toca travesía y quería aprovechar al máximo el tiempo en tierra —contestó con una sonrisa—. Bueno,

cuenta, ¿qué tal vosotros?

—Bien, hemos descansado y hemos estado casi todo el rato en la piscina. ¡Mira qué morenazo me estoy poniendo! —exclamó, mostrándole los brazos—. Pero Zack no ha estado con nosotros... —añadió, sin dejar de mirarla.

—¿Ah, no? ¿Y eso? —preguntó ella, intentando que no se le notasen los nervios que sentía ante aquella alusión.

—Pues me ha dicho Eddy que se había ido a visitar a unos parientes que viven en la ciudad. Me he quedado loco al saber que ese chico es de aquí.

—¿Sí? —preguntó, haciéndose la sorprendida ante aquella afirmación.

—Sí, pero algo tuvo que pasar que Eddy no me ha querido contar, porque se tuvieron que mudar a Madrid.

—Vaya... —dijo pensativa.

—Entonces, por Copenhague bien, ¿no? —volvió a preguntar Andreas, al ver lo rara que estaba ese día.

—Sí, muy bien —afirmó Sofía y sonrió.

—¿Vendrás a cenar con nosotros? —inquirió él mientras se levantaba de la cama.

—Claro.

—Entonces nos vemos en un rato —dijo, saliendo del camarote.

Sofía se quedó mirando la puerta cerrada y pensando en las últimas palabras de Andreas. Algo había pasado para que Zack y su familia se fueran de aquella preciosa ciudad, algo que él no mencionó mientras estaban allí, pero que ella sí percibió en su mirada, en cómo se le había ensombrecido el semblante; algo lo bastante malo como para entristecer a aquel hombre tan risueño y loco con el que estaba manteniendo una relación liberal con fecha de caducidad y al que estaba deseando volver a tener en su cama.

Se sorprendió a sí misma. ¡Ella pensando en sexo! Se tumbó en la cama y rio a carcajadas. Aquel viaje estaba haciendo que perdiese el norte, llenándola de nuevos pensamientos que la asaltaban sin previo aviso, con un único protagonista: Zack.

13

Entró en el restaurante con paso firme y seguro, aunque en el fondo estuviese maldiciendo por culpa del dolor de piernas que tenía de tanto pedalear. Llegaba la última, como iba siendo costumbre, y se dirigió a la silla que había libre al lado de Andreas y enfrente de Zack, algo que tampoco cambiaba con el paso de los días. Saludó y, antes de sentarse, se alisó el vestido azul marino de seda para que no se le hiciesen arrugas, luego se colocó la servilleta encima del regazo y escuchó la conversación que estaban manteniendo sus acompañantes, aunque, sin poder evitarlo, su mirada todo el tiempo se iba hacia donde estaba Zack, que la observaba con atención, echándole de vez en cuando un vistazo al sugerente escote que le acentuaba el poco pecho que tenía. De pronto notó una caricia suya con el pie por debajo de la mesa y él le guiñó un ojo. Sofía contuvo la sonrisa, pero su bajo vientre comenzó a arder. Estaba deseando que acabase la cena y poder alegar cualquier excusa para irse al camarote, para dejar que él entrase...

—¿Y no habéis coincidido en la ciudad? —preguntó de repente Andreas, mirando a Sofía y a Zack, y haciendo que los dos abandonasen de golpe aquel baile de roces que se llevaban con las piernas por debajo de la mesa.

—No —contestó Zack—, yo he estado todo el día en casa de mis tíos.

—Es curioso, estando en el mismo lugar, que no os encontrarais por casualidad...

—Bueno, no hemos estado en el mismo sitio, Andreas. Supongo que ella habrá visto la capital y los lugares de mayor interés y yo en cambio he estado en Elsinor, que está a una hora más o menos de donde ha atracado el barco —explicó Zack con convicción.

—No entiendo el interés que tienes por saber dónde ha estado Zack, Andreas —dijo Sofía, frunciendo el cejo, mientras miraba a su amigo, que no apartaba los ojos de ellos dos, intuyendo que escondían algo.

—Para que te quedes tranquilo, te puedo asegurar que con Señoritinga Mil Modelitos no iría ni a la vuelta de la esquina —dijo Zack, apoyando la espalda en el respaldo de la silla.

—¿Mil Modelitos? —preguntó ella, extrañada ante aquella etiqueta.

—Ahora no te ofendas. Parece que hayas viajado con un baúl, cada noche un vestidito diferente. Te recuerdo que no estamos en un pase de modelos, ni hay ningún cazatalentos a bordo, ni nada de eso. ¿Es que no sabes vestirte como una persona normal?

—¿Y cómo se viste una persona normal? ¿Con pantalones que dañan a la vista o con camisetas que dan ganas de quemarlas sólo con verlas? —soltó Sofía molesta.

—Por lo menos, yo no voy por ahí luciendo palmito para que la gente vea el nivel adquisitivo que tengo. Sólo te falta llevar un cartel que ponga: «¡Oiga, que soy rica y usted no!» —exclamó Zack, alzando las manos y sin perder su sonrisa.

—Claro, es mejor ir diciendo: «¡Oiga, que no tengo dónde caerme muerto!» —soltó Sofía, mirándolo mal.

—Venga, chicos, haya paz. Parecéis chiquillos de guardería, de verdad —dijo Andreas intentando sosegar los ánimos, al ver que se había equivocado en sus conjeturas y que seguían cayéndose mal.

—El niño es él, no te confundas. Yo soy una adulta con buena educación y con los pies en la tierra, a la que nadie ha llamado la atención por su conducta. El pelanas este me saca de mis casillas —gruñó ella molesta, cogiendo su copa y bebiendo un buen trago del vino que le acababa de servir Andreas. El buen humor que había tenido durante todo el día se disipó en aquel instante.

—Pues mira, Sofía, prefiero mil veces que se me considere un niño. En esta sociedad estamos más pendientes de juzgar a los demás que de disfrutar de la vida. Ser adulto se ha sacado de

contexto y parece que si no juegas al ajedrez con una pipa en los labios, sosteniendo un periódico de finanzas en tu regazo, y hablas de política mientras tanto, no lo eres... ¿Dónde está la diversión? ¿Dónde está la felicidad? Sólo se trataría de trabajar, hablar de cosas aburridas y hacer cosas que no me gustan. No podría vivir una vida tan seria y tan rígida como la señoritinga que tengo sentada delante, me moriría de aburrimiento por no poder hacer el gamberro de vez en cuando, reírme sin medir el volumen y bailar cuando me apeteciera. Si eso es ser un niño, te regalo mi parte adulta —replicó Zack con seguridad y convicción.

—Pienso como Zack —intervino Koldo, que había estado pendiente de la conversación—. La vida ya es lo bastante dura de por sí como para que andemos mirando lo que pensarán de nosotros, frenando nuestros impulsos por si alguien cree que somos unos inmaduros y haciendo las cosas como otros consideran que hay que hacerlas. Yo también prefiero que se me considere un niño si así me siento feliz y en paz conmigo mismo.

Todos sus amigos lo animaron tras oír su perorata, incluso Andreas le dio la razón. Sofía hundió la cabeza y bebió un poco de vino. Ella no podría ser así delante de la gente...

Después de cenar, salieron hacia la discoteca. Sofía no tenía ganas de ir allí y se despidió de Andreas. Se fue sola, sin que Zack se diese cuenta de que se había marchado. Aquella conversación sobre la felicidad la había trastocado, aunque no sabía por qué. Se dirigió hacia su camarote casi a cámara lenta, pensando en todo lo que había sido su vida, comprobando, para su estupor, que no conseguía encontrar una situación lo bastante feliz y dichosa con la que sosegar su angustia... Cuando llegó a su camarote, se dejó caer sobre la cama y miró el techo, descalza y con una opresión en la boca del estómago que le impedía respirar con normalidad. Se levantó al oír que llamaban a la puerta, pero antes de abrir preguntó quién era y hasta después de recibir la contestación no abrió.

—Te encanta que vaya detrás de ti, ¿verdad? —preguntó Zack, mirando cómo Sofía cerraba la puerta y se sentaba en la cama con rostro serio.

—No sé de qué estás hablando —bufó ella, con el ánimo bastante bajo.

—¿Por qué no te despides de la gente cuando te marchas? —preguntó, consciente de que algo le rondaba por la cabeza al verla con el cejo fruncido, un gesto muy de ella.

—No lo veo necesario, porque casi ni reparáis en mí. Y además, no me apetecía hablar con nadie.

—Sofía, eres la mujer más rara y desquiciante que he conocido, y he conocido muchas. Pero es que no logro entenderte... —dijo, acercándose a ella.

—Te podría decir lo mismo, Zack... No sé si te gusto o me aborreces, algo que va según el día, por lo que veo.

—¿Es por lo que he dicho en la cena? —preguntó él, sentándose a su lado—. A tu amigo le faltaba sacar el foco para empezar a hacernos un tercer grado. Parece que no se creía del todo que hoy hubiésemos ido por caminos distintos.

—Andreas puede ser muy persuasivo cuando quiere, pero no hacía falta decir esas cosas de mí; ¿o es que realmente las piensas?

—Por supuesto que sí, ya te lo he dicho. La Sofía que se pavonea delante de todo el mundo como dueña y señora de cuanto la rodea, no me gusta nada. Pero en cambio, la que me ha acompañado a Copenhague esta mañana, ésa sí que me gusta —respondió con una sonrisa.

—Esa Sofía no existe; lo sabes, ¿verdad? —murmuró ella con una triste sonrisa.

—Pues la tengo ahora mismo delante de mí.

—Sí, pero ésta es una versión nueva que ni yo misma conocía. Cuando acabe el crucero, volveré a ser la de siempre.

—Bueno, a mí no me gusta adelantar acontecimientos, me gusta vivir al día. —Le cogió la mano con suavidad—. Y ahora, lo único que me apetece es desnudarte y hacerte gemir como una

loca.

Ella sonrió mientras se acercaba y se sentaba encima de él a horcajadas. Zack la cogió del trasero y la acomodó, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Me quedaría en este camarote para siempre —susurró, acariciándole la cara.

Sofía sonrió de nuevo y acercó los labios a los suyos. Nunca había sido tan libre como cuando él estaba cerca, era como si la liberase de las ataduras que ella misma se había impuesto.

—Haz que me olvide hasta de mi nombre, pelanas —murmuró en su oído, notando cómo él se endurecía con su contacto.

—Eso está hecho, brujilla —respondió él en el mismo tono, bajándole con suavidad la cremallera del vestido y contemplando la fina lencería que llevaba puesta.

—No sé qué me has hecho, pero cuando estoy a solas contigo me siento otra persona —confesó, mientras notaba cómo las yemas de los dedos de Zack le recorrían con parsimonia la piel que dejaba desnuda.

—Eso es a causa de mi frondoso cabello, que no deja pasar las ondas de tu cursilería y superficialidad —contestó él con una sonrisa, al tiempo que le desabrochaba el sujetador y le rozaba el pezón con los dedos.

—Me puedo llegar a creer que tu cabello tiene la culpa de todo, es tan... —empezó Sofía, pero se detuvo al ver que Zack le besaba el pezón con pasión mientras tiraba al suelo el sujetador. Se dejó llevar por las sensaciones que le recorrían el cuerpo, al notar la cálida boca de él succionando aquella parte tan delicada de su anatomía.

Sofía dejó de pensar, algo que empezaba a ser normal cuando estaba con Zack a solas, y sólo sintió. Su boca, sus manos, sus respiraciones acompasadas. Lo hicieron casi de una manera desesperada, intentando notarse al máximo, llegando al orgasmo a la vez y, casi sin esperar, sólo lo justo para que él se recuperase, se volvieron a excitar, dándose cuenta de que con un simple roce o con

unas cuantas palabras, volvían a tener ganas de más sexo. Después de alcanzar de nuevo el orgasmo, se tumbaron los dos en la cama, sudorosos, saciados y exhaustos.

—Zack, te tienes que ir... —dijo con dificultad Sofía, medio dormida.

—Sí, un segundo y me voy —susurró él, tumbado en la cama, intentando recobrar el aliento y las fuerzas.

Ella cerró los ojos y se durmió al instante. El sexo con él era divertido y agotador.

Unos golpes la despertaron. Estaba tumbada en la cama, desnuda, y a su lado Zack dormía plácidamente. Sofía se asustó al verlo. ¡¡No debería encontrarse durmiendo allí con ella!! Se hallaba tumbado boca abajo y la sábana dejaba ver buena parte de su retaguardia. Se levantó de golpe al ser consciente de que alguien estaba llamando a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, con el corazón en un puño, zarandeando a Zack para que se despertara.

—Bella durmiente del bosque, soy yo —contestaron desde el otro lado de la puerta.

—Mierda —masculló Sofía en voz baja, nerviosa—. Un segundo, Andreas. Me has pillado desnuda —dijo en dirección a la puerta, intentando que su acompañante se despertara—. Zack, levanta el culo —gruñó en voz baja y de malas maneras.

—Mmmm... ¿Qué pasa? —preguntó él con voz pastosa y guiñando un ojo para verla.

—Andreas está llamando a la puerta, tienes que esconderte —lo apremió, mientras cogía la ropa de él y la metía en el cuarto de baño.

—Joder... —protestó, yendo hacia donde ella le indicaba, con cara de pocos amigos al tener que esconderse de aquella manera tan peliculera.

A los dos minutos, Sofía abría la puerta de su camarote, llevando un albornoz y cruzando los dedos para que Andreas no se diese cuenta de que ocultaba a un hombre en el cuarto de baño.

—De verdad, siempre tan pudorosa... No me habría llevado las manos a la cabeza si te hubiese visto en paños menores —dijo su amigo, al tiempo que entraba con paso seguro y detenía la mirada en la cama totalmente deshecha y revuelta.

—Ya sabes cómo soy —respondió ella con una sonrisa, intentando parecer tranquila.

—Sí, claro... —Chasqueó la lengua y la observó detenidamente; luego, con disimulo, miró el camarote en busca de pruebas para poder esclarecer las razones de que Sofía estuviese tan rara—. Venía a pedirte disculpas por lo de anoche.

—¿Disculpas, por qué? —inquirió ella, mientras se arreglaba el cabello alborotado con las manos.

—Por mi comentario desafortunado en la cena. Eddy me ha hecho ver que me pasé al dar por sentado que tú y Zack nos ocultabais algo...

—¡Ah!, no pasa nada, Andreas. Sé cómo eres y no hacía falta que vinieras a pedirme perdón ni nada —respondió Sofía con una sonrisa.

—Además, creo que te estoy dejando abandonada en este viaje y me siento mal... Te arrastré conmigo y prácticamente te he dado de lado por Eddy.

—No te apures, Andreas. Sabes que me gusta la soledad y, aunque este viaje no está siendo como había pensado, no hay marcha atrás. —Le sonrió de nuevo con cariño—. Además, te veo bien, feliz y tranquilo, y eso me gusta.

—Ven aquí, tontorrona. Si es que aunque quieras dar pinta de que pasas de todo y de todos, eres una bonachona —comentó, dándole un abrazo—. Uf... ¿A qué hueles?

—¿Cómo? —preguntó ella, y dio un paso atrás y al mismo tiempo se olió el cabello—. No huelo a nada.

—No hueles como siempre... —susurró Andreas arrugando la nariz y mirándola atentamente: su cabello enmarañado, sus labios enrojecidos e hinchados, sus ojos brillantes...—. Anda, date una ducha rápida y nos vemos en cubierta.

—De acuerdo —contestó Sofía, con el cejo fruncido mientras lo veía abrir la puerta del camarote, sonreírle y salir de allí.

Se aseguró de que la puerta del camarote estaba cerrada y después entró en el cuarto de baño, donde se encontró a Zack, que había preparado la bañera con sales y la esperaba dentro del agua.

—Creo que Andreas sabe que escondo algo —dijo Sofía, haciendo una mueca al mirar el cabello de Zack mojado y pegado a la espalda.

—No te preocupes, es tu amigo y nunca haría nada que te hiciese daño. Quítate ese albornoz y métete conmigo, el agua está perfecta.

—Déjalo, me daré una ducha y ya está —respondió, arrugando el cejo.

—Brujilla, mueve ese culito hasta aquí. Seré bueno —añadió mientras se dibujaba una corona en la cabeza con las manos.

Sofía lo miró y, como ya iba siendo costumbre en ella cuando estaba con Zack, accedió a lo que le pedía. Se quitó el albornoz bajo su atenta mirada y se metió con cuidado en la bañera, acomodándose justo en el otro extremo de donde estaba él. Zack le hizo un hueco encogiendo las piernas para que se colocara a sus anchas.

—Mañana tenemos una excursión impresionante: veremos el fiordo de Geiranger —anunció él con una sonrisa, sin dejar de mirar cómo la espuma le cubría los senos.

—¿Ya has estado? —preguntó Sofía, intentando encontrar una postura cómoda en aquella bañera.

—Sí, hace muchos años. Te va a encantar. Tiene unos paisajes idílicos, que aunque los hayas visto en instantáneas, se quedan cortos y casi en blanco y negro cuando lo ves al natural. De todas las escalas que hemos hecho durante el crucero, creo que estas últimas son las mejores.

—Estoy deseando verlo —contestó Sofía, y notó que Zack le cogía las piernas y se las colocaba a ambos lados del cuerpo y que hacía lo mismo con las suyas, encajándose en aquel reducido

espacio—. Ya empieza la cuenta atrás del viaje...

—¿Tienes ganas de que acabe?

—Sí y no —contestó ella con una sonrisa—. Una parte de mí está deseando llegar a Segovia y seguir con su vida, la otra se resiste a complacerla...

—Yo firmaba ahora mismo por quedarme en esta bañera contigo a solas, sin visitas sorpresa ni ojos curiosos —dijo Zack, cogiéndole un pie y dándole un masaje.

Sofía lo miró sin abandonar la sonrisa y se dejó llevar por aquella extraña sensación de intimidad y confianza que se había instalado entre los dos en tan poco tiempo.

—Vamos a hacer un trato: seamos sinceros el uno con el otro cuando estemos a solas. Lo que nos digamos nunca saldrá de aquí —propuso Zack mientras la miraba intensamente.

—Soy bastante clara contigo...

—Pero lo que yo digo es más, es que ni siquiera podamos ocultar nada por creer que nos dejará mal delante del otro. Seamos simplemente nosotros, sin artificios ni medias verdades. Podríamos decir que es un experimento sociocultural, ¿qué te parece? —explicó entusiasmado por su idea.

—Una locura, pero vamos, que es lo normal en ti —contestó Sofía entre risas.

—Me encanta cuando te ríes. Se te relajan las facciones y se suaviza ese cejo que muy a menudo contraes... ¿Por qué lo frunces tan a menudo?

—No sé, es algo que no puedo controlar. Lo hago cuando algo me preocupa o me molesta...

—¿Y por qué no lo dices y ya está? Siempre estás con esas arrugas en el entrecejo y con el pico cerrado.

—Desde bien pequeña me han enseñado a no hablar más de la cuenta —contestó, encogiéndose de hombros.

—Pues conmigo no seas así. Quiero que me digas las cosas a la cara, que seas totalmente libre a mi lado, aunque sea sólo estos días que nos quedan en alta mar. Cuando llegues a tu casa, puedes

encerrarte de nuevo en el torreón del castillo a ver la vida pasar —comentó Zack.

—Venga, pelanas, vamos a salir del agua, que ya está templada y me muero por comer algo —lo apremió ella con una sonrisa, intentando ponerse de pie.

—¿Te he dicho que me encanta verte desnuda? —preguntó él, devorándola con la mirada.

—No me mires así, quiero ir a desayunar —lo avisó Sofía, cogiendo el albornoz y poniéndoselo rápidamente para ocultar su cuerpo.

Zack salió de un salto y la persiguió hasta la cama entre las risas histéricas de ella y los aullidos de él, haciendo que se cayese encima y cubriéndola con su cuerpo todavía mojado, mientras la besaba y le quitaba lo único que llevaba puesto para poder saborear de nuevo cada centímetro de su piel.

14

Gerianger, Hellesylt, Bergen, Kristiansand y Oslo, cinco escalas a los fiordos noruegos y cinco días de excursiones, acompañados por sus amigos, durante las cuales Zack y Sofía intentaban encontrar algún descuido para poder escaparse, algo bastante difícil, pues Andreas los vigilaba de cerca. Aparte de los maravillosos paisajes que vieron, impresionantes de verdad, donde la naturaleza estallaba con toda su grandeza, lo que deseaban sin poder remediarlo era que llegara la noche, cuando en la intimidad del camarote de Sofía se relajaban y disfrutaban de la pasión que se había instalado entre los dos casi de sopetón, para sorpresa de ambos, y donde las risas, los susurros y las conversaciones profundas que mantenían, hacían que todo fuera perfecto; incluso para Sofía, que aún se extrañaba de sentirse tan relajada y a gusto con aquel hombre que había entrado en su vida casi sin llamar, de golpe, llevándose sus rígidos pensamientos hacia otra parte.

El sexo con él era espléndido, se divertían juntos y disfrutaban al máximo. Zack había conseguido que abandonase su pudor y su frialdad característica cuando estaba a su lado. Y Sofía, aunque le parecía algo increíble, se olvidó por completo de las pintas que llevaba él, de aquel cabello tan abultado y aquellos pantalones sacados de un baúl de los recuerdos obsoleto. Era consciente de que lo que estaba viviendo con Zack no era amor, era algo más carnal en lo que los sentimientos no entraban en juego; se trataba de atracción y sexualidad. Además, sabía que aquella historia tenía un final cada vez más cercano.

Una noche, después de caer rendidos en la cama, Zack le propuso que siguieran viéndose cuando llegaran a sus respectivas ciudades; Segovia no se encontraba muy lejos de Madrid y tal vez

lograran un equilibrio para poder seguir divirtiéndose juntos, pero Sofía desechó la idea de un plumazo; una cosa era lo que estaba haciendo en aquel crucero, para ella una locura pasajera, y otra bien distinta alargar aquello a su vida real.

Aquella mañana, cuando se despertaron abrazados uno a la otra —desde hacía varios días Zack se quedaba a dormir en el camarote de Sofía—, se dieron cuenta de que aquélla sería la última noche que pasarían juntos. Al día siguiente llegarían de nuevo a Copenhague, desde donde cogerían un avión con destino a España, poniendo así el punto final a aquella historia que habían escondido con tanta cautela a sus amigos y compañeros de viaje.

—Buenos días —musitó Zack, observando cómo Sofía miraba al techo con gesto serio.

—Hola... —Se volvió hacia él y se contagió de la sonrisa que tenía dibujada en su cara—. ¿Qué?

—Dime una cosa, Sofía, ya sabes tienes que ser totalmente sincera conmigo: ¿cómo sería para ti un día perfecto?

—¿Y eso qué tiene que ver ahora? —preguntó ella, extrañada por aquella pregunta.

—Eso da igual, respóndeme.

—Un día perfecto... —susurró pensativa—. No sé, supongo que ir de compras con una tarjeta de crédito sin límite.

—¿De compras? —repitió Zack levantando una ceja, sorprendido ante su respuesta.

—Sí, me encanta ir de tiendas —contestó ella con una sonrisa.

—Ya... —dijo él, destapándose y levantándose de la cama, mientras dejaba ver su fibroso cuerpo por completo.

Sofía lo observó entrar en el cuarto de baño y lo oyó abrir el grifo de la ducha, después volvió a quedarse pensativa mientras miraba el techo. Ya había acabado aquel viaje que al principio le pareció tan tedioso y extraño y que al final había resultado divertido y apasionante. Al día siguiente tendría que despedirse de aquel hombre que primero la había desquiciado e incluso avergonzado, pero que más tarde acabó en su cama.

Se levantó de un salto y comenzó a coger sus cosas para ducharse después de Zack. Entró en el cuarto de baño y lo vio salir de la ducha, con el cabello mojado y pegado en la espalda, mirándola con una sonrisa.

—Con el pelo así estás mucho más guapo —dijo Sofía, acercándose a él y notando cómo crecía su excitación al ver el poco pudor que demostraba él, enseñando su cuerpo mojado y excitando —. ¿No has pensado en cortártelo?

—No, me gusta tal como está —respondió mientras sonreía—. Dime, Sofía, ¿qué vas a hacer sin mí?

—Continuar con mi vida, esto que tenemos es sólo una aventura —dijo, dejándose abrazar por él.

—Una aventura... ¿Sólo eso? —Levantó la cabeza del cuello de ella para poder ver sus ojos del color de las aceitunas.

—Sí, sólo eso —reiteró ella sin dejar de sonreír.

—¿No me vas a dar ni tu número de teléfono? Ya sabes, para saber de ti... —murmuró, dándole suaves besos en el cuello.

—No, no lo necesitas para nada. Cuando salgamos de este barco, esto se acabará y no nos volveremos a ver nunca más.

—¿Nunca más? ¿Tan mal lo hago que no quieres repetir en tierra firme? —preguntó Zack, metiendo las manos por dentro de las braguitas de Sofía y atrayéndola hasta él.

—No es eso; pero en la vida que llevo no hay espacio para este tipo de aventuras secretas... —musitó, al tiempo que se mordía el labio inferior y notaba cómo la erección de Zack le apretaba en el estómago.

—Es una lástima que no quieras verme, me gusta mucho follarte y oírte cuando te corres —susurró, mientras su mano viajaba del trasero a su clítoris hinchado.

—Tenemos el día de hoy para despedirnos a lo grande —dijo ella, y ahogó un gemido al notar que Zack trazaba círculos sobre su clítoris—. Vamos a la cama —lo apremió excitada.

—No, Sofía, lo vamos a hacer aquí, de pie, contra el lavabo. Cuando estés sola en tu casa, quiero que recuerdes cómo te follaba este pelanas que te desquicia de vez en cuando.

Zack la cogió en volandas y la sentó sobre el lavabo, le quitó las braguitas y se puso un preservativo bajo la atenta mirada de ella, que deseaba ardientemente que la penetrase. Sin más dilación, Zack dirigió la punta de su pene hacia su hendidura y la penetró con fuerza y rabia, haciendo que gritase del placer y se cogiera a su espalda para no caerse ante sus arremetidas. Él la embistió con todas las ganas del mundo, consciente de que sería una de las últimas veces en que podría estar en su interior. Observó su rostro extasiado, notaba su aliento acelerado... Sí, echaría de menos a aquella bruja que se creía mejor que nadie, pero que lo excitaba como hacía tiempo que no le pasaba.

—Oh, Zack... Más fuerte —lo apremió ella jadeante.

—Joder, Sofía... ¡Córrete para mí, preciosa! —exclamó fuera de sí, clavándose más y notando cómo ella llegaba al orgasmo, para después, en dos arremetidas más, dejarse ir él también—. No vas a encontrar a nadie que te folle de esta manera —dijo luego, saliendo con cuidado y quitándose el preservativo de un tirón.

—No pasa nada, Zack. No busco eso —contestó ella, recobrando el aliento.

—¿Y qué buscas, Sofía?

—Un hombre perfecto para mí —soltó, y entonces se metió en la ducha dando por finalizada la conversación.

Zack bufó desesperado, se vistió y salió del camarote, molesto por la indiferencia de ella y por aquella sensación de tristeza que se había instalado esa misma mañana en él.

Sofía salió de su camarote hacia el restaurante del barco; estaba hambrienta. Miró el reloj y supuso que Andreas ya estaría correteando por allí de la mano de Eddy; desde que se conocieron

eran inseparables. Desayunó sola y fue en su busca. Lo encontró, cómo no, en la zona de la piscina, escribiendo como un poseso en su libreta mientras Eddy se bañaba con sus amigos.

—¿Ya estás con la novela nueva? —preguntó Sofía, sentándose a su lado.

—¡Sí! Y menuda historia. ¡Te va a encantar! —exclamó orgulloso al tiempo que levantaba la vista de sus anotaciones.

—Seguro; la última me gustó mucho —confirmó Sofía, mirando hacia la piscina y viendo cómo Zack se tiraba de cabeza y salpicaba a unas chicas, que le sonrieron como si fuese el último hombre de la tierra.

Esa escena hizo que desviase la vista hacia otro lado, no le gustaba que nadie mirase de aquella manera a su pelanas, y, al hacerlo, no pudo ver que Zack la estaba mirando a ella; no tenía ojos para nadie más.

—¿No te has traído el biquini? —preguntó Andreas, levantando la mirada y viendo que aún llevaba puesto un fino vestido blanco.

—Sí... Pero no me apetece meterme en el agua, creo que iré a hacer algo de ejercicio o al spa a relajarme del todo para mañana —contestó Sofía, y se colocó detrás de la oreja un mechón de cabello que ondeaba delante de su rostro.

—Mañana me cogerá una depresión —resopló Andreas angustiado, mientras cerraba la libreta.

—Sabíamos que el viaje llegaría a su fin —le contestó Sofía con una sonrisa.

—Lo sé, pero es que no quiero separarme de Eddy... —dijo, mirando cómo nadaba.

—No pienses en eso ahora, Andreas. Aún os queda todo el día de hoy para aprovecharlo al máximo —lo consoló, mientras le cogía la mano.

—Sí, tienes razón —suspiró él, sin dejar de observar a Eddy.

—¡Señoritinga! —gritó Zack, mirándola desde dentro de la piscina—. ¿Es que no te metes en el agua, como el resto de los mortales?

—No, ya sabes que yo no soy una simple mortal —contestó Sofía, contemplándolo y estremeciéndose al ver lo atractivo que estaba.

—Lo de simple lo podrías poner entrecomillas, porque la verdad es que deberías ir con manual de instrucciones —soltó él sin pensar.

—¿Y ponérselo fácil a los hombres? Eso nunca. Quien quiera conocerme, que se lo curre —replicó ella muy digna.

—¡Así te va! —resopló Zack—. ¿Cuánto tiempo llevas sin comerte un rosco?

—¡A ti te lo voy a decir! Míralo, el que se cree gracioso —dijo Sofía, levantándose del asiento—. Andreas, luego hablamos, que hoy no me apetece aguantar las tonterías del pelanas.

—Eso, eso, vete... Sólo sabes hacer eso: huir —apuntó Zack, viendo cómo ella hacia amago de marcharse.

—Pero ¿qué quieres de mí? —preguntó Sofía, y se acercó al borde de la piscina molesta.

—Que te quites el palo que llevas dentro del culo, eso es lo que quiero —contestó él, mirándola fijamente a los ojos.

—Mira, pelanas, de verdad te lo digo: ¡qué ganas tengo de perderte de vista de una vez por todas! —exclamó Sofía con rabia.

—No tantas como yo, señoritinga —masculló él, mientras observaba cómo se alejaba de ellos, apoyado en el borde de la piscina.

—¿Por qué haces eso, Zack? —preguntó Andreas intrigado, cuando su amiga estuvo lo bastante lejos como para no poder oír la conversación.

—¿El qué? —bufó, mirándolo confuso.

—Molestar a Sofía cuando lo que quieres es otra cosa.

—Yo no quiero nada con ella, Andreas —replicó Zack con rotundidad.

—Mira, no sé de qué vais, porque ella no me comenta nada y la conozco lo suficiente como para saber que me tengo que callar y esperar que quiera sincerarse conmigo. Pero no somos tontos, ni yo ni tus amigos, y sabemos que algo hay o algo ha pasado o... ¡no sé!

—dijo Andreas, levantando las manos, exasperado ante aquella situación que se le escapaba por no tener todos los detalles. Luego prosiguió—: No me gusta dar consejos, porque soy el primero que no los sigue... pero sólo te diré que, si te gusta, pelees por ella. Sofía tendrá sus cosas, lo sé de primera mano, pero es la mejor amiga que tengo y no me gustaría que nadie ni nada le hiciese daño. Aunque si tengo que ser sincero contigo, me gustas mucho para ella. Sois tan distintos que os complementáis muy bien.

—Andreas, entre ella y yo no hay nada —dijo Zack con rotundidad.

—Sí, claro... —murmuró él con una sonrisa, mientras negaba con la cabeza y abría la libreta para seguir anotando ideas para la novela que estaba empezando.

Sofía se cambió de ropa y se fue al gimnasio; debía y necesitaba ahuyentar aquella sensación de ahogo que se había instalado en su interior. Estuvo allí más de dos horas. Cuando notó que sus músculos no podían más, se fue hacia las duchas, se puso el biquini y se metió en el jacuzzi. Intentó relajarse y pensar que sólo quedaban unas horas para poder salir de allí y regresar a su apreciada rutina, sólo unas horas y volvería a ser de nuevo Sofía, no aquella mujer descarada que dejaba que la montase un cualquiera melenudo. Pensar eso hizo que se excitara.

«¿Qué me ha hecho?», se preguntó extrañada; ella no era así. Incluso su última pareja, Don Machoman, la había culpado de ser frígida en la cama, decía que siempre daba largas para acostarse con él y en cambio, con Zack... lo hacía todos los días e incluso varias veces en un día. Resopló indignada consigo misma: su último novio sí que era un hombre perfecto; se lo había presentado a sus abuelos y le habían dado el beneplácito. En cambio, Zack...

«¡No! Basta ya de pensar en ese pelanas. Mañana recogeré mis cosas y cerraré este episodio para siempre. Nadie sabrá nunca que he estado con un tipo así. Esto se quedará el resto de mi vida

enterrado en mi interior, como una aventura pasajera, nada más», pensó decidida, y esa reflexión hizo que se calmase un poco.

Después de relajarse en el jacuzzi, se fue a su camarote para ducharse y prepararse para comer en el restaurante. Iba a echar de menos esas rutinas tan marcadas y sosegadas, en las que lo único que tenía que hacer era elegir un vestido e intentar que el grupo que habían formado durante aquel viaje no sospechase que entre Zack y ella había algo más tórrido que sus acostumbradas discusiones.

Se miró en el espejo y se terminó de perfilar los ojos. Llevaba un sencillo y favorecedor vestido de media manga en color azul turquesa, unas sandalias negras y un vistoso collar negro que le ocultaba el vertiginoso escote. Se atusó el cabello, que se había dejado suelto, cogió el bolso y, antes de abrir la puerta, se encontró una nota en el suelo. Mientras la recogía negó con la cabeza, ya había perdido la cuenta de todas las pequeñas notitas que le había escrito Zack en ese viaje. Se incorporó y la leyó:

> Aún no me creo que esta noche sea la última en que podré perderme entre tus piernas. Coge fuerzas hoy, porque cuando llegue a tu camarote, no te voy a dejar ni respirar... Quiero que me recuerdes en tus noches a solas y que sea yo el protagonista de tus sueños más tórridos. Nos vemos dentro de un rato.
>
> PD: No me tomes a mal cualquier lindeza que te diga, ya sabes que lo hago para disimular y, aunque no me guste cuando te pones en plan «Soy Sofía la guapa», sabes que estoy deseando tenerte entre mis brazos.
>
> Z

Sofía sonrió, se guardó la nota y fue hacia el restaurante.

Comieron todos juntos, hablando de lo que habían visto en aquellos días de crucero, recordando paisajes y bromas y haciéndose confesiones. Fue una velada distendida, en la que reinaba el buen humor y un poco la añoranza de saber que aquello acabaría al día siguiente.

—Pensad una cosa —dijo Koldo, intentando ahuyentar aquella tristeza de saber que no se volverían a ver—. Vivimos bastante cerca unos de otros, podemos ir a Segovia un finde y al siguiente podéis venir vosotros a Madrid.

—¡Sí! —exclamó Andreas, entusiasmado ante la idea—. Os enseñaremos la zona de marcha de Segovia, el acueducto y el casco antiguo. ¡Os encantará!

Sofía los observaba en silencio. Sabía que aquello funcionaría los primeros días, después Andreas empezaría a cansarse de ir detrás de Eddy y pasaría página como si nada. Al fin y al cabo su amigo era así, se enamoraba y se desenamoraba a una velocidad de vértigo. Después de comer, decidieron ir a dar un paseo por la ciudad donde había hecho escala el barco. Como ya la habían visitado con anterioridad, se fueron directamente al centro a ver tiendas y a tomarse unas enormes cervezas alemanas.

Sofía casi no habló, no quería quitarle la ilusión a su amigo, que estaba haciendo planes sin parar de todo lo que harían cuando volviesen a su casa. Zack tampoco estaba de humor para intentar sacarla de quicio, por tanto, pasaron una tarde tranquila en Warnemünde.

Sofía sacó los vestidos que se había llevado al viaje del armario, tratando de elegir uno especial para aquella noche, la última... Al final, después de probárselos todos, se decantó por uno en color negro, ceñido y con la espalda descubierta. Se recogió el pelo y se maquilló a conciencia. Quería que Zack se la comiese con los ojos, aquélla iba a ser su despedida... Antes de salir del camarote, vio otra notita en el suelo, sonrió y la cogió:

No quiero perder mucho tiempo esta noche. Cenamos y nos inventamos cualquier excusa para vernos aquí. Estoy deseando tenerte entre mis brazos.

Z

Se guardó la nota y salió hacia el restaurante. Iba a ser una velada muy larga, ya estaba deseando volver al camarote y olvidarse del mundo entre los brazos de Zack.

15

Las despedidas suelen ser tristes, pero a veces también son imprescindibles, sobre todo para Sofía, que necesitaba volver a ser de nuevo como siempre había sido. La noche anterior fue especial en brazos de Zack. Casi ni durmieron, sólo gozaron uno de la otra, sin promesas, como Sofía quería, sin lamentos, como quería Zack. Todo fue perfecto, ellos, jadeantes, llegando al orgasmo juntos repetidamente en esa corta noche de pasión en alta mar.

A la mañana siguiente, Sofía temía abrir los ojos y verlo a su lado. Despedirse de un modo formal hubiese sido más complicado, pero para su tranquilidad, a su lado en la cama no había nadie, sólo una nota y una pequeña bolsita de papel brillante de color azul. La curiosidad hizo que abriese primero la bolsa que la nota. Cuando sacó lo que guardaba en su interior, se acaloró, mientras sus ojos no daban crédito a lo que veía: era una especie de bala de color rojo y tamaño mediano, con una pequeña peluca morena a lo afro que le recordaba al que le había hecho aquel regalo. La dejó sobre la cama y cogió la nota con manos temblorosas y aguantando la respiración:

Buenos días, Sofía. Siento haberme ido de esta manera, pero creo que es lo mejor para ambos. No podía despedirme de ti sin más, sobre todo habiendo vivido algo tan especial contigo... Espero que mi pequeño regalo te guste y te recuerde que existe otra Sofía, morbosa y divertida, que vive en tu interior. Sólo de pensar que lo vas a utilizar, hace que me encienda de nuevo y tenga ganas de despertarte para que lo probemos juntos... Disfrútalo cuando estés sola y, si no es mucho pedir, piensa en mí siempre que lo hagas.

Quiero pedirte un favor: escucha de vez en cuando a esa nueva Sofía que he tenido el gusto de conocer en este viaje, te sorprenderá hacia dónde te lleva, e intenta acallar a la que rige tu vida. No es por nada, pero me cae fatal.

Espero algún día volver a cruzarme contigo. Ha sido un placer haber coincidido contigo en alta mar y espero poder volver hacerlo en tierra firme.

Besos,

ZACK

Sofía releyó la nota dos veces más y la dobló para guardarla junto a las otras. No sabía por qué lo hacía, pero se había convertido en una costumbre; eso sí, tendría que tenerlas bajo llave, no quería que nadie descubriera que la fría Sofía había tenido una aventura con un melenudo insoportable y estrafalario. Zack era guapo y atractivo, eso no lo podía negar, y además olía tan increíblemente bien que podría quedarse abrazada a él durante horas; pero tenía un cabello y una manera de vestir que espantarían a cualquiera.

Cogió de nuevo aquel regalo y lo sostuvo en la mano. En la nota ponía que esperaba que lo utilizara pensando él. Le dio vueltas y le sacó la peluquita para examinarlo en profundidad... De repente vio un pequeño botón en el extremo donde había estado la peluca, lo apretó y comenzó a vibrar en su mano. Sofía se quedó pasmada, ¡Zack le había regalo un vibrador! Lo apagó, después de darle varias veces al botón, con lo que cada vez vibraba más, y lo guardó dentro de la bolsita, para meterlo en su bolso. Estaba sonrojada. Nunca había tenido un juguete sexual en la mano y aquel hombre pretendía que lo utilizara pensando en él... Comenzó a negar con la cabeza, mientras comprobaba que no se dejaba nada en el camarote. ¿A quién se le ocurriría regalar como despedida un vibrador? Al loco de Zack, por supuesto.

Salió del camarote cargada con su maleta y con un montón de recuerdos que vivirían en su interior. En su bolso atesoraba todas las notas que le había ido dejando Zack durante esos días y la pequeña bolsa con aquel juguetito con peluca que le recordaba a él.

En cubierta no vio a ninguno de los amigos de Zack, todos se había levantado antes que ellos y habían sido de los primeros en abandonar el barco. Andreas estuvo melancólico durante todo el viaje de vuelta, sólo hablaba de cómo echaría de menos a Eddy, de lo maravilloso que era éste y de lo injusta que era la vida al separarlo de él. Y le explicó que ya estaba planeando una escapada

a Madrid el fin de semana siguiente, donde lo volvería a ver, y que ya estaba contando los días que faltaban para coger el coche y plantarse allí, que esos días sin él serían un infierno. Sofía sólo escuchaba e intentaba, con poco éxito, animar a su buen amigo, que volvía a casa enamorado y deprimido. Mientras, ella guardaba bajo llave todo lo que había vivido en aquel viaje, en el que había descubierto que en su interior residía una Sofía a la que no conocía y con la que había descubierto que el sexo podía ser muy divertido y placentero.

Se despidió de Andreas en la puerta de la casa de éste, cogió su automóvil, que estaba estacionado en el garaje del edificio donde él vivía, un Jeep 4x4 Cherokee de color rojo, y se dirigió hacia su casa. Sofía residía en la pequeña localidad de Nieva, a media hora de la ciudad, donde tenía su hogar, su familia y su negocio. Traspasó la gran verja dorada accionando un mando para que se abrieran las puertas de hierro con el nombre de la finca justo encima, en un gran arco hecho del mismo material. Anhelos le dio la bienvenida y sólo con leer esa palabra, Sofía se sintió en casa.

Recorrió el sendero que atravesaba las hectáreas de cultivo hasta llegar a una gran edificación en forma de U; sus tejados eran de teja anaranjada y la fachada de color crema, con grandes columnas blancas que aguantaban un soportal para resguardar del sol y de la lluvia a los que anduviesen por la acera adoquinada.

Se fue hacia la derecha, donde se acababa la construcción de dos pisos. Justo pegada a ésta, había una puerta de roble por donde se accedía a otra casa de una sola planta. Accionó el mando y, a la derecha del todo, al final de la construcción, se abrió la puerta metálica del garaje, del mismo color que la otra puerta, más pequeña, que daba acceso a su hogar. Sofía metió el coche en el garaje y se apeó para sacar sus cosas del maletero.

Desde el garaje se podía acceder directamente al interior de la casa y Sofía abrió, dejó las maletas en el pasillo que llevaba al salón y a los dormitorios y cerró esa puerta con llave. Se dirigió luego hacia la cocina, traspasando el precioso salón rustico, y abrió la

nevera para sacar una botella de agua fresca. Observó que ya le habían hecho la compra y que en la nevera no cabía nada más. Sonrió mientras se refrescaba y admiraba la limpieza y el orden de aquella estancia. En la pequeña mesa de madera que quedaba al lado de un gran ventanal había un jarrón de plata con unas preciosas flores recién cogidas del jardín de su abuela; suponía que habría sido ella la responsable de ese detalle. Los azulejos blancos brillaban y la encimera de Silestone roja contrastaba con aquella sobriedad de colores.

Dejó de nuevo la botella en la gran nevera de acero inoxidable y, cogiendo sus gafas de sol, se fue hacia fuera. La luz la cegó unos instantes hasta que se acostumbró a su intensidad. Hacía calor, pero se podía soportar, aún quedaba lo más duro del verano que acababa de comenzar. Se dirigió hacia el lado opuesto de donde ella vivía, caminando por debajo del soportal que resguardaba la entrada del gran edificio de dos plantas, donde se concentraba toda la vida de aquella finca. Tocó el timbre de la puerta de roble oscuro y esperó a que le abriesen. Se notaba que aquel día estaban todos aún en el campo; a horas más tardías, esa parte de la finca era un hervidero de personas yendo y viniendo, relajándose y charlando animadamente mientras se refrescaban con unas cervezas. Sacaban algunas sillas a la acera adoquinada y observaban el día que se acababa, igual que su jornada laboral.

—¡Sofía! —exclamó con entusiasmo su abuela al verla, estrechándola con cariño contra su cuerpo.

—Hola, abu —la saludó ella con una sonrisa.

—¿Acabas de llegar? —preguntó la mujer, observando el vestido que llevaba y el rostro iluminado de su nieta.

—Sí, ahora mismo.

—Entra, charlemos —dijo su abuela, mientras la hacía pasar y cerraba la puerta tras ella.

La abuela de Sofía, Cayetana, era una mujer de baja estatura, mirada almendrada y cuerpo redondo, y llevaba el cabello recogido en un eterno moño de color rubio oscuro. Su voz era suave y

armonizaba con su dulce rostro, que siempre contemplaba con cariño a quien hablara con ella. Era una persona que se hacía querer al instante, una mujer adorable que quería con locura a su única nieta.

—¿Tienes hambre? —preguntó, entrando en la cocina, donde el aroma de un guiso las recibió, haciendo que Sofía sonriese.

A su abuela le encantaban las comidas de cuchara. Aunque fuera estuviesen a cuarenta grados al sol, en aquella casa nunca faltaban guisos, potajes y caldos.

—Un poco, sí —contestó, mientras se sentaba a la mesa de madera que había en medio de la estancia.

Cayetana comenzó a trajinar en la cocina, abriendo la nevera y cogiendo platos y vasos. La estancia era más grande que la de Sofía. Una gran encimera de mármol en forma de L proporcionaba un gran espacio a la zona de trabajo, donde los electrodomésticos de última generación en acero daban el toque moderno a aquella cocina rústica.

Su abuela le puso delante pan de pueblo y jamón ibérico de Guijuelo, en un platito había rallado tomate y dejó también una aceitera que contenía un aceite de oliva virgen que daban ganas de tomárselo solo. Sofía la miró con una sonrisa, mientras comenzaba a prepararse un pequeño bocadillo y su abuela le ponía también en la mesa una botella de agua muy fría.

—A saber lo que habrás comido en el viaje, te veo mucho más delgada que cuando te fuiste... —comentó Cayetana, mirando cómo su nieta le daba un gran mordisco al delicioso bocadillo que se acababa de preparar.

—Abu, no he parado de comer en todo el día. Lo raro es que no me veas más gorda —contestó, mientras degustaba su sabroso tentempié.

—Luego no tendrás ganas de comer... Menudas horas para desayunar —la riñó con cariño Cayetana, removiendo la comida.

—Luego me guardas un plato de guiso y meriendo eso —dijo Sofía con una sonrisa.

—Bueno, tú come ahora y luego ya veremos —respondió la mujer, sentándose enfrente de su nieta—. Cuenta, ¿qué tal te ha ido?

—Muy bien. Los sitios que hemos visitado eran espectaculares. He hecho muchas fotos, luego te pasas y te las enseño —dijo, al tiempo que se servía un vaso de agua y daba un largo trago para ayudar a que le pasase el bocadillo.

—Eso está bien, la verdad es que necesitabas un respiro...

—¿Y el abuelo? —preguntó ella, y la miró fijamente.

—En el campo... Está comprobando que todos realicen sus funciones antes de que comience la época de recogida.

—¿Todo está yendo como queremos? —inquirió Sofía dejando de comer y observando el gesto de su abuela.

—Sí, no te preocupes. En estas dos semanas que no has estado se han dedicado a quitar las malas hierbas y a tratar las viñas en previsión de posibles enfermedades.

—Perfecto. En todo caso, ahora me pasaré también y lo veré de primera mano.

—No tienes que preocuparte, lucero. Tu abuelo ha estado yendo todos los días desde que te fuiste de vacaciones. Todo está bien.

—Eso espero, este año quiero conseguir un buen vino —anunció con seriedad.

—Eso ten por seguro que lo conseguirás. Por cierto, te han enviado varias cosas desde Correos —dijo Cayetana, levantándose de la silla y dirigiéndose al salón, de donde volvió en pocos minutos, llevando una caja de cartón con varias cosas en su interior—. Toma.

—¿Y eso? —preguntó Sofía, mientras le daba el último mordisco a su bocadillo y cogía la caja para ver lo que contenía.

—No sé, no he querido abrir nada. Todo venía a tu nombre, cartas y paquetes... —contestó su abuela con tranquilidad—. ¡Ah! También te llamó un tal Damián.

—¿Qué te dijo? —preguntó con interés.

—Que lo llamases cuando estuvieses de vuelta.

—Pues me llevo esto y lo llamo desde la oficina. Dile al abuelo que luego vendré a hablar con él, ¿de acuerdo? —dijo, y se levantó de la mesa.

—Sí, lucero. Corre y haz lo que tengas que hacer —murmuró Cayetana con dulzura, dándole un beso en la mejilla.

Sofía casi salió corriendo de la casa, bajo la atenta mirada de su querida abuela, que descansaba al tenerla de nuevo allí.

Se fue directamente al edificio central, entró por sus altas puertas de roble y se dirigió hacia la escalera. En la primera planta, giró a la izquierda y llegó a una puerta, donde un cartel decía en letras doradas: «DIRECCIÓN». Sofía abrió con su llave y entró, dejando la caja sobre la gran mesa que presidía aquella estancia. Por el amplio ventanal que quedaba a su espalda se podía ver el precioso paisaje de las viñas que cuidaba con tanto mimo.

Cogió el teléfono y abrió su agenda, que descansaba sobre la abrillantada superficie de madera, buscó el nombre que le acababa de mencionar su abuela y marcó el número de teléfono. Después de hablar con Damián durante más de una hora, colgó con una sonrisa en los labios: había conseguido que su finca formase parte del enoturismo de la zona, lo que le proporcionaría más ingresos, gracias a las personas que elegirían su finca como destino de vacaciones. Ese tipo de turismo estaba en auge últimamente y podría explotar más aquel precioso paisaje, la tranquilidad y los vinos que se maceraban allí, y con el dinero recaudado podría invertir en maquinaria y en más mano de obra para proporcionar a sus viñedos todo lo necesario para convertirse en los mejores del país.

Después de ponerse al día con los correos electrónicos y terminar de hacer unas gestiones, Sofía abrió la caja enviada desde Correos y desenvolvió los paquetes: bombones, peluches, corazones... Eso la sorprendió; parecía que aquel admirador secreto que le había salido era incansable y se estaba dejando un pico en obsequiarla, en exceso para su gusto, pues no se consideraba una

mujer a la que le agradaran aquellos detalles tan llamativos; ella prefería otro tipo de gestos. En ninguno de esos regalos había una pista de quién estaba detrás de ellos.

Leyó luego varias cartas dirigida a ella, mucho más serias: de bancos, asesores, asociaciones... Lo dejó todo en su despacho, cerró con llave y se fue de nuevo a casa de sus abuelos. Seguramente ya habría llegado su abuelo y quería hablar con él de las cepas.

Su abuela le abrió la puerta y la hizo pasar, indicándole que su abuelo estaba sentando en el sofá del salón. Sofía no se había dado cuenta, pero había estado varias horas encerrada en su despacho; ellos dos ya habían comido y estaban pasando la sobremesa delante del televisor.

—Hola, abuelo —lo saludó, acercándose a él y dándole un suave beso en la mejilla.

—Sofía, espero que hayas descansado... —respondió él.

Su abuelo Felipe era un hombre de rostro serio y duro, y mirada inteligente y fría de una oscuridad abrumadora. Tenía el cabello negro corto y algo salpicado de canas y la tez bronceada a causa de las horas que pasaba a la intemperie. Era alto, más que ella, delgado y sorprendentemente ágil para la edad que tenía, que ya rondaba los setenta. Su personalidad era fuerte, rozando más el temor que el respeto que imponía con su presencia. Era un hombre vigoroso y valiente, al que no le asustaba trabajar, que tenía las ideas muy claras y una voluntad de hierro.

—Sí, lo he hecho. ¿Cómo van las cepas? —preguntó, sentándose enfrente de él, en un sillón de piel marrón.

—Bien, como deben ir por estar fechas.

—He hablado con Damián y ya está todo formalizado. En breve comenzaremos a acoger turistas y así podremos alquilar las habitaciones que tenemos libres y las pequeñas casas que bordean las viñas.

—Sabes que la idea nunca me ha gustado, Sofía. Nosotros nos dedicamos a hacer vino, no a ver gente extraña paseando por nuestras propiedades y entrometiéndose en nuestro laborioso

trabajo.

—Lo sé, abuelo, pero esto ya lo hablamos. Es otra vía de ingresos, que nos proporcionará muchos más beneficios.

—No necesitamos tanto dinero. Tenemos lo suficiente para pagar a los jornaleros y a nuestros trabajadores. El vino siempre nos ha dado todo eso —insistió con voz dura.

—Abuelo, debemos de avanzar con los tiempos. No podemos estancarnos en los años sesenta, cuando comenzaron a crecer las viñas y arrancasteis esto.

—Felipe, tu nieta tiene razón, debemos crecer con los tiempos —apuntó Cayetana con dulzura, para darle un voto de confianza a la joven, que observaba con seriedad a su abuelo.

—¡Haced lo que queráis! —estalló Felipe, haciendo que las dos mujeres lo mirasen sorprendidas por su testarudez y su manera hosca de decir las cosas—. Sólo falta que un día les pongáis lazos rosa a las cepas...

—¿Por qué dices eso? —preguntó Sofía, extrañada por su reacción desmesurada, cuando debería estar contento por su iniciativa.

—Porque si no fueses mujer, esto se haría de otra manera —refunfuñó, mientras se levantaba de golpe y se alejaba de ellas a grandes zancadas y paso seguro, demostrándoles que estaba muy enfadado y que no quería continuar con aquella conversación.

—No hagas caso a tu abuelo, está cansado... —dijo Cayetana, restándole importancia a lo que acababa de decir su marido, para no destrozar la ilusión que tenía su nieta con aquel negocio.

—Sé que el abuelo hubiese querido un nieto y no una nieta... —contestó Sofía con disgusto, consciente de la desilusión de su abuelo al ver que el primer hijo de su heredero era una niña—. Yo sólo quiero lo mejor para la finca, quiero llevarla a lo más alto, que es lo que hubiera querido mi padre...

—Lo sé, lucero, lo sé... —susurró Cayetana, poniéndose en pie y yendo hacia su nieta para abrazarla con cariño—. Ya verás como se le pasa el enfado, ya sabes que los cambios le cuestan, pero luego al

final los acepta...

—Eso espero... —balbuceó Sofía, apenada por cómo había acabado la conversación con su abuelo—. Me voy a casa, abu... Estoy bastante agotada del viaje.

—Ve y descansa. Y, por favor, no te molestes con tu abuelo, sabes que aunque refunfuñe mucho, te adora —le recordó Cayetana con cariño.

—Cualquier cosa, avisa... —dijo Sofía, dirigiéndose hacia la puerta y haciéndole un gesto para que la llamase por teléfono si había cualquier incidencia en la finca.

—Sí, tranquila.

Salió con un peso en el pecho y se encaminó hacia su casa. Por el camino, varios trabajadores la saludaron y ella les contestó con una tímida sonrisa. La jornada laboral ya había acabado en el campo y les tocaba descansar. Algunos se marchaban a sus casas, pues vivían cerca de allí; otros se quedaban en la propiedad, en el edificio central, donde disponían de una habitación propia.

Sofía cerró la puerta de su casa y permaneció apoyada en ella, observando la tranquilidad que reinaba allí, escuchando el piar de los pájaros y el motor de algún que otro coche que abandonaba la finca. Se resquebrajaba por dentro, consciente de que nunca sería lo suficientemente buena para su abuelo, nunca cumpliría sus altas expectativas, pues él habría querido desde un principio que el heredero de Anhelos fuese un hombre, capaz de hacer su voluntad y que se impusiera a sus trabajadores, y no una mujer a la que le habían enseñado a comportarse como una dama y a la que le había tocado trabajar como un hombre.

De repente se sintió agotada. Cogió su maleta y se la llevó a su habitación. Una gran cama de forja y madera, cubierta con una bonita colcha confeccionada con hilo plateado, dos mesillas a ambos lados, una preciosa cómoda con un espejo encima y otro gran espejo de pie la convertían en su refugio preferido. Desde el ventanal que daba a las viñas traseras de la propiedad, podía verse también la piscina con porche que ella había hecho construir cuando

se mudó allí, y un confortable sillón para poder pasar el tiempo libre que tuviese, mientras leía un buen libro con la banda sonora de la naturaleza envolviéndola por completo.

Dejó la maleta a los pies de la cama y se tumbó en ésta, observando los ojos de buey que había encastrados en el techo. Se sentía vacía, sola y perdida... Pero no iba a renunciar a aquello. Se lo debía a sus padres, por ellos se esforzaría al máximo, por ellos trabajaría de sol a sol si hacía falta, por ellos estaba dispuesta a todo, aunque ya no estuviesen con ella... Ésa era la única meta que tenía Sofía, la única que le importaba; le daba igual tener que dejar por el camino parte de su felicidad, parte de su personalidad... Quería que Anhelos se convirtiese en un referente en el mundo y no descansaría hasta lograrlo.

16

Habían pasado dos días desde aquella conversación con su abuelo y, aunque pareciese extraño, ya que vivían a escasos metros uno de la otra, no se habían vuelto a ver. Esa mañana, Sofía se puso unos pantalones cortos y una blusa sin mangas en color blanco, se calzó unas sandalias de esparto y se fue andando hacia la parte de atrás de la propiedad, donde había un sendero que llevaba a las cuadras. En su establo de madera, perfectamente acondicionado para los animales, se encontraba su precioso caballo negro. Al verla comenzó a relinchar y a moverse nervioso, como dándole la bienvenida. Sofía sonrió complacida ante su efusividad.

—Hola, *Tesoro* —saludó a su corcel.

Tesoro bajó la cabeza para que ella le tocase el morro. Sofía lo sacó, haciendo lo que el caballo le pedía, y le colocó una silla de montar.

—Buenos días, señorita Figueroa —la saludó al verla en los establos un hombre de unos cuarenta años, moreno, de piel bronceada y mirada oscura, que se dedicaba a cuidar de que todos los animales tuviesen sus necesidades atendidas.

—Buenos días, Agustín. ¿Cómo se ha portado *Tesoro* estos días?

—Pues la ha echado mucho de menos —contestó al tiempo que se acercaba al animal y le acariciaba el lomo con firmeza y cariño; se notaba que aquel hombre adoraba a los caballos y sobre todo a *Tesoro*.

—Entonces el sentimiento ha sido mutuo. —Sonrió.

—¿Lo va a montar esta mañana?

—Sí, me voy a dar una vuelta por las viñas. Quiero ver con mis propios ojos cómo van —explicó, mientras ajustaba las correas de la silla de montar.

—Por lo que oigo, esta cosecha va a ser de las mejores de la historia de la finca.

—Eso espero, Agustín —dijo ella, sujetando las riendas del corcel.

—Que tenga un bonito día, señorita Figueroa —le deseó el hombre mientras miraba cómo se subía al caballo con gracia y seguridad.

—Igualmente —respondió ella con una sonrisa, saliendo del establo de camino a los campos.

Sofía se sentía libre montando su caballo; en esos momentos era ella misma, sin artificio, sin miramientos, sin importarle que pudieran pensar una cosa u otra de ella. Se sentía de igual manera que en los brazos de Zack... Nunca le había pasado con una persona sentirse así de libre, así de bien. Sonrió al recordarlo, mientras el viento, a causa de la velocidad de su precioso corcel, hacía balancearse su prieta coleta. Observó los kilómetros de cepas que habían estado cuidando todos los días del año, pues el campo no entendía de días libres ni de vacaciones; había que cuidarlo siempre, para poder recoger lo que uno deseaba.

Hacía dos días que se había despedido de Zack y se alegraba de no haberle dado su número de teléfono. No quería que aquella tórrida y alocada historia vivida en alta mar afectase a su rígida vida, en la que quería conseguirlo todo y para eso debía ser la mejor, la mejor de los mejores. Pues al tratarse de una mujer, lo de ser simplemente la mejor no era suficiente para ella, tenía que demostrar que podía ser el no va más, aunque eso significase mucho trabajo y poquísimo ocio.

Vio al capataz y se dirigió hacia donde él estaba; era un hombre que vivía para y por el campo, un hombre al que Sofía le debía mucho, pues sin él y sus cuidados sus viñas no serían lo que eran. Tendría unos cincuenta años, pelo canoso, rostro afable y mirada bonachona, pero un carácter capaz de mover el sol y la luna. Se

volvió al oír los pasos acompasados del caballo y la recibió con una sonrisa de cariño. A veces, Sofía creía que aquel hombre la quería más que su propio abuelo...

—Buenos días, señorita Figueroa —saludó el capataz con simpatía—. Precioso día ha elegido para pasear a *Tesoro*.

—Buenos días, Marcelo. Totalmente de acuerdo, hace un día espléndido —dijo ella, bajándose con soltura del caballo y cogiendo las riendas para que no se le escapase—. ¿Cómo estás?

—Bien, no me puedo quejar.

—¿Y Aurora y los niños? —preguntó con afecto, al nombrar a la familia de él, que vivían en una pequeña casita que tenían dentro de la finca.

—Muy bien; gracias, señorita, por su interés —respondió con una sonrisa.

—Me alegro mucho, Marcelo. ¿Cómo van mis retoños? —inquirió, refiriéndose a las cepas de vid.

—Van mejor de lo que creíamos. Creo que este año va a ser el año que quería, señorita.

—Espero que ahora no nos lo fastidie el tiempo y que continúe así.

—El tiempo de momento está a nuestro favor, ahora lo que toca es esperar que llegue el otoño para poder comprobar que nuestro esfuerzo ha valido la pena.

—Por lo que veo —dijo Sofía, acercándose a una cepa y observando el fruto que crecía en ella—, la cosa va muy bien.

—Sí, las uvas están creciendo como queremos.

—¿Cómo se ha portado mi abuelo con los trabajadores en mi ausencia? —preguntó ella, observando el rostro de aquel hombre.

—Ya sabe, señorita, que su abuelo es un hombre al que hay que saber tratar. Lo conozco desde hace muchos años y sé qué hay que hacer delante de él y qué no. Por tanto, no se preocupe; aunque tenga un temperamento brusco, en el fondo es un buen hombre.

—Lo sé, lo que no quiero es que nadie se moleste por sus palabras. Ambos somos conscientes de que el señor Figueroa no tiene mucho tacto para decir las cosas —comentó con una sonrisa.

—En eso le tengo que dar la razón, pero en este caso todo ha ido como la seda.

—Me alegro de que sea así, Marcelo. Voy a continuar con mi paseo —dijo, cogiendo el caballo y subiéndose de un salto.

—Nos vemos, señorita Figueroa —se despidió él con una sonrisa, mientras le daba un golpecito al lomo del caballo.

—Hasta luego —dijo Sofía, y movió las riendas para que *Tesoro* comenzase a trotar.

Avanzó por el sendero que separaba sus viñas, observando las cepas desde lo alto de su caballo, oliendo el característico aroma de sus tierras, notando cómo el sol le calentaba la piel y escuchando el trinar de los pájaros. Le encantaba aquello, la soledad, la tranquilidad, la paz que se respiraba allí, sin preocupaciones ni prejuicios, sin nadie que la observara ni la evaluara como la heredera de Anhelos, sin nadie que intentase acercarse a ella sólo por ser quien era. Solos *Tesoro* y ella recorriendo el campo. Cuando terminó de inspeccionar sus tierras y de comprobar que todo seguía su cauce, se dirigió hacia la propiedad. A lo lejos vio un coche estacionado cerca de su casa y sonrió mientras hacía que *Tesoro* acelerase el paso.

—¿Cómo está mi amazona preferida? —preguntó Andreas sonriente, mientras miraba cómo bajaba del caballo con facilidad y destreza.

—Muy bien; ¿qué haces por aquí? —preguntó ella con dulzura, cogiendo las riendas y caminando hacia el establo.

—He venido a visitarte, que eres muy cara de ver. A ti te meten aquí y ya no te acuerdas de tus amigos —se quejó Andreas, al tiempo que la seguía por el sendero.

—Hale, venga, ¡viva la exageración! —exclamó ella con ironía, e hizo sonreír a su amigo cuando estaba rodeada de viñas siempre se sentía de muy buen humor—. Te recuerdo que he estado fuera

quince días y necesitaba ver, y comprobar, que todo estuviese al día.

—Claro, y por eso no podías coger el teléfono y marcar el número de tu amigo. Tus dedos estaban sujetando las cepas por si se les caían las uvas antes de tiempo —dijo Andreas con sarcasmo, haciéndola reír de buena gana.

—Perdone usted, caballero, pero creo que tú también tienes mi número de teléfono, ¿o has degastado el móvil de tanto hablar con Eddy? —contestó Sofía, mientras le daba unas palmaditas en el lomo a su caballo, que resoplaba y movía la cabeza para tocar a su dueña.

—De él te quería hablar —dijo Andreas, encantado de ver que su amiga tenía un humor excelente aquel día.

—Ya sabía yo que no venías sólo a verme... —replicó, aguantándose la risa.

—¡Serás petarda! —exclamó él, y le dio un puñetazo en el brazo —. Estoy yo más pendiente de ti que tú de mí, que lo sepas.

—Sí, claro; ¿te tengo que recordar los días que pasé en alta mar sin compañía?

—Ahí me has pillado —contestó Andreas, levantando las manos en señal de rendición—. Mira, Sofi, he hablado hoy con Eddy y hemos quedado en que este finde vamos nosotros para allá.

—Será que tú vas para allá —replicó Sofía, dándole las riendas de su caballo a Agustín para que lo metiese en el establo.

—¿El paseo bien, señorita? —le preguntó el hombre.

—Sí, *Tesoro* es un campeón. Dale un azucarillo de premio, por favor —contestó Sofía con una sonrisa.

—Claro, ahora mismo se lo daré. Que pase un buen día, señorita —dijo Agustín, llevándose al corcel adentro.

—Vale, no me acostumbro a estas formalidades —dijo Andreas, al tiempo que deshacía el camino y se dirigía de nuevo a la casa de su amiga con ella.

—¿Formalidades? —preguntó Sofía, extrañada ante ese comentario.

—Sí, cada vez que vengo a verte, me sorprende que la gente te llame «señorita» y no por tu nombre.

—Es normal, Andreas, soy la dueña de esto, me deben un respeto —respondió ella.

—¿Cómo están tus abuelos?

—Bien, mi abuela como siempre, ya sabes cómo es —dijo con una sonrisa de ternura al recordarla—. Y mi abuelo, bueno, refunfuñando; parece que los años le dan más motivos para hacerlo.

—¿No va bien el negocio?

—Sí, va bastante bien, pero no ve que debemos adaptarnos a la era moderna. Imagínate que cuando compré la primera máquina para que nos ayudara a recolectar la uva, por poco le da un síncope. Ahora ya se ha acostumbrado, pero estuvo sin hablarme varios meses...

—Es que tu abuelo es muy chapado a la antigua, Sofi.

—Es arcaico, directamente. —Rio—. ¿Te apetece un refresco? —preguntó, abriendo la puerta de su casa.

—Sí, por favor.

Andreas adoraba aquella casa, decía que era entrar y sentirse como en su propio hogar, cómodo y a gusto. Se dirigieron a la cocina, donde Sofía cogió dos refrescos y dos vasos, los dejó en la mesa y se sentaron allí.

—Sofi, vente a Madrid conmigo —pidió Andreas con gesto lastimoso.

—De momento no se me ha perdido nada en Madrid.

—Nos divertiremos mucho con ellos.

—Andreas, es lógico que quieras ver a Eddy, de verdad. Pero compréndeme, a mí no me ata nada a unos hombres que conocimos en el crucero.

—¿Y Zack?

—¿Qué pasa con Zack?

—¿Es que no te apetece volver a verlo?

—Sinceramente, no. No me apetece nada en absoluto.

—No te creo.

—Pues no me creas, allá tú. En serio, que fijación has cogido con el pelanas... —refunfuñó de malas maneras.

No le gustaba que le recordara la única debilidad que había tenido nunca, la única locura que había cometido en sus veintinueve años y que prefería olvidar, para así poder seguir con su vida tal como era antes del crucero.

—No es fijación, es que yo he sido testigo del jueguecito que os traíais, aunque tú me lo niegues una y otra vez. Y sé, amiga mía, que ese hombre te hace bien —sentenció con convicción, mirándola a los ojos.

—Te equivocas, Andreas —bufó frustrada al comprobar que no habían disimulado tan bien como ella creía.

Pero aun así, continuaría negando lo obvio, pues no quería aceptar que había mantenido una relación libertina con ese hombre.

—Sofi, ¿por qué no quisiste decirles a lo que te dedicas en realidad?

—No quería hablarles de esto, no quería que supieran quién soy... Ya me toca lidiar bastante con la hipocresía de la gente cuando tengo que asistir a eventos y fiestas... —añadió con cara de asco al recordar la falsedad de algunas personas siempre que se acercaban a ella obligados por el apellido que llevaba.

—¿Sabes que estás a un paso de convertirte en un ser huraño y en una ermitaña? —preguntó, bebiendo un trago de su refresco de naranja.

—Y si te digo que me seduce mucho la idea, ¿ pareceré una loca?

—Un poco, pero sé que no lo piensas de verdad. En el fondo te encantaría estar siempre rodeada de gente, pero como eres tan orgullosa nunca lo admitirás.

—Te crees que me conoces muy bien, ¿eh? —soltó con una sonrisa.

—Te conozco mejor de lo que quisieras; son muchos años de conversaciones, Sofí. Anda, bichito, dime que sí vendrás a Madrid conmigo.

—Lo siento, pero no. Me quedo aquí.

—¿No será por Zack?

—¿El qué?

—Que no quieras venir.

—A mí Zack no me importa. Qué pesadito te pones a veces, Andreas... —gruñó molesta porque no paraba de nombrarlo.

—Te vas a aburrir como una ostra aquí, Sofi.

—¡Ojalá! Pero tengo que empezar a organizar, junto con mi abuela, la fiesta del aniversario de la finca. Anhelos cumple cincuenta años.

—Espero estar invitado.

—¿Es que ahora necesitas invitación para venir a mi casa? —preguntó con una sonrisa.

—No, ya sabes que vengo como el viento, sin avisar. —Sonrió divertido.

Andreas se quedó a comer con ella y después del café se marchó para continuar un poco con su nuevo proyecto. Cuando se hubo ido, Sofía se encerró en su despacho para trabajar un rato más. Las cuentas, los balances, las nóminas y todo lo que concernía a la finca pasaba por sus manos.

Cuando se dio cuenta de que había anochecido, cerró el despacho y se fue hacia su casa. Al llegar, lo primero que hizo fue darse una ducha refrescante y ponerse un cómodo pijama corto. Entró en la cocina y se preparó la cena. El silencio llenaba todo su hogar; suspiró y miró la tranquilidad de fuera a través de la ventana que había en esa estancia. Cenó algo rápido, un sándwich y un zumo, pasó por delante de su salón, donde dos sofás de color naranja con cojines marrones, formaban una L mirando hacia el televisor de plasma que había colgado en la pared, justo encima de la chimenea de piedra.

Suspiró sin ganas de ver nada en la televisión y se dirigió hacia su dormitorio, cuya puerta daba al salón. La abrió, cogió un libro de la gran librería de al lado del cuarto de baño de la habitación y se sentó en el sillón que tenía colocado delante del ventanal que daba a la piscina. Se centró en leer, aunque, para su disgusto, casi no conseguía enterarse de lo que estaba escrito. A la quinta intentona

dejó el libro sobre el sillón y se tumbó en la cama, mientras suspiraba y se preguntaba qué le ocurría para que no pudiera centrarse en la lectura.

Zack. Esas cuatro letras aparecieron súbitamente en su mente, haciendo que abriese los ojos de golpe. Su amigo no había parado de nombrarlo, intentando que ella diese muestras de flaqueza, pero lo único que había conseguido había sido una negativa. No quería verlo, no... Pero... ¡No! No había pero, ella lo decidió así, se relajó delante de él porque sabía que sólo sería algo esporádico, nada relevante que trascendiera a sus vidas rutinarias. No podía volver a verlo, no quería volver a verlo, aunque si eso era lo que anhelaba, ¿por qué se sentía así de vacía? De repente se acordó de algo que hizo que sonriera entre avergonzada y curiosa. A lo mejor lo que necesitaba era eso, aunque jamás, en todos esos años, lo hubiese necesitado.

Se levantó de un salto y fue hacia su cómoda. Del interior de una preciosa caja de coral cogió una bolsita azul brillante y, como si aquello no estuviese bien visto, se metió corriendo dentro de la cama, tapándose con la sábana y sacando de la bolsita una bala roja con una pequeña peluca a lo afro. Sonrió y negó con la cabeza ante la absurda situación, mientras quitaba la peluca y la guardaba dentro de la bolsita. Apretó el botón y notó cómo vibraba en su mano; frunció el cejo y trató de pensar si de verdad quería eso, si lo que realmente necesitaba para sentirse mejor era masturbarse... ¡Ella jamás en la vida había hecho algo así! Pensó que no perdía nada por intentarlo. A lo mejor, si llegaba al orgasmo se quitaría aquel nerviosismo que tenía en el cuerpo. Por tanto, con más vergüenza por lo que estaba haciendo en la intimidad de su dormitorio que otra cosa, metió la mano entre sus piernas con aquella bala que vibraba sin cesar. Se mordió el labio inferior al notar cómo el vibrador le hacía una especie de cosquillas cuando rozó su clítoris. Sonrió. Ese cosquilleo empezó a aumentar, haciendo que se humedeciese, y se dejó llevar por aquella sensación tan nueva para ella, mientras se daba placer a sí misma y sentía que poseía el poder.

Le dio otra vez al botoncito para acelerar las vibraciones y comenzó a trazar pequeños círculos sobre su cada vez más hinchado clítoris; su mente la ayudó con imágenes de ella en la cama con Zack, las manos de éste sobre su cuerpo, las palabras que le decía... Y poco a poco fue necesitando más, más contacto y más rapidez. Por fin explotó en un orgasmo devastador que hizo que le temblasen hasta las piernas.

Apagó el vibrador y sonrió complacida. Al final aquel «pelanitas» iba a ser un buen regalo, se dijo más relajada, y poco a poco sus ojos se fueron cerrando y se quedó dormida plácidamente con su nuevo juguete cerca de ella.

Aquella noche fue la primera de muchas noches en que soñó con Zack, ese hombre que había descubierto que ella no era la mujer vacía y fría que quería aparentar, y que la convertía en otra, llena de vitalidad y fogosidad, cuando estaba en sus brazos; algo que no había conseguido ningún hombre con los que Sofía había estado hasta entonces.

17

—Lucero, tendrías que ir a la ciudad para comprar todo lo de la lista. Ya queda menos para la fiesta y sabes que yo no puedo hacerlo sola —le comentó su abuela la mañana del viernes, cuando Sofía fue a visitarla.

Estaban en la cocina y, mientras Cayetana preparaba la comida de ese día, ella estaba apoyada en la encimera, observando sus vaivenes.

—Puedo ir esta tarde —propuso Sofía, cogiendo el papel que había sobre la encimera y leyendo la interminable lista que había confeccionado su abuela—. ¿Todo esto es necesario?

—Por supuesto, vamos a celebrar una fiesta por todo lo alto. No todos los días se cumplen cincuenta años de un negocio.

—Sí, en eso te tengo que dar la razón. Espero poder encontrarlo todo en Segovia... —murmuró, mientras fruncía el cejo y seguía leyendo.

—Y si no lo encuentras en Segovia, te vas a Madrid, que ahí seguro que está —sugirió su abuela.

—Le puedo pedir a Andreas que me lo traiga, él va a estar en Madrid el fin de semana...

—¡Ah, no! Que no me fío de los gustos de ese chico. Te vas tú y lo compras tú —ordenó Cayetana, dando por finalizada la discusión —. Ah, una cosa más... Tu abuelo me ha dicho que no hagas planes para mañana por la noche, que va a invitar a alguien a cenar a casa y quiere que estés tú también.

—¿A quién? —preguntó ella con curiosidad.

—Ni idea, lucero... Sólo sé lo que me ha dicho: que va a ser una noche muy importante para la finca... —contestó y se encogió de hombros, sin comprender muy bien el misterio de todo aquello.

—De acuerdo —dijo Sofía—. Entonces me voy ya a Segovia, no vaya a ser que el abuelo me necesite antes para cualquier cosa.

—Me parece bien. Hale, corre y si tienes cualquier duda, me llamas —concluyó su abuela.

Sofía salió de la casa dándole vueltas a lo de la cena de aquel sábado. No había vuelto a ver a su abuelo desde aquella tarde en que le comunicó el trato que había cerrado y que él le tiró por tierra nada más saberlo; por tanto, no tenía ni la más remota idea de qué se trataría en aquella velada para que ella tuviese que estar presente y, sobre todo, quién sería el invitado.

Fue a su casa y cogió su bolso antes de dirigirse al garaje, donde sacó su maravilloso coche de él. Se puso las gafas de sol y abandonó la gran propiedad en dirección a la ciudad. Estacionó en un centro comercial muy famoso de la zona y comenzó a entrar en locales y tiendas para poder comprar todo lo que su abuela le había pedido; se trataba de objetos de decoración y menaje, pues la comida se la habían encargado a un *catering* de la zona y la bebida la ponían ellos de sus bodegas. Estuvo tres horas allí y casi llenó el gran maletero de su coche. Miró la hora y se fue en dirección al centro, donde había quedado previamente con Andreas para comer.

Estacionó el automóvil en un parquin subterráneo y anduvo por las calles de Segovia. Delante de ella se erguía el emblema de la ciudad, una colosal construcción que había superado el paso de los años con entereza: el acueducto. La ciudad le encantaba, sobre todo aquella parte, el casco antiguo, donde podía ver a los turistas sorprenderse por aquella obra tan colosal, a cuyos pies se hacían fotos, admirando lo grandiosa que era.

Se metió por unas callejuelas hasta llegar al restaurante donde había quedado con su amigo, y al entrar lo vio sentado a una mesa, tomándose una copa de vino. Sonrió al ver que había elegido uno de los suyos.

—Hola —lo saludó Sofía, dándole un par de besos en las mejillas.

—Hola, bichito. Lo que te gusta hacerme esperarte... —añadió, mientras ella se sentaba delante de él.

El restaurante era uno de los favoritos de Sofía; servían comida típica de allí y el ambiente a esas horas era bastante relajado, pues los extranjeros almorzaban a horas más tempranas. La decoración era de madera, incluso las paredes estaban forradas con ese material, haciéndolo muy acogedor y en invierno muy cálido, algo que se agradecía. Las mesas estaban cubiertas por un blanquísimo mantel, sobre el que había unas preciosas flores recién cogidas en un pequeño jarrón de cerámica. Las ventanas, orientadas a la calle, permitían ver buena parte del acueducto y a los transeúntes caminar de un lado a otro.

—Calla, no me digas nada, que vengo reventada. Creo que mi abuela me quiere matar —comentó, notando el alivio de sus pies al descansar.

—Qué poco acostumbrada estás ya, Sofi. Antes te podías tirar horas yendo de tiendas —le recordó su amigo con una sonrisa.

—Una, que se acostumbra a lo malo; sin embargo, dame kilómetros de cepas para ver, que no me cansaré —bromeó Sofía, cogiendo la botella de vino mientras le guiñaba el ojo con dulzura y se servía un poco en su copa.

—¿Has cambiado de idea? —preguntó Andreas, observando que el gesto de su amiga se endurecía al oírlo pronunciar aquella pregunta.

—No, he venido a comer contigo y luego me iré a Nieva.

—¡Hija, qué cabezota eres cuando quieres!

—Además, aunque quisiera no podría ir, pues mi abuela me ha dicho que el sábado tendremos visita... —explicó frunciendo el cejo, pues no le gustaba no saber quién los iba a visitar.

—¿Quién?

—Si lo supiera te lo diría, pero mi abuelo y yo estamos de morros...

—¿Por lo del turismo aún?

—Sí... Todo lo que propongo le parece mal —dijo Sofía.

—Tengo que decirte una cosa, Sofi. Estoy que casi no duermo, pero creo que es lo mejor... —comenzó a explicar Andreas nervioso. En ese momento llegó el camarero y detuvieron la conversación para pedir lo que querían de comer; cuando el hombre se fue, Andreas prosiguió—: Si este fin de semana que voy a pasar en Madrid veo que lo mío con Eddy continúa siendo tan especial, me estoy planteando irme a la capital a vivir con él.

—¡¿Qué?! —exclamó ella sorprendida—. Andreas, no te precipites. Conoces a ese chico hace sólo quince días, ¡quince días! No puedes dejarlo todo para ir detrás de él...

—Pero es que lo que siento por él nunca lo he sentido por otros hombres; de verdad, Sofía, no es uno de mis caprichos amorosos, creo que lo amo de verdad.

—Me parece que te estás equivocando, Andreas. No puedes embarcarte así como así en una relación tan seria. No estamos hablando de que pases unos días con él, sino de iros a vivir juntos.

—Lo sé y la idea cada vez me seduce más.

—¿Y Eddy qué dice?

—Fue él quien me lo propuso... —contestó con una sonrisa.

—¡Menudo par de locos! —soltó exasperada, al no entender la necesidad que tenían de irse a vivir juntos tan pronto.

—Sofi, en el barco casi vivíamos juntos; pasamos todos los días uno al lado del otro y ahora, con la distancia... Bueno, nos hemos dado cuenta de que nos necesitamos.

—Pero una cosa es en el crucero, donde todo parece maravilloso y es relajado, y otra cosa es la vida cotidiana. Me imagino que Eddy trabajará y tú tienes que estar centrado en seguir escribiendo y... —dijo alterada, intentando enumerarle motivos para que desechara aquella loca idea.

—Lo sé, Sofi. Pero el hecho de no poder verlo todos los días hace que me sienta solo... —susurró con pesar.

—¿Qué voy a hacer contigo, Andreas? —preguntó ella con un hilo de voz, mientras le cogía la mano al ver la tristeza de sus ojos y percibir la melancolía de su voz.

—Abrazarme y decirme que todo saldrá bien, que tú siempre estarás ahí para cuando lo necesite —murmuró él, afectado por su incomprensión.

—Eso ya lo sabes, Andreas. Eres mi mejor amigo, por eso no quiero que nadie te lastime...

—A veces es necesario arriesgarse a que a uno le hagan daño. ¿Y si Eddy es el definitivo? —inquirió con los ojos brillantes por la emoción y el amor que sentía hacia aquel melenudo al que había conocido en alta mar.

—Ojalá lo sea, pero que sepas que te voy a echar muchísimo de menos si te marchas de Segovia —confesó Sofía con pesar.

—Vendré a verte, no te creas que te vas a librar de mí —aseguró él, intentando hacerla reír.

Pero Sofía lo miraba con tristeza. Si Andreas se iba, se encontraría de nuevo tan sola...

Después de comer y de darse un fuerte abrazo, pues desde allí él se dirigiría a Madrid para pasar aquellos días, Sofía cogió su coche y antes de salir del parquin repasó la lista; le quedaban un par de cosas por comprar, pero allí no las había encontrado. Tendría que ir entre semana a Madrid o mirar si por internet las encontraba para poder tenerlas el próximo fin de semana, que era cuando celebrarían la fiesta de aniversario de la finca. Por tanto, con el maletero lleno y la angustia de saber que seguramente su mejor, y único, amigo se marchaba de Segovia, se dirigió hacia Nieva.

Ver a su abuela emocionada mientras inspeccionaba todo lo que había comprado aquel día, hizo que se le olvidara lo cansada que estaba. Estuvieron planeando, sobre la mesa de la cocina y con varios folios en blanco, cómo iban a decorar la finca para que los invitados, cuando entrasen, se quedasen boquiabiertos.

Cayetana le enseñó a su nieta las invitaciones que había enviado días atrás, cuando ella aún estaba en el barco. Las tarjetas eran elegantes y reflejaban muy bien la importancia de aquella fecha

para la familia; en un lateral, a modo de recordatorio, el sello de sus vinos con denominación de origen y uno de ellos catalogado desde hacía años como el mejor vino del país.

Cuando se hizo de noche, Sofía volvió a su casa exhausta, pero con una sonrisa en el rostro; su abuela se la había provocado al contarle anécdotas de cuando habían empezado a trabajar allí. Se duchó y se puso el pijama y luego se dirigió a la cocina, donde se preparó una ensalada completa con lechuga, tomates, atún, aceitunas y zanahoria rallada, y se sentó a la mesa a comer y a observar la quietud de aquella noche estrellada. El sonido de su móvil la sobresaltó, era Andreas.

—¡Hola, Andreas! —saludó alegremente, mientras cogía la copa de vino para beber un sorbo y que le bajase la lechuga.

—Error —soltó de repente una voz que no era la de su amigo—. Prueba de nuevo.

—Zack... —titubeó Sofía, conteniendo la respiración y procurando no perder la compostura.

—El mismo —añadió contento—. ¿Cómo va la alegría de España?

—Como siempre, en mi línea; ¿y tú? —murmuró, molesta por oír su voz de nuevo y ver que seguía afectándola a pesar de la distancia y de los días que habían pasado sin verse.

—Bien, aunque me hubiese gustado verte de nuevo. He echado de menos meterme contigo estos días —dijo él.

—Seguro que encuentras a otra para hacerlo —replicó enfadada, mirando por la ventana.

—Pero como tú, ninguna... —soltó él riendo despreocupado—. Dime, ¿por qué no has venido?

—No podía... —dijo Sofía, cogiendo el tenedor y moviendo la lechuga de un lado a otro, para apaciguar así un poco el nerviosismo que sentía al hablar con él.

—¿Es que has salido a ligar sin decirme nada? ¡Chica mala! —exclamó con guasa.

—Bueno, Zack, ¿me querías decir algo más o sólo llamabas para reírte de mí?—cortó tajante, pensando que como la viese en pijama en su casa, un viernes por la noche, sí que se iba a reír...

—Quería hablar contigo y preguntarte si habías usado al «pelanitas»... —contestó con guasa.

Sofía se sonrojó y dejó el tenedor sobre el plato para taparse la cara con las manos.

—Pero parece que he elegido mal el momento —prosiguió él—, seguro que estás desplegando tus dotes de seducción con algún cándido hombre al que le dan miedo las mujeres de verdad y se conforma con simples sucedáneos camuflados.

—¡Pues no, Zack! Creo que lo dejé en el barco para que otra lo usase por mí. —Sofía chasqueó la lengua, molesta por aquella conversación—. Y creo que no te debo ninguna explicación de lo que haga o deje de hacer.

—No seas mentirosilla... —contestó Zack, reprimiendo la risa al ver que la avergonzaba hablar de ese tema con él—. Es una lástima que desaproveches el «pelanitas». Seguro que lo tienes por ahí en algún cajón, sin usar, y él te puede dar alguna que otra alegría. Además, quiero que te quede claro que no busco explicaciones de lo que haces o no; aunque sé que no es tu estilo ir por ahí seduciendo a mortales. Seguro que ahora estás sentada en el sofá de tu casa, viendo la vida pasar, sin ganas de involucrarte en nada por miedo a divertirte.

—¿Has terminado? —preguntó enfadada.

—Más o menos; sólo quería decirte que me hubiese gustado verte hoy.

—Sí, se notan mucho las ganas que tienes de verme... Bueno, Zack, divertíos —zanjó de malas maneras.

—¡Menuda lástima! He vuelto a hablar con la señoritinga... Yo que quería charlar con la Sofía a la que conocí en el crucero...

—Ésa, ahora mismo está encerrada bajo llave y caja fuerte. Ésta es la única que existe. Adiós, Zack.

—Adiós —se despidió él, colgando antes de que ella lo hiciese.

Sofía se quedó con el móvil en la mano y la sensación de no saber qué hacer. Lo dejó sobre la mesa y prosiguió con su cena, aunque aquella conversación le había quitado hasta el apetito.

A la mañana siguiente se levantó como si tuviese resaca, aunque no había bebido casi nada de alcohol la noche anterior, sólo una copa de vino que ni la notó al tomársela. Tenía la cabeza embotada y el ánimo por los suelos. Era muy temprano, el sol empezaba a levantarse sobre el cielo azul, y Sofía salió de su casa con las deportivas y un conjunto de pantalón corto y camiseta en color fucsia, y el cabello recogido en una coleta, y comenzó a correr por el sendero que dividía los viñedos. El aroma la envolvió por completo, ayudándola a que aquella sensación de malestar desapareciera a medida que sus pulmones se llenaban con aquel aire tan puro. Estuvo corriendo más de una hora, durante la que se encontró con algún que otro trabajador, al que saludó con la cabeza pero sin detenerse ni un momento. Aquella parte del día era suya, la necesitaba como el aire para respirar; se sentía tan bien cuando corría...

Lo primero que hizo cuando llegó a su casa fue quitarse el sudor resultado de aquel esfuerzo, se metió en la ducha y el agua tibia le relajó los músculos, dejándola como nueva. Se puso un vestido vaporoso de tirantes, en color blanco, y unas sandalias de cuña de esparto, con las cuales podía caminar perfectamente por el campo; se dejó el cabello suelto, para que se le secara al viento. Desayunó y se fue hacia su despacho, tenía que terminar de ultimar unas gestiones y pedir que le enviasen a la finca los productos necesarios para el mantenimiento de las cepas.

Pasó el día allí encerrada, rodeada de papeles y cuentas, sumergida hasta tal punto en sus responsabilidades que ni se dio cuenta de la hora de comer. Cuando su estómago rugió, avisándola del hambre que tenía, cerró el despacho y se fue a su casa. Ya era por la tarde; se preparó un bocadillo y se lo comió pensando en la cena de aquella noche, en quién habría invitado su abuelo a la finca. En el teléfono móvil sonó un WhatsApp nuevo; Sofía se secó las

manos con el trapo, pues estaba terminando de limpiar la cocina, y vio que el número no lo tenía en la agenda. Abrió el mensaje y una sonrisa apareció en su rostro al ver de quién era:

Espero que la señoritinga no se moleste porque Andreas me haya proporcionado gentilmente su número de teléfono. No sé por qué insistió tanto; la primera vez que me lo dijo le habría dicho que sí, pero ya sabes, debía guardar las formas... Espero que la noche pasada no fuese tan brutal y alocada que hoy no recuerdes ni tu nombre, ya sabes que tantas emociones para una mujer de tu edad no son buenas.

Sofía tecleó en su móvil mientras negaba con la cabeza:

Ya le vale a mi amigo. No sirve para guardar ningún tipo de secreto.Y tranquilo, pelanas, aunque tengo una edad, me conservo en plena forma.

Dejó el teléfono sobre la encimera y terminó de limpiar. Al poco, oyó que le llegaba otro mensaje y sonrió. Cuando hablase con Andreas le cantaría las cuarenta; al parecer no había entendido bien que ella no quería saber nada del pelanas. Cogió de nuevo el teléfono y abrió la aplicación para leer el mensaje, mientras se iba a su dormitorio para comenzar a prepararse para la velada de aquella noche.

Puedo dar fe de que te conservas muy bien, sobre todo cuando estás encima de mí y con poca ropa... ¡¡¡¿Por qué no has venido a Madrid?!!!

Sofía se rio a carcajadas y tecleó en su móvil:

No he ido justamente por eso. Ya sabes que te dije que aquello sólo podía ocurrir dentro de aquel barco...

Al poco llegó otro mensaje de Zack:

¿Cuándo nos vamos a otro crucero?

Sofía negó con la cabeza sin dejar de sonreír, mientras dejaba el teléfono en la cómoda y se metía en el cuarto de baño. Quería hacerse un tratamiento en la piel para tenerla resplandeciente

aquella noche; no le había dado tiempo de ir a la ciudad para que se lo hicieran, ni tampoco a la peluquería... Se miró en el espejo y oyó que llegaba otro mensaje a su teléfono.

Su cara reflejaba lo estresada que se sentía al desear que todo saliese bien; se había centrado tanto en la finca que incluso se estaba olvidando de su imagen, algo que no le había pasado en muchos años. Aquella temporada iba a ser importante, lo sabía, y necesitaba que todo fuese a pedir de boca, que nada se le escapara de las manos.

Permaneció en el cuarto de baño un par de horas y cuando salió ya estaba perfectamente hidratada, depilada, peinada y maquillada. Se fue al amplio vestidor, que se encontraba al lado del cuarto de baño, y eligió un elegante vestido de Givenchy en color negro, con un ligero brillo que emulaba al raso. Era de tirantes finos y tenía una caída que se amoldaba a su cuerpo sin ceñirse, sólo deslizándose con gracia por sus curvas hasta las rodillas. El cabello se lo había recogido hacia un lado, mostrando el costado izquierdo de su cuello y la espalda, que con aquel vestido con forma de V le quedaba muy sensual. Se puso unos zapatos de tacón plateados, se miró en el espejo, que ocupaba todo lo alto de la pared, cogió el teléfono y se hizo una foto para enviársela a Andreas y que éste le diese el visto bueno. Antes de que su amigo le respondiese, leyó el último mensaje que le había enviado Zack, que sólo había dejado un emoticono de un barco con un chico y una chica. Enseguida recibió contestación de Andreas diciéndole que estaba espectacular. Con una sonrisa, cogió su bolso a juego con los zapatos y se dirigió hacia la casa de sus abuelos.

—Buenas noches, señorita Figueroa —la saludaron unos trabajadores que estaban tomando el fresco debajo del soportal.

—Buenas noches —saludó ella con seriedad sin detenerse.

A su espalda oyó un cuchicheo y un silbido muy bajito, eso la hizo sonreír y en ese momento se percató del precioso Mercedes Benz de color negro que había estacionado al lado de la casa de sus abuelos.

—Hola, abu —saludó Sofía cuando Cayetana le abrió la puerta. Iba muy elegante, con un vestido azul marino con detalles en blanco, un precioso collar de oro con brillantes y unos pendientes a juego—. ¡Estás preciosa!

—Tú sí que lo estás, lucero. Escucha, antes de que entres. ¡Ten paciencia con tu abuelo! —susurró, haciéndola pasar.

—¿Por qué? —preguntó extrañada, observando las facciones de su abuela, que reflejaban que estaba nerviosa.

—Ahora lo comprenderás... —susurró de nuevo Cayetana, quien se imaginaba que aquella noche iba a ser difícil de olvidar para todos.

18

Cuando Sofía entró en el salón con paso seguro, vio a su abuelo sentado en un sofá y a un hombre de unos treinta y tantos largos, casi rozando los cuarenta, que ocupaba el sofá de al lado. Tenía el cabello castaño perfectamente peinado hacia atrás y el traje gris que llevaba aquella noche le sentaba de maravilla, complementado con una camisa rosa pálido y corbata fucsia. Al entrar Sofía, el invitado alzó la cabeza y la miró con fijeza, con unos ojos oscuros como la noche, repasando cada curva de su cuerpo, deteniéndose de una manera poco decorosa en su escote, que aunque no abultaba tanto como ella quisiera, gracias a los sujetadores con relleno podía presumir de un poco de canalillo.

Su abuelo se levantó con una sonrisa en los labios y se dirigió hacia su nieta, que estaba muy cerca de aquel hombre que no apartaba la mirada de ella.

—Como verás, Rodolfo, no he exagerado. ¿A que es guapa mi nieta? —preguntó con amabilidad su abuelo, algo que la sorprendió.

—Para serle sincero, se ha quedado corto —manifestó Rodolfo, dando un paso hacia donde estaba Sofía y cogiéndole la mano para darle un beso en el dorso—. Es un placer verte de nuevo. Te recuerdo como una niña pequeña que vestía trajes pomposos.

—Es un placer, aunque no te recuerdo... —contestó Sofía sin entender nada y poniéndose nerviosa ante el repentino cambio de humor de su abuelo.

—Sofía, te presento a Rodolfo Colomer, hijo del que fue el mejor amigo de tu padre —explicó Felipe con nostalgia y sin que abandonara su rostro aquella sonrisa que a Sofía le hacía temer lo peor.

—Oh, vaya —dijo emocionada—. Mi abuelo no me informó de la identidad de nuestro invitado; discúlpame por no saber quién eras en un principio, era muy pequeña cuando nos vimos por última vez. ¿Cómo están tus padres?

—No te preocupes, es normal, tú tendrías unos siete años y yo ya tenía dieciséis, es comprensible que tú no me recuerdes, pero yo a ti sí. —Sonrió con amabilidad—. Mis padres están bien, descansando en su chalet de la sierra —contestó, mientras se colocaba bien los puños de la camisa.

—¡Hacen bien! Toda la vida trabajando, ahora les toca descansar y disfrutar de la vida. Diles a Rodolfo y a Minerva que estoy deseando verlos de nuevo por la finca; les tengo mucho aprecio. Antes venían muy a menudo... —comentó Felipe, mientras se volvía a sentar en el sofá, dando pie a que los demás hiciesen lo mismo.

—Se lo diré cuando los vea —respondió Rodolfo.

—Sofía, ¿sabías que Rodolfo lleva haciéndose cargo de la empresa de su padre desde hace quince años? —preguntó Felipe entusiasmado—. Los Colomer crean oro de la nada.

—Mi padre me dejó la empresa familiar funcionando por sí sola, tampoco he hecho mucho... —susurró Rodolfo, restando importancia a su labor.

—Mira, Sofía, éste sí que es un hombre de verdad. Además de ser un buen profesional, es humilde. No te quites importancia, Rodolfo, porque sé de buena tinta que desde que tú estás llevando la empresa, funciona muchísimo mejor y factura miles y miles de euros —comentó Felipe.

—He tenido un buen profesor, señor Figueroa, eso no me lo niegue. —Rodolfo sonrió y le guiñó un ojo.

—No, en eso te doy la razón. Tu padre y mi hijo eran los reyes de los negocios, creo que en el mundo nunca existirán otros dos hombres como ellos, tan amigos, tan fieles y tan emprendedores —respondió Felipe con orgullo al recordar a su primogénito.

—Su nieta también tiene un buen profesor —manifestó el hombre, mirándola fijamente.

Ella se irguió sin abandonar el gesto serio y sin librarse de la ansiedad que sentía al oír aquella conversación que nada tenía que ver con su negocio.

—Sí, bueno... Sofía es buena, pero ya sabes cómo son estas cosas, Rodolfo. Este negocio es de hombres y, claro, aunque ella tenga voluntad e inteligencia, es una mujer... —contestó Felipe, como si Sofía no estuviese escuchando lo que decían.

Ella lo miró y frunció el cejo, intentando encontrarle lógica a todo aquello.

—Sí, eso ya lo había visto... —dijo Rodolfo, recorriéndole las piernas con la mirada.

—Lo que mi nieta necesita es un hombre, se lo he dicho mil veces, hasta mi mujer se lo dice... Pero Sofía me ha salido bastante rebelde. Le cuesta dar el paso y comprometerse... —expuso Felipe sin mirar a Sofía a la cara, sólo prestando atención a su invitado.

—Se ve que es una mujer sensata, seguramente está esperando al hombre idóneo para ella.

—Es posible, Rodolfo. Pero mi mujer y yo ya tenemos una edad y quisiera verla casada y estable para poder descansar; ya somos muy mayores para dedicarnos al campo, y aunque ella es muy eficiente, necesita a alguien que la guíe.

En ese momento, Sofía se levantó de un salto del sofá, haciendo que los dos hombres la mirasen sorprendidos ante aquel movimiento repentino, y se volvió hacia su abuelo, que la observaba apretando los labios, nervioso por si lo contrariaba delante de Rodolfo. Esbozó una sonrisa fría y hosca y se dirigió hacia la cocina, donde estaba su abuela ultimando la cena. La mujer la miró con cariño y vio el semblante taciturno de su nieta, que presagiaba lo que ella ya se temía.

—Abu, dime que no es lo que yo creo que es —rogó Sofía desesperada, al ver en aquella velada una encerrona por parte de su abuelo.

—Creo que sí, lucero... —contestó Cayetana, nerviosa ante la posibilidad de un nuevo enfrentamiento entre su marido y su nieta.

—Pero ¿por qué? —preguntó angustiada.

—Tu abuelo quiere que te cases...

—¿Con él? —soltó de malas maneras, señalando con la mano hacia el salón.

—Sí. Dice que es el perfecto candidato para ti: conocemos a su familia, tiene posesiones y es dueño de su propia empresa —informó, avergonzada por las ideas de su marido—. Además no es feo... —añadió, como quitándole hierro al asunto.

—Abu, no es cuestión de que sea feo o guapo. Rodolfo a simple vista es atractivo, pero no le veo la lógica a que el abuelo haga de casamentero a estas alturas.

—Él cree que los dos podríais hacer buena pareja. Ya que vuestros padres eran tan amigos, no sería extraño que conectaseis. Y además necesitabas un empujón, pues te estás acostumbrando a estar soltera.

—¡¿Acostumbrándome?! —exclamó molesta.

—Ten paciencia, lucero. Sé que es una situación un poco delicada, pero tu abuelo lo está haciendo con la mejor de las intenciones.

—Mi abuelo me está poniendo por los suelos, diciendo que no soy capaz de llevar esto porque soy mujer —dijo alterada, levantando un poco la voz.

—Chis... No grites. Escúchame, sé que tu abuelo es una persona complicada y tozuda, pero quiere lo mejor para ti.

—¿Tan mal llevo la finca? —preguntó, mirando el semblante de su abuela, que la observaba con ternura.

—¡Claro que no! Eres emprendedora, como tu padre, y una trabajadora incansable, como lo fue tu madre.

—Pero soy una mujer... —dijo, terminando la frase que había comenzado su abuela.

—Desde siempre, tu abuelo ha sido un hombre muy machista... Cree que las mujeres sólo valemos para criar hijos y limpiar la casa... —confesó con tristeza—. He intentado que cambiase su manera de mirarte, pero sólo ve que eres una mujer, por tanto, una persona débil que no va a poder hacer frente a este negocio.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora, abu? —replicó exasperada—. ¿Reírle las gracias al abuelo y comprometerme con ese hombre que me mira como si fuese ganado?

—No lo sé, lucero. Vamos a dejar que pase la velada. Intenta recordar todo lo que te hemos enseñado, que tu abuelo no tenga dudas de que eres una señorita y hazles ver que también eres una grandísima empresaria —la apremió su abuela, abrazándola con cariño.

La cena que había preparado Cayetana estaba deliciosa y la conversación irremediablemente se centró en Rodolfo, en la empresa de Rodolfo, en el ático que tenía Rodolfo en Madrid en pleno centro y en lo maravilloso que era éste. Sofía escuchaba sin casi hablar, sólo sonriendo y tragándose las palabras que le hubiese gustado decirles a aquel hombre y a su abuelo. Pero claro, ella no podía comportarse así... Le habían enseñado protocolo, la habían obligado a asistir a multitud de fiestas donde lo más normal era aburrirse entre conversaciones superficiales y personas que a ella no le interesaban; sólo porque era la hija de, la nieta de, siempre era bien recibida en los eventos donde el glamur, el dinero y la ostentosidad reinaban por sí solos.

Y así, poco a poco, Sofía había comenzado a reprimirse, a sonreír para quedar bien y a tragarse tanto sus opiniones que a veces regresaba a casa con una enorme opresión en el pecho y un nudo en la garganta. Pero aquella imagen de «señorita» era la que todos querían ver, y ella, por contentarlos cuando peor lo estaba pasando, solo había accedido a hacerlo. ¿Qué más daba que se sintiese desdichada?

—Mi padre comenzó fabricando mascarillas, guantes de látex y batas para los hospitales, y desde entonces no hemos dejado de producir todo lo necesario para los centros sanitarios, desde instrumentos quirúrgicos hasta maquinaria electrónica. Nos hemos convertido en un referente en el mercado sanitario y somos el número uno en España, tanto en ventas como en innovación —explicó Rodolfo, mientras dejaba la copa de licor sobre el mantel blanco de la mesa del salón.

—Es admirable todo lo que has hecho por la empresa familiar, Rodolfo. Tu padre debe de estar muy orgulloso de ti —dijo Felipe, impresionado por sus explicaciones.

—Bueno, eso dice —comentó él con una sonrisa tímida.

—Un día podrías invitar a mi nieta a Madrid, para que viese cómo funciona tu empresa y explicarle cómo lo has hecho para crecer tanto —soltó Felipe sin preámbulos. Sofía lo miró con el cejo fruncido mientras apretaba los puños por debajo de la mesa, reprimiendo una contestación que haría quedar mal a su familia.

—Claro, estaría encantado de que vinieses... —dijo Rodolfo dirigiéndose a ella. Estaba sentado justo enfrente de ella y sus abuelos uno a cada extremo de la mesa.

—Gracias —contestó Sofía entre dientes en tono hostil, pero mostrando una delicada sonrisa.

—Y, por descontado, estás invitado a la fiesta que están organizando mi mujer y mi nieta para el sábado que viene —añadió Felipe, viendo posibilidades a esa alianza.

—Será un honor para mí —dijo Rodolfo con galantería, mientras le guiñaba un ojo a Sofía, a lo que ella le respondió alzando la mirada al techo, cansada de tanta farsa y palabrería—. Aún recuerdo cuando venía aquí de pequeño...

Sofía no sabía cómo irse de la casa de sus abuelos. Estaba siendo la peor noche de su vida, la más embarazosa y la más cruel. Todo eran buenas palabras para aquel extraño al que su abuelo sonreía complacido y orgulloso de sus logros, mientras para ella no había más que recriminaciones por cómo intentaba hacer funcionar

la finca y por sus ideas según él alocadas... Se sentía mal, peor que mal, pero aguantó estoicamente toda la velada sin una palabra fuera de tono, sin una mala cara, sin un reproche que hacerle a aquel hombre que la había criado junto a su abuela...

—Sofía, podías ir afuera con Rodolfo y enseñarle lo bonita que está nuestra finca de noche —sugirió Felipe, cuando ya estaban sentados en el sofá de nuevo, hablando del monotema que era lo bien que lo hacía todo aquel extraño.

—Creo que Rodolfo estará deseando volver a su casa, abuelo —contestó Sofía con una sonrisa.

—Te equivocas, estaré encantado de ver esta maravilla de la naturaleza. Tengo recuerdos un poco distorsionados por el paso del tiempo y me apetece volver a ver los lugares que marcaron mi infancia —comentó él con una sonrisa.

Sofía se levantó con pesar y, con un gesto más o menos amable, le indicó al invitado que la acompañase afuera. Rodolfo se despidió de sus abuelos alabando la comida y la compañía de aquella noche. Su abuela le guiñó un ojo a Sofía sin que nadie se diese cuenta y a su abuelo sólo le faltó postrarse a los pies de aquel hombre para suplicarle que se fijase en su nieta...

Hacía una maravillosa noche, aunque la brisa era fresca e hizo que Sofía se encogiese por el cambio de temperatura. La luna, a punto de completar su fase creciente, iluminaba todo el paisaje sin necesidad de linternas ni luces artificiales, aunque la finca estaba alumbrada en su perímetro por infinidad de farolas. En el cielo, desprovisto de nubes, se dejaba ver un precioso manto de estrellas, mientras los grillos cantaban sin cesar, envolviendo aquella idílica escena. Por allí quedaban muy pocos trabajadores despiertos; madrugaban mucho y a esas horas ya estaban casi todos en sus camas; un par, los más rezagados, saludaron con educación a Sofía y a su acompañante, y como si ésta hubiese dado el toque de queda, se fueron hacia el edificio central donde dormían.

Rodolfo la seguía en silencio, mientras admiraba aquel paisaje tan tranquilo y los zapatos de tacón de Sofía repiqueteaban sobre los adoquines de aquel enorme y emblemático edificio.

—Esto es precioso, Sofía —comentó, mirándola de reojo. Su gran estatura la hacía sentirse pequeña, como si fuese una frágil muñeca. Admiró su cuerpo musculado; seguramente debía de pasar bastantes horas en el gimnasio para conseguir que el traje le cayese de aquella manera tan perfecta.

—Sí, lo es —susurró ella con paso seguro.

—Debió de ser una auténtica gozada crecer rodeada de tanto esplendor. —Sofía se detuvo de golpe y lo miró a los ojos—. Recuerdo que tus padres y tú vivíais en la capital y que veníais aquí los fines de semana...

—A ver cómo te lo digo sin que suene raro... —dijo Sofía, obviando todo lo que él había dicho—: ¿cuántos años tienes?

—Treinta y ocho —contestó Rodolfo, dando un paso hacia ella.

—¿Por qué no estás casado? —preguntó, sin andarse por las ramas.

—No he encontrado a la mujer idónea —declaró él, restándole importancia.

—¿Con qué intenciones has venido aquí? —soltó, analizando su gesto, que se suavizó al regalarle una sonrisa.

—Han sido varios factores los que me han traído hasta aquí. Primero, tu abuelo me invitó, algo que agradezco; segundo, tenía curiosidad de ver con mis propios ojos este lugar, como te he comentado antes, porque recuerdo haber pasado algún verano aquí y deseaba ver cómo era ahora; y por último, y no por eso menos importante, tú.

—Yo... —gruñó ella, negando con la cabeza.

—Sí, bueno, no te extrañará saber que tu abuelo me comentó que estabas soltera y que podríamos hacer buena pareja —explicó satisfecho.

—Y tú, sin ánimo de ofender, te dejaste arrastrar por las ideas casamenteras de mi abuelo...

—Bueno, no tenía nada que perder. Era una cena e iba a volver a ver a la hija de los que fueron los mejores amigos de mis padres... No es que me fuera a prometer ya contigo —dijo Rodolfo, suavizando el tono de la conversación.

—Claro, todo ventajas —refunfuñó molesta al comprobar que él había estado al tanto desde un principio de las razones de aquella cena.

—Ahora sí que lo son, pero piensa que antes de que entrase por la puerta yo no sabía nada de ti, ni siquiera sabía qué aspecto tenías en la actualidad. Ahora estoy mucho más relajado y creo que tu abuelo puede tener razón —expuso, dando otro pequeño paso hacia ella.

—Bueno, Casanova, echa el freno y párate un poco. Una cosa es lo que mi abuelo quiera y otra bien distinta lo que yo haré. Él y yo somos muy parecidos, por eso chocamos tanto, y te puedo asegurar que esta historia de «¿Quién quiere casarse con mi nieta?» no me gusta un pelo; y lo siento mucho por ti, pareces un hombre bastante interesante. Pero lo que más odio en el mundo es que intenten imponerme algo a la fuerza —explicó Sofía.

—Hagamos una cosa: vamos a conocernos sin pensar en lo que quiere tu abuelo ni nada de eso. Sólo seremos Rodolfo y Sofía, ¿qué te parece?

—¿Te digo la verdad o lo que quieres escuchar? —preguntó, harta de aquella historia.

—Siempre la verdad —contestó él con una sonrisa.

—La verdad es que no tengo ganas de darle el capricho a mi abuelo, mientras que lo que diría una chica de mi posición es que estaría encantada de hacerlo. ¿Has visto cómo cambia la cosa?

—Sofía —susurró Rodolfo, cogiéndole la mano y haciendo que lo mirase a los ojos.

—Dime.

—Déjame que sea por lo menos tu amigo, no te pido más. Lo que tenga que suceder, sucederá. Sin forzar nada, sin hacer nada que tú no desees. ¿Lo pensarás? —preguntó, llevándose su mano a

los labios y dándole un cálido beso.

—Lo puedo intentar... —musitó, comportándose como lo que era, una señorita, y tragándose una vez más lo que pensaba en realidad de todo aquello.

Él, sin soltarle la mano, la guio hasta su flamante coche. Antes de entrar, le dio un par de besos en las mejillas y sostuvo su rostro entre las manos.

—¿Sabes una cosa? Tu abuelo tiene muy buen ojo. Sabía que me ibas a gustar —confesó con una sonrisa—. ¡Ah! Una cosa, antes de marcharme. El próximo regalo que te llegue, lo enviaré con mi firma, ya no me hace falta esconderme...

—¿Tú eres el que me ha mandado todos esos regalos? —preguntó asombrada.

—Sí, soy un hombre muy detallista, ya me irás conociendo. Buenas noches, Sofía. Ha sido un auténtico placer conocerte al fin. Espero que nos veamos antes de la fiesta... —añadió, sentándose en el confortable asiento de su coche y poniendo en marcha el motor, que rugió con poderío.

—Buenas noches... —dijo en un susurro viendo cómo desaparecía ese hombre por el camino que daba acceso a las puertas de su propiedad.

Sofía se fue hacia su casa entre enfadada y atónita, sin entender nada, viendo que aquel asunto se le estaba escapando de las manos. Cerró la puerta con llave, se quitó los zapatos y fue descalza hasta su dormitorio. Se tumbó, todavía con el vestido puesto, mirando el techo. De repente, un mensaje entró en su teléfono móvil, lo cogió y lo leyó:

> Andreas me ha enseñado el modelito que llevabas esta noche y sólo he podido pensar en las mil y una maneras de quitártelo, de poder volver a saborear tu piel y escuchar tus gemidos. ¿Es que no sientes lástima de este pobre mortal?

Sofía dejó el móvil sobre la cama, resoplando nerviosa. La sobresaltó de nuevo el teléfono, que la avisaba de un nuevo mensaje:

Vale, sí, soy un cerdo. Pero sabes que si no me hubieses conocido en el crucero, ése habría sido el viaje más aburrido de la historia.Yo le pongo sal a tu vida, brujilla. Y tú me das el toque agrio que necesito para querer más.

Sofía apagó el móvil sin contestar ninguno de los dos mensajes que le había enviado Zack. Con una sonrisa, se levantó de la cama para cambiarse de ropa y desmaquillarse. Tenía que darle la razón, sin él aquel viaje no hubiese sido lo mismo.

19

Aquella noche Sofía casi no pudo dormir; la asaltaban escenas de ella con Zack y con Rodolfo, su abuelo enfadado, su abuela llorando y ella sintiéndose extraña en su propio cuerpo, como si la estuviesen empujando hacia la desdicha y la nada. Antes de que amaneciese, ya había salido de su casa, se había ido a las cuadras y había montado a *Tesoro*. El amanecer la sorprendió en medio de los campos, haciendo que se detuviese para admirar aquel maravilloso momento de la vida y sintiéndose a cada paso más sola y peor consigo misma.

Observó a la vuelta las cepas, que seguían su curso sin ninguna complicación, algo que la tranquilizó. Cuando llegó de nuevo a su casa, después de cepillar al caballo y darle un azucarillo por lo bien que se había portado, aún era demasiado temprano para nada. Se sentó a la mesa de la cocina, sosteniendo en las manos una taza de café humeante y encendió el teléfono móvil. Necesitaba hablar con Andreas, contarle todo lo que le había ocurrido la noche anterior, pero sabía que a esas horas tan tempranas de domingo, su amigo continuaría dormido.

Aquella mañana la pasó aburrida en su casa, sin hacer prácticamente nada, sólo algún que otro papeleo que se había llevado para adelantar para el lunes, pero poco más. Era como si se arrastrara por la superficie plana de su hogar, sin ganas de hacer nada y sin pensamientos de cambiar eso.

—Hola, bichito —la saludó con efusividad Andreas.

Era ya por la tarde y Sofía había decidido probar si ya estaba disponible.

—Hola, Andreas... ¿qué tal por Madrid? —preguntó, tumbada en el confortable sofá de su casa, con la televisión muy bajita para poder oír sin dificultades a su amigo.

—¡De maravilla! Tendrías que haber venido, nos hemos reído un montón —explicó él con alegría.

—Me alegro por ti... —suspiró ella, cogiéndose un mechón de cabello e inspeccionándose las puntas perfectamente hidratadas.

—Zack me preguntó por ti e incluso le enseñé la foto que me enviaste con ese precioso vestido... —le contó, como si fuese lo más normal del mundo hablar de ella con el pelanas.

—Ajá... —dijo sin ganas.

—¿Qué tal anoche?

—Puf... —resopló, poniendo los ojos en blanco—. Mi abuelo está haciendo de casamentero y me ha presentado a un hombre.

—¡¿Qué me estás contando?! —preguntó Andreas mientras reprimía la risa al imaginarse la escena.

—Lo que oyes... Imagínate la gracia que me hizo, cuando me di cuenta de sus verdaderas intenciones para esa cena que yo creía de negocios.

—¡Vaya tela! Bueno, ¿y el candidato está bien o es un callo malayo?

—No está mal, es mayor que yo, tiene dinero, un buen físico y si te soy sincera hasta es guapo... —contestó, enumerando las cosas positivas de Rodolfo.

—Pero...

—Pero mi abuelo me lo está metiendo por los ojos —añadió con una sonrisa.

—Ya, entiendo... Piensa que tu abuelo puede empeñarse todo lo que él quiera y más, pero la que al final tiene la última palabra eres tú.

—Ya lo sé... Pero es tan desesperante esta situación... Está obcecado con que la finca debe estar en manos de un hombre y le importa un pimiento que yo esté haciendo un buen trabajo, que me desviva por el negocio y que intente que suba como la espuma.

—Ya caerá del burro, Sofi.

—Eso espero... —resopló angustiada—. Bueno, cuenta, ¿ya sabes lo que vas a hacer?

—¡Sí! —exclamó entusiasmado—. Sofi, ¡¡me voy a venir a vivir a Madrid!! Lo estuve hablando con Eddy, hemos pasado un finde genial y voy a empezar a preparar mi mudanza —informó dichoso.

—Te voy a echar tanto de menos... —susurró ella con tristeza.

—Va, Sofi, si vamos a estar cerca. No es que me vaya al otro extremo de España. Voy a vivir en Madrid, a una hora en coche y media hora en AVE.

—Ya... Pero no va a ser lo mismo que tenerte a unos minutos de distancia...

—Ya verás como ni te das cuenta de mi marcha. Iré a menudo a verte y espero que tú hagas lo mismo.

—¡Claro que sí! —exclamó, con una alegría forzada. Sabía que iba a ser duro estar tan lejos de su único amigo.

—Te dejo, Eddy me está esperando para irnos a El Retiro a dar un paseo. Mañana volveré a Segovia; quedamos para comer y nos vemos, ¿de acuerdo?

—Sí, diviértete, Andreas, y dale recuerdos a Eddy.

—¿Sólo a Eddy? —preguntó él, aguantándose la risa.

—Sí, sólo a Eddy... —masculló, negando con la cabeza.

Andreas era único para intentar sonsacar información aun estando lejos. No se había rendido con el tema Zack y Sofía sabía que, tarde o temprano, tendría que sincerarse con él... Aunque le costaba contarlo, pues eso conllevaría asumir lo que había significado aquella aventura en alta mar delante de otra persona y no sabía si estaba preparada para dar ese paso...

—Diviértete tú también, bichito —se despidió él con cariño.

Sofía se quedó con el teléfono en la mano y el silencio que reinaba en su casa se le echó encima, dejándola aturdida. Antes le encantaba estar así, sola, independiente, alejada de todos y de todo; pero desde que había vuelto de aquel crucero ella había cambiado. Lo notaba aunque no supiera aún darle nombre a lo que le ocurría,

pero no se sentía la misma... Esa nueva versión anhelaba más, si bien no sabía exactamente lo que necesitaba para sentirse bien consigo misma.

El lunes por la mañana, cuando llegó a su despacho, la sorprendió encontrar allí un grandioso ramo de flores; rosas rojas y margaritas la embriagaban con su aroma y su color. El ramo llevaba una pequeña tarjeta, que abrió y leyó:

> Estoy contando los días que faltan para volver a verte. Espero que no sea un atrevimiento decirte que me encantaste.
>
> Besos,
>
> RODOLFO

Rompió la tarjeta y la tiró a la papelera sin inmutarse, y el ramo de flores se lo dio a uno de los trabajadores para que se lo regalase a su mujer. Aquél fue el primero de muchos más ramos, que Rodolfo le envió durante esa semana a la finca. Sofía repetía siempre lo mismo: leía la tarjeta que le decía lo maravillosa que era, la rompía y el ramo se lo daba a algún trabajador para que se lo regalase a quien él quisiera. Nunca le habían gustado esos detalles pomposos. Sabía que Rodolfo lo hacía para adularla y ablandarla, pero conseguía el efecto contrario, pues cada mañana, al ver sobre la mesa aquel presente, aborrecía más el comportamiento de ese hombre que su abuelo había metido en su tranquila y monótona vida.

Fue pasando los días lo mejor que pudo; quedó con Andreas para hablar antes de que éste comenzase a preparar su inminente mudanza; trabajó incasablemente durante horas y horas para que todo estuviese a punto en la finca; y además estuvo ultimando, junto con su abuela, los últimos preparativos de la fiesta que se celebraría ese sábado. Habían pasado cincuenta años desde que los Figueroa se hicieron cargo de Anhelos, y durante esos años habían ocurrido demasiadas cosas...

Por la noche, cuando llegaba a su casa, estaba exhausta. Se duchaba, cenaba y se acostaba para volver a levantarse bien temprano y comenzar así su nueva jornada.

Aquella mañana del sábado, Sofía recogió a su abuela y se fueron juntas a Segovia: tenían cita para la peluquería y para la esteticista. Pasaron toda la mañana fuera de la finca, incluso comieron en la ciudad. Después, cuando estuvieron listas, bien peinadas y maquilladas, se fueron a ver cómo iba la decoración de la fiesta. Al llegar y ver cómo había quedado la finca sonrieron orgullosas de su labor; los adornos, las luces que se encenderían cuando anocheciese, todo había quedado como ellas habían previsto.

Abrieron las dos hojas de la gran puerta del edificio central; allí se había colocado una barra donde varios camareros contratados para la ocasión servirían las bebidas y el *catering*. Las mesas estaban vestidas con manteles blancos con bordados en forma de pequeñas uvas doradas. Las copas eran de finísimo cristal de Bohemia, con los bordes dorados, y cientos de botellas de vino de la casa estaban dispersas por la sala, encima de las mesas y en la barra. Un gran cartel blanco y dorado anunciaba la razón de aquel evento: «50 AÑOS DE ANHELOS». Todo, todo era elegante, sofisticado, caro. No habían reparado en gastos, ya que no todos los días se celebraba medio siglo de algo. Al final, las últimas cosas de la lista de su abuela, sin que ella se enterase, las llevó Andreas de Madrid.

Sofía no podía ni quería, de momento, visitar la capital. ¿Las razones? Bueno, eran bastante obvias: Zack y Rodolfo. Dos hombres tan dispares que a Sofía hasta le hacía gracia, aunque tenían un denominador común: ella. Toda esa semana se había convertido casi en algo rutinario recibir un ramo de flores de Rodolfo y mensajes bastante tórridos de Zack. Dos hombres que ella no deseaba tener a su lado, porque pensaba que ninguno de ellos merecía la pena, que ninguno cumplía sus altas expectativas. Porque, aunque Rodolfo fuese el que mayor puntuación tenía: pues era elegante, de la buena sociedad, como ella, y además tuviera su propio negocio, algo tenía

que no le gustaba; seguramente por el simple hecho de que su abuelo quisiera imponérselo como novio y Sofía, sólo por llevarle la contraria, sintiera la necesidad de ponerle fallos...

Perdió la cuenta de las veces que se había mirado en el espejo. Estaba espectacular. Como para no estarlo, después de la fortuna que se había gastado en aquel vestido de Valentino. El corpiño palabra de honor estaba adornado con cristales de Swarovski, que relucían con la luz, y se ceñía a su fina cintura como un guante; desde la cadera hasta los tobillos, caía con soltura una vaporosa falda de color rojo, que tenía una abertura que cuando caminaba, se le abría para dejar ver su tonificada pierna, rematada con unos altísimos zapatos de tacón a juego con los cristalitos del corpiño. Llevaba el pelo recogido en un moño sutilmente deshecho, con algún mechón rozándole la clavícula. Iba maquillada a la perfección, resaltando su mirada verde y sus labios.

Estaba deslumbrante, lo sabía, pero algo la retenía allí dentro, como si así el tiempo se detuviese a la espera de que ella estuviese preparada para plantarse su mejor sonrisa y saludar a los cientos de invitados de aquella celebración. Respiró hondo varias veces antes de dar media vuelta y salir de su casa. Estaba anocheciendo, era aquella parte del día en que el cielo enrojecía privándolos de la claridad del día, pero aún con la luz necesaria para ver. La ancha acera que bordeaba la edificación en forma de U estaba adornada al milímetro y muchas personas se encontraban charlando allí animadamente, disfrutando del clima templado de aquellos días, bebiendo el vino cultivado allí mismo y escuchando la música que habían puesto para amenizar el ambiente.

Vio a sus abuelos, que iban de aquí para allá, hablando con todos los invitados, agradeciéndoles su asistencia. Sofía se armó de valor e hizo lo mismo; debía ser una buena anfitriona, era lo que se esperaba de ella. Saludó a todas las personas que habían llegado y a las que estaban llegando, sonreía sin cesar y hablaba de la finca, de los vinos y de la familia. Quien la mirase desde fuera, vería a una mujer de mundo, sociable y educada, que siempre tenía tema de

conversación y finos modales que la hacían perfecta; pero quien la conociese de verdad, vería a una mujer que fingía, que había aprendido durante todos esos años a dar una imagen que no se asemejaba ni de lejos a lo que ella sentía. Se había hecho una experta en lidiar ante la buena sociedad, sabiendo de qué hablar, cómo sólo formular una pregunta y que los demás fueran los encargados de llevar el peso de la conversación.

De pronto vio a Rodolfo, que le sonrió y comenzó a andar hacia ella. Sofía se quedó donde estaba, mientras el cielo iba perdiendo aquel tono rojizo y empezaban a verse las primeras estrellas. Estaba bajo el gran soportal que resguardaba de las inclemencias del tiempo la acera que unía todos los edificios. Le llamó la atención su manera de caminar, consciente de que las féminas lo mirarían por lo bien que le quedaba aquel traje oscuro y los hombres lo envidiarían por todo lo que poseía: dinero, lujo, mujeres...

Sofía no vio nada de eso, sólo a un hombre que no paraba de regalarle rosas, al que su abuelo adoraba y al que ella, para fastidiar, no aguantaba.

—Hola, Sofía —la saludó, cogiéndole de la mano y besándosela —. Esta noche estás preciosa.

—Muchas gracias. —Sonrió tímidamente, observando que Rodolfo tenía la otra mano escondida tras la espalda.

—Felicidades por estos cincuenta años —siguió diciendo él—; te he traído dos cosas que espero que te agraden.

—Gracias, Rodolfo, no hacía falta que trajeras nada —contestó sin quitarse la sonrisa que se había puesto al salir de casa.

—Claro que hacía falta, ya te dije que soy muy detallista. Toma, una rosa para otra rosa —dijo, mientras sacaba la mano de la espalda y ofreciéndole una rosa roja.

—Muy bonita, gracias —susurró ella, cogiéndola. Miró detrás de Rodolfo y vio a Andreas, que la buscaba. Al encontrarse sus miradas, su amigo le guiñó un ojo, pero no iba solo...

—El otro detalle que te he traído me voy a esperar a dártelo, confío en que no te moleste mi atrevimiento —se excusó Rodolfo.

—No, tranquilo. Lo que hayas decidido estará bien —respondió, sin un ápice de ganas de averiguar qué le habría llevado ese hombre, más pendiente de Andreas y de sus acompañantes que de él.

Y lo vio. No era que no lo estuviera buscando, pues al ver que Andreas no sólo se había llevado a Eddy, sino también a Koldo, a Juan y a Abel, esperaba que él también hubiese ido. Rodolfo siguió hablándole de las mil y una maravillas de celebrar el aniversario in situ, mientras ella, con disimulo, observaba cómo Zack se unía a sus amigos, mientras lo contemplaba todo maravillado.

Sofía sabía, sin mirar a las personas que se encontraban allí, que aquel grupo llamaba la atención, aunque por lo menos no iban con las pintas del crucero. Los cuatro llevaban ropas oscuras, predominando el negro; pantalones e incluso camisas del mismo color, alguna nota de color en los estampados de éstas, pero no demasiado llamativa. Pero allí estaban sus frondosas melenas, gritando que se volviesen todos al verlas.

Sofía se sentía nerviosa por si alguien les decía algo inconveniente; al fin y al cabo, habían acudido porque el mejor amigo de ella los había invitado, algo que la dejaba como principal responsable.

Rodolfo, ajeno al mundo interior de Sofía, continuaba hablando sin parar; ella asentía de vez en cuando, pero no podía apartar la mirada del grupo de amigos... ¿Y si su abuelo les decía algo?

—Perdona, Rodolfo, acaba de llegar más gente y voy a seguir con las bienvenidas. Entra, tómate una copa de nuestro vino y luego hablamos —dijo Sofía, tocándole el brazo para que se callase y la atendiese.

—Claro, luego nos vemos. —Sonrió con amabilidad.

Sofía se fue hacia ellos. Andreas les estaba hablando, explicándoles cosas de la finca, señalando hacia los viñedos. Todos estaban atentos a sus palabras y no se dieron cuenta de que ella iba hacia allí.

—Buenas noches —saludó Sofía, mirando directamente a Andreas, que se sobresaltó y, al verla, se abalanzó a darle un par de besos.

—Ay, Sofi, qué susto me has dado. Estaba comentándoles a los chicos lo bonito que es todo esto —explicó sonriente.

Ella saludó a sus acompañantes sólo con un movimiento de cabeza y una forzada sonrisa. Zack reprimía la risa al ver su comportamiento frío y sofisticado.

—Podéis ir adentro y coger una copa de vino —dijo Sofía, haciendo que se movieran. Luego agarró del brazo a Andreas y lo retuvo para que no se marchase con el grupo. Cuando éstos estuvieron lo suficientemente lejos para no oírla, dijo—: ¿Estás loco?

—¿Por qué? —preguntó él en un susurro.

—¿Para qué traes a ésos aquí?

—Porque no quiero que escondas la cabeza en ningún agujero, Sofía —replicó, y echó a andar hacia el edificio, dejándola allí plantada, con aquellas palabras retumbando en su mente una y otra vez.

Tardó unos minutos en volver en sí, Andreas sabía qué hacer para llamar su atención. Suspiró para calmarse y volvió de nuevo a ser la Sofía perfecta anfitriona de eventos. Le dio la flor que le había regalado Rodolfo a su abuela, que no dudó en colocársela en el cabello, haciendo que el peinado que llevaba le quedase aún mejor. La noche se cernía sobre ellos; los camareros comenzaron a pasearse entre los invitados, tanto dentro del edificio donde todo estaba perfectamente acondicionado para albergar a cientos de personas, como por la parte de fuera, donde muchos se quedaban a disfrutar del fresco y la tranquilidad que se respiraba en aquel lugar. Todo estaba yendo como la seda, la gente se lo estaba pasando genial, comían y bebían sin parar e incluso había surgido algún que otro negocio entre ellos.

Sofía esquivaba con sutileza y saber estar a Rodolfo, que intentaba, sin conseguirlo, acercarse para retomar la conversación. Ella, como si nada, hablaba con otras personas sólo para no darle

ocasión a ese hombre.

La fiesta llevaba ya en marcha un par de horas y los pies la estaban matando. Con sigilo, se alejó de la casa hacia los viñedos, buscando un poco de soledad y poder relajar el rostro, que se sentía contraído de tanto sonreír... La luna llena le iluminaba sin dificultad el camino de tierra y piedra, su vestido flotaba con la brisa que le llegaba y ella respiró tranquila.

—No sabía que ahora te dedicabas a seguir a la gente... —dijo alguien delante de ella.

Sofía no podía apreciar sus rasgos, pero sabía de quién se trataba.

20

—¿Qué haces aquí, Zack? —preguntó, acercándose a donde él estaba.

—Maravillarme con todo esto, es precioso.

—Sí, lo es —confirmó con una sonrisa.

Zack se encontraba al lado de una cepa, observando a Sofía detenidamente.

—¿Por qué me mentiste en el crucero? —preguntó escudriñándola.

—Bueno, en parte te dije la verdad; soy administrativa, administradora y mil cosas más, pues, como habrás visto, tengo una finca con viñedos y comercializo vino.

—Tengo que rectificar entonces, porque la verdad es que no te pega nada vivir en el campo —dijo él en tono serio.

—No sólo vivo en el campo, Zack... —Sonrió con ironía, pensando en la idea equivocada que tendría él de lo que era vivir en el campo. Para ella, eso conllevaba muchas horas de trabajo, algunas discusiones con su abuelo y muchas fiestas a las que había tenido que asistir sin ganas.

—Ya, pero no eres la chica de ciudad que yo creía.

—Lo fui un tiempo, tampoco te equivocaste tanto... —susurró con una tímida sonrisa.

—Dime, brujilla, ¿por qué huyes de la fiesta?

—Ya sabes que no me gusta mucho hablar y lo que se espera ahí de mí precisamente es eso: que hable —comentó con cara de pánico, haciendo que Zack sonriera—. Necesitaba un respiro para volver de nuevo con fuerzas.

—Conmigo estás hablando...

—Bueno, es diferente, contigo no tengo que fingir nada —dijo sin pensar, algo que la hizo sorprenderse ante la sinceridad de su frase.

—¿Tanto tienes que fingir? —preguntó Zack, extrañado ante aquella confesión.

—Demasiado, por eso me agotan estas fiestas...

—¿Qué te gustaría hacer?

—¿Cómo, ahora? —preguntó, observando que se encontraban lo bastante lejos y apartados como para que nadie los viese.

—Sí, ahora. ¿Qué te gustaría hacer para celebrar el aniversario de esta finca?

—Uf... No sé, supongo que emborracharme con vino —respondió con una sonrisa burlona.

—¡Pues vamos a ello! —exclamó Zack, dando una palmada en el aire y sonriendo con picardía.

—No puedo, debo guardar las formas, si no, mi abuelo me tirará de las orejas... —explicó frunciendo el cejo.

—Sofía, ¿has vivido alguna vez? —la provocó él, mientras se acercaba para poder verle mejor los ojos, aquella mirada verde que nunca le mentía.

—Eh... Yo... —titubeó al ver que Zack se aproximaba cada vez más a ella—. Creo que viva estoy...

—No me refiero a eso, lo sabes. Se puede estar viva pero no vivir la vida que deseas realmente y creo que eso es lo que te sucede a ti. Nada de locuras, siempre guardando las formas, fingiendo ser algo que no te apetece ser... —expuso Zack, enumerando las cosas que ella hacía —. ¿Cuándo te vas a decidir a vivir?

—Tengo que volver a la fiesta... —murmuró, al tiempo que notaba cómo un calor ascendía por todo su cuerpo y deseando que él se acercara más para que sofocarlo con las manos y la boca...

—Pero no quieres volver... —le dijo Zack en voz baja. Sus labios buscaban los de ella, y al mismo tiempo su mano la cogía con suavidad por la cintura para estrecharla contra él.

—Zack, por favor... —suplicó sin fuerzas, notándose perdida entre sus brazos, percibiendo cómo sus suaves y fríos labios la besaban, y recordando lo que sentía cuando estaba con él.

—Sofía, ¿por qué te niegas esto? —preguntó él, con los labios todavía pegados a los suyos, sintiendo cómo se estaba excitando cada vez más, percibiendo aquella chispa que se encendía cuando estaban juntos, la que lo hacía querer más y más de aquella mujer tan atípica.

—No... —musitó Sofía, mientras daba un paso hacia atrás y dejaba a Zack mirándola extrañado—. Te dije que no volvería a pasar fuera del barco.

—Entonces me tocará volver a meterte en uno —replicó él con decisión.

Sofía lo contempló, notó cómo le quemaba la piel, cómo le ardían los labios de los besos que había recibido. Fue duro para ella darse la vuelta y regresar a la fiesta, pero sabía que el pelanas no podría ser el hombre de su vida, no cuadraba a su lado, era la antítesis de todo lo que ella quería.

Entró en el edificio central y cogió una copa de vino de la bandeja de uno de los camareros que habían contratado para aquel evento, sin disimular por si alguien la estaba observando. La vació al instante; necesitaba quitarse aquella sensación del cuerpo, necesitaba volver otra vez a su ser y apartar a la nueva Sofía, aquella que afloraba sin avisar cuando Zack estaba cerca.

—Al fin te encuentro —dijeron a su espalda.

Ella se volvió y sonrió como si nada hubiese ocurrido.

—¿Lo estás pasando bien, Rodolfo? —preguntó, dejando la copa vacía y cogiendo otra.

—Sí, aunque me lo pasaría mejor si me acompañases... —declaró él, agarrándola de la mano y arrastrándola hacia fuera.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó, extrañada ante aquella muestra de confianza, excesiva para su gusto.

—A un lugar un poco más íntimo. Me encantaría darte el otro presente que te he traído —contestó él con una sonrisa afable.

Sofía lo miró: él tenía todo lo que ella requería de un hombre, todo...

—Espera, vayamos mejor a mi despacho. Fuera hay demasiada gente —dijo, temiendo cruzarse con Zack.

—Perfecto, guíame —respondió con dulzura.

Con las manos todavía unidas, subieron la escalera. Por detrás, el vestido la hacía parecer una princesa, moviéndose con elegancia mientras subía. Y en ese momento, cuando estaba a punto de desaparecer de la vista de todos, Zack, que se dirigía hacia donde ella estaba para seguir hablando, la vio cogida de la mano de otro que se la llevaba fuera de la vista de los invitados.

Se quedó quieto, sin despegar la mirada de la escalera por la cual había subido Sofía. Agarró una copa de vino y se quedó allí, esperando a que bajase; intentando frenar aquel impulso que le decía que la siguiese y le dijese que soltase a aquel hombre que no era él...

—Pasa, por favor —invitó Sofía a Rodolfo, abriendo la puerta y soltándole la mano.

—Gracias. Tienes un gusto exquisito, tu despacho es precioso —dijo él, mientras observaba la habitación y veía que no había ni una sola rosa de las que le había regalado durante todo ese tiempo.

—Muchas gracias —dijo Sofía, cerrando la puerta—. Bueno, dime.

—Espero que te guste lo que te he traído. Cuando la vi, sólo pensé en que debías tenerla tú... —comentó, metiendo una mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacando algo—. Toma.

Sofía la cogió extrañada, sin entender muy bien por qué le daba una fotografía, pero cuando miró la instantánea, tuvo que aferrarse a la mesa para evitar caerse. Era una fotografía antigua; en ella se veía a sus padres, que sonreían dichosos, mientras la sostenían en brazos, acunándola con cariño; junto a ellos, sentados en el mismo sofá blanco, había dos personas más: un hombre y una mujer, con las manos entrelazadas y sonriendo a quien les estaba haciendo la foto. Justo a su lado, de pie, había un niño pequeño, de unos nueve

años, que miraba a Sofía con mala cara; ella era un bebé de sólo unos meses, vestida de rosa y con un pequeño lacito en su escaso cabello.

—Oh... —logró decir emocionada, sin dejar de mirarla.

—Me la dio mi madre para que te viese. Me hizo mucha gracia ver cómo te miraba yo, con cara de fastidio, como si me dieses rabia... Y ahora, desde la noche de la cena, no dejo de pensar en ti... —dijo, avanzando hacia ella con paso seguro.

—Muchas gracias, Rodolfo... —titubeó, al tiempo que intentaba reprimir sus emociones.

—De nada, es un placer para mí... —contestó y le acarició la espalda.

Sofía, al notar el contacto, levantó la vista de la fotografía y lo miró a los ojos, sorprendida por aquel gesto demasiado íntimo.

—¿Me la puedo quedar? No quiero que tus padres se queden sin ella, sé que fueron grandes amigos de los míos. —Dio un paso hacia la puerta, alejándose de él y de aquella caricia que la había inquietado.

—No te preocupes, ésta es una copia. Ellos tienen la suya —explicó él con una sonrisa—. ¿Sabes? Me dijeron que tenían ganas de verte, incluso estuvieron a punto de sobornarme para que te lleve un día a su casa a cenar.

—Diles que estaré encantada de ir a verlos —murmuró ella con una sonrisa tímida. Le había gustado aquel detalle de la fotografía, aunque no tanto su acercamiento.

—Se van a alegrar mucho —dijo Rodolfo, volviendo a aproximarse a ella—. Me gustas mucho, Sofía... Eres lo que andaba buscando y no quiero perderte por mis prisas...

—¿Tus prisas? —preguntó, sorprendida ante aquella declaración tan repentina.

—Sí, estoy acostumbrado a tener en el acto lo que deseo... Y ahora mismo lo único que deseo es a ti —confesó, mientras la cogía de la mano y la miraba intensamente.

—Rodolfo, yo...

—No digas nada, Sofía —la interrumpió, adivinando su negativa —. Tengo un objetivo marcado y es enamorarte. Sé que lo lograré, porque nadie te tratará como yo lo haré —dijo, y le dio un suave beso en la mano—. Me voy ya, no quiero agobiarte. Te llamaré y la semana que viene quedaremos para vernos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió, asombrada de la confianza que tenía en sí mismo.

—Buenas noches, dulce princesa —se despidió Rodolfo en tono tierno y zalamero.

Sofía lo observó mientras cerraba la puerta, dejándola sola. En la planta de abajo se oía el murmullo de la gente que se divertía, la música e incluso las risas, que llegaban con nitidez a su despacho. Sofía volvió a mirar la foto, sabiendo a lo que se exponía haciéndolo sola... Los recuerdos comenzaron a agolparse en su mente, la angustia, la pérdida, las noches sin dormir, las pesadillas... Mientras, con los ojos a punto de desbordarse de lágrimas, observaba la cara de felicidad que tenían sus padres en aquella fotografía. Eran dichosos, la querían, era todo perfecto...

—¿Sofía? —dijeron en voz baja, abriendo la puerta.

Giró la cabeza y vio cómo el rostro de Zack se contraía preocupado al verla llorar y temblar, al tiempo que sostenía la fotografía entre los dedos, moviéndose a causa de sus sollozos. Cerró la puerta y en dos pasos la tuvo entre sus brazos, dándole calor y cariño... Eso la hizo llorar todavía más, con mayor intensidad y sentimiento, sin importarle que abajo se celebrase un aniversario y sin importarle que Zack la viese en aquel estado; con él no le preocupaba ser natural, con él no le hacía falta fingir...

—¿Qué te pasa, Sofía? —preguntó, dándole pequeños besos en la cabeza, sin dejar de estrecharla contra él, intentando reconfortarla de alguna manera.

—Nada... —balbuceó, sin poder dejar de llorar.

—Yo no soy uno de esos que andan por ahí abajo, tan estirados que se creen que la luna los ilumina sólo a ellos... Dime qué te pasa, por favor...

—Los recuerdos duelen tanto... —susurró ella, con la cara contra el pecho de él, mientras intentaba acabar con su pesar, pero sin poder lograrlo.

—Cuéntame, a veces ayuda...

—No, no puedo —dijo, negando con la cabeza enérgicamente; temía abrir su corazón y mostrarse frágil—. Duele demasiado...

—El dolor es señal de que vives, que sientes... Lo que tienes que hacer es aprender a vivir con ello y no esconderlo —informó queriéndola proteger del mundo.

—Hazme olvidar, Zack... Te lo suplico, no aguanto más... No puedo volver abajo en este estado. La gente, mis abuelos, se preguntarían qué me ocurre y yo... yo no puedo contarles la verdad, no puedo... —dijo, con gran pesar en la voz, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos.

A Zack se le rompió el alma al verla así, tan indefensa, con la cara bañada en lágrimas y con el maquillaje estropeado, tan absurdamente bella.

—Necesito que me toques. —Sofía le recorrió con suavidad el torso con la mano, y percibió que él contenía la respiración ante aquella simple caricia. Ella ansiaba más para poder volver a esconder todos sus sentimientos bajo llave, como siempre había hecho.

—Joder, Sofía... —resopló Zack, acunándole la cara con ternura, y al mismo tiempo trataba de borrarle las lágrimas y la tristeza—. ¿Qué coño me has hecho?

La atrajo hacia él cogiéndola de la cintura y la besó con pasión, mientras ella se acoplaba a su cuerpo y sus manos se deslizaban por su espalda, intentando desnudarlo. Quería utilizarlo para olvidar, pero para Zack eso era lo de menos; cuando la tenía entre los brazos, se olvidaba del mundo, sólo se centraba en ella, en sus gemidos, en su respiración acelerada que tanto lo excitaba. Aquélla era su Sofía, capaz de hacerlo estremecer sólo con el roce de sus dedos.

Zack la alzó y la sentó en la mesa de su despacho, luego la miró un instante, memorizando aquel momento: ella, tan perfecta, con un vestido de princesa, con aquella abertura lateral que, desde que la había visto, había estado tentado de meter la mano por ella para notar la calidez y la suavidad de su piel. Sus ojos verdosos brillaban más que nunca; los tenía enrojecidos por las lágrimas, pero eso no le restaba belleza. Se acopló entre sus piernas, acariciándola mientras iba subiendo hacia su ropa interior. Notó cómo lo cogía con desesperación y percibió que estaba excitada y desesperada. No pudo aguantar mucho más; la situación, el lugar y, sobre todo, ella, hicieron que Zack le arrancase de un tirón el fino tanga que llevaba, haciéndola gemir sólo con esa acción tan primitiva, tan sorprendente para Sofía, acostumbrada a los finos modales de sus anteriores parejas.

Su sexo palpitaba, algo que ya era normal en sus encuentros sexuales, húmeda y preparada para él; Zack lo percibía, notaba que lo deseaba, que lo apremiaba con sus contoneos, con sus ronroneos, con sus roces; lo estaba volviendo loco. Del bolsillo trasero de su pantalón sacó su cartera casi sin mirar, cogió un preservativo y se bajó los pantalones de un manotazo, sin siquiera quitárselos, dejándolos caídos. Su miembro se izaba descarado; Zack lo cogió y se colocó el preservativo y luego, en un solo movimiento, se hundió en ella haciendo que los dos gimiesen a la vez.

No hablaron, no hacía falta, se concentraron en sus respiraciones, en sus movimientos, en el placer que se daban. Eran ellos dos, sin nada más, sin preocupaciones ni penas, sin protocolo ni sonrisas forzadas. Era pasión, dulzura, éxtasis. Era mucho más que sexo, aunque Sofía se negara a verlo de aquella manera; era como si de repente encajase todo, dándole sentido a la vida.

Ella lo recibía gustosa, sus embestidas le sabían a gloria, haciendo con cada movimiento que su dolor comenzara a esconderse en un lugar recóndito de su corazón, adonde sólo podía ir ella, sin testigos, sin preguntas... Zack la agarró del trasero para poder hundirse mejor en ella, sin dejar de moverse de una manera

que la estaba volviendo loca, notando que alcanzaría el clímax en breve, sintiéndose más mujer que nunca sólo porque Zack la llenaba como nadie lo había hecho, llevándola a rozar el cielo con los dedos.

Estar en su despacho, sobre la mesa donde trabajaba todos los días, lo hacía aún más excitante, más peligroso. Sofía apretó las piernas alrededor del cuerpo de Zack, ayudando a una mayor aproximación, sintiendo que la mesa se movía a medida que él la penetraba, cada vez más fuerte, cada vez más profundo. Uno, dos y tres empujones más hicieron que Sofía se olvidase de las penas y alcanzase el orgasmo más brutal de su vida, mientras de su garganta salía un grito de satisfacción.

Zack no paraba de mirarla; cómo se mordía el labio, cómo lo recibía. Cuando gritó no pudo aguantar más, Sofía lo desarmaba hasta tal punto que lo dejaba sin aliento. En dos empellones más, se vació en ella con un resoplido y juntó sus labios con los de Sofía, que lo besó extasiada y satisfecha. Empezaron a recobrar el aliento todavía unidos.

Ella notaba cómo el pene de él palpitaba en su interior y eso le resultó terriblemente sexi.

Unos golpes en la puerta los hicieron reaccionar de golpe. Zack se separó de ella con toda rapidez y Sofía se bajó el vestido para ocultar que no llevaba braguitas.

—¿Sofía? —llamaron, girando el pomo de la puerta.

En ese momento, Zack se tiró al suelo detrás de la mesa, para ocultarse de la mirada de aquel visitante tan inoportuno.

—Sí, abuela —contestó Sofía con una sonrisa nerviosa, pasándose la mano por la cara para intentar borrar las huellas de su llanto. Se acercó a la puerta para que Cayetana no entrase en aquella habitación y descubriese que tenía un hombre escondido detrás de la mesa.

—Te estaba buscando, lucero —dijo la mujer, observando el rostro sonrojado de su nieta—. ¿Estás bien?

—Sí, sólo necesitaba un par de minutos sola. Ven, vayamos abajo a tomarnos una copa juntas —propuso, cogiéndola del brazo y llevándosela fuera del despacho.

—Te noto acelerada y se te ha estropeado el maquillaje... —señaló su abuela, al tiempo que escudriñaba el rostro de Sofía.

—¿Ah, sí? Pues menudo timo, ya le diré a Trini que este maquillaje no me ha durado nada —contestó con una sonrisa, mientras bajaban con cuidado la escalera.

—¿Se ha ido ya Rodolfo? —preguntó Cayetana, intentando averiguar las razones de que su nieta estuviese tan distinta de como solía.

—Creo que sí... ¿No se ha despedido de vosotros?

—De tu abuelo, sí. Parece que está tratando de ganar puntos con él —respondió con una mueca.

—¿No te gusta Rodolfo, abu?

—Lucero, a quien le tiene que gustar es a ti... —dijo con una sonrisa, mientras le apretaba el brazo con cariño —. Y, por lo que se ve, no te hace mucha gracia.

—No... Pero creo que es debido a la imposición del abuelo —contestó Sofía—. Me ha dicho que la semana que viene quiere quedar conmigo a solas...

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé... —susurró Sofía, cogiendo una copa para su abuela y otra para ella. Al volverse, vio que Zack bajaba la escalera con disimulo. Sus miradas se encontraron y él le guiñó un ojo divertido.

—Puedes darle una oportunidad. A lo mejor nos sorprende y es tan perfecto que incluso lo es para ti —apuntó Cayetana, bebiendo un sorbo de vino.

—Es posible... —suspiró ella, reprimiendo una sonrisa al ver a Zack aproximarse a sus amigos como si nada hubiese pasado.

—Ven, el abuelo ya nos está haciendo señales para que vayamos con él. Prepárate para uno de sus solemnes discursos —dijo su abuela, apretándole el brazo con ternura y dejando la copa encima de una de las mesas. Sofía hizo lo mismo.

Se fueron al centro de la sala, donde Felipe se acercaba a un micrófono con pie que habían colocado allí expresamente para que él hablase. Después de que las dos se colocaran detrás de él, comenzó con su perorata. Sofía asentía, esbozando la sonrisa que se había puesto al salir de casa aquella noche, mientras miraba a todos los presentes, que escuchaban con atención la historia de aquella finca, cómo comenzó todo y el duro trabajo que tuvo que hacer el abuelo los primeros años, durante los cuales no paró de luchar para que aquellas viñas que había comprado recobrasen la salud y diesen un buen zumo, que se convertiría en los excelentes vinos que producían año tras año.

Sofía observaba que la gente parecía perpleja ante el relato de aquel arduo trabajo y los entendía. Su abuelo había hecho mucho por la finca, había trabajado de sol a sol para que se convirtiese en el referente que era en la actualidad. Entendía que lo mirasen con la boca abierta y arrancasen a aplaudir cuando su abuelo hacía alguna pausa para recobrar el aliento o beber un poco de vino. Con la mirada buscó a Zack, que la miraba con atención, demostrando que estaba más pendiente de ella que del discurso de su abuelo. Eso la hizo estremecer...

—Aunque es cierto que todo trabajo duro conlleva una recompensa y nosotros lo hemos podido comprobar. Hemos tenido la gran suerte de ser considerados la mejor bodega de España de los últimos veinte años y ese premio nos ha hecho querer seguir haciendo lo único que sabemos hacer: un buen vino. —Hizo una pausa y cogió la mano de Cayetana para aproximarla a él—. Aunque nos dejó pronto, sabemos que sin él la finca Anhelos no sería la misma; porque mi hijo, que en paz descanse, fue el responsable de que hoy estemos donde estamos. Sin él no hubiéramos logrado el reconocimiento del que gozamos, sin él aún estaríamos intentando encontrar la fórmula perfecta para conseguir el vino que tenemos ahora mismo en nuestras copas, sin él esto no existiría. Gracias, hijo mío, gracias por hacer esto posible —dijo mientras miraba al techo, visiblemente emocionado al recordar a su único hijo.

La gente aplaudió efusivamente y Sofía intentó reprimir las lágrimas, aquellas que surgían siempre que se acordaba de sus queridos padres.

—Gracias a todos por venir, espero que dentro de unos cuantos años nos volvamos a ver; eso significará que Anhelos sigue viviendo —concluyó el abuelo.

Felipe y Cayetana alzaron sus copas para brindar con todos los invitados. Su abuela la cogió del brazo acercándola a ellos dos, y Sofía sonrió con timidez a toda la gente que los jaleaba, que aplaudían y les hacían fotografías. Allí, en aquella sala, estaba el pasado y el futuro de la finca Anhelos, aunque a su abuelo se le hubiese olvidado mencionarla en su discurso. Para él, Sofía seguía sin estar capacitada para llevar sola el negocio, aunque en la práctica lo hiciera; pero eso era otro cantar...

Felipe era demasiado chapado a la antigua y sólo veía viable que un hombre se ocupara de aquel trabajo, no una mujer a la que le gustaba vestirse de princesa.

En cuanto pudo, Sofía se apartó del foco de atención de la gente y dio por finalizada aquella farsa. Ya no podía más y se fue a su casa casi corriendo, huyendo de la gente y de las miradas ajenas. Sin siquiera despedirse de Andreas ni tampoco de Zack, que no había dejado de mirarla en todo momento.

Él la vio marcharse y no la siguió. Sabía que necesitaba estar sola, aunque le hubiese gustado seguir consolándola entre sus brazos. Pero no podía ni quería forzarla. Sofía se estaba convirtiendo en algo importante en su vida y debía esperar...

21

Aquella noche, Sofía apenas durmió. La asaltaron vívidamente los recuerdos, haciendo que volviese a sentir lo mismo que aquel fatídico día. Se despertó sudorosa, temblando y llorando sin consuelo. No había dormido ni cuatro horas, pero sabía que no podría volver a conciliar el sueño. Se levantó, se puso ropa cómoda, se cepilló el pelo y salió hacia los establos, donde la aguardaba su leal caballo, que, al verla comenzó a moverse nervioso; él también tenía ganas de salir de allí.

Estaba amaneciendo y, a causa de la fiesta de la noche pasada, había quietud en la finca, pues todos estaban aún durmiendo. Sofía salió flechada a lomos de *Tesoro*. Se llenó los pulmones del fresco y puro aire, notando cómo se disipaban sus temores a medida que se adentraba en el campo y recorría las hectáreas de cepas, oyendo los resoplidos de *Tesoro* y el sonido de sus cascos sobre la tierra. Perdió la noción del tiempo y no supo cuánto tiempo llevaba cabalgando por sus tierras, hasta que notó que *Tesoro* estaba agotado. Deshizo el camino para volver de nuevo a la realidad de su vida.

Cuando llegó al establo, Agustín ya estaba allí y la saludó cordialmente. La ayudó a dar de beber y a cepillar a *Tesoro*. Después Sofía se fue a su casa a ducharse, aunque no sabía qué hacer en aquel día festivo que tenía que soportar.

El sonido de su teléfono móvil hizo que saliese disparada de la ducha. Mientras con una mano se ponía el albornoz, con la otra cogía la llamada.

—Hola —saludó con alegría.

—Hola, bichito. ¿Qué tal la resaca fiestera? —preguntó Andreas en tono jocoso.

—Estoy ya muy mayor para este tipo de fiestas —contestó ella en broma.

—Estoy en mi casa, nos quedamos aquí todos anoche. Quiero que te vistas, que cojas el coche y que conduzcas hasta aquí, ¿vale? —dijo, enumerando todas las cosas que debía de hacer Sofía, mientras a ella le entraba la risa, a medida que escuchaba aquel sinfín de órdenes tan concisas.

—Uf...

—Ni uf, ni af... Te vienes y no hay más que hablar. Necesitas divertirte, Sofi —dijo Andreas, enfadado por la obsesión de su amiga por el trabajo y por no querer salir de la finca.

—De acuerdo, dame unos minutos, me has pillado en la ducha.

—Te espero en la cafetería de siempre. Ven cómoda, no quiero que luego te me quejes de dolor de pies.

—Sí, buana... —contestó con guasa, haciendo que Andreas se riese.

Sofía se terminó de arreglar, se puso unos pantalones capri tobilleros de color blanco y una blusa verde oliva y se calzó unas merceditas blancas. Cogió un bolso también blanco, a juego con los zapatos, y sacó su precioso coche del garaje. Salió de la finca Anhelos con una sonrisa, mientras se ponía las gafas de sol. No sabía qué le depararía aquel día, pero necesitaba salir de allí.

En menos de treinta minutos ya estaba entrando por la puerta de la cafetería, justo después de dejar estacionado su coche en el parquin del centro de la ciudad. Al fondo, junto al ventanal por donde se podía ver sin problemas el acueducto, estaba Andreas con los melenudos. Sofía negó con la cabeza al ver lo surrealista de la escena. Su amigo tan moderno, con sus pantalones a la moda de colores alegres y su camisa haciendo juego, el cabello tan bien peinado, sus modales tan finos y ricos en matices, y a su lado ellos... Tan brutos y estrafalarios, con su ropa de excéntricos colores y estampados imposibles, armando jaleo, riendo a carcajadas, vociferando. Eran como el sol y la luna, imposibles de juntar.

—¡Sofi! —la saludó Andreas con efusividad al verla acercarse a ellos.

En ese momento, Zack se volvió para verla y le guiñó un ojo mientras le recorría el cuerpo con la mirada.

—Hola a todos —dijo Sofía, sentándose en la silla que habían dejado vacía al lado de Andreas y de Koldo, justo enfrente de Zack.

—Menos mal que Andreas te ha dicho que vinieses cómoda... —apuntó Zack, mirando su perfecto estilismo.

—Y lo he hecho, lo que ocurre es que las mallas las utilizo para hacer deporte, no como otros... —insinuó Sofía, al tiempo que observaba su look: pantalones piratas de estampado morado y camiseta de media manga negra, con una gran boca abierta en color rojo.

—Bueno, no pasa nada, seguro que allí le podrán dejar unas deportivas o algo... —dijo Andreas, intentando sosegar el ambiente.

—Pero ¿qué pretendéis hacer? —preguntó Sofía dubitativa.

—Es una sorpresa, bichito —contestó Andreas, y le dio un apretón en la pierna para tranquilizarla—. Primero vamos a enseñarles Segovia a los chicos, es la primera vez que vienen. Luego comeremos y después nos vamos a eso.

—Buen plan, si supiera qué es «eso»... —dijo Sofía chasqueando la lengua.

—Te va a gustar, señoritinga —dijo Zack, y le guiñó un ojo.

Salieron de la cafetería y recorrieron el centro de la ciudad con Andreas y Sofía haciendo de guías turísticos. Les enseñaron el acueducto, la catedral, el Alcázar, la judería, las murallas, la Casa de Moneda, la Puerta de Santiago, la Casa de los Picos, el torreón de Lozoya y los jardines de éste. Pasaron toda la mañana de aquí para allá, sin dejar de comentar la riqueza arquitectónica de aquella preciosa ciudad. Después comieron en un restaurante del centro, uno de los preferidos de Andreas, estuvieron hablando de la historia de Segovia, de cómo habían conseguido construir el acueducto con los recursos que tenían antaño.

—Sofi, para ir más cómodos podría ir alguien contigo en tu coche, ¿te parece bien? —preguntó Andreas, cuando se dirigían todos al parquin.

—Claro, aunque me tendrás que esperar para que te siga. Te recuerdo que no sé adónde me lleváis.

—Zack y yo nos vamos contigo —anunció Koldo con una sonrisa, acercándose a ella.

—De acuerdo. —Sofía se dirigió hacia donde estaba estacionado su Jeep Cherokee rojo, que los saludó haciendo luces al accionar ella el mando.

—¡Joder! —exclamó Koldo, admirando el vehículo—. Pedazo de coche que tienes, Sofía.

—Gracias —contestó ella con una sonrisa, mientras abría la puerta y se montaba.

Koldo se sentó al lado de ella y Zack se tuvo que contentar con sentarse en la parte de atrás. Estaba callado, escuchando cómo Koldo hablaba de aquel coche, del motor que tenía y de sus mil y una prestaciones. Sofía siguió a Andreas hacia las afueras de Segovia, intentando mantener la conversación de Koldo, que la había sorprendido con sus nociones de mecánica.

—Esto debe de ser una broma —gruñó Sofía, mientras estacionaba al lado de Andreas y contemplaba adónde habían llegado.

—Anda, señoritinga, que no se diga, demuéstranos de qué pasta estás hecha —dijo Zack, abriendo la boca por primera vez en todo el viaje y saliendo del automóvil.

—Os espero aquí, a mí no se me ha perdido nada en ese antro —contestó ella, al tiempo que fruncía el cejo y ponía cara de asco.

Los demás salieron del otro coche y se dirigieron al interior, exceptuando a Andreas, que se había percatado de la negativa de su amiga.

—Sofi, baja —la apremió con cariño mientras se acercaba a su coche.

—No.

—No seas cría, lo vas a pasar bien.

—No soy cría, pero no estoy dispuesta a hacer frikadas de éstas, Andreas.

—Escúchame: lo pruebas y si no te gusta, te sales. Pero por lo menos inténtalo —dijo con dulzura, tratando de convencerla.

—De verdad, yo no sé para qué te hago caso en nada, siempre me andas involucrando en historias raras... —farfulló molesta, mientras se bajaba del coche y cerraba la puerta de malas maneras.

—Venga, bichito, que al final lo pasarás bien, ya lo verás —dijo él; la cogió de la mano y la llevó hacia donde los esperaban todos.

Sofía se subió la cremallera del mono de camuflaje que le habían prestado en taquilla y ya llevaba atadas las deportivas que habían utilizado a saber cuántas personas más. Se sentía estúpida por hacer aquello, por acceder una vez más a las alocadas ideas de su amigo. Respiró profundamente, cogió el casco con pantalla protectora que le habían dejado con el resto del equipo y salió al campo, donde la esperaban los melenudos y Andreas, todos vestidos como ella. Al verlos no pudo evitar echarse a reír. Se sentía como una quinceañera haciendo aquello.

—¡¡¡Uauuuuuuu!!! Estás preciosa con cualquier cosa que te pongas —dijo Andreas con entusiasmo al verla.

—Anda, no seas tan zalamero, que a mí estas cosas no me van... —protestó ella, sintiéndose ridícula por su aspecto y por acceder a participar en aquello.

—Por lo que veo, es la primera vez que practicáis paintball —dijo Eddy—. Las reglas son muy sencillas: hay que dispararle al adversario en el cuerpo, nunca demasiado cerca, y además está prohibido quitarse el casco hasta que salgamos del campo de batalla. Cuando una bola de pintura impacte sobre vosotros manchándoos, quedaréis eliminados y debéis salir. Gana quien acabe sin pintura en el cuerpo —concluyó con seguridad, mirando a Andreas y a Sofía—. Vamos a formar los equipos. Somos impares, pero como Sofía es nueva en esto, haremos que ella esté con el grupo de mayor número. Andreas y Abel se vendrán conmigo al

equipo rojo; Zack, Juan, Koldo y Sofía serán el equipo azul. ¡Chicos, esto es la guerra! —exclamó finalmente con un grito, haciendo que todos se pusieran en marcha y se dispersaran por el campo de batalla.

Sofía anduvo detrás de su grupo, sosteniendo la pistola que le acababan de dar; pensaba que pesaba demasiado y se sentía nerviosa por lo que ocurriría.

Se oyó una bocina que daba la señal de comienzo del juego. Los tres integrantes de su equipo y ella estaban agachados tras unos arbustos; no hablaban, sólo miraban al frente.

—Nos vamos a dividir —susurró en voz muy baja Koldo, que se notaba que era un experto en ese tipo de juegos—. Juan, a la de tres nos vamos a la derecha, ¿de acuerdo?

Juan asintió, era un hombre de pocas palabras.

Sofía vio que en unos segundos la dejaban sola con Zack, que estaba concentrado mirando al frente.

—Eddy se sabe todos los trucos, debemos ser más listos que él —dijo en voz baja—. ¿Puedes moverte?

Sofía asintió nerviosa.

—Mira esos tablones de madera que hay a la izquierda, debemos llegar a ellos lo más rápido posible; ¿podrás?

—Sí —respondió con seguridad.

Zack le dio la señal y corrieron con todas sus fuerzas. Oyeron unos disparos a su alrededor y, cuando llegaron a donde habían señalado, se miraron: no les habían dado.

—Sé dónde están, sólo debemos movernos un poco más a la izquierda y serán nuestros —dijo Zack trazando el plan—. Corres muy rápido, brujilla, eso es una buena baza para nosotros.

Cuando él dio de nuevo la señal, se movieron hacia unos enormes rollos de paja que había a la izquierda. Unos disparos más los obligaron a correr aún más rápido. Sofía estaba aterrorizada, ese sonido la hacía viajar al pasado sin poder remediarlo...

—Zack... —musitó temblorosa, mientras se tocaba el hombro donde una bola de pintura roja había explosionado contra ella.

—¡Mierda, te han dado! —exclamo él, mirándola a los ojos. Al hacerlo vio algo extraño, era como si Sofía no estuviese allí. Se miraba los dedos manchados de pintura roja, temblando—: Sofía... ¿estás bien?

—No puedo... —Sollozó con pesar, intentando controlar las lágrimas que comenzaban a agolparse en sus ojos.

—Sofía, mírame —pidió Zack; le cogió la mano y la obligó a que lo mirase—. ¿Qué te ocurre?

—Zack, sácame de aquí, por favor —suplicó en un suspiro, notando que el nudo que tenía en la garganta se hacía cada vez más grande.

Zack tiró las pistolas al suelo, agarró a Sofía del brazo y la ayudó a salir de allí. Notó varios impactos en su espalda, pero no dijo nada. Quería sacarla de allí lo antes posible. Llegaron a una zona retirada del campo de batalla, muy próxima a donde estaban los coches estacionados y la taquilla en la que habían pagado la partida; unos árboles los resguardaban del sol y creaban cierta intimidad, que a Sofía le supo a gloria.

Zack la ayudó a quitarse el casco y le abrió el cuello del mono. Ella estaba hiperventilando, sentada sobre la hierba, fuera de sí, con los ojos brillantes y la boca entreabierta; temblaba, incapaz de mantener la calma que siempre la caracterizaba, sintiendo que no podía parar.

—Sofía, respira, tranquilízate —dijo Zack en un susurro; le cogió la mano preocupado y angustiado—. ¿Les dispararon? —preguntó en voz baja, haciendo que Sofía lo mirase mientras las lágrimas se desbordaban de sus ojos y su boca se contraía en un puchero infantil mientras asentía.

—Creí... que... no me iba a pasar esto... —dijo con dificultad, en medio de los hipos que le estaba causando aquel llanto desconsolado.

—Cuéntamelo... Libera ese dolor que tienes encerrado en tu pecho —rogó él, compungido al verla en aquel estado.

Sofía lo miró a los ojos. El cabello se le movía a causa del viento, se había quitado el casco y se le había quedado un poco aplastado a causa de la presión de éste. Su sonrisa sincera estaba guardada para otras ocasiones; en aquel momento tenía el gesto serio, preocupado, algo que no le pegaba nada. Sus ojos castaños no se apartaban de los gestos que ella hacía. Era curioso que se sintiese tan a gusto con él, tan bien... Respiró hondo, intentando controlar sus emociones y que el llanto le permitiese hablar. Él le había pedido que le contase por qué estaba así, pero eso significaría vivirlo otra vez. Frunció el cejo barajando la posibilidad de darle cualquier explicación y salir airosa del paso, pero no podía, eran demasiadas cosas; la fotografía de la noche anterior, el discurso de su abuelo y después aquel disparo que la había manchado de rojo... el color de la sangre, aquella sangre que ella había visto hacía tantos años...

Zack esperaba callado a que encontrase el valor para hablar de ello. Esperaría lo que hiciese falta para poder escuchar lo que la angustiaba tanto. Sofía se rindió. Se lo contaría todo a aquel pelanas que había entrado en su vida, que la había hecho sentirse diferente en multitud de ocasiones cuando estaban en alta mar, y que la miraba en aquellos momentos con tanta ternura que no pudo hacer otra cosa que comenzar su relato, aunque eso conllevara recordar sus demonios, los que no la dejaban dormir y los que habían hecho que fuese aquella mujer fría que prefería la soledad a la gente.

22

Se secó la última lágrima que surcaba su rostro con el dedo. Zack le acariciaba la otra mano con parsimonia, sin dejar de mirarla. Se había sentado a su lado; no podía contener la necesidad que sentía de tocarla y resguardarla de todos sus temores, demostrándole que estaba con ella.

Sofía respiró profundamente intentando aparcar un poco las lágrimas, y comenzó a hablar, casi en susurros, revelando su triste pasado:

—Era una noche fría de principios de año. La casa donde vivíamos estaba en silencio y en penumbra. Todos dormíamos con placidez en nuestras habitaciones, recuerdo incluso cómo era mi dormitorio, decorado en color rosa y con una cama con dosel, como en los cuentos de princesas. Vivíamos en Madrid, a mi madre le encantaba su ciudad natal, donde tenía su trabajo y sus amistades; y a mi padre no le importaba coger el coche todos los días para ir a trabajar a la finca. Sólo íbamos allí en verano, huyendo del calor sofocante y disfrutando de las noches frescas del campo —dijo Sofía con melancolía—. Aquella noche nos acostamos tarde porque estuvimos en una fiesta en casa de unos amigos de mi madre. Mientras ellos hablaban de cosas de adultos, yo jugaba con las hijas de sus amigos. Por aquel entonces yo tenía siete años y era feliz, porque lo tenía todo: unos padres que me adoraban y mimaban, una preciosa casa llena de comodidades, ropa de grandes firmas y todos los caprichos que se me ocurrieran. Nunca me imaginé que todo aquello se vería truncado en tan pocas horas...

»Cuando llegamos a casa era de madrugada; me puse el pijama y, como era costumbre, mis padres me arroparon en la cama, me dijeron cuánto me querían, me dieron un beso de buenas noches y

entornaron la puerta de mi habitación. Siempre me dormía con el sonido de sus voces hablando en susurros en su dormitorio, era como una canción de cuna para mí, me tranquilizaba saber que estaban cerca, que siempre estaría protegida por ellos... —Hizo una pausa para coger fuerzas—. No recuerdo con exactitud a qué hora me desperté, pero oí un golpe y unos sonidos que por aquel entonces no sabía identificar. Me quedé quieta en mi cama, esperando a que mi madre viniese a verme, sólo para saber si estaba bien, o para cerciorarse de si me había asustado por aquello, pero no vino... Entonces, con toda la inocencia y seguridad de una niña de esa edad, salí de mi dormitorio sin zapatillas, llevando en la mano mi osito de peluche, que para mí era como un escudo contra las pesadillas. El pasillo y su habitación estaban a oscuras, algo que no me extrañó, pues era de noche y todos dormíamos.

»Fui directamente hacia su cama. A veces, cuando tenía pesadillas de las que ni siquiera mi osito me calmaba, me metía allí con ellos y dormía en medio de mis padres. Pero al tocar la colcha noté algo fuera de lo normal: estaba mojada y pegajosa. Me miré extrañada las manos, intentando averiguar qué era aquello, pero dada la escasez de luz, no pude apreciar el color... Seguí hacia el cabezal; mi madre estaba destapada, le toqué la cara con cuidado para despertarla y preguntarle qué había sido aquel ruido, pero no reaccionó. Me puse nerviosa, histérica al ver que no me decía nada. Al otro lado no vi a mi padre, por lo que encendí la luz del dormitorio.

»Lo que vi fue lo peor que puede presenciar una niña de tan corta edad. Me quedé paralizada al descubrir la colcha empapada de sangre, y que mi madre, con su precioso cabello castaño esparcido sobre la almohada, tenía los ojos abiertos y la boca entreabierta, y comprendí espantada que la sangre era de ella.

»Grité, chillé como una loca mientras la zarandeaba para que se despertara, dejando de un lado a mi osito y centrándome en aquella tarea. Necesitaba que me dijera algo, que me hablara, pero mi madre yacía inmóvil... Me sentí perdida, como si alguien hubiese

roto algo en mi interior. Como si estuviese protagonizando una triste película, lloré desconsoladamente mientras le cogía la mano, sintiendo que sin ella mi mundo nunca sería igual.

»De repente me vino una imagen a la mente: mi padre. Me levanté de allí temblorosa y con lágrimas en los ojos, y lo busqué por casa; él sabría qué hacer, él podría despertarla... Lo busqué sin descanso: primero me dirigí al salón, pero allí no había nadie; después a los cuartos de baños, pero ni rastro de él, y cuando lo encontré, me tapé los ojos con ambas manos mientras temblaba y gimoteaba, notando que mis piernas comenzaban a parecerse a la gelatina, que la mente se me quedaba en blanco y que en mi pecho crecía un dolor que era incapaz de soportar.

»Mi padre estaba tumbado en el suelo de la cocina cuan largo era, con un gran charco de sangre bajo su cuerpo. Me acerqué a él, era consciente de cómo me aproximaba con cada paso porque los calcetines se me mojaban con su sangre. Le toqué el hombro mientras lo llamaba a gritos, pero no respondió... Me quedé allí, zarandeándolo sin descanso, chillando su nombre, suplicando que se despertara, rogando que aquello no fuese real...

Sofía cogió aire para tranquilizarse y se secó las lágrimas que habían surcado su rostro al recordar aquello. Luego prosiguió:

—No sabía qué hacer, Zack... Me sentía tan perdida y asustada, que lo único que deseaba era que mi madre me abrazara y me dijera al oído que todo se iba a solucionar, y que mi padre me cogiese entre sus fuertes brazos y me sacase de allí para no tener que ver aquel horror que estaba presenciando. Por eso hice lo que hice, me fui de nuevo al dormitorio de mis padres y me tumbé al lado de mi madre. Recuerdo que le acaricié la cara con cariño y vi que mis dedos estaban manchados de rojo. Intenté limpiarme, incluso me afané en limpiar el precioso rostro de mi madre, pero había tal cantidad de sangre esparcida por la cama y por mi cuerpo, que era imposible lograrlo... Lloré, lloré amargamente, lloré como nunca antes lo había hecho, notando que me moría con ellos, sabiendo que me habían destrozado por dentro, sintiendo que me desgarraba a

cada minuto que pasaba y me cercioraba de que ellos nunca más me volverían a abrazar, ni a besar con aquel amor que un padre profesa a su hijo... Abracé a mi madre con desesperación, consciente de que nada sería igual, temblando de miedo y anhelando que aquello sólo fuese una pesadilla...

»No recuerdo cuándo me quedé dormida, ni siquiera me percaté... Al día siguiente me desperté sobresaltada por los gritos de angustia de la asistenta, que siempre venía a primera hora de la mañana. Recuerdo que esa mujer entró corriendo con el teléfono en la mano en la habitación de mis padres, me vio toda manchada de sangre mirándola asustada y llorosa, y me cogió en brazos con cariño, mientras me separaba de mi madre, que seguía en la misma postura que la noche anterior... Me preguntó qué había pasado, pero yo sólo lloraba abrazada a ella, manchándola con la sangre de mis padres que me cubría por completo...

»De los siguientes días casi no tengo recuerdos; me encerré en mí misma y no quería hablar con nadie, sólo le conté a la policía lo que había oído desde mi habitación y no volví a hablar de eso hasta al cabo de muchos años. El entierro lo recuerdo vagamente, así como los años siguientes, pero sé que el asesinato de mis padres me ha marcado para siempre...

—Debió de ser muy duro para ti. Ahora puedo entender por qué estabas así de asustada al verte los dedos manchados de rojo... Y dime, ¿supieron qué ocurrió aquella noche? —preguntó en un susurro.

—Exactamente no. La policía se percató de que en la casa faltaba dinero y las joyas de mi madre y supusieron que el motivo había sido ése: el robo. Esto ya son conjeturas de ellos, que suponen que mi padre, alertado al oír ruidos en el interior de nuestro hogar, se levantó y fue a la cocina para averiguar qué era. Allí fue sorprendido por un atracador que, al verlo, se asustó y le disparó; después, al oír a mi madre preguntar desde la cama si todo iba bien, fue hacia allí y la mató también, para luego huir con el

botín, dejándome a mí viva y huérfana... Pero son sólo teorías, nunca encontraron al ladrón y cerraron el caso por falta de pruebas —dijo, secándose las últimas lágrimas que surcaban su cara.

—Ven aquí —dijo Zack, acercándose a ella y estrechándola con cariño—. Lo que te pasó fue muy duro, Sofía, pero sé, por cómo me has hablado de tus padres, que ellos no querrían verte así de dolida, encerrada en ti misma e incapaz de superarlo.

—Tú no sabes cómo me sentí —protestó, con el rostro escondido en el pecho de Zack, que le acariciaba la espalda.

Se sentía frágil entre sus brazos y a la vez reconfortada con su proximidad.

—Hay mucha gente que ha pasado por situaciones difíciles en su vida; algunas viven con el continuo recuerdo de lo que les impide avanzar y otras asumen la perdida y la utilizan para crecer como personas. Todos sienten el dolor de la desgracia con la misma intensidad, pero la única diferencia es cómo responden después de aquello... —comentó Zack con tristeza.

Sofía levantó la mirada y vio cómo sus ojos brillaban de emoción.

—¡¡Tú qué sabrás lo que es sentirse así!! —exclamó molesta y dolida.

—Yo también perdí a alguien importante... —musitó, con la mirada puesta en la lejanía—. Venga, levántate, vamos a pasear un poco.

—Cuéntamelo —lo apremió con decisión, mientras se secaba las últimas lágrimas y se ponía de pie.

—Te prometo que otro día te lo cuento, pero mira quién viene por ahí... —dijo, señalando a sus amigos, que se dirigían hacia donde estaban ellos.

—Me lo has prometido... —le recordó Sofía, antes de encaminarse hacia los vestuarios para quitarse el mono de camuflaje.

Cruzó por delante de sus amigos y bajó la mirada al suelo; no quería que viesen que había estado llorando...

Después de salir de allí, se fueron a tomar unas tapas al centro de la ciudad, apurando las últimas horas del día y comentando lo bien que se lo habían pasado jugando al paintball. Nadie hizo referencia a la marcha de ella y de Zack, de las razones que habían tenido para salir del juego...

Mientras paseaban por la ciudad, Andreas le preguntó a Sofía si estaba bien y ella sonrió y le dijo que sí; sabía que su amigo no lo había hecho con ninguna mala intención, y supuso que éste se había dado cuenta de su metedura de pata al no verla jugar, pero prefirió dejarlo pasar. Sofía no estaba dispuesta a volver a ponerse melancólica delante de los amigos de Zack. Después de tapear, se despidieron de ella. Andreas y los melenudos volvían a Madrid y Sofía se quedó con ganas de escuchar la historia de Zack, ya que no habían tenido en toda la tarde ni un segundo de soledad para poder hablar sin miradas indiscretas. De camino a la finca rememoró su mirada triste y las palabras que le había dicho. Se quedó pensativa; ¿era posible que Zack escondiese algo tras aquella fachada bromista y risueña?

Al día siguiente se levantó cansada; no había podido dormir bien, pues de nuevo, en sus sueños, había revivido aquella fatídica noche que le relató a Zack. Después de salir a correr para eliminar aquella sensación agria que tenía, desayunó, se duchó y se puso un vestido recto de tirantes en color rojo, con unas sandalias con suela de esparto para poder andar bien por el campo. Se dejó el pelo suelto para que se le secase solo y se fue directamente a su despacho. En él la esperaba un gran ramo de margaritas blancas con una tarjeta en la que se podía leer su nombre. Dejó sus cosas sobre la mesa y, con una sonrisa en los labios, recordó lo que había sucedido allí la noche de la fiesta. Cogió la tarjeta, aunque ya sabía de quién era aquel detalle...

¿Crees en el destino? Porque yo antes de conocerte no creía en él y ahora sólo puedo pensar en ti y en volver a verte de nuevo...

Besos,

RODOLFO

Sofía se dejó caer en su silla, mientras dejaba la tarjeta sobre su mesa. Encendió el ordenador y comenzó a leer los emails pendientes, sin siquiera pensar en lo que Rodolfo le decía en aquella nota.

Estuvo toda la mañana trabajando en su silencioso despacho, cerrando varias propuestas que, de ser viables, haría dar un salto gigantesco a la bodega familiar logrando que traspasara fronteras. Cuando se dio cuenta de la hora, se fue hacia casa de sus abuelos a comer.

—Hola, abu —saludó, dándole un beso a su abuela cuando ésta abrió la puerta.

—Hola, lucero, vamos a la mesa, que la comida se enfría —dijo ella, mientras cerraba e iba detrás de su nieta.

—Hola, abuelo —saludó Sofía acercándose a Felipe, que ya estaba sentado a la mesa, y le dio dos besos en las mejillas.

—Hoy has terminado tarde... —dijo éste, y cogió los cubiertos cuando su nieta se sentó para comenzar a comer las lentejas que había preparado su mujer.

—Sí, estaba zanjando unos proyectos... —comentó ella, deleitándose con el olor delicioso de la comida.

—¿Algo importante? —preguntó Felipe, mirándola fijamente.

—Si sale como tengo previsto, será algo muy importante.

—¿Un adelanto?

—No, prefiero andar con pies de plomo en estos temas... Luego no quiero que quede sólo en palabras. Si sale bien, no te preocupes, que serás el primero en saberlo.

—Bueno, espero ser la segunda en saberlo —intervino Cayetana guiñándole un ojo. Sofía sonrió.

—Sólo te pido que lo estudies todo bien —dijo su abuelo con gesto serio—, ya sabes que odio que hagas las cosas a lo loco, dejándote llevar por las emociones. Un negocio hay que regirlo con la cabeza.

—No suelo dejarme llevar por las emociones y menos cuando se trata del negocio, abuelo —respondió Sofía, soplando la cuchara antes de llevársela a la boca.

—Pero no tienes la suficiente experiencia en estas cosas... Deberías hablar con Rodolfo. Fíjate en cómo ha llevado la empresa de su padre a lo más alto... Es un hombre que se viste por lo pies —comentó Felipe, cogiendo su copa de vino y bebiendo despacio.

—No dudo de las capacidades empresariales de Rodolfo, pero él no sabe cómo llevar un viñedo, pues se dedica a vender instrumental médico, algo muy alejado de nuestro negocio.

—¡Qué más da! —exclamó Felipe severo—. Da igual que uno venda una cosa y el otro, otra, lo importante es saber hacerlo; y ese muchacho lo está demostrando con creces.

—¿Y yo no? —preguntó Sofía de golpe, dejando con delicadeza la cuchara apoyada en el borde del plato y mirando fijamente a su abuelo.

—Bah... —resopló él, mientras apartaba la mirada de ella y cogía la cuchara.

—No, abuelo; dime, ¿yo no demuestro que lo estoy haciendo? —preguntó, cansada ya de sus continuos reproches.

—Estamos comiendo y cuando estamos en la mesa no se habla del negocio —les recordó con cariño Cayetana al ver el cambio del semblante tanto de su marido como de su nieta.

—Mira, Sofía, sé que intentas hacer bien tu trabajo, pero nunca serás como tu padre —dijo él con voz pausada; la hirió con cada palabra que pronunció, haciendo que se sintiese menospreciada—. Y ahora, a comer. Como ha dicho tu abuela, no es momento de hablar del negocio.

Sofía se quedó helada ante la contestación de su abuelo. Miró su plato de lentejas y notó que el estómago se le había cerrado. Su abuela, desde el otro extremo de la mesa, la miraba con ternura; cogió la cuchara y siguió comiendo sin ganas, sólo pensando en lo injusto que había sido su abuelo comparándola con su padre...

La tarde fue horrible; desde la corta pero intensa conversación con su abuelo no levantaba cabeza. Aunque debería estar acostumbrada a sus desplantes y a sus palabras hirientes, no lograba habituarse a ellos. Para ella era muy importante su opinión, él había sido el pionero del negocio y quería que estuviese orgulloso de ella, aunque cada día que pasaba veía que aquello era casi una misión imposible.

Después de terminar de hacer unos pedidos en su despacho, se fue a pasear por las viñas. Hacía una tarde preciosa y necesitaba estirar las piernas; había pasado demasiadas horas encerrada para terminar todas las gestiones que necesitaba aquella finca. Por el camino se encontró con algunos trabajadores, que la saludaron con respeto y ella les devolvió el saludo sin detener su paseo; no le apetecía hablar con nadie, estaba harta de todo... Siguió caminando hasta llegar a la gran verja que delimitaba su propiedad; salió y comenzó a inspeccionar la verja, tomando nota mentalmente de avisar a los pintores para que la dejaran decente, pues las lluvias y la nieve de ese invierno la habían oxidado un poco; así para la vendimia de ese año estaría espectacular.

El ruido ensordecedor de una moto de cross hizo que se volviese hacia el camino de entrada. Una fantástica motocicleta negra con líneas en amarillo fosforescente a los lados se paró al lado de ella. Sofía se quedó mirando a la persona que se escondía bajo el casco, del mismo color que la moto. Era un hombre, que posó un pie en el suelo, apagó la moto y se quitó el casco, revelando su identidad. Sofía tuvo que parpadear varias veces porque no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—Hola, brujilla —saludó Zack con su acostumbrada sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —soltó ella sin más preámbulos, observando lo atractivo que estaba todo vestido de negro y sobre aquella moto.

—Como siempre tan simpática... —dijo él, mientras negaba con la cabeza y su cabello se movía con el balanceo.

—Tan simpática no, es que no sé qué haces aquí... —gruñó inquieta.

—He venido a salvarte —dijo Zack, y acercó el rostro al de ella.

—¿A salvarme de quién? —preguntó sorprendida.

—De ti misma —contestó él, observando la sorpresa en sus preciosos ojos verdes que lo miraban extrañados.

—Puaj —soltó Sofía de malas maneras—. ¿Ahora qué eres, Superman?

—Sí, tengo la capa aquí guardada —contestó, señalándose una mochila negra que llevaba a la espalda

—Mira, Zack, no quiero que te equivoques conmigo. Lo del otro día en mi despacho estuvo bien, en cuanto a la conversación de ayer... no es que me enorgullezca de ella, pero bueno, necesitaba hablar y tú estabas ahí... Te quiero decir con esto que no quiero ni me hace falta que nadie me ayude ni me salve, ni nada que hayas pensado... Tengo veintinueve años y te puedo asegurar que sé cuidarme sola...

—No te estoy diciendo lo contrario —dijo él con una sonrisa, bajándose la cremallera de su chaqueta negra, pues al estar parado tenía calor con ella puesta.

—¿Entonces?

Zack sonrió mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Sofía, sube —pidió, dándole el casco que había utilizado él.

—No pienso subir contigo —dijo Sofía, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Te he dicho que estás preciosa cuando te enfurruñas? —preguntó, observando su expresión—. Venga, sube, creo que te debo una historia.

Ella abrió los ojos con sorpresa. Había dado por perdida aquella conversación que se había pospuesto cuando llegaron sus amigos, y, aunque Zack se lo había prometido, Sofía dudaba de su palabra. Vaciló unos instantes, mientras miraba el casco, a continuación la moto y luego a él, al final, resoplando por lo que iba a hacer, pues le

podía más la curiosidad que otra cosa, cogió el casco, se lo puso, se apoyó en el pedal de la moto con el pie y, con la mano en la de Zack, de un solo movimiento se sentó detrás.

—¿Nunca te pones pantalones para estar por aquí? —preguntó éste, observando cómo el vestido se le había subido y dejaba ver buena parte de sus piernas.

—Sólo cuando salgo a correr o a cabalgar... Debo dar una imagen para que los demás me tengan respeto... —explicó Sofía, acomodándose e intentando bajarse, sin éxito, la tela del vestido, que le llegaba por encima del muslo.

—¿Qué pasa, que si utilizas pantalones y deportivas te van a respetar menos? —preguntó él, a punto de echarse a reír por lo que acababa de decir ella.

—Piensa lo que quieras, yo creo que una debe de vestirse según cómo quiere que la vean los demás... —contestó con rotundidad.

Zack negó con la cabeza mientras ponía en marcha la moto. En su rostro se reflejaba aquella sonrisa que siempre le provocaba Sofía. Algo tenía aquella mujer en la que no podía dejar de pensar, tanto era así que lo había llevado a presentarse de aquella manera y sin avisar para poder ayudarla. Porque aunque ella jurara que no necesitaba a nadie, él sabía que estaba equivocada, pues su mirada verde nunca mentía y en sus ojos podía ver la soledad y la angustia que vivía Sofía día tras día...

23

Sofía tuvo que cogerse de la cintura de Zack, pues aquel camino repleto de piedras y baches hacía que saltasen sobre la moto. No tardaron mucho en detenerse. Estaban a unos cuantos metros de la finca, rodeados de vegetación silvestre; las chicharras comenzaban a cantar sobre los pinos que los cubrían a ambos, el sol empezaba a descender por el horizonte y la temperatura también lo hacía a medida que se ocultaba el astro rey. Sofía se bajó la primera, entregándole el casco a Zack, que lo puso sobre la moto. Luego le indicó que se sentara sobre las hojas y la hierba que crecía en aquella zona del bosque y ella hizo lo que le pedía, intentando colocarse lo mejor posible el vestido. Al verla con aquellas posturas de niña repelente, Zack sonrió divertido. Aquella mujer era curiosa, vivía en el campo y vestía como si estuviese en la ciudad...

—¿Estás cómoda? —le preguntó, acomodándose a su lado, mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba a un lado.

—Sí... —contestó Sofía, observando la quietud y el silencio de aquel lugar—. Bueno, cuenta.

—Directa al grano, ¿eh?

—No me gusta andarme por las ramas. Creo que hemos venido a eso, así que no perdamos tiempo y empieza a hablar —respondió ella, estudiando con todo detalle de sus facciones relajadas y de la sonrisa que él siempre le mostraba.

—Soy un poco como tú, no me gusta hablar de algunas cosas, aunque ya las haya superado. Con ello no quiero decir que haya olvidado o que no me importe... —aclaró Zack, antes de comenzar a contarle su historia. Sofía asintió comprendiendo lo que estaba diciendo—: Ya sabes que soy danés y que mi familia y yo nos fuimos de allí cuando yo tenía cinco años... No nos marchamos porque

quisiéramos una vida mejor, ni un mejor trabajo ni nada por el estilo, fue porque mis padres no podían vivir en la ciudad donde había muerto su hijo pequeño... Peter sólo tenía tres años cuando ocurrió, fue un accidente, un absurdo y desgraciado accidente que provocó una enorme tristeza sobre mi familia, una depresión en mi madre y la consiguiente mudanza a España para poder rehacer nuestras vidas, sin tener que pasar todos los días por donde había muerto mi hermano.

»Peter y yo estábamos pedaleando con nuestras bicicletas por el pueblo, detrás venían mis padres y mis dos hermanas mayores, también con sus bicicletas. Era un bonito domingo, pero cuando íbamos subiendo una cuesta para volver a casa, un coche se salió de su carril y nos arrolló a mi hermano y a mí... Peter se llevó casi todo el impacto y yo sólo unos rasguños. Él murió en el acto a causa del fortísimo golpe que recibió en el tórax y la cabeza... —explicó con voz sosegada—. No te voy a negar que al principio fue muy duro. Imagínate cómo estarían las cosas que mis padres sólo vieron como escapatoria dejar su ciudad natal... Luego, aquí nos tuvimos que acostumbrar a vivir sin él, a una nueva ciudad, un nuevo idioma y unas nuevas costumbres... Cada uno lo vivió de una manera distinta. Mi madre aún sigue recordándolo amargamente, mi padre prefiere no comentarlo con nadie, mis hermanas continúan yendo todos los años a Helsinge a dejar un ramo de flores donde perdió la vida Peter, y yo... bueno, yo asumí de verdad su pérdida cuando tuve dieciséis años, hasta entonces sólo me arrastraba del colegio a casa y vuelta a empezar.

»En aquel momento, vi lógico hacer una cosa: debía vivir por los dos. Peter me había salvado la vida y yo no podía desperdiciarla amargándome y encerrándome en casa. Por tanto, empecé a viajar, a practicar deportes, a conocer gente, a estudiar, a divertirme y a vivir emociones fuertes sin pensar, sólo dejándome llevar por lo que sentía en aquel momento. Porque la vida es eso: un montón de

vivencias juntas, y yo voy a vivir el mayor número para poder hacerle un homenaje a Peter, pues a él le arrebataron la vida demasiado pronto y no tuvo tiempo de nada...

Sofía lo miró con el corazón en un puño, temblorosa hasta tal punto que Zack le puso su chaqueta por encima, mientras miraba su expresión entre sorprendida, asustada y triste. Esperó pacientemente a que ella asimilara todo lo que le había contado. Él aún seguía acordándose de su hermano, siempre, todos los días; eso le daba fuerzas para continuar viviendo, siempre con una sonrisa, siempre con ganas e intentando encontrarle el lado positivo a aquella vida que había comenzado de esa manera tan triste. Puesto que para él aquel accidente había sido como nacer de nuevo y no iba a desperdiciar el regalo que le había hecho su hermano...

—Uf... la verdad es que no me esperaba para nada este tipo de historia... —musitó Sofía con tristeza.

—Ya te dije que hay muchas personas que tienen que vivir situaciones difíciles; unas se rinden a ese dolor y otras aprenden a vivir con él...

—Pero tú vives así por lo que le ocurrió a tu hermano, no porque lo eligieras libremente —señaló Sofía.

—Claro, pero es que la vida es así. Nos hace variar y transformarnos para amoldarnos a las circunstancias que vivimos. No hay patrones ni caminos por los que seguir sí o sí; creo que cada uno tiene que mirar en su interior y decidir lo que quiere hacer con su vida, pues los días pasan y el tiempo se acorta. A mí no me hubiera gustado darme cuenta de esto con ochenta años y ver que había desperdiciado totalmente mi vida por llorar la muerte de mi hermano, algo con lo que no habría conseguido que él estuviese vivo. Te puedo asegurar que si derramar lágrimas sirviera para que Peter se encontrase aquí, lo habría hecho, habría sido el que más lloraría, pero no es así... Él, por desgracia, murió demasiado joven, y mis lágrimas, mis pesares o mi dolor no van a borrar aquello.

»Dime, ¿qué mejor manera de rendirle homenaje a Peter que vivir mi vida e incluso la de él? Es lo que hago, no tengo límites, hago lo que me dicta el corazón. Por eso te expliqué en el crucero que yo me muevo por instinto, y en ese momento me dijo que tú tenías algo que otras no tienen... Y la verdad es que mi instinto es muy fiable, el muy canalla —concluyó con una sonrisa.

—¿Y qué tengo yo que otras no posean? Dime, ¿una vida vacía, llena de lágrimas e imposiciones? Sí, en eso no te ha fallado, no hay muchas por ahí que vayan tan cargadas de desgracias... —contestó haciendo un mohín, mientras jugaba con una hoja del suelo.

—Eso tiene solución, sólo tienes que darte cuenta y asimilar la realidad. Pero lo que he visto en ti es algo más; tienes muchas posibilidades, brujilla —dijo sonriente mientras le quitaba la hoja de la mano y hacía que le prestase atención.

—¿Posibilidades de qué? —preguntó ella, mirándolo a la cara.

—De que me fije en ti de verdad.

—¿Es que acaso no lo has hecho ya? —soltó con ironía.

—*Touché*. —Sonrió y le guiñó un ojo—. Pero no sólo en plan rollito de primavera, como estuvimos en el crucero, sino para algo más.

—Anda, pelanas, no te vengas arriba ahora... Ya sabes que tú no eres mi hombre ideal —declaró, mientras se levantaba. El cielo comenzaba a teñirse de oscuro y los grillos empezaban a cantar.

—Bueno, ni tú mi mujer ideal. Pero dime la verdad, ¿no crees que los seres imperfectos pueden crear algo sublime?

—¡No! —exclamó ella con rotundidad, echándose a reír ante aquella absurda idea.

—Ay, brujilla, tengo un arduo trabajo contigo... —dijo Zack, y también se levantó. Se subió a la moto para ponerla en marcha y encendió la luz para iluminar aquella zona oscura del bosque.

—¿Es que ahora vas a opositar para maestro de las emociones? —preguntó Sofía en tono jocoso enarcando una ceja.

—No, pero sé que con mi ayuda empezarás a ver las cosas desde otro punto de vista —contestó él, haciéndole un gesto para que se montase en la moto.

—¿Para eso has venido hasta aquí?

—No, también he venido para que me invites a cenar. —Rio despreocupado mientras Sofía se colocaba detrás de él, con su chaqueta y el casco puestos.

—Pues has elegido mal día... Creo que no tengo nada en la nevera.

—Bah, eso me da igual. No soy un hombre de gustos refinados y exquisitos, un sándwich y listo —dijo, poniendo en marcha la moto y dirigiéndose a la finca de Sofía.

—Para el motor antes de llegar al edificio —exigió ella cuando estuvieron cerca.

—¿Por qué? —preguntó intrigado.

—Porque no quiero dar explicaciones de qué hace un melenudo dentro de mi casa —contestó mientras fruncía el cejo, pensando en lo que dirían sus abuelos si lo viesen allí con ella.

—Como quieras, brujilla; aunque creo que ya eres mayor para elegir tus amistades... —dijo Zack, haciéndole caso cuando estuvieron cerca del edificio. Se bajaron de la moto y fueron empujándola hacia la casa de Sofía; la oscuridad los ocultaba de las miradas indiscretas de los trabajadores en la finca.

—Tú no conoces a mi abuelo. —Sofía sonrió—. Es capaz de coger tu pelo abultado y darle un tijeretazo sin que tú te atrevas a oponerte.

—Exagerada... —contestó, intentando ver a través de la oscuridad de la noche.

—Espera un segundo aquí; entro en mi casa y te abro el garaje, así podrás dejar la moto dentro —dijo ella, echando a correr en dirección a la casa, sin darle tiempo a contestar.

Zack la miró y negó con la cabeza; demasiados límites, demasiada presión y demasiadas responsabilidades tenía esa mujer que aún no había tenido tiempo de vivir de verdad. Siguió andando

y cuando llegó a la gran puerta de la cochera, se abrió y él metió su moto. La dejó cerca de donde estaba el jeep rojo, mientras la puerta se cerraba automáticamente. Sofía le indicó que entrara por la puerta que comunicaba el garaje con el interior de la casa.

—Perdona por el desorden, pero hoy no me ha dado tiempo a recoger y creo que Fátima tampoco ha venido a limpiar y... —comenzó a decir nerviosa, haciéndolo pasar al salón.

—Sofía, de verdad que tienes un problema, y de los gordos... ¡La casa está impoluta!

—No, no te creas... A mí me gusta tenerlo todo perfecto y no lo está —contestó, frunciendo el cejo preocupada y nerviosa por tenerlo allí—. Aquí está la cocina. ¿Tienes hambre ya? No sé si podremos preparar algo con lo que tengo en la nevera. Mañana viene Fátima y me traerá comida y...

—Chis... —hizo Zack, al tiempo que la cogía de los brazos y reclamaba su atención; quería que lo mirase a la cara—. ¿Qué te pasa? ¿Estás así de nerviosa porque estoy aquí o por otra cosa?

—No sé, sólo pienso que si mis abuelos te vieran... —dijo.

—Bueno, pero no me están viendo, ¿verdad? —Ella hizo un gesto para mostrar su acuerdo—. Quiero que te relajes, que dejes de lado a la señoritinga y que vuelva la Sofía que me gusta, ésa a la que no le importa decirme las cosas a la cara, que se molesta y se enfada cuando la hago rabiar. —Sofía sonrió—. Vale, ahora que ya está la cosa clara, a ver esa nevera repelada que tienes...

Zack se inclinó para examinar lo que contenía la nevera y empezó a sacar cosas y a dejarlas en la encimera; luego se dedicó a abrir los muebles e hizo lo mismo.

—Tú no sabes lo que es no tener nada en la despensa, brujilla —dijo, mientras se lavaba las manos en el fregadero y empezaba a preparar unos sándwiches calientes.

Sofía, al verlo trajinar en la cocina como si se sintiese en su casa, comenzó a relajarse y sonrió al ver cómo se manejaba. Para su sorpresa, se le daba muy bien; sabía cortar los ingredientes, freírlos

y aderezarlos. Cogió el mantel que utilizaba cuando iba Andreas a su casa y puso la mesa. A la media hora estaban sentados, bebiendo vino y cenando.

—Está delicioso —dijo Sofía, dándole el segundo mordisco al sándwich.

—Lo sé, es mi especialidad. Un sándwich de todo con mayonesa.

—No sabía que te gustara cocinar...

—He hecho de todo, ¿recuerdas? ¡Hasta clases de cocina! —exclamó con una sonrisa, mientras abría los ojos como platos y le daba otro mordisco a su cena.

—La verdad es que cocinar, yo cocino poco. Mi abuela me trae multitud de *tuppers* cuando no voy a su casa a comer. Vivimos demasiado cerca; ella adora cocinar y me tiene mimada.

—¿Eres su única nieta?

—Sí —asintió, cogiendo la copa de vino y bebiendo un trago.

—Tendrías que venir a mi casa, mis hermanas ya tienen hijos y mi madre se desvive por ellos y organiza comidas que podrían alimentar a trescientos comensales; comemos hasta reventar e incluso un poco más, bebemos, charlamos y reímos.

—Nosotros sólo somos tres, comemos sin poder hablar del negocio, a mi abuelo no le gustan las decisiones que tomo y mi abuela me metería la comida con un embudo si pudiera... Imagínate el plan...

—Por lo menos no tienes que aguantar a cinco sobrinos intentando subirse por tu espalda —contestó él entre risas.

—Al menos, tú puedes expresar con libertad todo lo que piensas —dijo ella con amargura.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque si dijera lo que pienso de verdad, la relación que tengo con mis abuelos se convertiría en una hecatombe... —musitó con tristeza—. Mi abuelo es muy severo y exigente, sé que no conseguiría nada más que su enfado...

—¡Pues que se enfade! —soltó Zack sin más.

—Tú no sabes quién es mi abuelo, sus enfados hacen temblar a cualquiera que lo conoce. Ya te digo, es duro y no permite una palabra más alta que la otra. Él es la ley. Incluso, pienso que sería capaz de desheredarme...

—Dudo mucho que haga tal cosa, eres su única nieta...

—Por eso, tú lo has dicho: nieta, mujer, chica... como lo quieras llamar, eso es lo que lleva mal.

—Vamos, que el hombre es un poquito chapado a la antigua...

—¿Un poquito? —se burló—. Diría que mucho. Con decirte que está intentando hacer de casamentero... —comentó, haciendo una mueca de disgusto.

—¡¡Nooooo!! —dijo él entre risas—. ¿Contigo?

Sofía asintió con cara de asco.

—Pobrecito, no sabe con quién se va a prometer... —susurró Zack, mientras veía cómo cambiaba de semblante al oír lo que acababa de decir.

—¡¡Serás borde!! —exclamó ofendida, lanzándole una servilleta.

—Aunque, si lo pienso bien, seguramente está acostumbrado a este tipo de mujeres... —añadió pensativo—. Ya sabes, del estilo «Sofía soy la más híper mega guay del mundo mundial y además tengo un súper viñedo mega híper chachi» —dijo, imitando una voz repipi.

—¡Yo no soy así! —soltó molesta y dolida por dar ese tipo de imagen a la gente.

—Lo eres. Cuando te pones en modo bruja piruja eres así y hasta me he quedado corto.

—Claro, menos mal que te tengo a ti para salvarme y quitarme esa máscara —replicó con ironía.

—Por supuesto, y lo haré, no te quepa duda —murmuró, guiñándole un ojo—. ¿Has cenado bien?

—Sí, estaba buenísimo —contestó con una sonrisa, y recogió la mesa.

—¿Tienes algún licor?

—Supongo que tendré algo en el mueble bar del salón; ¿te apetece una copa? —preguntó, extrañada ante su pregunta.

—Había pensado en algo mejor —dijo él, mientras dejaba los platos y los vasos en el fregadero y luego los colocaba en el lavavajillas.

—Temo cuando te pones a pensar... —Sofía chasqueó la lengua y empezó a pasar una bayeta por la encimera.

—A mí no me tengas miedo, ten miedo de ti misma —replicó él, sacándole la lengua, un gesto muy suyo.

Sofía sonrió y negó con la cabeza, sin creerse aún que tenía en su casa al pelanas. Que habían estado hablando de cosas de las que normalmente ella no hablaba con tanta soltura y, para su sorpresa, se sentía bien, a gusto...

24

Cuando acabaron de recoger la cocina, se fueron al salón. Sofía le señaló dónde estaba el mueble bar y él comenzó a investigar qué contenía. Entretanto, ella se quitó las sandalias y se sentó en el sofá, con las piernas dobladas hacia un lado. Al volverse, Zack la vio allí, en aquella postura tan femenina y refinada, y sonrió mostrándole una botella de Frangelico todavía con el precinto, y dos vasitos pequeños de chupitos.

—Tienes cosas muy pijas en ese mueble —comentó, dejando la botella y los dos vasos encima de la mesa baja que había enfrente del sofá.

—Si te soy sincera, ni lo abro, no sé lo que contiene... No soy de tomar licores. —Observó los movimientos de él al abrir la botella, oler el licor y servirlo en los dos vasos.

—Pero hoy vas a hacer una excepción conmigo, pues vamos a jugar a un juego —dijo, al tiempo que se sentaba a su lado.

—¿Qué clase de juego? —preguntó ella con el cejo fruncido.

—Relájate, aún no quiero jugar a las prendas contigo —contestó Zack, guiándole un ojo—. Vamos a jugar al mentiroso.

—Dime, ¿cómo se juega?

—Nos vamos contando cosas que o bien hemos hecho realmente o que nos inventamos, y el otro tiene que saber si es verdad o mentira. Si uno acierta, el otro bebe un chupito, si falla, bebe él —explicó.

—Menuda tontería... —resopló Sofía con cara de fastidio.

—Jugar consiste en divertirse, no en averiguar el Teorema del Caos —dijo Zack entre risas—. Venga, empiezo yo. He escalado los Pirineos.

—Seguro que es verdad... —resopló ella poniendo los ojos en blanco, sintiéndose ridícula al acceder a jugar aquel juego demasiado infantil para su gusto.

—Sí. —Rio despreocupado—. Ahora que sé que lo has entendido, no tendré compasión de ti, brujilla. Venga, te toca.

—Mmmmmm —dudó, mientras pensaba qué decir y veía cómo Zack se bebía el chupito de un trago—. He estado en el Hilton.

—Bah, tienes que currártelo más. Eso huele a que es verdad desde aquí —protestó Zack, mientras le ofrecía el chupito para que se lo bebiese.

—Pues no, nunca he estado —anunció Sofía entre risas al ver la expresión incrédula de él—. Hale, que te aproveche el licor.

—Eres buena, muy buena... —contestó él, dejando el vasito de ella sobre la mesa y llenándose el suyo con más licor.

—Lo sé, aprendo rápido. Aunque me hubiese gustado ir al Hilton, aún no he tenido la ocasión —explicó Sofía, sonriente al verse vencedora.

—Bueno, me toca a mí... —dijo Zack, mientras se tocaba el cabello y rumiaba su afirmación—: Yo sí que me he hospedado en el Hilton —soltó con seguridad.

Sofía se quedó sorprendida, intentando descifrar su gesto relajado.

—Mentira... —susurró.

—Verdad. Toma y de un trago —la apremió, dándole el chupito.

Sofía lo cogió, arrugó la nariz y se lo bebió de golpe. El sabor dulzón se mezclaba con el fuerte gusto a alcohol y contrajo el rostro en una mueca de disgusto.

—Estuve hace unos años, y la verdad es que no es para tanto... —explicó él.

—¿Estuviste? Pero ¡¡si una habitación allí vale una barbaridad!! —exclamó boquiabierta, intentando encontrarle lógica a aquella afirmación, pues, según ella creía, Zack no trabajaba, por tanto, no podría pagar esa cantidad de dinero por una noche... No lo entendía.

—Ya lo sé... —respondió él, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Te toca.

—He saltado en paracaídas —dijo ella con rotundidad, continuando el juego.

—Uau... A ver, déjame que piense... Es mentira —aventuró Zack, mientras la miraba a los ojos.

—Sí... Aunque es algo que no descarto hacer en el futuro —confesó Sofía con una sonrisa.

—¿Tú haciendo un deporte extremo? —preguntó extrañado, porque aquella práctica no le pegaba nada a una mujer tan refinada como ella.

—¿Tanto te sorprende?

—¡¡Síiiii!! —exclamó, asintiendo con la cabeza enérgicamente—. ¿Por qué no lo has hecho aún?

—No lo sé, supongo que será porque me da miedo...

—El miedo nos priva de muchas cosas; no lo escuches, no merece la pena. Toma, de un trago, mentirosilla —dijo con una sonrisa, dándole su chupito de licor.

Sofía lo cogió y se lo bebió de un trago. Empezaba a sentirse mucho más relajada y mareada y estaba disfrutando de aquel juego que le permitía conocer mucho más a Zack.

—Te toca —apuntó.

—Corrí desnudo por una calle bastante concurrida —comentó él con seguridad.

—Espero que sea mentira —dijo Sofía haciendo un mohín.

—No, es verdad. Mis amigos y yo estábamos en un pub y comenzamos a decir tonterías. Koldo dijo: «¿A que no te atreves a correr calle abajo en bolas?»... Y claro, como supondrás, no me pude negar... —explicó entre risas al recordar aquella noche que pasó a la historia como: «La noche de las bolas heladas».

—A mí no se me ocurriría hacer algo así... —dijo Sofía, cogiendo el chupito y bebiéndoselo.

—Fue muy divertido, son cosas que se hacen sin pensar.

—A ver... —susurró pensativa—. Un día agarré una mochila y me escapé.

—Aunque seguro que habrás tenido la tentación, no te veo yo llegando a hacerlo; por tanto: mentira.

Gruñó al verse descubierta tan rápidamente y le dio el vasito para que se lo llenara.

—A veces me arrepiento de no haberlo hecho...

—Nunca es tarde.

—Sí, sí lo es —murmuró con tristeza—. Te toca.

—He participado en un trío —soltó Zack despacio, observando la reacción de ella, que se había sonrojado de golpe.

—Mmm... ¿Verdad? —titubeó imaginándoselo en medio de dos mujeres, los tres sin ropa y sudorosos, y eso la encendió tanto por dentro como por fuera, enrojeciendo sus mejillas y haciendo que sintiese calor debajo de la ropa. No sabía si era por el alcohol que llevaba ya en el cuerpo o por haber oído algo tan sexual.

—¿Qué has pensado, Sofía? —preguntó él, aguantándose la risa mientras levantaba las cejas y no apartaba la mirada de ella—. Estás roja como un tomate... Sí, es verdad, he participado en un trío musical —aclaró, guiñándole un ojo y sorprendiéndola con sus palabras—: ¿O qué habías pensado tú cuando he dicho trío?

—Yo... Nada, nada —balbuceó nerviosa, intentando que no se le notara que había tenido aquel pensamiento erótico.

—En esa clase de tríos que has pensado no he participado, pero no porque no me lo hayan propuesto, que sí lo han hecho, sino porque no me motiva... Prefiero centrarme en una mujer y satisfacer todas sus fantasías sexuales, y las mías, ya de paso —dijo, acariciándole la pierna con suavidad.

Sofía tragó saliva al notar que su sexo comenzaba a palpitar y a pedir un poco de atención.

—Dame el chupito —pidió nerviosa y acalorada; lo cogió y lo vació de un trago. Aunque no le tocaba tomárselo a ella, lo necesitaba para tranquilizarse y frenar aquellos impulsos que no debía mostrar.

—Te toca a ti; sorpréndeme con algo más subidito de tono... —susurró Zack sentándose en el suelo y acercándose más a sus piernas, que ella había bajado del sofá.

—Uf... A ver, déjame que piense —murmuró, mientras notaba sus dedos recorriendo las corvas de sus piernas hacia arriba, despacio, casi torturándola a su paso—. Tengo un vibrador... —anunció, mordiéndose el labio inquieta.

—Lo sé, te lo regalé yo... —contestó él, besándole las piernas y viendo que ella comenzaba a ponerse más nerviosa y excitada—. Espero que lo hayas usado. Dime, ¿lo has hecho?

—Sí... —musitó, mirando fijamente sus ojos, brillantes y expectantes.

Zack se puso de rodillas entre sus piernas; sus manos subían por sus muslos por debajo del vestido. Sofía lo miraba y notaba que se excitaba cada vez más. ¿Cómo habían llegado hasta allí? Hacía un momento estaban hablando, Zack había comentado algo de un trío y ella ya se había encendido al imaginarlo desnudo, sobre otras mujeres, odiándolas por haberlo hecho con él...

—¿Sabes qué?

Sofía negó con la cabeza, incapaz de articular palabra porque lo tenía entre sus piernas y notaba sus dedos rozando sus braguitas.

—Me encantaría coger ese vibrador que te regalé y usarlo para que te corras mientras yo te miro, mientras hundo mi lengua en ti y noto cómo te dejas ir...

Sofía tragó saliva. No sabía qué tenía Zack para conseguir excitarla tanto con tan poco. A ella él no le gustaba, ¿no? Entonces ¿por qué no paraba de pensar en que le encantaría que le hiciese todo eso que le acababa de decir? ¿Tan desesperada estaba por acostarse con alguien? ¿O era un gesto de rebeldía por su parte? Sofía no tenía las respuestas a esas preguntas, sólo sabía que cuando él estaba cerca, ella no era la misma; era una versión distinta de la Sofía que todo el mundo conocía.

Zack llegó a su tanga de encaje y ella lo ayudó levantando un poco el trasero para que se lo quitase. Él sonreía observando su rostro acalorado; sabía que estaba húmeda sin siquiera tocarla. Sus ojos verdes le decían que estaba totalmente excitada por las palabras que le había dicho y por lo que imaginaba que iba a pasar esa noche. Tiró el tanga al suelo. Sofía tenía las piernas abiertas, con él en medio.

Con un movimiento que hizo que se sobresaltase, la arrastró encima de él, en el suelo, y la rodeó con los brazos mientras se la sentaba a horcajadas, encima, haciendo que notase su erección, y la besó, devorando poco a poco aquellos labios con sabor a licor, absorbiendo sus gemidos, notando cómo se abrazaba a él e intentaba quitarle la camiseta. Ésa era su Sofía, una mujer apasionada, sexi e increíble. Le subió más el vestido y comenzó a acariciarle los glúteos despacio, mientras ella empezaba a restregarse contra él, contra su erección, que reclamaba casi a gritos ser liberada.

Le bajó la cremallera del vestido y se lo quitó por la cabeza. Sofía llevaba un sujetador blanco de encaje que cubría sus dos preciosos pechos. Sin vacilar, cogió uno y se lo sacó fuera, llevó su boca hasta el pezón y lo besó, haciendo que ella arquease la espalda, excitada y desesperada por más acción. Pero Zack no tenía prisa, quería que esa noche fuese lenta, para poder amarla de todas las maneras posibles.

—¿Dónde tienes al «pelanitas»? —preguntó en susurros.

—En mi dormitorio —musitó Sofía.

Zack la ayudó a ponerse en pie y, mientras él se levantaba, la contempló, sólo con el sujetador, que únicamente le ocultaba un pecho. Se mordió el labio inferior, la cogió en brazos por sorpresa y se la llevó hacia el dormitorio sin darle tiempo a protestar. La dejó con cuidado sobre la cama, y se tumbó él encima, besándola y tocándola sin cesar. No se cansaba de ella, de sus curvas, de su piel, de sus gemidos...

—¿Dónde está? —preguntó, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—En ese cajón. —Sofía señaló con el dedo el cajón de la mesilla que tenía al lado.

Zack se ladeó un poco y lo abrió, sacó la bolsita y cogió el vibrador. Se levantó y se bajó los pantalones, dejando ver unos calzoncillos fosforescentes muy apretados, que enmarcaban con nitidez su descomunal erección, y dejó un preservativo que llevaba en el bolsillo sobre la cama. Sofía no apartaba la mirada de él, que se volvió a tumbar encima de ella, encendió el vibrador bajo la mirada extasiada de Sofía y comenzó a recorrerle el abdomen y las piernas con aquel artefacto que no paraba de vibrar, provocándole un cosquilleo y la necesidad apremiante de que Zack lo acercase a su hinchado y palpitante clítoris.

—Levanta —dijo él de pronto, haciendo que Sofía se sintiese más frustrada. Estaba tan cerca de que llegase a la zona que deseaba...

Se puso de rodillas mientras observaba los movimientos de Zack, que se tumbó y apoyó la cabeza sobre las dos almohadas de la cama.

—Ven, siéntate encima —dijo con voz ronca.

Sofía lo hizo, mientras se quitaba el sujetador y se quedaba totalmente desnuda ante él. Se sentó a horcajadas cerca de su erección encarcelada en aquel calzoncillo tan llamativo.

—Toma, quiero verte —dijo dándole el vibrador. Ella frunció el cejo al tiempo que lo cogía—. No tengas vergüenza.

Sofía lo observaba. Le había dicho que quería hacérselo él y no entendía ese cambio de planes, pero no le dijo nada, porque su mirada reflejaba lo excitado que estaba, lo que aquella situación le hacía sentir. Por tanto, sin apartar la vista de sus ojos, que se clavaban en su húmedo sexo, se acercó el vibrador. El primer contacto hizo que gimiese y que él se endureciese ante su reacción. Al notarlo, aumentó la vibración y con ello los movimientos. Sofía se dispuso a masturbarse bajo la atenta mirada de Zack, que se la

comía con los ojos. Entretanto, él empezó a acariciarle el trasero, pegándola a su erección; el calzoncillo comenzaba a humedecerse y revelaba su grado de excitación.

Sofía gemía, sin reprimir el volumen, dejándose llevar como sabía que a Zack le gustaba, notando que estaba muy cerca de llegar al orgasmo y viendo que hacerlo delante de otra persona era aún más morboso. Empezó a jadear más fuerte; arqueaba la espalda y se mostraba abierta y húmeda encima de él. Zack metió el dedo en su mojada abertura, moviéndolo, sacándolo y jugando con él dentro de ella. Sofía estaba fuera de sí, balanceaba las caderas restregándose encima de Zack, a punto, muy cerca. Él le metió un segundo dedo, haciendo más presión en su interior, apretando sus glúteos y mirándola fijamente, sin perder detalle de lo que iba a ocurrir de un momento a otro.

Como si de una explosión se tratara, Sofía gritó mientras alcanzaba el orgasmo.

—Eres preciosa... —dijo Zack, observando lo sonrojada que estaba y su sonrisa satisfecha—. Déjame que me quite esto —añadió, ayudándola a tumbarse sobre la cama y quitándose luego el calzoncillo.

—Buf... Nunca creí que este regalo me diera tan buenos momentos... —murmuró Sofía, y miró cómo se colocaba el preservativo.

—Hay muchos juguetitos que, utilizándolos bien, nos pueden dar mucho placer y morbo. —Le guiñó un ojo al tiempo que se acercaba a ella y la besaba en la boca.

—No tienes pintas de ser así... —susurró Sofía cerca de su boca.

—¿Así cómo?

—De ser un maestro del placer —contestó, haciendo reír a Zack a carcajadas.

—Ven aquí, alumna, ponte de lado, que ahora te vas a correr de nuevo —la apremió, mientras hacía lo que le decía.

Zack se puso detrás y, cogiéndole el trasero para tener una mayor accesibilidad, se introdujo en ella de un solo movimiento.

—Seguro que lo hago... —susurró embriagada, al notar el miembro erecto de él entrar y salir de su interior.

Sofía había descubierto con él que el sexo podía ser muy placentero y divertido. Creía que al acabarse el crucero no lo iba a volver a disfrutar tanto, pero, claro, se equivocaba al pensar que Andreas, e incluso él, se iban a quedar de brazos cruzados ante su decisión de no volver a verlo nunca más. Había supuesto que lo del barco era algo pasajero, que podía ser considerado algo así como unas vacaciones de su rígida vida y por eso se dejó ir... Pero en aquel momento Zack había saltado la línea invisible de su realidad; lo tenía en su casa, en su cama, haciendo que gimiese, abriéndose un hueco en su rutina y logrando que se olvidase de todo lo malo. Había traspasado su propia frontera y no sabía si podría volver a detenerlo, o que incluso deseara hacerlo...

No, aquello era imposible, estaba segura. Eran demasiado diferentes, pero se sentía tan bien cuando él la hacía suya, cuando la tocaba, cuando la penetraba, cuando le susurraba palabras subidas de tono al oído... Todo eso la hacía sentirse bien...

Zack la colocó boca abajo y le abrió las piernas para poder acomodarse mejor; siguió penetrándola en aquella postura e hizo que, con sus embestidas y con su dedo, que acariciaba su hinchado clítoris, Sofía llegase de nuevo al orgasmo, y él la acompañó dejándose ir mientras gritaba su nombre.

—Tendrás que irte, Zack —susurró Sofía, sofocada por la actividad sexual.

—Sí... tranquila —resopló, incorporándose y saliendo con cuidado para que el preservativo no se quedara por el camino. Se lo quitó y lo dejó en el suelo, haciéndole previamente un nudo.

—Mañana tengo que levantarme muy temprano... —musitó ella, que notaba que los parpados le pesaban demasiado como para mantenerse despierta.

—Sí, brujilla —contestó él, acostándose a su lado, intentando recobrar el aliento y sintiendo que sus músculos necesitaban descansar.

—Pelanas, no quiero que nadie te vea aquí... —dijo Sofía en voz tan bajita que Zack casi no la pudo oír.

25

Sofía estiró el brazo para parar el estridente sonido del despertador, pero un cuerpo interfirió en su camino, haciendo que abriese los ojos de par como platos. Zack estaba allí, desnudo, con el pelo alborotado, los ojos cerrados, las facciones relajadas, los labios entreabiertos y una barba de dos días que lo hacía aún más guapo. Sofía se incorporó y, pasando por encima de su torso, le dio al botón de apagado del despertador.

—Mmmmmm... ¿Dónde hay que firmar para que a uno lo despierten siempre así? —dijo Zack, mirando los pechos de Sofía, que tenía justo a la altura de los ojos. Abrió la boca para darle un suave beso en el pezón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella nerviosa, levantándose de un salto de la cama sin darle opción a más.

—Me quedé dormido. Además, no podía irme sin mi moto, y la tienes encerrada en tu garaje... —explicó, observando cómo pasaba por delante de él desnuda, hacia el cuarto de baño.

—Es verdad... —masculló Sofía desde dentro, mientras abría el grifo de la ducha.

—No te preocupes, seré como un ninja y nadie me verá... —contestó estirándose, todavía tumbado en la cama.

—Más te vale que no lo hagan —murmuró ella, al tiempo que se metía en la ducha y desplazaba la mampara.

Estaba nerviosa, sabía que había cometido un fallo y de los grandes. Ya era de día, los trabajadores estarían en el campo, su abuelo se encontraría supervisando las cepas, su abuela preparando la comida para aquel día y ella debería ir a su despacho, a encerrarse allí dentro para terminar el tedioso trabajo del papeleo, los formularios, las cuentas y las propuestas para mejorar aún más

la finca. Y en cambio allí estaba, frotándose enérgicamente la cabeza con un champú que olía a frambuesa y pensando que estaba perdiendo el norte.

Zack estaba desnudo en su cama y pronto llegaría la asistenta para limpiar la casa y llenarle la nevera. Era consciente de que se estaba metiendo en un lío, porque, aunque ella era mayor de edad, ya rozaba los treinta, tenía un abuelo demasiado autoritario, que armaría un escándalo si se enteraba de aquel encuentro sexual... Y no podía olvidarse de su abuela, que siempre le había dicho qué tipo de hombre era el más adecuado para ella; uno de su misma posición social, que estuviese acostumbrado a las aburridas fiestas que se celebraban para presumir de riquezas...

Y Zack no era ese hombre, eso lo sabía incluso ella, pero tenía algo, algo que siempre la hacía saltarse sus propias normas y volver a acostarse con él. No era sólo sexo. Al principio creía que todo se resumía a eso, pero llegados a ese punto en que Sofía había traspasado sus propios límites, no podía asegurarlo con tanta rotundidad. Era algo más que sexo: era diversión, aquella chispa que siempre le había faltado a su rutina; era alegría, libertad, aquello de lo que su vida siempre había carecido...

Salió de la ducha envuelta en una toalla. Zack seguía en la cama y observó cómo se encaminaba hacia el vestidor, se ponía un conjunto de lencería en color negro, una falda vaquera azul claro y una blusa negra que le dejaba un hombro al descubierto. Del zapatero cogió unas sandalias también negras de tacón bajo y volvió al cuarto de baño a peinarse y a ponerse un poco de maquillaje.

—Si alguien me hubiese dicho que iba a conocer a una pija de campo, de verdad que no me lo habría creído —comentó Zack en voz alta, para que Sofía lo oyera.

—Que viva en el campo no supone que tenga que ir vestida con un chándal... —contestó ella, perfilándose los ojos con lápiz líquido de color negro.

—Creo que hasta la palabra «chándal» te provoca una erupción —bromeó Zack, levantándose de la cama y entrando en el cuarto de baño—. ¿Te importa que me duche?

—No, adelante... —susurró Sofía, intentando pensar la mejor manera de sacarlo de allí sin que nadie lo viera—. ¿Qué vas a hacer? Yo me tengo que ir al despacho...

—Tranquila, nadie me verá. Eso sí, espero comer contigo y luego por la tarde quiero llevarte a un sitio —dijo, mientras se metía en la ducha.

—Por la tarde también trabajo, Zack...

—Sofía, te recuerdo que eres la jefa. ¿Acaso me estás diciendo que no te puedes coger la tarde libre? —preguntó, metiendo la cabeza debajo del agua.

Ella lo miró. Su cabello perdió todo el volumen y aquella imagen de su cuerpo desnudo y mojado la excitó de golpe.

—Nunca lo he hecho... —confesó, sin perderse detalle de su anatomía.

—Pues hoy será la primera vez. Corre, brujilla, trabaja mucho esta mañana que esta tarde ya me encargaré yo de que lo pases bien —dijo, guiñándole un ojo—. ¡Dios, qué pija eres! ¿Champú de frambuesa y gel con partículas de oro? —preguntó poniendo cara de espanto, mientras sostenía los productos mencionados.

—Perdona, la próxima vez pondré champú con olor a mofeta y gel de cactus —contestó ella con ironía.

Zack se rio ante su respuesta.

—Me voy, sé bueno... —dijo Sofía mientras se terminaba de peinar.

—¿No me vas a dar un beso? —preguntó él, abriendo la mampara y asomando la cabeza.

—Mmm... —titubeó ella, mirando cómo Zack fruncía los labios fruncidos, preparado para recibir un beso.

—Anda, bruji, no te hagas la mojigata. —Sonrió.

Sofía se acercó y le dio un pequeño beso en los labios; Zack hizo el ademán de cogerla para meterla con él en la ducha y ella, espantada, se escapó del cuarto de baño al tiempo que oía las risotadas de Zack al ver su reacción desmedida.

Se marchó de casa casi corriendo por si a él se le ocurría salir de la ducha para atraparla, y barajando las mil y una posibilidades de que alguien lo viese dentro de su casa o al marcharse de ésta. Hasta tal punto estaba de descentrada, que cuando llegó a su despacho se dio cuenta de que no había desayunado y que tampoco se había mirado en el espejo las veces que ella necesitaba para sentirse segura.

Se dejó caer en la silla y se llevó las manos a la cabeza; Zack le estaba trastocando la vida, su rutina, y no sabía qué hacer para que la dejara tranquila, con sus problemas y con su nostalgia... Aunque tampoco estaba segura de que deseara precisamente eso... Estaba hecha un lío y tenerlo cerca hacía que estuviese todavía más descentrada.

Se levantó y fue hacia la cafetera eléctrica que tenía en su despacho; necesitaba un café y bien cargado. Esperó con paciencia hasta que el olor inconfundible del café le llenó las fosas nasales; entonces cogió su taza y se la llevó a su mesa. Mientras bebía pequeños sorbos, comenzó a trabajar, aunque sin poder dejar de pensar qué estaría haciendo el pelanas en aquel momento...

—Sí, dígame —contestó al descolgar su teléfono móvil abstraída, mientras leía un email que le acababan de enviar.

—Hola, Sofía, buenos días —la saludaron con entusiasmo.

Ella se llevó la mano a la cabeza al ver quién era.

—Hola, Rodolfo... —contestó, apoyando la espalda en el respaldo de su silla y mirando al techo.

—Perdóname, hoy no me ha dado tiempo de enviarte ningún detalle... —se excusó él con galantería.

—No es ninguna obligación enviarme nada.

—Lo sé, pero a mí me gusta hacerlo —dijo con voz risueña.

—Ya... Dime, ¿qué querías?

—Bueno aparte de oír tu preciosa voz y de saber si todo te iba bien, quería invitarte el jueves a una fiesta en casa de unos amigos. Me encantaría que vinieses.

—¿Este jueves? —preguntó con cara de fastidio.

—Sí, sería en Madrid, en un precioso chalet que tienen en La Moraleja. Lo pasaremos bien y si tú vienes, yo me lo pasaré aún mejor.

—Eres muy considerado por invitarme, pero al día siguiente tengo que estar a primera hora en mi despacho y, claro, saldríamos tarde de allí y luego debería volver a mi casa...

—¡Por eso no te preocupes! —exclamó con alegría, interrumpiendo su excusa—. Hace un momento he hablado con tu abuelo y me ha animado a que te invite.

A Sofía esa frase la hizo estremecer como si le hubiesen echado por encima un jarro de agua muy fría.

—Bueno, entonces ya que mi abuelo te ha dicho que sí que iré, ¿para qué me llamas? —soltó molesta.

—Tu abuelo me ha animado a que te invitase, no me ha dicho que aceptarías... —respondió Rodolfo, nervioso ante el cambio de tono de ella.

—Sí, claro... Perdona, Rodolfo, me has pillado en un día un poco extraño y lo he pagado contigo —dijo Sofía, dándose cuenta de que había perdido las formas ante él.

—Entonces, ¿vendrás? —preguntó esperanzado.

—Claro, claro... —contestó sin ganas de nada.

—Pasaré a recogerte y...

—No, no digas tonterías... Cogeré mi coche e iré yo a Madrid, es absurdo que vengas tú desde allí para volver otra vez...

—Lo haría encantado.

—Lo sé, pero de momento tengo dos manos y dos piernas para poder ir yo solita.

—Como quieras, Sofía. Estoy deseando que llegue el jueves...

—Sí, claro... —suspiró—. Bueno, Rodolfo, tengo que dejarte, espero una llamada de negocios.

—Claro, nos vemos el jueves, Sofía —dijo con voz dulce.

—Adiós.

Sofía colgó y puso el móvil sobre la mesa. «Pero ¿qué he hecho?, —pensó, tocándose el cabello nerviosa y mirando el teléfono contrariada—. Joder, Sofía, estás sembrada... Tienes a un hombre escondido en tu casa y ahora te citas con otro. ¡Di que sí! Viva la vida loca.» Maldijo para sí mientras intentaba tranquilizarse y poder así trazar un plan. Debía echar a uno de su casa sin que lo viera nadie, e inventar una excusa para no asistir a aquella aburrida fiesta con Rodolfo...

Salió del despacho con un nudo en el estómago; había pasado la mañana pensando llamar a Zack para saber si su secreto seguía estando a salvo, pero le daba tanto miedo que pudieran haberlo descubierto que desechó la idea e intentó centrarse en sus quehaceres. Cerró la puerta con llave y bajó la escalera. A esas horas todos comían en el gran comedor del edificio, desde donde salía un olor a carne guisada. El sol la recibió deslumbrándola y sufría con cada paso que daba hacia su casa. ¿Y si se encontraba allí a su abuelo con la mandíbula apretada? ¿Y si su abuela se había enterado y se sentía defraudada? Demasiadas preguntas, pero sólo le quedaba abrir la puerta para afrontar la realidad.

El interior de su casa estaba impoluto, se notaba que había estado la asistenta. El aroma a comida recién hecha la llevó hasta la cocina, donde se encontró con Zack, solo, con un delantal y trajinando con las ollas.

—Hola... —dijo titubeante, haciendo que éste se diese la vuelta para verla.

—Hola, brujilla, ¿qué tal la mañana? —preguntó, removiendo con una cuchara de madera lo que contenía la olla.

—Horrible, ¿y la tuya? —contestó nerviosa.

—Bien, aquí, escondiéndome detrás de las puertas para que no me viese nadie —explicó con una sonrisa—. Relájate, Sofía, de verdad que te van a salir unas arrugas horrendas en el entrecejo. —

Se lo señaló, haciendo que ella se diese cuenta de que lo tenía fruncido.

—¿Qué has hecho para comer? Huele delicioso.

—Pues siéntate, que ahora mismo lo sirvo. He preparado tallarines con ajos tiernos y ternera.

—Suena bien... —dijo, observando que la mesa ya estaba puesta para los dos y que Zack, sorprendentemente, se manejaba mejor de lo que ella pensaba en la cocina.

—Pues sabe aún mejor —contestó él, mientras le guiñaba un ojo y servía la comida en los platos.

—Entonces ¿nadie te ha visto? —preguntó temerosa.

—No, nadie. Siéntate y disfruta de la comida —la apremió, poniéndole el plato delante.

Sofía observó a Zack, cómo se movía por la cocina, cómo se sentaba y hablaba con tranquilidad, como si fuesen amigos de toda la vida, como si tuviesen ese vínculo que tanto le había costado tener con su único amigo, Andreas. Sofía siempre había sido reticente a mostrarse tal como era, pero con él... Bueno, no sabía qué le pasaba, pero con él era todo diferente, casi natural, era muy sencillo dejarse llevar.

—Bueno, cuéntame cómo ha sido de aburrido tu día —la instó Zack mientras enrollaba con su tenedor los tallarines.

—Papeles, firmas y un email que lo cambiaría todo —resumió Sofía, bebiendo un sorbo de vino.

—¿Y eso? —preguntó él con curiosidad.

—Estoy intentando formalizar un trato con China para vender nuestros vinos allí. Les he enviado una propuesta y ahora estoy a la espera de que la valoren. Si al final lo consiguiese, sería un gran paso para esta bodega, pues tendríamos a un gran país comprando nuestros vinos en cantidades industriales.

—Sería genial. Y tu abuelo ¿qué dice de ese trato?

—Aún no sabe nada. No quiero contárselo hasta que esté firmado... —explicó, saboreando la deliciosa comida.

—Seguro que lo consigues y ya verás como tu abuelo estará orgulloso de ti.

—Bueno... —resopló Sofía, temiéndose que no sería así.

—Después de comer quiero que te cambies de ropa. Vas muy mona y me pone mucho que vayas con falda, pero para lo que tenemos que hacer esta tarde no es la indumentaria adecuada —dijo Zack cambiando de tema, al verle el rostro triste.

—¿Adónde vamos?

—Eso es sorpresa. Pero te aseguro que te vas a divertir —contestó con seguridad.

Sofía lo miró y sonrió, mientras enrollaba aquellos deliciosos tallarines en el tenedor. Después de comer se fue a su dormitorio a cambiarse de ropa y Zack se quedó en la cocina, limpiándola. No sabía muy bien qué ponerse, pues él no le había dado ni una pista, por eso optó por unos pantalones cortos de color negro y una camiseta verde de tirantes, cogió una rebeca y se calzó unas zapatillas de loneta negra. Cuando salió al salón, Zack ya estaba allí esperándola y al verla silbó dándole el visto bueno.

Cogieron el coche de Sofía; Zack iba en la parte de atrás, tumbado por exigencia de ella, pero cuando salieron de la propiedad, Zack hizo que detuviese el coche para así poder conducir él. A Sofía, no le gustaba que nadie más condujera su coche, pero accedió y se sentó en el asiento del copiloto. Observó que se adentraban en el monte, no iban en dirección a la ciudad, eso lo tenía claro. Después de quince minutos al volante, Zack detuvo el precioso jeep de Sofía y la miró con aquella sonrisa sincera y divertida a la que estaba acostumbrada.

—Vamos —la apremió, bajando del coche.

Sofía lo siguió por aquel camino lleno de piedras y cuando vio a donde llegaban, simplemente sonrió.

—No puede ser —susurró, alucinando con lo que tenía delante.

—No te eches atrás ahora, brujilla —dijo Zack, cogiéndola de la mano y acercándola a la avioneta que había parada en el aeródromo.

La acercó al monitor, que los esperaba. Zack lo saludó como si lo conociese de antes y el hombre, que llevaba un mono gris y unas RayBan de cristal espejado, de unos treinta y pocos años, moreno y tan alto como Zack, les explicó lo que iban a hacer y cómo debían hacerlo.

Sofía se enteró de que Zack se había tirado varias veces en paracaídas y por tanto él no necesitaba instrucciones, pero ella, al ser la primera vez que lo hacía, se tiraría con el monitor. Cuando entendieron todas las indicaciones, subieron a la avioneta.

Sofía estaba histérica, incluso le sudaban las manos y el corazón le palpitaba con tanta fuerza que podía oír los latidos con nitidez. Zack no se separó de ella en todo el trayecto; la tenía cogida de la mano y se la apretaba con seguridad, intentando que disfrutara de aquella experiencia junto a él. Sofía lo miraba con temor de no saber qué iba a pasar cuando le dijeran que debía de saltar al vacío; se sentía como si estuviese soñando y aquello no fuese real.

—Ha llegado el momento —informó el monitor, acercándose a ellos—. Sofía, no te preocupes, no te va a pasar nada. Sólo disfruta del momento.

Ella asintió con la cabeza, porque no podía articular palabra; la boca se le había quedado seca por culpa del miedo que sentía en ese momento. El monitor la ató a él con un arnés; lo notaba cerca, detrás de ella, y no apartó la mirada de Zack, que le sonreía con el casco ya puesto, su paracaídas en la espalda y transmitiéndole seguridad para realizar aquel salto.

El piloto de la avioneta dio la señal para que saltaran. Primero lo hizo Zack, que gritó de júbilo; el monitor, con Sofía pegada a él, se acercó a la puerta de la avioneta. Sofía se asustó al notar el viento que la azotaba y ver la altura que los separaba del suelo.

—Disfruta, Sofía —le dijo el monitor, saltando y haciendo que ella gritase como una loca al ver que estaba cayendo sin control por el cielo azul.

Al principio lo pasó mal, fatal, incluso cerró los ojos, asustada, temerosa de que aquel salto fuese el último de su vida, pero después, cuando notó un tirón que los hizo subir de nuevo, empezó a relajarse y abrió los ojos, percibiendo cómo flotaba en el aire. Miró hacia arriba; el paracaídas estaba abierto y ellos simplemente volaban balanceándose, como si flotasen entre las nubes. Vio a Zack, que estaba a unos metros de ella, y sonrió al pensar que uno de sus sueños se había cumplido. Siempre había querido hacerlo, aún recordaba cuando su padre le contaba que la sensación de tirarse en paracaídas era única, y no mentía... Una lágrima de felicidad salió volando hacia arriba. Se sentía libre, se sentía diferente y se sentía más cerca que nunca de su padre.

26

Sofía no podía dejar de sonreír, estaba eufórica y tenía la adrenalina por las nubes; era una sensación tan novedosa para ella que no podía dejar de hablar, de saltar y de decir lo que aquella experiencia había supuesto para ella.

Zack la escuchaba sonriente, feliz de verla comportarse de esa manera tan natural, como debería estar todos los días, dejando de lado aquella farsa que se había creado y creído ella sola.

—¡Ha sido increíble! —exclamó ella, con los ojos brillantes de emoción, mientras retomaban el camino hasta su coche después de despedirse del monitor.

—Sí, lo has hecho muy bien. Creo que a la próxima deberías saltar sola —comentó Zack, observando lo parlanchina que había aterrizado y lo feliz que se la veía.

—¿Habrá una próxima vez? —preguntó, como si fuese una niña que tuviese que pedir permiso para repetir de postre.

—Todas las veces que quieras —contestó Zack entre risas.

—¡Ostras! —exclamó ella, que se detuvo a medio camino—. ¡Esto te habrá costado un dineral! Dime cuánto es y te lo pago yo... —dijo, sintiéndose mal por no haberse dado cuenta antes de que aquellas cosas no eran precisamente gratis.

—No te preocupes por el dinero, brujilla. —Rio despreocupado mientras negaba con la cabeza.

—Claro que me preocupo, no creo que puedas permitirte el lujo de regalarme algo así. Insisto, luego me dices cuánto te ha costado y te lo pago —volvió a decir.

—Sofía, a mí no me preocupa tanto el dinero como a ti. Ya está pagado, no le des más vueltas —contestó incómodo por aquella conversación tan superficial para él.

—Gracias... —susurró ella con sinceridad—. Nunca pensé que llegaría el día en que lo haría. Era algo que tenía pendiente, pero a lo que nunca ponía fecha. Gracias por hacer que haya cumplido este sueño.

—Éste va a ser el primero de muchos sueños que cumplas, Sofía —dijo Zack, pasándole un brazo por la cintura y estrechándola con ternura mientras seguían caminando.

—¿Te gustan los caballos? —preguntó ella de repente.

Zack la miró enarcando las cejas.

—Para casarme con ellos, no. Pero supongo que lo normal.

—Ven, te voy a presentar a *Tesoro* —dijo Sofía con una sonrisa, al tiempo que abría la puerta del coche y se sentaba en el asiento del piloto.

—¿Nos volvemos a la finca? —preguntó él divertido.

—Sí, pero tranquilo, no hace falta que te escondas esta vez, a estas horas los trabajadores ya estarán descansando y el ambiente es mucho más tranquilo.

Sofía arrancó el jeep y se dirigió de nuevo a Anhelos; el cielo comenzaba a teñirse de naranja y rojo, avisando que el día se estaba acabando y que la noche sería la protagonista en breve. Atravesó la propiedad y se dirigió hacia las cabellerizas, donde aparcó su automóvil. Se bajó con una sonrisa en los labios y le señaló a Zack el camino. Entraron y *Tesoro* los saludó con un relincho de alegría.

—*Tesoro*, ¿nos vamos de paseo? —preguntó ella, haciendo que el caballo comenzase a mover las patas eufórico, como si entendiese lo que le acababa de decir su dueña.

Zack la observaba en silencio; veía lo cariñosa que era con su caballo, lo distinta que era cuando estaban a solas, y disfrutaba de la compañía de aquella mujer tan enigmática, que poco a poco se abría ante él, dejando que descubriese lo que había en su interior, algo que había atisbado por primera vez cuando la vio en la cubierta de aquel barco, con destino a los Fiordos Noruegos.

Sofía le puso a *Tesoro* la silla de montar y lo sacó tirando de la cuerda; luego, con la gracia de toda una dama, se subió al caballo.

—Sube —dijo, señalándole la parte de atrás del animal.

—Nunca he montado a caballo.

—Y yo nunca me había tirado en paracaídas. Venga, sube —lo apremió con una sonrisa.

Zack la miró también sonriendo y se subió detrás de ella.

—Iremos despacio, quiero enseñarte una cosa. —Sofía le dio con suavidad a *Tesoro* con los talones y éste comenzó a trotar.

—No sabía que montar en caballo fuese tan sexi... —comentó Zack, pegándose más a ella y cogiéndola con delicadeza por la cintura.

—¿Sexi? —Sofía se rio con ganas—. Será por los movimientos del caballo.

—No. Eres tú... —le susurró él al oído, haciendo que se le erizase todo el vello.

—Sabes que tienes que irte hoy, ¿verdad? —preguntó Sofía con un suspiro, intentando mantener la mente clara y que su cuerpo no se apoderase de ella y la confundiera.

—Lo sé, no quiero crearte problemas. Esta noche, cuando duerman todos, me marcharé.

—Mira, ya estamos cerca —comentó, señalando con la mano el horizonte.

Zack miró hacia donde Sofía le señalaba y vio una puesta de sol preciosa, con las nubes teñidas de un rojo intenso y un magnífico sol anaranjado escondiéndose tras las montañas. La escena era idílica, preciosa, digna de ser fotografiada por el mejor fotógrafo del mundo, pero lo que más le gustó a Zack fue tener a Sofía delante de él, estrecharla con los brazos y oler su dulce aroma.

—Es precioso —musitó Zack, dándole un suave beso en el cuello.

—Sí, lo es.

—¿Te gustan los atardeceres?

—Sí... —murmuró—. Me recuerdan que acaba el día y, con él, mi pantomima...

—¿Tu pantomima? —preguntó sorprendido.

—Sí... Desde que llegué del crucero, me levanto con la sensación de estar viviendo la vida de otra persona: me visto, desayuno, voy a trabajar, hablo con mis abuelos y con mis trabajadores, me voy a mi casa y vuelta a empezar. Los atardeceres me recuerdan que, aunque sea por un breve espacio de tiempo, el comprendido entre la noche y la mañana siguiente, tengo que intentar ser yo misma. Por eso, cuando estoy en la soledad de mi casa, me relajo... —explicó Sofía, sin atreverse a mirarlo a la cara, pues aquel cambio había sido propiciado por él.

—No puedes seguir viviendo así, Sofía.

—Todos esperan que sea así. Soy la nieta de, la hija de, y la futura heredera de... No soy Sofía...

—Sí lo eres, yo he pasado toda la tarde con ella —murmuró Zack, colocando las manos sobre los muslos de ella, haciendo que ese gesto tan íntimo no la molestase, sino que la reconfortase.

—Tú y Andreas sois los únicos que me habéis conocido de verdad —dijo ella con amargura.

—Cámbialo, haz algo. No te quedes de brazos cruzados haciendo siempre lo que los demás esperan de ti. Coge las riendas de tu vida y vive, Sofía. Vive, porque cuando te quieras dar cuenta, la vida habrá pasado de largo y no tendrás tiempo para nada —contestó él con seriedad.

Sofía se volvió y lo miró a los ojos. Sabía que lo que había dicho era verdad, pero las palabras eran fáciles de pronunciar, lo difícil era hacerlo, y ella, una Figueroa, nunca podría tomar las riendas de su vida, porque estaba atada de pies, manos y alma, a aquella finca, a su familia y al dolor de saber que su destino podría haber sido otro bien distinto si sus padres aún estuvieran vivos.

Como si hubiese adivinado sus pensamientos, Zack se acercó a sus labios y la besó con dulzura, intentando ahuyentar la sensación que ella tenía en aquel momento. Sofía respondió a su beso con

desesperación, necesitando mayor contacto.

—Creo que deberíamos irnos... —susurró Zack, aún pegado a su boca.

Ella asintió y, cogiendo las riendas de *Tesoro*, se fueron hacia las caballerizas. No hacía falta hablar, sabían que cuando llegasen a la casa de Sofía pasaría algo entre ellos; la tensión sexual que se respiraba lo gritaba. Sabían que debían ponerle el broche de oro a aquella tarde tan especial que habían pasado juntos, y después, cuando todos durmieran, Zack se marcharía de la finca y, aunque era lo que Sofía quería, algo en su interior la hacía dudar...

El despertador sonó en el dormitorio de Sofía. Ésta se dio la vuelta y lo apagó. Ya llevaba varias horas despierta, pensando en la noche que había pasado con Zack, entre sus brazos, gimiendo y gozando como jamás lo había hecho. Cuando llegaron la noche anterior no hablaron mucho, cenaron juntos en la cocina y después se fueron directamente a aquella cama, sin comentarlo siquiera, simplemente porque los dos lo deseaban.

Hicieron el amor durante horas, con las manos, con sus bocas y con sus cuerpos; acabaron exhaustos y sudorosos por el esfuerzo. Y, como había dicho Zack, él se marchó de la propiedad ya de madrugada. Sofía le abrió la puerta del garaje para que sacase su moto y caminaron en silencio hasta la entrada de Anhelos. La verja se abrió y, con un apasionado beso en los labios, se despidieron.

Sofía deshizo el camino sola hasta su casa, con una opresión en el pecho, respirando el aroma del rocío que le caía encima, observando cómo la luna y las estrellas brillaban en aquel cielo limpio de nubes. Cuando llegó, se tumbó en la cama y, con el aroma de Zack en la almohada, se quedó dormida en el acto.

Miró de nuevo el despertador, llevaba diez minutos en la cama y sabía que debía levantarse, pero su cuerpo no estaba por la labor. Al final, a regañadientes, se deslizó fuera de la cama y se obligó a meterse bajo de la ducha: tenía que prepararse para ir a trabajar.

Aquella mañana llegó más tarde de la cuenta a su despacho; sobre la mesa había un ramo de flores con unas preciosas calas blancas con líneas rosadas. Dejó el bolso en la silla, cogió la tarjeta que las acompañaba y se sentó mientras encendía el ordenador.

Estoy contando las horas y los minutos que faltan para verte. Sé que, si me dejas, lograré conquistarte y te cubriré de oro y amor.

RODOLFO

Sofía puso los ojos en blanco mientras resoplaba y dejaba la tarjetita sobre la mesa. Volvió a mirar el ramo de flores; sí, eran bonitas, pero ella no era una mujer de flores y bombones... Aunque eso no lo sabía nadie, pues la Sofía que todos conocían adoraba todo lo lujoso y femenino. Estuvo trabajando durante horas, centrada en el balance de aquel mes que acababa y en poner en marcha las nóminas para que sus trabajadores cobrasen. También confirmó varias reservas para las dos casas rurales que tenía en la propiedad; comenzaba el mes de julio y eso suponía que empezaban las vacaciones para muchas personas.

—Perdóneme, señorita Figueroa —dijo Marcelo, asomándose por la puerta, justo después de tocar para poder entrar.

—Pasa, pasa —le indico Sofía a su capataz.

—Quería hablar con usted de un asunto... —susurró Marcelo nervioso, de pie junto a las sillas situadas frente a la mesa de Sofía.

—Siéntate —dijo ella—. Dime, Marcelo.

—Señorita Figueroa, mi hija mayor se marcha al extranjero a estudiar inglés y quería saber si me puede adelantar la paga de verano para poder hacer frente a los gastos que su estancia allí me acarreará —explicó Marcelo.

—Por supuesto, ahora mismo te ingreso la paga más el sueldo de este mes. ¿Adónde se va Teresa?

—A Irlanda, dice que allí es donde se habla mejor el idioma —contestó con una sonrisa al hablar de su hija mayor.

—Seguro que aprende muchísimo y que traerá una bonita experiencia de todo aquello.

—Seguro. —Marcelo sonrió—. Muchas gracias, señorita Figueroa —añadió mientras se levantaba de la silla.

—Espera un segundo, Marcelo —dijo Sofía, cogiendo su bolso y sacando su cartera—. Ya sabes que le tengo mucho cariño a Teresa; dale esto de mi parte. —Y le tendió trescientos euros.

—¡Oh, no, señorita! Esto es mucho, no podría aceptarlos.

—Pero es que no te los estoy dando a ti, se los doy a Teresa —dijo ella con una sonrisa, acercándole más el dinero. El hombre titubeó, pero al final los cogió—. Y esto dáselo a tu mujer. —Cogió el ramo de flores y se lo tendió a Marcelo, que la miraba sonriente.

—Es un usted un ángel.

—¡Qué va! —exclamó con una sonrisa, restándole importancia a lo que acababa de hacer.

Marcelo se despidió y salió del despacho de Sofía con una sonrisa en los labios. Ella miró cómo salía y sonrió para sí. Le tenía cariño al capataz de la finca; era un hombre bueno, que adoraba y se desvivía por su familia, y Sofía prácticamente había crecido con ellos; era lo menos que podía hacer por esa familia que siempre se había portado tan bien con ella.

Miró la hora, apagó el ordenador, cerró el despacho y se fue a casa de sus abuelos a comer.

—Hola, abu —saludó cuando Cayetana le abrió la puerta.

—Hola, lucero. Hoy tienes buena cara —señaló ésta, mirando el rostro a su nieta, que le sonreía resplandeciente—. ¿Tiene algo que ver con cierto hombre que te envía flores? —preguntó la mujer mientras se dirigían al salón.

—No... —contestó Sofía, recordando de nuevo a Rodolfo. Incomprensiblemente, se olvidaba de la existencia de éste la mayor parte del tiempo.

—Hola, abuelo —saludó al hombre, que acababa de dejar una botella de vino sobre la mesa y se sentó después, con gesto serio y taciturno.

Sofía ocupó su lugar de siempre y el aroma de la carne asada con patatas le abrió el apetito de golpe. Mientras su abuelo les servía vino, ella comenzó a cortar la carne con el tenedor y el cuchillo, escuchando cómo su abuela parloteaba acerca de sus amigas, que acababan de llamarla por teléfono para contarle un nuevo chisme sobre una boda exprés que se celebraría en pocos meses, pues la hija de los Peláez se había quedado embarazada del hijo de los Sáez. Aunque Sofía asentía y sonreía, no le importaba mucho quiénes eran esas personas, que seguramente debía de conocer de los círculos sociales que frecuentaban.

—Sofía —cortó Felipe de golpe, con voz grave y seca, el monólogo que estaba manteniendo Cayetana—, ha llegado a mis oídos que ayer estuviese con un hombre en la finca.

—¿Un hombre? —preguntó Cayetana asombrada, escudriñando la expresión de su nieta.

Sofía se quedó blanca como la pared, asimilando que su abuelo le estaba hablando y que esperaba algún tipo de respuesta; pero no lograba articular palabra. Esperaba haber oído mal y que no estuviera hablando de Zack...

—Para ser exactos, me dijeron que era un melenudo que te tenía bien sujeta por la cintura —masculló con los dientes apretados.

Sofía maldijo por dentro, cerró los ojos y pensó qué podía decirle a aquel hombre de mirada fría y carente de emociones.

—Era un amigo, abuelo —susurró, evitando el contacto con sus ojos.

—Pues a mí esos amigos no me gustan. ¿Quién te lo ha presentado, el maricón de tu amigo? —preguntó con voz afilada al tiempo que miraba con dureza a su única nieta.

—¡Abuelo, no hables así de Andreas! —exclamó Sofía, molesta por el calificativo y, sobre todo, por su entonación despectiva al mencionar a su mejor amigo.

—Mira, Sofía, parece que aún no te queda claro en qué posición estás, pero no te preocupes que te lo voy a recordar las veces que hagan falta. Tú eres una Figueroa, una señorita y no puedes, NO

PUEDES —recalcó, elevando la voz—, mezclarte con cierto tipo de personas. Por cómo me lo han descrito, ese hombre no es digno de tu compañía. Por tanto, que sea la última vez que entra en esta propiedad, que habla contigo y que te mira.

—Abuelo, es un amigo que vino a verme, sólo eso... —dijo ella, apretando los puños por debajo de la mesa; intentaba frenar las palabras que se agolpaban en su garganta. No le había gustado que su abuelo hablara despectivamente de Zack, sobre todo cuando él ni lo había visto...

—¡Me importa un carajo! —gritó el hombre, dando un puñetazo a la mesa, con lo que hizo que los platos que había sobre ésta retumbaran por el impacto y que Sofía se sintiese como una niña, incapaz de tomar una decisión por sí sola—. Tú tienes que comportarte como te hemos educado, no como una adolescente caprichosa que se enamora de un rockero. ¿Me has oído bien? Lo que tienes que hacer es conocer a Rodolfo, ése sí que es un buen hombre, de los nuestros... No un melenudo que a saber cómo se gana la vida —concluyó con desprecio.

Sofía lo miró a los ojos. Era consciente de que debía asentir y acatar las órdenes de su abuelo porque ella era así; no podía contestarle, no podía decirle que ese hombre la hacía sentirse bien...

—No me has respondido, Sofía. ¿Has entendido que no debes volver a ver a ese hombre nunca más? —volvió a preguntar, levantando la voz y apretando el puño por encima de la mesa, visiblemente molesto.

—Sí, lo he entendido —respondió ella, desviando la mirada y observando la comida que tenía en el plato.

El estómago se le había cerrado de golpe, el solo hecho de ver la comida le hacía tener náuseas, pero debía de disimular. Si él supiese que ella había tenido más que palabras y algo más que un acercamiento con ese melenudo, podría estallar la tercera guerra mundial en el salón de la casa de sus abuelos... Por tanto, cogió el tenedor y siguió comiendo.

Su abuela la miraba sorprendida, creía que Sofía era sincera con ella, pero acababa de darse cuenta de que le escondía cosas, cosas personales. Comieron los tres en silencio, de esos silencios tan incómodos que daban ganas de salir corriendo. Pero la Sofía que conocían no hacía esas cosas, se quedaba sentada, callada y hablaba cuando le preguntaban, sólo eso...

27

Sofía contó las llamadas perdidas de Zack que tenía en su móvil, los mensajes de WhatsApp e incluso algún sms, veinte en total, pero Sofía lo había ignorado. Desde que su abuelo le dijo que los habían visto juntos, no quiso volver a hablar con él, ni siquiera para comentárselo, ni siquiera para darle las razones por las que no le cogía el teléfono. No merecía la pena gastar saliva en explicárselo, porque él nunca lo podría llegar a entender; vivían en mundos distintos.

Se centró en trabajar y al día siguiente no fue a comer a casa de sus abuelos; no le apetecía que él volviese a sacar el tema...

Aquella mañana se despertó antes de que sonase el despertador, se puso ropa deportiva y salió a correr por las viñas, disfrutando de la brisa matutina, del silencio y de las temperaturas suaves. Rodeó toda la propiedad, observando de paso cómo iban las cepas, y llegó hasta la verja que delimitaba la finca. Se quedó allí quieta y contempló el bosque que había fuera, mientras recordaba aquel día en que Zack había ido con su motocicleta de cross, a contarle su historia y a decirle que la iba a salvar de sí misma... Suspiró, sintiendo una opresión en el pecho que la ahogaba. Cerró los ojos y se alejó de allí en dirección a su casa; aún debía ducharse y desayunar para llegar a tiempo a trabajar.

Puso los ojos en blanco y resopló frustrada cuando al entrar en su despacho vio, cómo no, otro ramo de flores sobre su mesa. Algo que debía ser considerado romántico e incluso debería ilusionarla, la hacía molestarse y gruñir por tratarse de detalles demasiados empalagosos para ella. Cogió de malas maneras la tarjeta, la abrió y

se dejó caer en la silla. Aquella mañana se había puesto un vestido blanco de estilo ibicenco, con unas sandalias de esparto anudadas a los tobillos. Cruzó las piernas y leyó la nota:

> Esta noche te espero a las ocho de la tarde en mi casa. Desde allí nos iremos juntos a la fiesta. ¡Estoy deseando poder volver a verte!
>
> Te dejaré la ubicación en un mensaje.
>
> Besos,
>
> RODOLFO

Arrugó la tarjeta y la tiró a la papelera, hastiada y sin ganas de ir a esa fiesta, que había olvidado por completo. Cerró los ojos para centrarse en todo lo que tenía que hacer aquel día y se puso delante del ordenador. No pudo adelantar mucho, pues su abuela fue a su despacho. Entró sin llamar y la encontró escribiendo un correo electrónico, concentrada, y al verla supo que no estaba teniendo un buen día...

—Buenos días, lucero —saludó Cayetana, mientras se sentaba en una de las sillas que estaban enfrente de la gran mesa de madera.

—Buenos días, abu. Un segundo y estoy contigo —dijo ella, terminando de teclear el texto que quería enviar en un correo electrónico.

—Sí, tranquila —contestó la mujer, sonriente, sin apartar la mirada de ella.

—Dime —dijo dándole a la tecla de «Enviar» y centrándose en su abuela, que la miraba con cariño.

—Bonito ramo de flores —señaló Cayetana—. ¿Son de Rodolfo?

—Sí, si quieres te lo puedes llevar. Es una lástima que se quede en el despacho, ya sabes lo desastre que soy para el cuidado de las flores —dijo, observando los preciosos tulipanes que Rodolfo le había enviado aquella mañana.

—Dime, Sofía, ¿qué te ocurre? —preguntó su abuela, poniéndose bien las preciosas pulseras de oro que siempre llevaba.

—Nada, ¿qué me tiene que ocurrir? —contestó dubitativa, temiendo algún tipo de conversación trascendental.

—No lo sé, te comportas de manera extraña... Nunca pensé que te verías con un melenudo a escondidas, a espaldas de tu propia abuela... Eso me hace pensar que no has sido completamente sincera conmigo.

—Ya se lo dije al abuelo, es sólo un amigo... —Chasqueó la lengua, cansada de dar explicaciones.

—¿Un melenudo? —preguntó Cayetana levantando una ceja, sin dejar de observar los gestos nerviosos de su nieta.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque le gusta llevar el pelo así. ¡Yo qué sé, abu! —exclamó, exasperada por tantas preguntas sobre Zack.

—No, no me refería a eso. —Sonrió suavizando su semblante—. Sofía, sabes que, desde que murieron tus padres, nosotros hemos velado por ti, hemos intentado darte todo lo que ellos te habrían dado si aún viviesen, hemos puesto especial cuidado en tus formación académica y también en tu puesta de largo en sociedad. Tú siempre nos has demostrado que eres una gran dama, que todo nuestro esfuerzo ha merecido la pena. Por eso ahora no entiendo qué ha ocurrido para que te muevas fuera de nuestro círculo. No sé si es debido a tu alocado amigo, al que sabes que le tengo un gran cariño, o aquel crucero que hiciste con él o a algo más, no lo sé, y me gustaría que me sacases de dudas, porque no entiendo qué haces invitando a tu casa a una persona con semejantes pintas, realmente no lo entiendo —concluyó Cayetana con voz pausada.

—Buf... —resopló Sofía, observándose las manos para meditar la respuesta—. Abu, yo tampoco lo sé. —Sonrió con timidez mientras le respondía con sinceridad.

—¿Te gusta ese hombre? —preguntó la mujer, observando la reacción de su nieta.

—No —susurró, negando con la cabeza despacio.

—¿Entonces?

—No lo sé —musitó, haciendo un mohín.

—Sofía, eres una mujer inteligente, no te dejes liar por el primer hombre que te regale los oídos. A veces es mejor fijarse en el que te envía flores —dijo Cayetana, mientras señalaba con la mano el ramo metido en un jarrón de cristal.

—Abu, de verdad, no te preocupes por nada. Además, esta noche he quedado con Rodolfo en Madrid, me va a llevar a una fiesta que da uno de sus amigos.

—Me alegra oír eso. No quiero que te desvíen de tu camino, conozco a ese tipo de hombres, de esos que parecen malos y que irremediablemente nos atraen. Rodolfo es un buen hombre y es de nuestra misma condición social. Sabes que no me gustó que tu abuelo te lo metiese por los ojos, pero la verdad es que tuvo muy buen gusto. Rodolfo es perfecto para ti, Sofía —opinó con voz dulce, intentando reconfortar a su nieta.

—Ya... —Sonrió.

—Bueno, te dejo, no quiero entretenerte. Diviértete mucho esta noche y dale una oportunidad de verdad a Rodolfo. ¿Lo harás, Sofía? —preguntó Cayetana.

—Sí, abu, le daré una oportunidad —contestó, haciendo que la mujer sonriese complacida por su respuesta.

—Si te quedas esta noche en Madrid, avísame. No quiero estar preocupada toda la noche por si te ocurre algo por la carretera —rogó Cayetana, poniéndose de pie y cogiendo el ramo de flores.

—Lo haré, abu —dijo ella; vio que su abuela le sonreía mientras salía del despacho, con el ramo de flores que le había regalado Rodolfo.

Sofía apoyó los codos en la mesa y se sujetó la cabeza con las manos; se sentía como si estuviese dentro de una horrible pesadilla y lo peor de todo era que no podía despertarse, que debía capear el temporal lo mejor que pudiera, aunque se viese totalmente perdida... Cuando se tranquilizó, se puso a trabajar. Quería terminar de hacer unas últimas gestiones para el trato con los chinos; esperaba que al final tanto esfuerzo mereciese la pena.

Rodolfo vivía en el centro de Madrid, en un precioso y moderno edificio de doce plantas. Según las indicaciones que había recibido por mensaje, Sofía se apeó del coche delante del portal y un hombre con un uniforme marrón se acercó a ella saludándola por su nombre, le pidió la llave del jeep y se adentró con él en el parquin subterráneo del edificio.

Ella entró en el gran vestíbulo de mármol negro, con enormes espejos en las paredes y detalles en dorado. Se miró a su paso; estaba impresionante con el vestido que había elegido aquella noche: un precioso Armani en color coral largo hasta los pies, tan vaporoso que flotaba cuando ella se movía. Llevaba el pelo recogido en una cola lateral que permitía ver el tirante del vestido, hecho con filamentos dorados entrelazados entre sí. Sus zapatos dorados de tacón alto repiqueteaban sobre el suelo brillante, y un pequeño bolso que hacía juego con los zapatos contenía lo poco que podía llevar en él: llaves, tarjeta de crédito y algún billete suelto, el teléfono móvil y un pintalabios.

El ascensor se abrió y Sofía entró. Pulsó el botón del último piso y subió mientras una melodía clásica sonaba en el pequeño habitáculo acristalado. Aunque era una cita, no se sentía nerviosa; sabía lo que se iba a encontrar: un piso lujoso, un coche de alta gama, unos amigos refinados, una cena sublime y unas conversaciones vacías. Estaba acostumbrada a todo eso y no era que no fuera de su agrado, sino que sentía que no conectaba con ese tipo de personas; por eso se encerraba en sí misma, hablaba poco y los observaba de cerca.

Andreas siempre le recriminaba su manera de actuar, siempre le señalaba que ella podría sacar la parte positiva de aquellas reuniones y que podría divertirse con ellos, pero lo decía porque nunca había estado en una fiesta de ésas...

—Sabía que la espera merecería la pena, pero no sabía cuánto —dijo Rodolfo, al verla salir del ascensor.

—Hola —saludó ella, acercándose a él con paso elegante.

—¿Has tenido algún problema para encontrar mi casa? —preguntó, cogiéndole la mano y besándosela en un gesto galante.

—No, tus indicaciones eran muy claras —respondió ella, pasando a su casa al ver la invitación que le había hecho con un gesto de la mano.

—Estás preciosa, Sofía —comentó él, mientras caminaba detrás de ella y entraban en el enorme salón de su casa.

—Muchas gracias, tú también estás muy elegante —dijo Sofía, observando el traje a medida que llevaba Rodolfo, gris oscuro, con camisa blanca y corbata morada.

—He intentado estar a tu altura —contestó, y la estudió detenidamente.

Ella sonrió con timidez, mientras contemplaba el espacioso salón decorado por un reputado diseñador de interiores. Todo concordaba: colores y materiales; era un salón impersonal, donde se notaba el poder adquisitivo de Rodolfo, pero nada más que eso... Muebles de maderas nobles, delicados tejidos para los sofás y las sillas, preciosos cuadros de famosos pintores; lo que siempre se encontraba al entrar en las casas de esas personas que decían ser las amistades de Sofía, pero que en realidad no sentía que conectara con ninguna de ellas.

—Tienes una casa maravillosa —dijo con educación, sabiendo que era lo que se esperaba de ella en ese tipo de situación.

—No tanto como la tuya, pero no está mal —respondió él con una sonrisa—. ¿Quieres una copa?

—No, gracias.

—Enseguida llamará mi chófer y nos podremos ir.

—¿No conduces tú?

—No, hoy prefiero que nos lleven y así poder beber tanto como queramos —explicó sonriente.

Sofía lo miró sonriendo también. Rodolfo era un hombre muy guapo, de esos que hacen que una gire la cabeza para poder verlos mejor; amable, caballeroso, rico... Sí, lo tenía todo, pero... algo había, o algo que no tenía, que a Sofía la hacía sentir que aquel

hombre era simplemente un conocido más. Desechó ese pensamiento; se había prometido a sí misma que le daría una oportunidad. Dado que él ya tenía el beneplácito de sus abuelos, era la opción más fácil y cómoda para ella.

Sonrió con más ganas cuando él le comentó que el chófer los esperaba ya abajo. Caminó a su lado y en el espejo del ascensor vio que hacían muy buena pareja. Como le había dicho su abuela, era perfecto para ella, le encajaba a la perfección, como un bolso de Chanel; le hacía juego. Además, un importante vínculo los unía: los padres de ambos habían sido grandes amigos. Seguramente en alguna de sus reuniones habrían sacado el tema de que algún día sus hijos tal vez se unirían...

El lujoso chalet de los amigos de Rodolfo estaba dentro de una de las urbanizaciones más caras de Madrid. Era una gran casa de estilo moderno, gris y blanca, con un jardín perfectamente cuidado y una piscina ovalada con iluminación bajo el agua. Cuando llegaron, en la impresionante limusina que había alquilado Rodolfo para la ocasión, ya había un revuelo de personas, vestidas con sus mejores trajes, luciendo sus mejores joyas, hablando y riendo. Sofía no dejó de sonreír en todo el trayecto; se había acostumbrado a hacerlo y casi le salía de forma innata, aunque no sintiera esa felicidad que demostraba su rostro. Rodolfo la ayudó a apearse del automóvil ofreciéndole la mano, luego ella se cogió de su brazo para entrar en la gran propiedad.

Sofía comenzó a saludar a personas conocidas; era algo normal cuando uno se movía por los mismos círculos sociales. Rodolfo estaba encantado de que ella fuese tan popular, todos la conocían, e incluso sus amigos, al verla, la saludaron con efusividad.

—Pero ¿vosotros no os conocíais de antes? —preguntó Candy, una esbelta rubia con un precioso vestido rosa, ceñido y largo hasta los pies.

—Ya sabes que soy malísima para las caras —comentó Sofía, bebiendo un sorbo del caro champán que servían en la fiesta.

—Los dos habéis coincidido en varias reuniones que hemos organizado —explicó Enzo, el prometido de Candy, un hombre trajeado, de unos treinta años, de pelo castaño y rostro amable.

—Es posible que sí, ahora que lo comentáis, recuerdo haberla visto —dijo Rodolfo, observando detenidamente el semblante sereno de Sofía.

—Bueno y contad: ¿desde cuándo estáis juntos? —preguntó Candy con una sonrisa radiante, perfilada con un pintalabios rosa chicle.

—Nos estamos conociendo, Candy —contestó Rodolfo, y sonrió.

Sofía lo miró asintiendo a sus palabras.

—Ninicuqui —le dijo Candy a Enzo con tono infantil—, ¿me traes otra copa?

—Claro que sí, preciosa —contestó él, cogiendo la copa vacía de su novia—. ¿Me acompañas, Rodolfo? Quiero comentarte un asunto demasiado aburrido para nuestras bellas damas.

Rodolfo miró a Sofía, que asintió con la cabeza para que éste se fuera con Enzo. Candy miró cómo se alejaban con una sonrisa y, cogiéndola del brazo, se fue con ella hacia una sala de estar junto al salón donde estaban antes.

—Vaya, vaya, con Rodolfo ni más ni menos —empezó Candy cuando se hallaron dentro de la pequeña sala, donde varios sofás mullidos y una chimenea hacían de la estancia un lugar muy confortable.

—No estamos juntos, nos estamos conociendo —reiteró Sofía mientras se sentaba al lado de la joven.

—Sofi, si lo veo muy bien, de verdad. Rodolfo es el mejor amigo de Enzo, sé que está deseando formar una familia, pero aún no había encontrado a la mujer indicada. Es curioso, creía que os conocíais, si no, habría hecho de celestina para juntaros —dijo con una sonrisita.

—Bueno, ya sabes que no soy muy dada a citas a ciegas o a encerronas... —contestó Sofía con pasividad.

—Sí, sabemos que eres una mujer distante y rara... Lo que aún no entiendo es qué habrá visto Rodolfo en ti... —murmuró, observándola detenidamente e intentando averiguar qué tenía Sofía para que Rodolfo se hubiese fijado en ella.

—Eso será mejor que se lo preguntes a él —dijo Sofía, tratando de obviar la parte en la que la había llamado rara. Aunque, si lo pensaba mejor, tenía razón, pues ella no era como las mujeres que asistían a ese tipo de fiestas.

—Sí, lo haré, eso no lo dudes. Y dime, ¿cómo te van las cosas por la finca? —preguntó, mientras se atusaba la larga melena rubia, sin apartar sus ojos grises de Sofía.

—Muy bien, celebramos hace poco el aniversario, al que por cierto fuiste invitada, pero no asististe —dijo ella, sabiendo por dónde iba al preguntar eso.

—Oh, sí... no pudimos. Aquella noche, Enzo me invitó a cenar para celebrar que dentro de dos meses nos casamos —comentó de manera despreocupada—. Hace tiempo que no te veo en una fiesta...

—He estado bastante ocupada...

—Claro, debe de ser duro trabajar de sol a sol en el campo... —dijo con voz afilada—. Dime, Sofi, ¿por qué Rodolfo?

—¿Y por qué Enzo? —le devolvió la pregunta con una sonrisa, aunque por dentro estaba harta de aquella estúpida conversación, con aquella mujer arrogante y vanidosa.

—Bueno, eso ya lo sabes: por dinero, por comodidad y porque es el hijo del socio de mi padre —respondió Candy con tranquilidad, sin importarle que el amor no tuviese nada que ver en su elección—. ¿Y tú?

—Rodolfo y yo no somos nada de momento, y estoy aquí porque él me ha invitado, no porque yo lo haya convencido para que lo haga. Si quieres encontrar un culpable para comprender qué hacemos juntos, seguramente será mi abuelo; él fue quien nos presentó —explicó Sofía, cansada de aquello y esperando que con esa respuesta Candy dejase de preguntarle.

—Vaya con Felipe, siempre velando por su nieta... —musitó la otra con retintín.

—Por cómo hablas de él y lo defiendes, parece que estés interesada en Rodolfo —dijo Sofía con cautela, observando su reacción.

—¿Y quién no lo estaría? Guapo, listo, rico... —enumeró Candy con prepotencia—. Ten cuidado, me han dicho que se ve con una mujer, pero que lo suyo no puede ser...

Sofía la miró, y comprendió que lo que le ocurría a Candy no era una simple preocupación por saber con quién estaba el mejor amigo de su prometido, sino que ella querría sin duda alguna estar en su lugar. Reprimió una carcajada. Aquello era la clase alta: mentiras, envidias y poder.

28

—Te estaba buscando —dijo Rodolfo al tiempo que se acercaba a Sofía, que llevaba varios minutos fuera, en el jardín, observando el cielo estrellado y conteniendo las ganas de marcharse de aquella fiesta.

—Estaba tomando un poco el aire fresco —explicó mientras se volvía para mirarlo. Llevaba en las manos dos copas de champán.

—Me ha dicho Candy que te habías ido y que no sabía adónde...

—Sí, supongo que también te habrá dicho que es mi manera habitual de comportarme en las fiestas —respondió ella con una sonrisa, consciente de que Candy sería la primera persona que le enumeraría sus puntos flacos.

—Sí... —Rio y le ofreció una copa. Sofía la cogió y se la llevó a la boca—. ¿Ha pasado algo con Candy? —añadió visiblemente nervioso.

—No debes preocuparte por lo que me haya dicho o no, la conozco desde hace unos cuantos años y sé cómo es... —contestó con ironía, apartando los ojos de él y observando el movimiento del agua de la piscina, que oscilaba un poco a causa de la suave brisa.

—Buf... —resopló Rodolfo, y se aflojó el nudo de la corbata—. Sofía, quiero empezar esto con la verdad; no me gusta mentir y menos a una mujer con la que creo tener muchas posibilidades de ser feliz.

Ella lo miró con atención, sorprendida por su declaración.

—Hace años, Candy y yo tuvimos una aventura, ella aún no salía con Enzo. Estuvimos viéndonos unos meses a escondidas, ya sabes cómo son estas cosas; el padre de Candy ya la tenía adjudicada para el hijo de su socio y, aunque era un secreto a voces,

Candy no quería ver lo que ocurría... Lo pasamos bien, pero acabó, acabó de verdad. Soy un hombre que cree en la amistad y nunca se me ocurriría hacerle algo así a Enzo...

—No hace falta que me des explicaciones, Rodolfo; no te las he pedido —susurró Sofía.

—Lo sé, pero es que necesito hacerlo. No voy a permitir que lo estropee todo, como siempre hace. Ella no ha aceptado la realidad, sigue persiguiéndome y quiere que yo olvide mi lealtad hacia Enzo.

—Pero ya sabias que iba a ser la prometida de Enzo y aun así tuviste algo con ella... —señaló Sofía, observando lo nervioso que estaba.

—Eso es distinto. Enzo no quería comprometerse con Candy, siempre me juraba que lo considerarían la oveja negra de la familia porque no iba a acatar la imposición de su padre, pero al final el dinero y el poder hicieron que cambiase de idea. Enzo se va a casar con ella porque así conseguirá el puesto que quería en la empresa de su padre...

—Todo por dinero, ¿no? —bufó ella con ironía.

—Sí, su padre lo amenazó con dejarlo sin nada si no acataba su decisión y Enzo, simplemente, aceptó...

—¿Tú qué habrías hecho en su lugar? —le preguntó con curiosidad.

—No lo sé, pero supongo que lo mismo que él. Estamos acostumbrados a estar rodeados de todo lo que queremos, es difícil aceptar la casilla B teniendo la A segura.

—Es triste que sea así, Rodolfo...

—¿Por qué? —inquirió perplejo.

—Porque no es lógico ni normal que prefiramos el dinero al amor...

—El amor no da riquezas, Sofía.

—Pero el dinero tampoco da la felicidad, Rodolfo —replicó ella, apartando la mirada.

—Cierto, pero ayuda bastante a no deprimirse —dijo él con una sonrisa, aunque a ella esa confesión no le hizo mucha gracia—. Sofía, sé que si ponemos de nuestra parte esto funcionará y podremos ser felices.

—¿Por qué? ¿No te has dado cuenta de que no soy como Candy y que nunca lo seré? Ella misma te lo ha dicho: soy distante y rara... Dime, ¿por qué estás tan seguro de que lo nuestro puede funcionar?

—Porque veo en ti lo que quiero que tenga mi futura esposa. Eres una mujer inteligente, serena, educada y atractiva —enumeró, mientras se acercaba a ella—. Tienes fuerza y valor al enfrentarte sola a un mundo mayoritariamente de hombres, allí en tu finca. Eres diferente...

—Diferente. —Rio con ironía al oír ese calificativo—. Y aun así, ¿quieres seguir conociéndome?

—Si por mí fuera, ya tendría la rodilla clavada en el suelo y sujetaría un anillo de esmeraldas en mi mano derecha. Eres perfecta para mí, Sofía; no me hace falta nada más.

—No corras tanto, Rodolfo —respondió con una sonrisa, al ver que aquel hombre quería ir demasiado deprisa.

—Sé que tú no piensas lo mismo, tu abuelo me advirtió que tenías el amor en un pedestal y que ibas a ser un hueso duro de roer; pero no me importa esperar. Estoy seguro de que al final te conquistaré. Me veo envejeciendo a tu lado y una sonrisa aparece en mi rostro al imaginar cómo entrelazamos nuestras manos —dijo, cogiendo la mano de Sofía y llevándosela a los labios para depositar un suave beso.

—No me conoces aún, Rodolfo... —suspiró ella y frunció el cejo, temiendo perder con esas palabras mucho más que su libertad.

—Sé lo suficiente como para apostar por nosotros —replicó él con convicción.

Sofía intentó adivinar sus pensamientos, encontrarle lógica a todo lo que le estaba diciendo. No era feo como para tener que aferrarse a la primera mujer que conocía, y tampoco era tan mayor como para que se le pasase el arroz... No entendía ese interés

desmedido por ella, a la que acababa de conocer hacía unos días, alguien que miraba hacia el lado contrario que los demás y que era considerada por los amigos de ambos como una mujer fría y distante. No entendía qué razones podía tener Rodolfo para pelear con uñas y dientes por conquistar su corazón, no lograba comprenderlo. Pero allí estaba él, mirándola con fervor, intentando ser sincero con ella desde el principio y dejándole claro que iba a hacer lo que fuese necesario para que lo aceptara. ¿Sería capaz Sofía de hacerlo? No lo sabía, porque la verdad era que no comprendía qué le ocurría últimamente. Estaba más taciturna que de costumbre, le molestaba todo y se sentía cada vez más sola...

—¿Bailamos? —preguntó Rodolfo en un susurro.

Sofía asintió y volvieron de nuevo a la fiesta.

Sofía cerró los ojos e intentó serenarse. Allí estaba, dentro de su precioso automóvil, estacionada en el centro de Madrid, pensando en la noche que había pasado con Rodolfo. Después de la charla en el jardín se fueron a bailar, a comer delicados entremeses con florituras y a beber copas y más copas de caro champán. Terminaron a altas horas de la madrugada; la limusina los recogió y los llevó al edificio donde Rodolfo vivía. Sofía tuvo que rechazar varias veces el ofrecimiento de él para que se quedase en su casa a dormir; eso sí, con educación y aludiendo a sus responsabilidades del día siguiente...

Cogió su coche y salió del garaje de aquel edificio, pero para su sorpresa, detuvo el jeep antes de abandonar el centro de la capital; agarró su teléfono móvil y barajó la posibilidad de hacer una locura más que sumara las tantas que llevaba hechas desde que embarcó en aquel crucero... Se mordió el labio nerviosa. No debería hacerlo, no era buena idea, pero su cuerpo quería y lo necesitaba con urgencia. Observó que el cielo comenzaba a clarear anunciando un nuevo día y ella seguía debatiéndose entre la necesidad y la razón.

Al final, buscó en su agenda y telefoneó, conteniendo el aliento cuando comenzaron a sonar los tonos de llamada. ¿Era una buena idea?

—¿Sí? —susurró una voz pastosa.

—Hola, Zack, perdona por despertarte... —titubeó y cerró los ojos, sintiéndose una estúpida al oír su propia voz despreocupada.

—¡Hombre, pero si mi bruja sabe llamar por teléfono! —exclamó él con sorna—. ¿Qué te ocurre?

—Nada, sólo que estoy en Madrid y... —dijo con una sonrisa al ver que sonaba animado.

—¿Estás aquí? —preguntó Zack, cortándola de golpe—. Espero que no te vuelvas a Segovia sin hacerme una visita.

—Envíame tu ubicación y voy para allá —murmuró Sofía mientras cerraba los ojos de nuevo, consciente del lío en el que se estaba metiendo ella solita.

—No tardes —contestó él con alegría.

Ella sonrió y cortó la comunicación para que pudiese enviarle su dirección.

El móvil se iluminó con un mensaje y Sofía salió directa hacia allí. No sabía qué la había llevado a pensar en Zack, pero sentía que no podía marcharse de Madrid sin verlo, aunque sólo fuese una vez más.

Vivía lejos del centro, en un barrio tranquilo, en un edificio de ladrillo de obra vista, con un precioso parque enfrente. Sofía aparcó el coche y se dirigió hacia allá con su precioso vestido de fiesta y sus caros zapatos de tacón sonando sobre el duro asfalto. Aún era demasiado temprano para que la gente saliese de sus casas, pero en el cielo comenzaban a atisbarse las primeras luces del día. Respiró profundamente y llamó al timbre del piso de Zack. Su inconfundible voz se oyó por el telefonillo, haciéndola sonreír. Le abrió la puerta y Sofía entró. El vestíbulo era normal, sin grandes pretensiones; en una pared había un gran espejo y el suelo era de terrazo marrón. Lo que más le gustó fue el aroma, a limpio y a café; parecía que los habitantes de aquel edificio comenzaban a despertarse. Cogió el

ascensor y subió al cuarto piso. Al llegar, se encontró a Zack apoyado en el marco de su puerta de roble, despeinado, con unos pantalones cortos de algodón gris y una camiseta de tirantes roja. Al verla aparecer con semejante atuendo sacado de alguna revista de moda, se rio a carcajadas, mientras la hacía pasar a su casa.

—No hacía falta que te vistieras así para mí —dijo, cerrando la puerta y guiándola hasta el salón.

Sofía sonrió y observó lo aseado que estaba todo. El salón era pequeño, con un sofá granate de tres plazas delante de un televisor panorámico y a la derecha una mesa cuadrada con cuatro sillas rodeándola. Lo que más le gustó fue la calidez que sintió al entrar allí, los colores alegres, los grandes y pequeños cuadros que colgaban de las paredes; cojines de estilo hippie adornaban aquel sofá granate y unas cortinas del mismo tono vestían las ventanas.

Se sentó en el sofá; delante había una pequeña mesa baja de madera de haya, con varios cajones, y encima de ésta, el mando a distancia y un libro. Se dio cuenta de que en el mueble donde estaba el televisor había varias fotografías familiares; supuso que serían retratos de sus padres y hermanas.

—Empieza a hablar, creo que me debes algunas respuestas... —dijo Zack, haciendo que Sofía detuviese la mirada en él.

—Siento no haberte contestado, pero ha sido una semana difícil para mí... —farfulló ella.

—Supongo que no habrás elegido ese vestido para venir a mi casa —apuntó él, que observaba su delicado atuendo.

—Acabo de salir de una fiesta... —Suspiró sin entender qué hacía ella allí.

—¿Por qué me has llamado, Sofía?

—No lo sé, Zack... —musitó con angustia, perdiéndose en su mirada oscura y sincera.

—Ven a la cocina conmigo, tengo hambre —dijo él levantándose y cogiéndola de la mano para que fuera con él.

Sofía se dejó llevar. Se sorprendió al ver lo cuidada que tenía la cocina, limpia y ordenada. Se sentó en un taburete alto, arrimado a una pequeña barra que separaba la zona de cocinar del resto. Observó cómo ponía la cafetera y preparaba las tostadas, comprobando una vez más que Zack no era como en un principio había creído; se las apañaba bien dentro y fuera de su entorno.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, al tiempo que sacaba zumo y mermelada de la nevera.

—No mucho —contestó Sofía sin dejar de mirar cómo trajinaba.

—¿Tienes que volver hoy a tu casa?

—No me apetece volver... —musitó ella, mientras se encogía de hombros con indiferencia.

—¿Sólo te has traído ese vestido de princesa? —preguntó Zack, reprimiendo una sonrisa.

—Sí, no tenía pensado quedarme a dormir en casa de nadie.

—¿Has salido con algún hombre esta noche, Sofía? —se interesó él, mientras dejaba las tazas sobre la encimera y echaba un poco de leche en ellas.

—Sí, pero no por decisión mía.

—Si no ha sido decisión tuya, ¿por qué lo has hecho?

—Es lo que esperan de mí.

—Nadie espera nada de ti, Sofía —declaró Zack, vertiendo el humeante café recién hecho en las tazas.

—Te equivocas, esperan que me case con él —confesó con voz fría.

Zack dejó una taza delante de ella y se sentó a su lado sin apartar la vista de la expresión de tristeza de Sofía.

—¿Con quién?—preguntó, sintiendo un nudo en la garganta tras escuchar aquella confesión.

—Con Rodolfo, con el hombre con el que he estado esta noche —respondió ella con pesar.

—¿Y tú qué piensas de ese Rodolfo? —quiso saber Zack, bebiéndose el café con leche con lentitud.

—Que es como todos... —murmuró ella, hastiada del mundo en que vivía.

—¿Como todos? —inquirió él, y enarcó las cejas extrañado ante su contestación.

—Sí —suspiró Sofía, encogiéndose de hombros con desgana, mientras removía el café con tranquilidad.

—¿Yo soy como todos? —La miró fijamente, intentando comprender lo que la hacía sentirse así de triste.

—No, tú eres diferente... —dijo con una sonrisa; cogió la taza y se la llevó a los labios.

—Dime, Sofía, ¿por qué no me has devuelto las llamadas?

—Mi abuelo sabe que existes... —se sinceró, dejando de nuevo la taza sobre la barra.

—¿Y eso es un problema por...? —empezó, para que ella terminase la frase.

—Porque tú no perteneces a nuestro círculo —contestó con naturalidad ante lo obvio del hecho.

—¡Menuda tontería! —resopló Zack, cogiendo una tostada y untando la mantequilla con más fuerza de la necesaria.

—Sí.

—¿Tú qué piensas de todo eso?

—No lo sé, depende del momento del día.

—Cuando llegas por la noche a tu casa, ¿qué piensas? —preguntó Zack, haciendo que Sofía sonriera al ver que, cuando ella hablaba, él la escuchaba con atención.

—En esa parte del día pienso que me da igual lo que piense mi abuelo y sueño con volver a estar en aquel barco... —Sonrió con tristeza.

—Sofía, nadie puede obligarte a hacer lo que tú no quieres hacer. ¡Nadie! Ni siquiera tus abuelos. Eres la dueña de tu propia vida —declaró Zack con seriedad.

—A veces creo que no tengo voluntad para decidir nada... —suspiró ella con desgana, jugando con la cucharilla.

—Sí la tienes, lo que pasa es que estás más centrada en gustar a los que te rodean que en complacerte a ti misma.

—Zack, por favor, hazme olvidar quién soy —suplicó, mirándolo fijamente a los ojos.

—Sofía ¿de verdad quieres esto? —preguntó él, observando su gesto apenado.

—Ahora mismo lo necesito, Zack... Eres el único que ha conseguido que sea yo misma...

—¿Por qué te escondes tras esa fachada de señoritinga? —dijo entonces, mientras le acariciaba la cara con la yema de los dedos y disfrutaba de su delicado tacto y de tenerla para él solo.

—Porque es más fácil ser una arpía sin emociones —contestó ella, notando que aquella sencilla caricia la quemaba.

—Eres una mujer increíble, Sofía; sólo te falta traspasar la barrera que te has puesto tú misma.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó, sintiéndose cada vez más perdida y deseando que Zack la hiciese olvidar lo que todo el mundo esperaba de ella.

—Siendo fiel a tus propios sentimientos y dejándote llevar por lo que ellos te dicten...

—Ahora mismo, lo que me están gritando es que te bese, mientras tú me quitas este estúpido vestido —susurró ella, observando la sonrisa complacida de Zack.

—Entonces, hazlo, Sofía —la apremió él, mirándola fijamente a los ojos.

Sofía se mordió el labio y se le acercó poco a poco. Él se quedó quieto, esperándola, dejando que ella tomase las riendas de su vida, anhelando que los labios de aquella mujer se posasen en los suyos y así poder hacer todo lo que ella deseaba que le hiciera. El roce sensual de sus labios llegó y Zack exploró su boca con su lengua con sabor a café. Sofía gimió al notarla y, casi sin darse cuenta, se sentó encima de él. Zack la abrazó mientras la besaba con pasión, deseándola con todo su ser y sintiendo que cada día estaba más cerca de la verdadera Sofía.

Sin importar nada más que ellos dos, Zack se levantó y con eso hizo que ella se pusiera también en pie; entonces comenzó a bajarle la fina cremallera del vestido para poder liberar aquel cuerpo que deseaba desde que había entrado por la puerta de su apartamento. Un sugerente conjunto de ropa interior hizo que su sexo palpitase emocionado. Sin pensárselo mucho, pues él se regía por sus instintos, la subió a la barra y se colocó entre sus piernas, sin dejar de besarla y de acariciarla. Deseaba que el mundo se parase en aquel momento para que nadie interfiriera en aquella historia que había comenzado casi en broma, sólo por un impulso al ver su mirada, y que se estaba convirtiendo en algo importante para él.

29

Sofía abrió los ojos y se encontró sola en la confortable cama de Zack. Estaba tapada con la sábana, que olía a suavizante y a sexo, y sonrió al recordar lo que había ocurrido en la cocina y después en aquella cama. Dejarse llevar con Zack era siempre placentero e intenso. Se desperezó y, a la escasa luz que entraba por la rendija de la persiana, observó la decoración de aquella estancia tan íntima. Era una habitación con mucha personalidad: la cama era de forja y las sábanas de color azul eléctrico, y había un armario empotrado de puertas grises y una cómoda del mismo material, sobre la cual vio una fotografía en la que una familia muy sonriente era inmortalizada para el recuerdo. Reconoció al dueño de la casa; estaba en medio de dos chicas muy guapas con las que compartía rasgos, aunque en la instantánea llevaba el pelo más corto y sus rasgos eran más aniñados. Sofía sonrió; Zack era muy guapo, se notaba que había madurado con los años, pero no se había desprendido de su atractivo juvenil. Incluso si se lo pudiese ver sin aquel cabello que acaparaba toda la atención, podría ser considerado un hombre de los que no pasan inadvertidos; aparte de su físico, por su manera de ser tan bromista y divertida.

Se levantó de la cama al oír ruidos por otras estancias de la casa. Cogió una camiseta de Zack con un estampado de cebra en color negro y rosa y salió de la habitación.

—Hola —lo saludó con timidez al verlo cocinar.

—Hola, bella durmiente —dijo él con una sonrisa, secándose las manos en un trapo y acercándose a ella para darle un beso en los labios—. ¿Tienes hambre?

—Sí —contestó sonriente.

—Siéntate, a la lasaña le quedan cinco minutos.

—¿Lasaña? Mmmmm, qué bueno —murmuró hambrienta, mientras se sentaba en un taburete de la cocina.

—Sofía, he pensado que podrías quedarte todo el fin de semana aquí conmigo —comentó Zack, mirando el horno, donde se terminaba de gratinar la comida.

—No puedo...

—¿Por qué?

—No me he traído ropa.

—Eso se puede arreglar, te puedo prestar alguna cosa, creo que te queda mejor que a mí. —Señaló la camiseta que llevaba—. O podemos ir de compras, lo que prefieras; pero me encantaría que te quedases, quiero que hagamos cosas juntos...

—No sé, Zack... —titubeó. A una parte de ella le apetecía mucho aceptar, pero la otra se negaba a complacerla.

—Vamos a hacer una cosa: estamos a viernes, sólo sería dejar aparcada a la Sofía señoritinga hasta el domingo por la noche. La Sofía que me gusta diría que sí; comeríamos la lasaña mientras trazamos planes de lo que haríamos en la ciudad, y disfrutaríamos de la compañía y de los ratos de sexo que hubiese entre medias —explicó, acercándose a ella y colocándose a su lado.

—Suena fenomenal, pero no sé si debería hacerlo —dijo ella, al tiempo que le acariciaba el torso y se perdía en su mirada sincera y llena de vitalidad.

—Piensa qué haría la Sofía que vuelve por las noches a su casa —añadió Zack alejándose de ella para sacar la lasaña del horno con la ayuda de una manopla de color naranja.

—Te diría que sí.

—Hazlo entonces.

—¿Dónde dejé mi bolso? —preguntó con curiosidad.

Zack salió de la cocina y entró con su pequeño bolso en la mano, se lo ofreció y, antes de soltarlo, le dio otro beso en los labios.

—Mierda —maldijo Sofía cuando vio las llamadas perdidas de su abuela y de Rodolfo—. Se me olvidó avisar a mi abuela. Un segundo, ¿vale? —dijo, levantándose del taburete y yendo al salón, mientras marcaba el número de teléfono de la casa de sus abuelos.

—¿Diga? —contestó la aguda voz de su abuela.

—Abu, lo siento, se me hizo tarde y me quedé en un hotel... Quería llamarte, pero estaba tan cansada que me quedé dormida.

—¡Ay, lucero!, me vas a matar de un susto. ¿Todo bien? —preguntó con alivio Cayetana, al oír la voz de su nieta.

—Sí, la fiesta fue muy divertida y Rodolfo se portó como un caballero —susurró en voz baja, intentando que Zack no oyese aquella conversación.

—¿No te quedaste en su casa? Hija, sois adultos, no me habría sofocado si lo hubieses hecho.

—No creí oportuno en la primera cita acceder a dormir con él. Ya sabes, abu, que a los hombres hay que hacerlos sufrir un poco para que nos valoren —contestó, mientras pensaba que si su abuela se enterase de la relación que había mantenido con Zack en el crucero se llevaría las manos a la cabeza. Pero claro, Zack no era Rodolfo...

—Di que sí, un poco de negativa nunca viene mal.

—Abu, he hablado con Andreas y al final me voy a quedar aquí hasta el domingo... Lo echo mucho de menos.

—¿Tanto tiempo? —preguntó la mujer extrañada.

—Sí, hace semanas que no lo veo. Me ha comentado que su novio se va de viaje y que así podemos aprovechar el tiempo juntos.

—Bueno... aunque ya sabes que a tu abuelo no le gusta que estés tantos días por ahí sola, pero intentaré que lo comprenda. Ten cuidado, ¿vale? —le pidió su abuela, temerosa por el bienestar de su nieta.

—Claro, abu. Voy a estar con Andreas, ya sabes que él siempre me cuida.

—Lo sé, lucero. Aunque sea un alocado, ese chico te tiene mucho aprecio.

—Bueno, abu, te dejo, me está esperando para entrar a comer en un precioso restaurante italiano —dijo mirando a Zack, que se había asomado a la puerta para avisarla de que ya estaba la comida en la mesa.

—Diviértete y sé una señorita, Sofía, nunca lo olvides —dijo Cayetana a modo de despedida.

—Sí, abu —contestó ella; puso fin a la llamada y dejó el móvil sobre el sofá—. ¿Comemos?

—Vamos, brujilla, nos espera un fin de semana completo —dijo Zack cogiéndola de la mano y llevándola a la cocina, contento tras haberla oído decir que se quedaría en Madrid hasta el domingo.

Sofía se sentía muy relajada de poder comer sabiendo que nadie iba a estar pendiente de sus modales, de qué bebía para comer —aquel día una CocaCola fresquita que le supo a gloria—, y pudiendo hablar sin restricciones. Aquella comida en la cocina de Zack era lo más parecido al paraíso para ella. Saboreó como nunca la deliciosa lasaña que él había cocinado, disfrutó de la conversación fluida de Zack, que le hablaba de su familia, de lo que había hecho esos días en los que no se habían visto y de lo que tenía pensado hacer el fin de semana con ella.

Sofía lo miraba mientras comía y asentía a todo lo que él comentaba. No se cansaba de observar cómo gesticulaba con seguridad, incluso forzando los gestos para que ella se riera. Decir que aquella comida era lo mejor que le había pasado en esos días era quedarse corta. La compañía de Zack conseguía siempre ese efecto en ella, la hacía sentirse cómoda y obviaba todos los peros que tenían a su alrededor.

Después de recoger la cocina, Zack le prestó unos pantalones. Ella puso cara de circunstancias al ver los colores de éstos y él se echó a reír.

—No muerden, Sofía.

—Son horribles, pelanas —dijo con una sonrisa, sintiéndose de buen humor.

—Sólo será un momento. Bajamos a la calle, te compras otro modelito de Barbie Superstar y listo —contestó, tirándose de golpe en la cama para observar cómo se vestía.

Sofía lo miró con una ceja enarcada y finalmente, encogiéndose de hombros, se puso el pantalón color fucsia que él le había dado, a juego con la camiseta de cebra colorida que llevaba.

—Voy ideal —dijo, al tiempo que se calzaba sus caros zapatos de tacón.

—Antes muerta que sencilla, brujilla —replicó él levantándose y dándole un cariñoso cachete en el trasero—. Vamos, eso sí, quiero que te compres ropa cómoda. Si salimos a cenar al Ritz ya te pondrás el vestido que trajiste anoche.

Sofía lo siguió mientras él se reía a carcajadas.

A Sofía le gustaba salir de compras, recorrer muchísimas tiendas para encontrar el modelito que le gustaría lucir, porque ella, ante todo, era muy femenina y aunque no le gustasen las fiestas a las que solían invitarla, eran una excusa excelente para estrenar algún vestido de temporada. Pero lo que nunca imaginó era que salir a comprar con Zack fuese tan peculiar.

Entraron en varias tiendas de ropa, donde ella arrugaba la nariz al ver la escasa calidad de las prendas que allí había expuestas, pero a Zack eso no le importaba y la hizo probarse varios pantalones cortos, zapatillas de lona y camisetas de alegres colores. Sofía le siguió el juego, porque lo bueno que tenía él era que transmitía su optimismo y su alegría. En poco menos de una hora ya habían vuelto al piso de Zack con las mudas suficientes para pasar los dos días.

Sofía se cambió de ropa, se puso un pantalón corto vaquero azul claro y una camiseta de lycra de media manga, de color negro con una enorme mariposa estampada en ella, se calzó las zapatillas y se sintió ridícula al verse en el espejo. Pero esa sensación le duró bien poco, pues cuando Zack la vio, le lanzó un silbido, otorgándole una matrícula de honor por su indumentaria.

Salieron a la calle hablando animadamente. Él la guio hasta donde tenía la motocicleta estacionada, le ofreció uno de los dos cascos que había cogido antes de salir de casa y se montaron en ella. Sofía no sabía adónde iban, pues Zack quería darle una sorpresa, y a ella no le importó dejarse llevar por en medio del tráfico de Madrid, apoyada en la espalda de él, con la velocidad llenándola de entusiasmo y vitalidad

—¿Me has traído a los karts? —preguntó Sofía, bajándose de la moto mientras se quitaba el casco.

—Sí —sonrió Zack, orgulloso de su idea, mientras sacaba la llave del contacto y se quitaba también el casco—. ¿Has montado alguna vez?

—No —respondió, extrañada al ver aquel lugar—. Pero ¿no nos ves un poco creciditos para montar en un bicho de ésos? —preguntó, observando cómo algunos de aquellos vehículos circulaban a gran velocidad por el circuito.

—No. Ven, te va a encantar —dijo él cogiéndola de la mano y arrastrándola hasta la entrada.

Sofía vio a Zack pagar en taquilla, siempre tan contento, con tantas ganas de vivir y con aquella amarga historia en el recuerdo... Era curioso que los dos tuvieran en común un triste pasado, pero cada uno de ellos había elegido afrontarlo de diferente manera.

Lo siguió por el circuito hasta llegar a dos vehículos bajos de diferentes colores. Zack la ayudó a sujetarse el arnés y le explicó cómo funcionaba. Sofía se colocó un casco y esperó a que él estuviese listo. Al poco, los semáforos que tenían delante se pusieron en verde y comenzaron a acelerar.

—¡Vamos, brujilla, demuéstrame de lo que eres capaz! —gritó Zack, adelantándola por la derecha.

Sofía sonrió mientras apretaba más el acelerador. El coche salió disparado y ella apretó las manos sobre el volante. Los obstáculos pasaban muy deprisa y sentía que estaba a punto de echar a volar. La adrenalina se agolpaba en su ser y disfrutó como una niña cuando adelantó a Zack, que, mirándola sorprendido, intentó que no

le ganase. No fue consciente del tiempo que estuvieron dando vueltas por ese circuito curvo, pero se le pasó en un abrir y cerrar de ojos. Cuando salieron de los karts Sofía estaba exultante, no podía parar de sonreír y abrazó con efusividad a Zack porque ella había ganado la carrera.

—Eres sorprendente —dijo él, mientras la estrechaba con fuerza entre sus brazos.

—Gracias por traerme aquí. No pensaba que me divertiría tanto —comentó, dejándose envolver por los brazos de él y sintiéndose dichosa por haber aceptado quedarse esos días en su casa. Esas distracciones le estaban viniendo bien.

—Y eso que sólo estábamos nosotros dos en la pista. Imagínate cuando venimos aquí todos; es una risa.

—¿Tus amigos saben que estoy aquí? —preguntó, mientras salían del circuito.

—No, no he hablado con ellos todavía.

—Preferiría que nadie supiese que estoy contigo...

—¿Te avergüenzas? —preguntó él, viendo que fruncía el cejo.

—No es eso, Zack...

—No te voy a obligar a nada, Sofía. Si tú no quieres que nadie sepa que nos vemos, lo respeto; pero quiero que pienses una cosa: no los engañas a ellos, te engañas a ti misma.

Ella lo miró contrariada, mientras cogía el casco que él le ofrecía y se subían a la moto. Durante todo el camino sólo pudo pensar en las últimas palabras de Zack. Era posible que tuviera razón, que ella misma se estuviera engañando y que esa nueva Sofía que había descubierto en el crucero quisiera salir del caparazón donde la tenía encerrada desde hacía tanto tiempo, para que nadie la viese ni supiese que existía, porque desde la muerte de sus padres no había vuelto a ser la misma.

Zack detuvo la moto enfrente de una preciosa e iluminada fachada donde se podía leer: «EL FOGÓN DE LOS DESEOS». Sofía se quitó el casco, admirando los colores del cartel y, curiosa por saber qué era aquel sitio, se volvió hacia Zack, que estaba sacando la llave del

contacto. Él le guiñó un ojo y la cogió de la mano, llevándola en dirección a aquel local. El gesto la reconfortó y le encantó sentir la mano de él envolviendo la suya.

—¿Adónde vamos?

—A cenar.

—¿Ahí? —preguntó con cara de circunstancias.

—Sí, ¿no te gusta?

—No es eso, es que no voy vestida adecuadamente —explicó, observando su indumentaria.

—Sofía, relájate, aquí no piden vestir de etiqueta. Además, vas bien, estás muy guapa —susurró, mirándola con cariño mientras le apretaba la mano para darle ánimo y que dejase de pensar en aquellas cosas triviales para él.

Entraron por la puerta y un elegante camarero les preguntó si tenían reserva, Zack le dijo que sí y le dio su nombre: Zack Meller. Sofía se dio cuenta en aquel instante de que no sabía mucho de aquel hombre que le estaba descubriendo un mundo nuevo; hasta entonces ni siquiera había sabido su apellido. Enseguida los hicieron pasar entre unas preciosas mesas redondas, orientadas hacia un gran escenario y cubiertas por unos manteles azules con pequeñas estrellas plateadas.

—En unos minutos comenzará el espectáculo; ¿desean tomar algo mientras eligen la cena? —preguntó con amabilidad el camarero.

—Sí, tráiganos una jarra de cerveza —dijo Zack con una sonrisa.

—¿Cerveza?

—Sí, ¿no te gusta?

—No lo sé... —Sonrió tímida—. Nunca la he probado.

—Pero ¿dónde has estado escondida estos años? —preguntó él extrañado.

—Entre las viñas —contestó Sofía sin dejar de sonreír, mientras cogía la carta y leía todo lo que ofrecía aquel pintoresco lugar.

El camarero llevó la bebida y pidieron la cena. Al poco, el telón negro se movió y salió un hombre vestido con esmoquin y chistera. Era un mago, que, entre truco y truco, los hacía reír con su charla.

Sofía disfrutó de aquella cena tan distinta, regada con aquella bebida tan refrescante y que se subía a la cabeza sin que se diera cuenta. Comieron los platos que habían pedido, riéndose sin parar mientras comentaba con Zack lo que veían en el escenario. Estuvieron allí horas. Después de la cena probaron unos cócteles sin alcohol que a Sofía le supieron a gloria.

Zack no paraba de hacerle reír con anécdotas suyas o de cualquiera de sus amigos melenudos. Disfrutó muchísimo de esa noche tan diferente a todas las demás de su vida. Salieron de allí con las manos entrelazadas. Sofía sentía que al lado de Zack podía respirar profundamente; era una sensación única que la llenaba de bienestar. Subieron a la moto de él y se dirigieron de nuevo a su pequeño apartamento.

—Hacía tiempo que no disfrutaba tanto —dijo Sofía, mientras entraban en el piso.

—Pues aún te queda por disfrutar —dijo Zack, rodeándole la cintura con las manos y atrayéndola hasta él.

—¿Ah, sí? —preguntó ella con coquetería, y apoyó las manos en sus hombros—. ¿Qué tienes pensado hacer ahora?

—De momento, quitarte la ropa y después hundirme dentro de ti.

—Mmmmm —ronroneó Sofía, notando cómo las manos de Zack bajaban hasta su trasero—. Me parece una maravillosa idea.

—Y prepárate, porque mañana nos espera un día lleno de aventuras.

—¿Más?

—Sí, más. Quiero que vivas todo lo que te has perdido estos años.

Zack se acercó a sus labios y la besó, sellando aquella promesa de ofrecerle todas las vivencias que no había disfrutado antes, de mostrarle lo maravillosa que podía ser la vida y lo divertido que era

hacer locuras. Quería que ella descubriese un mundo nuevo a su lado y así empaparse de sus emociones, de sus alegrías y de sus ilusiones. Deseaba con todas sus fuerzas que aquel fin de semana durase una eternidad, que hicieran tantas cosas, y disponía de tan poco tiempo...

Sofía comenzó a quitarle la camiseta con prisas. Le encantaba verla así, sin meditar sus acciones, sólo dejándose llevar por lo que estaba descubriendo. La dejó hacer. Quería saber hasta dónde podía llegar aquella mujer acostumbrada a frenar sus impulsos. Ella lo miró a los ojos y sonrió mientras le desabrochaba el pantalón, bajándoselo a continuación y llevándose con él los calzoncillos.

Lo volvió loco ver cómo miraba su erección, asombrándose de que se pusiese tan dura sin siquiera rozarla. Pero a Zack sólo le bastaba encontrarse a su lado para estar así de empalmado. Sofía le creaba aquella imperiosa necesidad de querer más y más... Ella lo miró con ojos expectantes e incluso divertidos y él le sonrió, porque a su lado no podía dejar de hacerlo. Luego, poco a poco fue agachándose hasta ponerse de rodillas. ¡Eso Zack no se lo esperaba! Sólo de pensar lo que ella estaba dispuesta a hacerle, provocó que su miembro se endureciese todavía más, haciéndola sonreír al verlo tan excitado.

Sofía acarició su miembro, envolviéndolo con los dedos, y poco a poco fue moviendo la mano arriba y abajo. Zack apretaba los dientes. Debía tranquilizarse si no querría correrse sólo con aquella caricia. De repente notó su dulce boca y ahogó un gemido. No era la primera mamada que le hacían, pero se notaba que sí era la primera que hacía Sofía, y al darse cuenta se le aceleró el pulso y sintió que necesitaba más.

Ella empezó a cogerle el truco a aquello y hundió cada vez más su pene en su boca, cogiéndolo, chupando y lamiendo a su paso. Zack la miraba embobado. Era preciosa y le parecía que era un canalla con suerte al tenerla en aquella situación que tanto le gustaba, sólo para él, lejos de todo su mundo... La sentía suya, como parte de él, y no sabía qué ocurriría en el futuro; nunca

pensaba en esas cosas, pero en aquel momento sí lo hizo. No quería que fuese sólo un rollo pasajero; quería a Sofía para siempre y haría todo lo necesario para que ella se diese cuenta de que estaban hechos el uno para el otro.

—Sofía, para, estoy a punto de correrme —masculló, obligándose a frenar su orgasmo.

Ella lo miró a los ojos mientras se levantaba. Zack la cogió de la cintura y devoró su boca con desesperación. Sin mediar palabra, la tumbó en el sofá y la desnudó por completo. Sofía lo miraba expectante, recordándose que tendría que poner fin a aquello el domingo y que debería ser firme; no podía dejarse llevar de nuevo por el magnetismo de aquel melenudo. Pero su razonamiento se nubló cuando notó los labios de Zack recorriéndole el cuerpo, y simplemente sintió el placer y la intimidad de estar con él.

30

«Respira e intenta que no se te note el pánico que sientes ahora mismo», pensaba Sofía observando de reojo a Zack, que mostraba una amplia sonrisa sin apartar la mirada de ella. Aún no entendía qué hacía allí, ni siquiera se había dado cuenta cuando se dejaba llevar por los planes que tenía él para ese fin de semana. Aunque, claro, ella esperaba algo más tranquilo, como la cena en aquel teatro bar o incluso la carrera en karts... Pero no, como ya era costumbre, aquel pelanas de sonrisa eterna la había sorprendido de nuevo.

Habían amanecido abrazados. Los rayos de sol se introducían por las pequeñas rendijas de la persiana e iluminaba casi toda la estancia. Zack la besó con dulzura y le prometió un desayuno en la cama. Sofía se quedó tumbada, con una sonrisa dulce en la cara, sintiéndose como nunca antes se había sentido. Estaban desayunando juntos en la cama, mientras concretaban los planes para aquel día, pero entonces Zack, poseído por una idea brillante, se levantó de un salto y llevó la bandeja con los vasos y los platos sucios a la cocina, apremiando a Sofía para que se vistiese y así poder aprovechar el día.

Se marcharon en la impresionante motocicleta de Zack en dirección al centro. Sofía sonrió al ver que estacionaba cerca del parque de El Retiro; recordó al instante momentos de su niñez y las innumerables visitas que había hecho al parque con sus padres. Pasearon por los jardines mientras Zack bromeaba sin cesar y ella sonreía encantada. Alquilaron una barca y cruzaron el lago que había dentro del parque y Sofía le contó las veces que había hecho eso mismo con sus progenitores. Una melancólica sonrisa cruzó su rostro; era la primera vez que iba a aquel sitio sin ellos...

Comieron unos bocadillos, que habían comprado en un bar próximo, sentados en el césped bajo la sombra de un árbol, disfrutando de que aquel día el calor les hubiese dado una tregua y del suave viento que los hacía sentirse tan a gusto en aquel lugar. Sofía habló de sus padres, de las cosas que le gustaba hacer con ellos y de los planes que tenían hasta que ocurrió la desgracia. Zack le contó de su estrambótica familia, en la que era raro que alguno se quedase callado y no se metiera en la vida de los demás. Por cómo hablaba de ellos, Sofía no dudó ni un segundo de que exageraba; se notaba que los quería, aun con sus defectos... Reposaron la comida tumbados en el césped, observando las nubes que pasaban por encima de sus cabezas.

Luego, Zack se levantó de un salto y le dio la mano para ayudarla a levantarse; tenían una cita en otra parte de Madrid y, como ya era normal en él, era secreto. Cogieron la motocicleta y se dirigieron hacia las afueras; Sofía había perdido la orientación y no sabía ni dónde se encontraba. Cuando Zack detuvo la moto, se quedó atónita, sin entender qué hacían allí.

Respiró hondo varias veces, intentando que no se le notasen los temblores que la recorrían de arriba abajo. Aquello era una locura. No podía mover ni un solo músculo, paralizada mientras observaba la altura por donde ellos tendrían que lanzarse. Un descomunal precipicio, repleto de afiladas piedras, de no sabía cuántos metros, pero que sólo mirando hacia abajo la mareaba, produciéndole vértigo y pavor al pensar en la posibilidad de que algo fallara y acabaran impactando contra el duro suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Zack, reprimiendo una carcajada.

—Sí... sí —titubeó; no quería demostrar que estaba atemorizada.

—Al principio da un poco de miedo, pero luego notarás cómo la adrenalina recorre todo tu cuerpo, haciéndote sentir pletórica. Saltaré yo primero, ¿de acuerdo? Luego Iker te dirá cuándo tienes

que dejarte caer y yo estaré abajo esperándote. Te prometo que no te pasará nada —le aseguró Zack, mientras la cogía de la mano para tranquilizarla.

—Vale... —suspiró.

Él la miró guiñándole un ojo y sacándole la lengua, ese gesto tan de él que la hacía sonreír, y de un salto se precipitó por aquel acantilado. A Sofía se le hizo un nudo en la garganta al verlo caer, angustiada por si la cuerda no aguantaba y él se estrellaba contra los peñascos. Pero un alarido de júbilo le quitó esa inquietud. Allí estaba Zack, como una especie de yoyó humano, chillando y riéndose a carcajadas, disfrutando al máximo de todo lo que hacía.

—¡¡¡Vamos, Sofía, no te lo pienses y salta!!! —le gritó desde abajo.

Iker, el monitor de *puenting*, comprobó su arnés y que la cuerda estuviese bien enganchada y tirante. Le sonrió para infundirle ánimos y le dio el visto bueno para que saltase cuando estuviese preparada. Zack la miraba desde abajo, con su amplia y sincera sonrisa, dándole seguridad para realizar aquel salto. Al principio ella dudó, muerta de miedo y pensando que iba a cometer la mayor locura de su vida, pero él, con su mirada y su personalidad arrolladora, le infundió el ánimo suficiente para dejarse llevar, contagiándose de sus ganas de vivir.

Respiró hondo y, armándose de valor y cerrando los ojos, dio un pequeño paso hacia delante y se dejó caer. En los escasos segundos que duró aquella caída, a Sofía le vinieron a la cabeza multitud de recuerdos, algunos buenos y muchos malos, haciendo que la realidad la iluminase y se diese cuenta al fin de todo lo que había dejado de hacer por miedo; miedo de fallarles a sus padres difuntos y miedo de vivir...

La cuerda frenó la caída haciendo que subiese. Al abrir los ojos, vio la vida desde otra perspectiva.

—¿Cómo estás? —preguntó Zack cuando la cuerda se quedó quieta y él pudo soltarla y ayudarla a incorporarse.

—¡Genial! —exclamó ella con alegría, y al oírla él sonrió contento—. ¿Saltamos otra vez?

—¡He creado un monstruo! —Rio complacido.

Saltaron de nuevo y esta vez Sofía lo disfrutó al máximo, pensando que llevaba mucho tiempo viviendo como una autómata y que al lado de Zack comenzaba a vivir de verdad.

Después de soltarse de la cuerda, Zack le dijo que lo esperase en la moto y él se fue a hablar con el monitor, al que le dio la cantidad de dinero pactada por aquellos dos saltos. Luego se acercó a ella, aplacándose el cabello alborotado por el viento y los zarandeos, intentando domarlo un poco para no parecer un león, y Sofía, en ese instante, mientras lo veía acercarse, notó algo en su interior, una especie de estremecimiento que la recorría desde la punta de los pies hasta las terminaciones nerviosas de su cabeza.

—Zack, tienes que dejar que pague algo, no puedes afrontar tantos gastos... —dijo preocupada.

—No te preocupes, es sólo dinero —contestó él, ofreciéndole el casco para que se lo pusiera y montando en la moto mientras también se lo ponía.

—Ya, pero tú no debes de tener mucho...

—¿Acaso has investigado mis cuentas, brujilla? —preguntó con sorna.

—No, pero me dijiste que no trabajabas y eso habitualmente equivale a no tener dinero —explicó, subiéndose detrás de él.

—Yo no te dije que no trabajaba, eso lo dedujiste tú —replicó, al tiempo que ponía el motor en marcha; entonces Sofía se pegó a su cuerpo.

—¿Trabajas? —preguntó extrañada.

—¡Pues claro! —respondió entre risas, ante la sorpresa de ella.

—¿Y en qué? —preguntó Sofía con interés.

Zack se introdujo en medio del tráfico, haciendo rugir la moto. En su rostro se podía ver una sonrisa, le hacía gracia ver el interés que tenía Sofía por saber a qué se dedicaba. Para él no era algo tan significativo; trabajaba para poder pagar las cosas que quería hacer

en su vida, como aquel salto que acababan de realizar. No era de los que se desvivían por trabajar muchas horas, prefería invertir ese tiempo en disfrutar de lo que verdaderamente le importaba.

Cuando detuvo de nuevo la motocicleta, Sofía ya no se sorprendió de adónde habían ido a parar; con aquel hombre podía pasar cualquier cosa. Las luces parpadeantes y la música a todo volumen los envolvieron a medida que se iban acercando al parque de atracciones, que estaba situado en la Casa de Campo. Zack la guiaba con una sonrisa radiante hacia las atracciones para adultos y Sofía disfrutó como una niña, gritando de emoción al tirarse por la montaña rusa, al tiempo que comía algodón dulce y observaba la destreza de Zack para conseguirle un peluche.

Cenaron unas hamburguesas mientras paseaban, sin dejar de hablar de los recuerdos que les traía aquel lugar. Zack le contó que sus padres los llevaban bastante a menudo allí a él y a sus hermanas y Sofía le dijo que ella recordaba la última vez que visitó aquel sitio, unas semanas antes de quedarse huérfana.

—¿Siempre es así? —preguntó Sofía, entrando en el piso de Zack, cansada y llevando en las manos el peluche que le había conseguido éste.

—¿Así cómo? —preguntó él, sacando del frigorífico unos refrescos.

—Así de intenso y divertido.

—Intento que sea así siempre, sí —dijo con una sonrisa.

—¿Y los deberes y las obligaciones?

—Los tengo, como todo el mundo, pero procuro equilibrarlos con la diversión —contestó; echó la Fanta de naranja en un vaso y se lo ofreció a Sofía.

—No me has dicho en qué trabajas... —insistió ella, llevándose el vaso a los labios.

—¿De verdad te interesa? Es un trabajo que me aporta dinero para mantenerme —dijo Zack encogiéndose de hombros.

—¿No te gusta lo que haces?

—Sí, mucho, pero me gusta más salir con mi moto y pegar saltos por los montes.

—Dime, ¿es algo ilegal?

—¿Ilegal? ¡No! —Rio despreocupado—. ¿Por qué crees que puede ser ilegal lo que hago?

—Porque lo mantienes muy en secreto, por eso.

—Bueno, tú al principio no me dijiste que eras la dueña y señora de unos viñedos y nunca he creído que dentro de las botellas de vino metieses droga —comentó entre risas.

—No es lo mismo, no quería que nadie supiese quién era.

—¿Por qué?

—Porque a veces, a mí también me gustaría ser otra persona, alguien que vive sin darle explicaciones a nadie.

—¡Pues hazlo! —la apremió Zack.

—No es tan fácil, te lo puedo asegurar...

—Nada es fácil si no se intenta, Sofía.

—Zack, ¿por qué te fijaste en mí?

—Era imposible no hacerlo, brujilla. Eres una de las mujeres más enigmáticas que he conocido y, con ese aire de superioridad que desprendías, la situación me dio mucho juego para divertirme un rato. Eres desquiciante cuando te comportas como crees que debes comportarte, pero cuando se te olvida ese papel, eres simplemente fascinante —dijo, acercándose a ella y rodeándola con los brazos.

—Fascinante —repitió, asombrada por ese apelativo.

—Sí, eres cariñosa, inteligente, tozuda, fuerte, divertida y apasionada —explicó mientras la besaba con suavidad en el cuello—. Me encantas, Sofía...

—Zack... —musitó, notando cómo sus manos se introducían por debajo de su camiseta.

—¿Mmmm? —gruñó él, mientras metía la mano por dentro del sujetador y notaba los pezones de ella endurecerse en sus dedos.

—¿Podemos seguir viéndonos a escondidas? —preguntó Sofía, mordiéndose el labio inferior al sentir que comenzaba a excitarse con sus caricias.

—No pienses en el mañana, brujilla; vive el ahora mismo y disfruta —dijo Zack, al tiempo que la miraba a los ojos y la besaba con pasión, haciendo que ella gimiese en su boca.

Y Sofía se limitó a dejarse llevar por ese consejo de Zack y a disfrutar al máximo, sintiendo que no quería perder aquella complicidad que tenía con él, pero temiendo a su vez por lo que tenían, ya que no podían mostrarlo a los demás. ¿Estaría dispuesto a mantener una relación fuera de los focos? Ella ni siquiera podía pensar en la reacción de sus abuelos si se enteraban de que estaba con un hombre como aquél, tan estrafalario, tan diferente de ellos, tan vividor...

Sabía que estaba siendo egoísta; no quería apartarlo de su vida, pero tampoco quería enfrentarse a lo que conllevara esa decisión. Era difícil hacerlo cuando sabía que podía salir perdiendo... Zack había hecho que descubriera un mundo nuevo, lleno de color y brillo, donde la sonrisa y las ganas de vivir lo llenaban todo; él se había convertido en la luz que iluminaba su oscura existencia, él hacía que surgiera la verdadera persona que Sofía era. A su lado nunca tenía que fingir, simplemente era ella, una mujer complicada, con demasiados problemas y con una vida que no había elegido.

—Buenos días —dijo Zack, despertando a Sofía, que continuaba tumbada en la cama.

—Mmmmmm... Buenos días —susurró ella, abriendo los ojos poco a poco—. Me puedo llegar a acostumbrar a esto, pelanas —añadió, cuando vio que llevaba una bandeja con el desayuno.

—Pues acostúmbrate, brujilla, quiero que vivas todo tipo de emociones a mi lado —contestó él, mientras dejaba la bandeja en la cama y se sentaba a su lado.

—Uf... y esta tarde tengo que volver a la realidad —musitó, haciendo una mueca.

—No vuelvas.

—No puedo hacerlo, Zack —dijo con una sonrisa, y cogió la taza de café con leche que él le ofrecía.

—Tenía que intentarlo —susurró Zack con una sonrisa.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —preguntó Sofía, sabiendo que sería algo especial.

—He pensado alquilar unos quads y que nos demos un paseo por la sierra de Madrid; ¿qué te parece la idea?

—¡Me encanta! —exclamó entusiasmada—. Uy, me llaman —dijo, al oír su teléfono móvil en el salón.

Se levantó de la cama desnuda y correteó hasta donde se encontraba su teléfono, hizo una mueca de disgusto al ver quién la llamaba y pulsó la tecla verde.

—Hola... —saludó nerviosa.

—Buenos días, preciosa. ¿Dónde estás?

—Mmmmmm... En Madrid con un amigo —contestó en voz baja.

—¡No me digas! —exclamó Rodolfo entre risas ante lo absurdo de la situación—. Yo estoy en tu finca, acabo de venir para darte una sorpresa.

—Vaya, cuánto lo siento, Rodolfo. Si lo hubiese sabido me habría marchado antes... —respondió con desgana.

—¿Cuándo vendrás? Me encantaría verte y hablar... —dijo él en voz suave.

—Tenía previsto volver por la tarde... —informó, haciendo una mueca de disgusto y esperando que fuese demasiado tarde para él y que se marchase a su casa.

—¿Esta tarde? —repitió. Se calló unos segundos y luego prosiguió—: Te paso a tu abuelo, que quiere decirte algo.

Sofía maldijo para sí mientras esperaba.

—Sofía —dijo la voz autoritaria de Felipe—, quiero que te vayas de Madrid ipso facto. Rodolfo ha venido a verte y no se va a quedar esperando que a ti te venga bien o no volverte. Conque dile a ese

amigo tuyo que pierde aceite que cancele los planes para hoy y sal ahora mismo hacia aquí.

—Pero abuelo, Andreas había hecho una reserva y... —improvisó como pudo.

—¡Me importa un comino lo que haya hecho! —explotó su abuelo con rabia, obligándola a callarse en el acto—. Es una orden, Sofía. —Y colgó la llamada.

Ella se quedó mirando el móvil con gesto contrariado. Enfrente de ella estaba Zack, vestido sólo con unos calzoncillos naranja fluorescente, observándola. Sofía respiró profundamente para quitarse aquella sensación de desasosiego que tenía encima.

—Me tengo que ir... —balbuceó con timidez.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo, ya eres una mujer —le recordó Zack con voz pausada.

—Para algunas cosas me siento como una niña... —musitó con pesar.

—No lo eres, Sofía; demuéstrales que ya no eres la niña desvalida que acogieron en su casa, demuéstrales que eres toda una mujer —insistió Zack acercándose a ella.

—No puedo, es demasiado complicado. Mi abuelo es muy autoritario y enfrentarme a él equivaldría a que me echara de sus vidas.

—Eso no lo hará, es sólo un farol.

—Sí lo haría, Zack. Mi abuelo es capaz de hacer eso y mucho más...

—No puedes seguir viviendo así, no puedes dejar de vivir por tu abuelo —murmuró él con desesperación.

—¿Vendrás a verme? —preguntó ella con un hilo de voz, sintiendo que aquella sensación placentera que había tenido a su lado comenzaba a desvanecerse.

—¿Cómo? En aquella finca hay miles de ojos... —Zack bufó de mala gana. No quería que se fuera así de su casa, no quería volver a perderla...

—Ya se me ocurrirá algo, pero deseo seguir viéndote.

—A escondidas... —Señaló lo que ella quería.

—Sí. Ven mañana por la noche, tendré preparada una cabaña que tenemos para alquilar y podemos vernos allí, lejos de la mirada de mi abuelo.

—Mañana salgo de viaje, Sofía... —contestó en voz baja, cruzando los brazos en el pecho y mirando el suelo.

—¿De viaje?

—Tengo que estar una semana fuera, por trabajo... Pero te llamaré y cuando vuelva iré a esa cabaña o tú vendrás a este piso. Pero dime, ¿hasta cuándo estarás dispuesta a vivir esta historia? Pronto te cansarás de esconderme, o tu abuelo te dirá que tienes que casarte con ese Rodolfo, y lo harás. ¿Y qué quieres? ¿Que sea tu amante? En estos días que no nos veremos piensa qué estarías dispuesta a hacer por estar conmigo, piensa si merece la pena arriesgarte a seguir viéndome a espaldas de tu familia... Cuando lo hayas sopesado, llámame.

—¿Esto qué es, una despedida? —preguntó Sofía, aguantando la respiración, mientras notaba una opresión en la boca del estómago al creer que no lo volvería a ver nunca más.

—No, porque yo quiero seguir conociéndote, pero ahora mismo no estoy hablando con mi Sofía, estoy hablando con su sucedáneo y me cae mal...—dijo, haciendo una mueca de disgusto—. Escúchame, dale una oportunidad a ese tal Rodolfo, a lo mejor es lo que tú estás esperando, alguien a quien no tienes que esconder debajo de la alfombra; a lo mejor él te hace sentir lo mismo que sientes conmigo. Soy un pintas, soy consciente, pero supongo que te das cuenta de que esto que estamos viviendo es real. A lo mejor no es amor, no lo sé, nunca me he enamorado y no sabría diferenciarlo de la atracción, pero me gusta estar a tu lado, me encanta descubrirte el mundo en el que vives, me vuelve loco verte gemir entre mis brazos...

»Me encantas, Sofía; por eso quiero lo mejor para ti. Averígualo estos días, quizá nos venga bien a los dos este distanciamiento para poder ver con claridad lo que queremos. No me gusta que nadie se avergüence de estar a mi lado y eso es lo que a ti te pasa; de lo

contrario me cogerías de la mano y me presentarías a esos abuelos que tienes, sin miedos ni porqués, sólo lo harías... —concluyó con seriedad, consiguiendo que esas palabras se quedasen grabadas en la mente de Sofía.

Ella nunca antes lo había visto tan serio ni tan molesto por algo.

—No me avergüenzo de ti, lo que ocurre es que... —titubeó, dolida por lo que le acababa de decir.

—Da igual, no pasa nada, no hace falta que me digas nada más. Sé que cuando vuelva a Madrid estaré deseando verte, porque tienes algo que me vuelve loco... —resopló Zack abatido, mientras la abrazaba e inspiraba con fuerza el dulce aroma que ella desprendía —. Pero quiero que lo pienses, ¿vale? Céntrate en lo que verdaderamente quieres, sólo eso, y luego hablamos. Puedes llamarme por teléfono cuando lo necesites, siempre estaré para ti, aunque lo elijas a él...

Sofía asintió, viendo la sinceridad que irradiaban sus ojos castaños, y dejándose envolver por sus cálidos y reconfortantes brazos.

Se armó de valor y se separó de él, recogió sus cosas en silencio y, con un suave beso en los labios, se despidió de Zack. No sabía hasta cuándo, pero le haría caso. Él había sido sincero con ella y se lo debía.

31

Sabía que tendría que salir, no podía quedarse encerrada en el garaje de su casa toda la eternidad. Si no salía, seguramente su abuelo iría a buscarla y la arrastraría hasta ponerla delante de aquel pretendiente que le había elegido, que no tenía ningún fallo significativo, pero que a ella no le acababa de gustar del todo... Apretó las manos sobre el volante.

En el maletero, en una bolsa de plástico, llevaba la ropa que se había comprado en Madrid y el vestido de la fiesta de los amigos de Rodolfo. Una, dos y hasta tres veces tuvo que respirar hondo para armarse de valor y salir afuera. El sol la cegó mientras recorría los metros que separaban su casa de la de sus abuelos. Llevaba un pantalón corto de color rosa claro y una camiseta de tirantes blanca; en los pies, unas zapatillas de lona que hacían que aquel camino le resultase mucho más fácil de recorrer que con sus acostumbradas plataformas. Su cabello, peinado en una coleta alta, se balanceaba por su espalda a medida que iba caminando. Ni siquiera había pensado en cambiarse de ropa, algo raro en ella, tan obsesionada como estaba con la imagen, pero aquel fin de semana inconcluso al lado de Zack la había hecho cambiar, aunque aún no se había dado cuenta del todo...

Su abuela abrió la puerta y la miró de arriba abajo, asombrada por su look, más desaliñado de lo habitual. Ella la saludó como siempre, con dos besos en las mejillas, e intentó esbozar aquella sonrisa que debía mostrar siempre delante de las visitas. Entró en el salón seguida de su abuela, que la miraba nerviosa, saludó con educación tanto a su abuelo como a Rodolfo, que repasó su cuerpo, escuetamente vestido, como si se tratase de una atracción turística.

—¿De dónde vienes con esa indumentaria? —soltó de malas maneras su abuelo.

Por primera vez desde que había salido de casa de Zack, Sofía se dio cuenta de cómo iba vestida y se sonrojó. Sonrió tímidamente mientras se sentaba en uno de los tres sofás que tenían en el salón.

—No me ha dado tiempo de cambiarme, te he comentado que Andreas tenía la reserva hecha para irnos con unos quads por la sierra de Madrid —explicó, maquillando la realidad y dando un motivo real para ir vestida de aquella manera.

—¿Te ibas a subir a un aparatejo de ésos? —preguntó Felipe con la mandíbula apretada y mirando a su nieta como si hablase en otro idioma—. Ya hablaremos en privado de esa nueva moda tuya de hacer estupideces.

—No era ninguna estupidez, iba a ser divertido... —protestó Sofía, dirigiendo la vista a sus manos y sintiéndose más que nunca una niña pequeña que debía dar explicaciones de todo lo que hacía.

—Bah... no digas tonterías, Sofía —dijo su abuelo en tono desaprobatorio.

—Te quedarás a comer, ¿verdad, Rodolfo? —preguntó Cayetana, intentando apaciguar la tensión reinante.

—¡Pues claro que sí! Y además le he dicho que se quede un par de semanas en la finca —explicó su marido con voz autoritaria.

—No quiero ser un estorbo... —dijo Rodolfo, sin apartar los ojos de las piernas de Sofía.

—Tú en esta casa nunca eres un estorbo, hijo —contestó Felipe, al tiempo que le daba una amistosa palmada en la espalda—. Aquí serás siempre bien recibido y más ahora que lo vuestro comienza a andar en la buena dirección y podemos decir que ya eres parte de nuestra familia.

Sofía lo miró asombrada, conteniendo la respiración. Su abuelo estaba en su salsa, reinando en la finca como siempre lo había hecho, haciendo y deshaciendo a su antojo, mientras los demás tenían que acatar sus órdenes, sin rechistar, pues él era la ley allí.

—Muchas gracias, señor Figueroa —contestó Rodolfo complacido.

—Llámame Felipe, con la familia no hay que tener esas formalidades y yo ya te considero mi nieto —dijo el hombre con una sonrisa.

Sofía se sorprendió aún más. Su abuelo sonriendo con un extraño y con una actitud tan relajada y cariñosa. Aquello pintaba mal, muy mal para ella. Felipe ya había dado por sentado que elegiría a Rodolfo e incluso lo consideraba como su nieto... Sofía se quedó noqueada, como si aquello no fuese real. Lo escuchaba, lo veía, pero nunca había pensado que aquel asunto pudiese tirar adelante sin su voluntad; sin embargo, así estaba ocurriendo, y delante de sus propias narices.

—Nos estaba contando Rodolfo que lo pasasteis muy bien en la fiesta de sus amigos —dijo Cayetana con voz aterciopelada, introduciendo en la conversación a su nieta, a la que notaba especialmente rara ese día—. Y que se sorprendió mucho al ver que teníais amigos en común...

—Sí, fuimos a la futura casa de Candy y Enzo —contestó Sofía, mirando al vacío.

—Ay, Enzo... ¿Le has contado a Rodolfo que lo tuviste detrás durante meses? —soltó su abuela entre risas, haciendo que Sofía la mirase sorprendida ante aquella mención—. Pero mi nieta, con toda la gracia de una dama, le dijo que no veía que estuviesen hechos el uno para el otro...

—No me ha comentado nada... —dijo Rodolfo, que observó el rostro inalterable de Sofía.

—De eso hace mucho tiempo, éramos un críos... —explicó ella recordaba cuando Enzo le pidió salir, haría unos seis años, en una de las habituales fiestas que frecuentaban.

—Seguro que habrás tenido muchos pretendientes, eres una mujer muy bella —dijo Rodolfo, haciendo que Cayetana ahogase un grito de satisfacción ante ese cumplido.

—Gracias —murmuró ella entre dientes.

—¿Por qué no salís a dar un paseo mientras nosotros preparamos la comida? —preguntó Cayetana mientras se ponía de pie.

—De acuerdo. Abuelo, ¿le doy las llaves de una cabaña?

—¿Una cabaña para qué? Es nuestro invitado de honor, se quedará en tu casa.

—¡¿En mi casa?! —exclamó Sofía sorprendida.

—Claro; sé que Rodolfo es un auténtico caballero y estoy seguro de que estaréis bien los dos solos. Además, es lo que os hace falta: conoceros —concluyó, poniéndose de pie para ayudar a su mujer.

—Pero la gente pensará cosas equivocadas y...

—¡No pensarán nada, porque Rodolfo es un señor de los pies a la cabeza! —vociferó el abuelo, dando por zanjada la discusión.

Sofía maldijo por dentro y salió de la casa, seguida muy de cerca por Rodolfo.

—¿Te has traído equipaje? —le preguntó al tiempo que se daba la vuelta y se lo encontraba mirándole el trasero.

—Mmmmm, sí... —contestó él avergonzado—. Tu abuelo me llamó por teléfono anoche para pedirme que viniese a pasar unos días aquí contigo. Yo creía que lo sabías...

—Tranquilo, mi abuelo no da puntada sin hilo —gruñó malhumorada, avanzando hacia el coche de Rodolfo—. Si quieres, lo puedes meter en mi garaje, aquí se ensuciará de tierra.

—Claro... Sofía, si tú prefieres que me marche, yo me iré —dijo Rodolfo, y la cogió de la mano para que se detuviera.

—No estoy así por ti, Rodolfo; es por las cosas que hace mi abuelo a mis espaldas —contestó ella.

—Él desea lo mejor para ti —dijo él con convicción.

Sofía no respondió, se limitó a sonreír y le abrió la puerta del garaje de su casa para que pudiese meter su coche de alta gama. Luego cerró y lo acompañó a la que sería su habitación esos días...

—Tienes una casa preciosa, Sofía —comentó Rodolfo, admirando la decoración.

—Gracias.

—Intentaremos que esto funcione, ¿verdad?

—¿El qué?

—Lo nuestro.

—Bueno, Rodolfo, eso no te lo puedo prometer... Puedo intentar conocerte y darte una oportunidad, pero no sé lo que ocurrirá después.

—Voy a hacer lo necesario para enamorarte, Sofía —dijo convencido.

Ella sonrió, cogió las llaves y se dirigió de nuevo a casa de sus abuelos para comer. Había pasado del paraíso al infierno en pocos minutos y se dio cuenta de lo listo y perspicaz que podía ser su abuelo, porque lo lógico hubiese sido alojar a aquel invitado en una de las muchas habitaciones que poseía la finca o incluso en una cabaña; pero si hubiesen hecho eso, Sofía podría haber eludido verlo con cualquier pretexto. Su abuelo no le había dado ninguna opción, y ella iba a tener que conocer a Rodolfo tanto si quería como si no.

Comieron los cuatro juntos los macarrones con carne picada y chorizo que hizo su abuela, regado todo con abundante vino de la casa, fruto de los viñedos familiares. Rodolfo estuvo más pendiente de su abuelo que de agradarla a ella, alabando todo lo que él decía, ensalzando cualquier pericia empresarial... «Menudo lameculos», pensó Sofía mientras cogía la copa y bebía un poco de vino. Ella habló poco, prácticamente sólo algún monosílabo para decir que estaba de acuerdo con lo que comentaban y poco más.

Después del café y las correspondientes pastitas, Felipe apremió —y casi obligó— a su nieta a llevar a Rodolfo a dar una vuelta a caballo por la finca.

—¿Has montado alguna vez? —le preguntó Sofía, mientras acariciaba el lomo de *Tesoro*.

—Sí, aprendí a montar en casa de Enzo; su padre tiene muchos caballos —contestó él con una sonrisa.

—Perfecto; puedes montar tú a *Ratón*, es el caballo de mi abuelo y seguro que estará encantado de que le des un paseo —dijo, señalando un semental en color negro azabache que resoplaba

nervioso.

—¿Por qué se llama *Ratón*?

—Porque odia a los ratones —contestó Sofía encogiéndose de hombros ante lo obvio del nombre.

Les pusieron las sillas de montar y se marcharon. Sofía iba trotando al lado de Rodolfo, que intentaba familiarizarse con aquel caballo. Anduvieron en silencio, ella no sabía de qué hablar y a él parecía pasarle lo mismo. Cuando llevaban más de medio recorrido, Sofía, aburrida, preguntó:

—¿Hacemos una carrera? —Lo miró con una sonrisa radiante, todavía animada por el magnetismo y la vitalidad que transmitía Zack.

—No creo que sea buena idea, Sofía. Te puedes caer o lastimarte y no quisiera que tu abuelo se molestase conmigo por dejarte hacer esa temeridad —explicó Rodolfo con voz pausada, mirando al frente.

Ella lo contempló boquiabierta y luego apartó la vista de su rostro impasible. Era increíble que aquel hombre que pretendía enamorarla estuviese más pendiente de que su abuelo se molestase con él que de gustarle a ella. Apretó la mandíbula para frenar su lengua, que a causa de los días que había pasado con Zack se había soltado más de lo habitual, y siguió trotando sin siquiera mirarlo.

—Mañana podríamos salir a cenar a un restaurante muy bueno que hay en Segovia —dijo Rodolfo. Sofía asintió—. Y también podríamos aprovechar estos días para quedar con Candy y Enzo. Me dijeron que les encantaría cenar con nosotros una noche...

—Claro... —murmuró Sofía.

—¡Ah, sí! —exclamó él, recordando algo importante—. También me encantaría que vinieses a cenar a casa de mis padres. Están deseando verte de nuevo y hablar contigo —comentó con entusiasmo—: He pensado en ir entre semana y después el sábado volver de nuevo allí, pues quieren organizarte un cóctel de bienvenida con nuestros amigos y familiares más cercanos. Así aprovecharemos bien el fin de semana. Nos iremos el viernes a

Madrid para asistir a la fiesta de Borja y nos pasaremos los tres días haciendo cosas. Podríamos reservar el domingo para relajarnos juntos en un spa y recuperarnos de los excesos de la noche.

—¿Qué Borja? —preguntó ella sin ápice de emoción y deseando que cerrase la boca para disfrutar de aquel paseo con *Tesoro*, que era con el único con el que le apetecía estar en ese momento y no con aquel hombre que le estaba explicando todo lo que iban a hacer juntos...

—Borja del Rivero; ¿por qué?

—Es mi ex... —contestó Sofía, poniendo los ojos en blanco, rabiosa al oír aquel nombre.

—¡No puede ser! —exclamó él emocionado—. Pues mejor me lo pones. Me encantará verle la cara a ese soplagaitas cuando te vea cogida de mi brazo.

—¿Es que te cae mal? —preguntó ella mirando a Rodolfo, que sonreía con desdén.

—Peor que mal.

—¿Y por qué vas a su fiesta?

—Porque no asistir conllevaría automáticamente que no me invitasen a las siguientes —contestó con prepotencia.

—Claro... —bufó ella, cansada de la falsedad de su mundo.

—Nos lo vamos a pasar de película, Sofía. Mañana llamaré a Enzo para quedar un día de esta semana con ellos. Les puedo decir que vengan a tu casa, ¿verdad?

—Mmm... Sí, claro, haz lo que prefieras —resopló sin entusiasmo, pero mostrando su sonrisa tatuada en la cara.

—Ya le diré que es un pillín, que no me contó que le gustabas —dijo Rodolfo entre risas—. Seguro que se muere de envidia al saber que yo duermo en tu casa y él nunca lo ha conseguido.

Sofía lo miró. En pocos minutos le había organizado la semana, llenándosela de eventos, fiestas y reuniones incluso con personas a las que no le apetecía volver a tener en su vida. Pero a él le daba igual, parecía que quisiera enseñársela a todos sus conocidos, como si fuese un trofeo más en su vida, una muñeca adiestrada para

sonreír y hablar cuando se lo pedían... Nunca le habían gustado esas falsedades que regían en aquella clase social, por eso últimamente no asistía a las fiestas que organizaban con cualquier excusa. Se había cansado de intentar agradar a esa gente que después hablaba mal a sus espaldas.

Estar con Rodolfo supondría ver a esa gente con más asiduidad de la que ella querría, pero ¿estaban juntos? Sofía sabía que no, por lo menos por su parte, aunque parecía que a nadie le importaba lo que ella pensara.

Después de meter los caballos en los establos, se fueron caminando a casa de Sofía.

—¿Tienes hambre? —le preguntó al entrar.

—Sí, ¿qué hay para cenar? —curioseó Rodolfo, mientras entraba en la cocina con ella.

—Había pensado hacer unos bocadillos —contestó, lavándose las manos en el fregadero.

—¿Unos bocadillos? —repitió él con fastidio, arrugando la nariz —. ¿No tienes algo para hacer una buena cena?

—¿A qué te refieres con una buena cena?

—Un pescado al horno o una carne braseada con sus patatitas a la panadera... —dijo él, al tiempo que gesticulaba con las manos, como si viese aquellos manjares.

—No sé si te has dado cuenta, pero no tengo cocinera y he estado todo el rato contigo. ¿Cómo quieres que haga eso en tan poco tiempo?—inquirió alucinada ante su petición.

—Ah, no sé... Yo sí que tengo cocinera en casa —respondió con altanería.

—Me alegro por ti, pero yo no.

—Pues eso habrá que cambiarlo en un futuro. Cuando formalicemos lo nuestro y nos casemos tendremos una; ahora prepara lo que puedas —contestó, apoyándose en el borde de la encimera y observando cómo ella trajinaba.

Sofía abrió la nevera y estuvo rebuscando en su interior más de lo necesario, intentando calmar la rabia que sentía por aquel hombre que la miraba sin hacer nada. Cogió fiambres, después el pan del día, que le había comprado su abuela, y empezó a preparar los bocadillos. Ni siquiera iba a ensuciar una sartén con aquel ególatra malcriado.

Rodolfo la contempló en silencio y arrugó la nariz cuando vio que estaba poniendo salchichón y queso en los bocadillos. En cuanto los tuvo preparados, Sofía se fue hacia la mesa y puso el mantel, los vasos y el vino. Se sentaron los dos y en el momento en que él le dio un mordisco a su bocadillo, ella se rio por dentro, pensando que a lo mejor no decía las cosas a la cara por lo de que debía guardar la compostura y ser una dama, pero que había aprendido a devolverlas de otra manera más sutil y refinada.

Durante la cena, Rodolfo le habló de todas las comodidades que tendrían cuando viviesen juntos, que ella sería tratada como una reina y que no volvería a fregar un plato en su vida. Sofía prefirió callarse que la razón de que no tuviera cocinera era simplemente que de vez en cuando le gustaba cocinar e incluso la relajaba fregar los platos y limpiar la encimera. Pero claro, Rodolfo eso no lo entendería nunca, la miraría como si estuviese loca y ensalzaría las mil y una virtudes de tener dinero con que pagarlo todo. Pero el tema era que ella ya tenía dinero y mucho, aunque parecía que Rodolfo aún no lo entendía o no quería entenderlo.

Cuando salió de la cocina después de haberla limpiado, se lo encontró sentado en el sofá, viendo los deportes en la tele. Sofía se acomodó a su lado esperando que la enamorase, como él le había dicho horas antes, pero Rodolfo estaba tan abducido delante de la pantalla que no reparó en ella, que lo observaba expectante, esperando que cumpliese su palabra. Al cabo de un rato se cansó, se levantó y le dio las buenas noches, y él ni la miró al contestarle.

Sofía entró en su dormitorio sintiéndose extraña en su propia casa, pensando en lo distinto que había sido tener a Zack entre aquellas mismas paredes. Rodolfo era un egocéntrico, como lo eran

casi todos los de su casta.

Estuvo tentada de llamar a Zack y explicarle el día que había tenido, de comentarle que hubiese dado todo el dinero que poseía por pasar aquel domingo recorriendo la sierra en los quads con él, viéndolo sonreír despreocupado, sintiéndose viva y no como en esos momentos, igual que una muñeca a la que guiaban, más vacía que nunca y terriblemente sola, aunque tuviese en el salón a ese hombre que, decía, la iba a enamorar...

Pero no lo llamó. Necesitaba saber si Zack era un simple capricho, si la atraía sólo por el morbo de lo prohibido. Debía estar segura de lo que sentía cuando Zack volviese a hablarle con aquella seriedad tan poco común en él, pero tan acertada. Era consciente de que no era justo hacerle eso, que era egoísta de su parte quererlo sólo para ella, sin que nadie lo supiese; una relación a escondidas...

Por otra parte, debía darle una oportunidad al hombre que había elegido su abuelo, tenía que comprobar si era perfecto para ella, como todos aseguraban. Aunque viendo su actitud en su casa, lejos de los ojos de su abuelo o de sus amigos... Mucho tendría que demostrarle que se equivocaba para que Sofía no le diese una patada para echarlo de su vida para siempre.

Se metió en la cama después de ponerse el camisón. Desde allí aún podía oír la televisión, dando los resultados de los partidos de fútbol de ese fin de semana. Se tapó las orejas con la almohada y pensó en Zack, en qué estaría haciendo él en esos momentos, en qué habría hecho si hubiese estado allí con ella. Seguramente, pensó, en aquel momento estarían desnudándose mientras se besaban apasionadamente... Resopló nerviosa y excitada. Menuda tenía por delante...

32

Al día siguiente, se encerró entre las cuatro paredes de su íntimo y confortable despacho, trabajando sin que nadie la molestase. Pero claro, no contaba con el aburrimiento que el campo le producía a Rodolfo, que después de correr por las viñas y de mirar sus correos pendientes, ya no supo qué más hacer. Y no se le ocurrió mejor entretenimiento que ir a ver a Sofía, eso sí, llevando un ramo de flores enorme que acababa de llegar con un mensajero. Ella lo cogió y le dio las gracias con una leve sonrisa. Tuvo que quedarse ese ramo de flores en su despacho, sin poder regalárselo a nadie, pues él estaba presente y no hubiese sido muy cortés hacerlo.

Decir que estaba comenzando a desquiciarse al verlo por doquier era quedarse corto. No la dejaba ni a sol ni a sombra, todo el tiempo preguntaba qué hacía y por qué lo hacía así. Le daba lecciones de cómo tenía que llevar la finca y la bodega, cuando ella ni siquiera le había consultado; sin dejar de hablar de él, de su empresa, de su dinero, de sus viajes, de su fama, de sus propiedades... Sofía callaba, pues no sabía cómo hacer que entendiese que la estaba saturando con tanta prepotencia. Asentía de vez en cuando y, sobre todo, no lo escuchaba; debía trabajar aunque él se empeñase en que no lo hiciese.

Por la noche se fueron a Segovia con el coche de Rodolfo, pues, según palabras suyas:

—Tu coche no está mal, Sofía, pero el mío es mucho mejor. Además, a las mujeres las deben llevar siempre los hombres y no al revés —le dijo, mientras ella se subía al automóvil y se mordía de nuevo la lengua, que más que eso, parecía ya un callo de tanto hacerlo...

Aguantó estoicamente aquellos comentarios machistas, que le habrían hecho saltar si se los hubiese hecho otro hombre, pero Rodolfo tenía comiendo de la mano a sus abuelos, que lo miraban como a un posible nieto. Incluso su abuela se había dejado encandilar por los buenos modales de ese hombre y los enormes ramos de flores que le regalaba todos los días.

Cenaron en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. La cena fue deliciosa y Sofía comprobó de primera mano lo que el dinero podía hacerle a una persona vanidosa: lo volvía mezquino. No le gustó la manera petulante en que Rodolfo trataba a la bonita camarera que les había servido aquella noche; ni siquiera le dejó propina, aduciendo que no había recibido el trato que él se merecía por ser quien era... Sofía salió de allí avergonzada, creyendo que estaba viviendo de nuevo la relación insoportable que había tenido que aguantar junto a Borja, Don Machoman, que también se creía el rey del mundo...

—He pasado una velada deliciosa a tu lado —dijo Rodolfo cuando entraban en la casa de Sofía—. Eres asombrosa y cada segundo que pasa veo que somos perfectos el uno para el otro...

Ella sonrió, fue a dejar el bolso en su dormitorio y volvió al salón, todavía con el precioso vestido que se había puesto, de color burdeos, de corte recto y largo hasta la rodilla.

—Se me ha olvidado decirte que he hablado con Enzo y que vendrán el jueves a cenar —dijo Rodolfo—. He pensado en ir el miércoles a casa de mis padres y así los conoces en privado, antes de asistir a la fiesta que van a organizar para ti; ¿qué te parece?

—Bien —contestó, dirigiéndose a la cocina para beber agua e intentar no ahogarse ante lo organizada que tenía la semana.

—Ven, siéntate conmigo —le pidió Rodolfo, dándole unos golpecitos al cojín que tenía a su lado en el sofá—. Estás preciosa, siempre sabes qué ponerte para cada ocasión... Es una de las cosas que más me gustan de ti.

—¿Mi manera de vestir? —preguntó Sofía, sentándose a su lado y levantando las cejas, sorprendida ante aquella revelación.

—Sí, me gusta que mi pareja sepa vestirse para cada ocasión; ya sabes que nuestro mundo es muy superficial y no me gustaría que nadie nos señalase con el dedo —explicó Rodolfo, mientras le apartaba un mechón de cabello de la cara.

—¿Y tus anteriores parejas no eran así?

—Uf... ¡He tenido de todo! Desde las que pasaban de arreglarse hasta las que se arreglaban en exceso. Tú eres el equilibrio perfecto, se nota que eres de clase alta, te viene de cuna.

—Por lo que me cuentas, ellas no lo eran...

—Bueno, había una que sí, pero le faltaba madurar bastante, la verdad.

—Vaya, ¿cuántas novias has tenido?

—Novias formales unas cinco, después he tenido chicas que entraban y salían de mi vida...

—Vamos que eres un donjuán.

—Es lo normal, ¿no? Soy un empresario joven y rico, además de atractivo e inteligente... Es lógico que las mujeres os fijéis en mí —dijo con petulancia.

—Ajá, claro... —balbuceó Sofía, asombrada por sus palabras.

—Sé que tú no has tenido muchos novios, eso es algo que también me gusta de ti...

—Claro, los hombres podéis tener mil conquistas, pero las mujeres debemos ser vírgenes y puras... —gruñó, molesta por su comentario.

—No tanto como eso, pero sí... Al fin y al cabo, no nos gusta quedarnos con algo demasiado sobado por otros —contestó él con una sonrisa.

—Ya, pero nosotras sí tenemos que aguantar que vosotros os hayáis acostado con media ciudad...

—Así tenemos más experiencia para haceros disfrutar en la cama, mujer. —Le guiñó un ojo y le puso una mano en la rodilla.

Sofía lo miró a la cara con seriedad y cogió aquella mano que descansaba en su pierna para apartarla con firmeza. No quería que la tocase, no podía soportar notar su piel en contacto con la de ella.

Le resultaba repulsivo, algo que no comprendía, porque Rodolfo era atractivo e incluso cautivador, pero estaba descubriendo que en la intimidad no era como intentaba demostrar ante los demás.

—Si al final deberíamos estar agradecidas y todo... —replicó molesta.

—Por supuesto, a la larga ganamos todos. Dime, Sofía, ¿cuándo me vas a dejar darte un beso? —preguntó, acercándose más de lo necesario y clavando la mirada en los tiernos labios de ella.

—Cuando te lo ganes, Rodolfo. Yo no soy como esas cinco novias que has tenido, ni como esos cientos de chicas con las que te has acostado —dijo, mientras se levantaba del sofá.

—No te molestes, pichoncito... Esperaré lo que haga falta, ya estoy deseando averiguar cómo saben tus labios.

Ella lo miró con aplomo, se dio la vuelta y le deseó una feliz noche con voz cargada de odio. Luego se marchó a su dormitorio, donde al fin podría estar sola. Después de quitarse el vestido y de desmaquillarse, se tumbó en su cama con un fino camisón de tirantes. Se quedó quieta, escuchando el movimiento que hacía aquel extraño en su casa; oyó que entraba en la cocina y abría la nevera, después la cerró. Caminaba a grandes zancadas y abrió la puerta de la habitación de invitados. Lo oyó desnudarse e incluso meterse en la cama y no sintió nada, sólo ganas de que desapareciera... Resopló frustrada, cogió su teléfono móvil y comprobó por enésima vez en aquel día si tenía algún mensaje o llamada perdida de Zack... Cerró los ojos al ver que no y se debatió entre enviarle un escueto mensaje o llamarlo. Al final no hizo ni una cosa ni la otra y marcó el número de teléfono de su amigo.

—¡Hola, bichito! —la saludó con alegría Andreas.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo ella en voz baja, para que su invitado no se enterase de que aún estaba despierta.

—Muy bien, aquí viendo la televisión con Eddy. ¿Y tú?

—Puf... —resopló ella, tapándose los ojos con la mano, avergonzada de estar en semejante aprieto—. Tengo en mi casa a Rodolfo.

—¿Y qué hace él allí? —preguntó Andreas casi gritando.

—Mi abuelo me lo ha endosado para que nos conozcamos mejor...

—¿Y ha saltado la chispa del amor? —preguntó él en broma, cuando notó el tono asqueado de su amiga al explicarle la situación.

—La chispa de la desesperación... ¡No he conocido un tío más repulsivo que éste!

—¿Y por qué no lo echas de tu casa? —inquirió entre risas.

—Porque a lo mejor tengo que irme yo antes que él. Mis abuelos sienten adoración por este hombre, creo que lo van a adoptar como nieto...

—¡Exagerada! —exclamó Andreas aún entre risas—: ¿Sabes una cosa?

—No, dime.

—Zack está saliendo con una mujer —susurró su amigo.

Esa información la dejó helada.

—Ah, muy bien... —balbuceó, intentando que no se le notase lo que la habían afectado sus palabras.

—El otro día fuimos a su casa, porque habíamos quedado, y encontramos ropa interior de la cara en el sofá...

—Bueno, el pelanas ya es mayorcito para hacer lo que quiera —contestó Sofía más tranquila al saber que se refería a ella, pues no había encontrado el sujetador que llevó la noche de la fiesta.

—Sí, pero la verdad es que me llevé una desilusión... Yo pensaba que le gustabas, que al final acabaríais cediendo y vuestro amor sería memorable —explicó Andreas.

—Bueno, creo que se habrá dado cuenta de que lo nuestro era imposible —dijo Sofía con una sonrisa, divertida por aquel resumen novelero por parte de su amigo.

—Dime, Sofi, ahora que ya ha pasado tiempo del crucero: entre él y tú hubo algo, ¿verdad?

—Ay, Andreas, lo que te gusta a ti un buen chismorreo —respondió, intentando no reírse a carcajadas ante su insistencia por averiguar qué ocurrió en realidad en aquel viaje.

—Ya sabes que necesito material para mi novela y tú, querida mía, eres mi Musa.

—Pues menuda Musa has ido a encontrar, que tiene en casa al Ken Malibú, que no la deja ni a sol ni a sombra.

—Seguro que ya será menos.

—Es peor que Don Machoman, Andreas.

—¡No! ¿Tanto? —preguntó él de forma teatral, sorprendiéndose ante aquella comparación.

—Peor, mucho peor. Y lo que lo hace insoportable es que no me gusta...

—Pues, bichito, deberás ponerle freno, si no te veo casada con él y con varios churumbeles, sólo por no ofender a tus abuelos.

—Te aseguro que no. Él no sabe quién soy yo y, como no cambie la cosa, voy a tener que sacar a la bruja que hay en mí —dijo con una sonrisa divertida, acordándose irremediablemente de Zack, que la llamaba así con cariño.

—¡Mantenme informado de todo! —exclamó Andreas con entusiasmo.

—Dale recuerdos a Eddy y cuídate —dijo Sofía, despidiéndose de él.

—Lo mismo te digo, Sofi. Besosssssssss —se despidió su amigo con alegría.

Sofía se quedó con el móvil en la mano, pensando en lo que había hablado con Andreas. Debía hacer algo para que fuese Rodolfo quien viese que lo suyo no era tan perfecto. Apagó la luz y cerró los ojos, pensando en la mejor manera de ahuyentar a aquel hombre y quedar como una dama.

Al día siguiente intentó en vano quedarse sola, aunque fuese sólo unos minutos, pero Rodolfo parecía no captar sus sutiles comentarios y tuvo que soportarlo todo el santo día, y además en compañía de sus abuelos, lo que empeoraba más la situación, haciéndola demasiado estresante para ella.

El miércoles, Rodolfo estaba frenético por la visita que harían juntos a casa de sus padres y no paró de hablar de ellos, de lo felices que estaban porque había escogido a la hija de sus mejores amigos, que estaban deseando hablar con ella y muchísimas cosas más de las que Sofía apenas se enteró, porque había comenzado a desconectar en su presencia y sólo asentía cuando lo creía oportuno. Era aturullante y la agobiaba con su «yo» continuo.

Se vistió con elegancia, con un sobrio y elegante vestido negro con encaje en la espalda y en los tirantes; se recogió el pelo y se maquilló realzando su mirada verde y falta de brillo, fruto de aquella situación que la hacía desesperar y sentirse hueca por dentro. Rodolfo ensalzó lo bella que estaba y por poco no se postra a sus pies cuando la vio salir de su dormitorio; era demasiado adulador para su gusto...

Se dirigieron a la gran propiedad que tenían los padres de él en la sierra de Madrid, un lujoso chalet de dos plantas, rodeado de mil metros cuadrados de perfecto césped bien cuidado. Sofía bajó del automóvil de Rodolfo con la gracia de una bailarina y éste le ofreció el brazo para que se apoyase. En la puerta que daba acceso a la casa, los padres de él los miraban orgullosos y felices. Sofía intentó tranquilizar sus nervios y sonrió, como siempre hacía, con aquella sonrisa que sólo se reflejaba en su rostro, pero que no era para nada auténtica.

Al principio, la velada fue como ella se lo imaginaba: una excusa para ensalzar las mil y una cualidades que tenía Rodolfo como hombre y posible marido. Sus padres eran personas refinadas y educadas, y hablaban con voz suave y aterciopelada, mientras observaban a su hijo con orgullo y amor. Rodolfo padre era la versión envejecida de Rodolfo hijo: alto, con el cabello corto salpicado de canas, ojos oscuros y mirada inteligente. Minerva era menuda, delgada, con una piel tersa como la de una joven de veinte años, y unos graciosos rizos anchos enmarcaban su fino rostro.

A Sofía le cayó bien casi en el acto. Tenía aquella calidez que a cierta parte de la clase alta se le había olvidado al pasar de generación en generación. Después de hablar de su hijo, tocó un tema mucho más interesante para Sofía: sus padres. Los dos la miraban con cariño mientras le hablaban de ellos, de lo buenos amigos que eran, del amor que profesaban a su única hija y del triste final que habían tenido. Sofía, mientras tanto reprimía las lágrimas, porque aún le dolía cuando oía hablar de ellos.

—Rodolfo, ¿dónde dejaste el álbum que queríamos enseñarle a Sofía? —preguntó Minerva, mirando a su esposo.

Estaban sentados en el sofá mientras el servicio les preparaba la cena y lo disponía todo. Rodolfo padre se levantó y, con paso seguro, se dirigió a la gran chimenea que presidía la sala, cogió un álbum con las tapas de imitación de madera y se lo ofreció a su mujer.

—Mira, Sofía, aquí tenemos todas las fotos que nos hicimos con tus padres. Eran personas excepcionales y cuando Rody nos dijo que estabais empezando a conoceros, bueno, te puedes imaginar la alegría que nos dio —comentó Minerva con dulzura, abriendo el álbum para que Sofía viese las instantáneas.

Ella pasó las hojas, intentando que sus emociones no se desatasen allí, en medio de aquellas personas a las que no conocía.

—¿Éste es mi padre? —preguntó extrañada, al ver a un hombre que se le parecía bastante, pero con un semblante algo diferente al que recordaba.

—¡Oh, sí! Jajajajaja. Los años setenta fueron años muy extraños, hasta para nosotros —Minerva rio despreocupada—. Mira qué pintas llevábamos todos. Tu abuelo estuvo un mes sin hablarle a tu padre porque éste se negaba a cortarse el pelo.

Sofía miró la fotografía con una sonrisa. En ella se los veía a los cuatro, con ropa de vivos colores y cabellos demasiado cardados para ellas y demasiado largos para ellos.

Estuvo viendo fotografías hasta que los llamaron para cenar. Descubrió muchas instantáneas que nunca había visto, algo normal, pues ellos eran los amigos de sus padres, con los que se divertían, con los que podían ser simplemente ellos mismos. La cena estuvo deliciosa y amenizada con conversaciones del pasado, anécdotas que Sofía no conocía de sus padres, las locuras que habían hecho a espaldas de los padres y las regañinas cuando éstos se habían enterado. Como ella recordaba, su padre era el más loco de los dos, haciendo que su madre fuese la cabal de la relación, la que intentaba que siguiese la línea marcada, aunque a él le costaba bastante seguirla.

—Pero todo cambió cuando naciste tú —prosiguió su historia Minerva—. Ahí tu padre se plantó delante de tu abuelo y le dijo que quería ser un hombre capaz de manteneros, que ya le tocaba poner los pies en la tierra. Y así empezó a trabajar en la finca.

—Creía que siempre había trabajado allí —dijo Sofía.

—Sí y no; se pasaba por allí de vez en cuando, pero no trabajaba como quien dice.

—Mi abuelo tuvo que enfadarse mucho...

—Tu abuelo y tu padre tuvieron muchísimas discusiones a causa de las limitaciones de uno y de las locuras del otro... —explicó Rodolfo padre con una sonrisa.

Sofía se quedó pensativa, intentando absorber toda aquella información novedosa para ella. Nunca habría pensado que sus padres hubiesen sido de la manera que los estaban describiendo los padres de Rodolfo... Según la versión de sus abuelos, eran la pareja perfecta en todos los sentidos y no dos jóvenes como los demás, con ganas de divertirse y cansados de las prohibiciones de sus padres.

Después de la cena, los hombres se fueron al despacho a hablar sobre el negocio familiar y Minerva y Sofía se quedaron solas en la sala de estar, sentadas en el confortable sofá blanco con cojines dorados, con capacidad para albergar en él a unas diez personas.

—Bueno, querida, ya tenía yo ganas de hablar contigo a solas, lejos de los hombres —confesó Minerva, dejando sobre la pequeña mesa de cristal y mármol una copa de champán que habían abierto para celebrar aquella velada—. Sé que mi Rodolfo es un niño mimado, de eso tenemos toda la culpa, porque hemos intentado darle todo lo que ha querido y más. Veo en ti a la perfecta mujer para él, no porque seas hija de quien eres, sino porque hay candidez en tu mirada y la sensatez de tu madre brilla en tus ojos, aunque también atisbo un poco de la locura de tu padre en ellos. Pero dicen que para ser feliz hay que ser un poco loco, ¿no? Mira, querida, Rodolfo es bueno, que no te confundan mis palabras, y sé que te haría feliz; veo cómo te mira y te puedo asegurar que ninguna de las mujeres que nos ha presentado en todo este tiempo ha logrado esa mirada de adoración que te dedica.

—No sé lo que te habrá dicho Rodolfo, pero de momento sólo nos estamos conociendo —explicó Sofía, quien se sentía cómoda con ella, algo raro, pues le costaba mucho abrirse a la gente. Pero Minerva tenía algo que hacía que ella se relajase en el acto y que hablase con sinceridad.

—Lo sé, querida; aunque mi Rodolfo ya nos ha hablado de boda. ¡Imagínate! —exclamó entre risas—. De verdad, Sofía, sé paciente con él, intenta rascar en su fondo y encontrarás a una bellísima persona, que, seguro, te regalará mil y un momentos de felicidad a su lado.

—Minerva, dudo que sea tan perfecta como él pretende que sea. Yo no soy como él dice; soy taciturna, cabezota e incluso desesperante a veces... No entiendo qué ha visto en mí —comentó con sinceridad.

—A lo mejor, esas cosas que te hacen imperfecta son las que a él le parecen maravillosas.

—Lo dudo, creo que nunca me ha visto como soy realmente.

—Pues eso no es bueno, Sofía —dijo la mujer con rotundidad, mientras negaba con la cabeza—. Tu padre no hubiese querido que escondieses tu manera de ser. ¿Sabes una cosa? Aún recuerdo las

últimas palabras que me dijo de ti —susurró con una sonrisa cómplice—. Me confesó que tenías la misma personalidad que él, que ibas a ser una temeraria y que le darías más de un quebradero de cabeza.

—Se nota que erais buenos amigos —comentó sonriendo al escuchar esa confesión. Antes de que ocurriera aquella horrible desgracia, Sofía era de esa manera.

—Sí, mucho. Yo los quería mucho a los dos y para nosotros fue un duro golpe que murieran.

—Ya, me lo imagino —susurró Sofía, e hizo un mohín.

—Dime, Sofía, ¿eres igual de temeraria que tu padre? —preguntó Minerva, cogiendo de nuevo la copa y bebiendo un pequeño sorbo.

—Es posible que ahora esté volviéndome a encontrar con esa faceta mía —contestó sonriente, pensando de forma instintiva en aquel hombre de cabellos abultados que la había hecho abrir de nuevo los ojos al mundo en que vivía.

—Ahora que no nos escucha nadie —dijo la mujer acercándose más a ella—: vive, que el tiempo vuela, querida. Yo me arrepiento de no haber hecho y no haber dicho cosas en el pasado... —confesó con una nostálgica sonrisa—. Y ahora disimula, que vienen los hombres. —Puso cara de miedo y Sofía se rio por lo bajo.

La madre de Rodolfo era genial.

33

—Has enamorado a mis padres —dijo Rodolfo, entrando en la casa de Sofía.

—Son un encanto y he disfrutado mucho de la velada —dijo ella con sinceridad. Había descubierto muchas cosas que no sabía de sus padres.

—Me alegra oírte decir eso, para mí es muy importante que mi pareja se lleve bien con mis padres —comentó, acercándose a ella, que se dirigía hacia la cocina por un vaso de agua.

—Normal... Pero Rodolfo, tú y yo no somos pareja —le recordó Sofía, sacando del frigorífico una botella de agua muy fría.

—Sí, de momento no lo somos, pero confío en que dentro de poco nuestra relación se formalice —respondió él, poniéndose detrás de ella y acariciándole el cuello con la punta de su nariz—. Qué bien hueles, Sofía... —ronroneó de gusto.

—Gracias, supongo... —musitó nerviosa, y se apartó al notar aquella caricia.

—Sofía, ¿no te gusto ni siquiera un poquitín? —preguntó él, haciendo una mueca demasiado infantil: puso morritos y los frunció, mientras se aflojaba la corbata y se quitaba la americana azul marino a juego con los pantalones.

—Rodolfo, eres un hombre muy atractivo y guapo, pero aún no estoy en ese punto... —declaró Sofía, saliendo de la cocina a grandes zancadas, mientras él la seguía.

—Yo puedo ayudarte a que consigas ese punto —murmuró él, al tiempo que la cogía desde atrás y la estrechaba entre sus brazos—. Me gustas mucho, Sofía.

Ella notó cómo se le clavaba en la espalda su erección. Maldijo por dentro ser la protagonista de aquella situación tan absurda y estresante, mientras intentaba separarse de él, porque no podía soportar ni siquiera un roce de ese hombre.

—Rodolfo, no fuerces las cosas —dijo con voz suave—. Es mejor esperar a que esto se asiente definitivamente.

—No sé si podré esperar, Sofía —replicó, besándole el cuello.

—Sí podrás porque eres un caballero, por eso mi abuelo dejó que te quedaras en mi casa —contestó, volviéndose y mirándolo a los ojos. Recordarle a su abuelo había hecho efecto y ahora la miraba con gesto serio—. Buenas noches, Rodolfo. —Sofía sonrió mientras se alejaba de él y se encerraba en su dormitorio.

Se quedó apoyada en la puerta, esperando a que su pulso recobrase la normalidad. Estaba nerviosa, no había pensado que Rodolfo le pidiera tan pronto y con tanto descaro que se acostara con él. Ella no quería, por supuesto; ni siquiera se había excitado al notar su duro miembro contra su espalda.

Cerró los ojos. Aquella noche lo había pasado bien, pero la razón no era él, sino su madre, que gracias a su conversación e historias la había hecho tener gratos recuerdos de sus padres. Había vuelto con cierto grado de felicidad a su casa, con una sonrisa y aquella sensación de comodidad que había añorado esos días, pero Rodolfo lo había estropeado todo al ponerse tontorrón con ella...

Cuando oyó que la puerta del dormitorio de invitados se cerraba, se movió y fue en busca de su teléfono móvil. Las palabras de Minerva resonaban en su cabeza: «Vive, que el tiempo vuela». Buscó en la agenda el teléfono de Zack; necesitaba hablar con él, oír su voz y aquel optimismo que siempre le infundía cuando lo escuchaba. Esperó pacientemente y contó hasta diez tonos, pero la llamada se cortó y Sofía dio por sentado que o bien no podía ponerse o no lo había oído. Con manos temblorosas, comenzó a teclear un mensaje. Era posible que lo hubiese cogido en un mal momento para hablar y quería, necesitaba, comunicarse con él.

Hola, Zack. Mi vida se está convirtiendo en una pesadilla. Rodolfo no me deja ni a sol ni a sombra, me aturrulla tanto que me impide pensar, pensar en ti y en mí. No sé qué ha ocurrido, pero noto que contigo puedo ser yo, algo que no logro ser con nadie más... Hoy he averiguado cosas de mis padres, cosas que no sabía de ellos, que los hacen ser más humanos y cercanos de lo que yo creía que eran... Sólo te llamaba para escuchar tu voz despreocupada y darme cuenta de lo imbécil que soy.

Abatida, lanzó el teléfono a la cama. Necesitaba hablar con él, quería contarle las cosas que había averiguado de sus padres, deseaba oírlo reír y así se imaginaría su sonrisa sincera y su mirada rebosante de vitalidad. Se fue al cuarto de baño a desmaquillarse y a prepararse para irse a dormir. Esperaba que cuando viese la llamada perdida y el mensaje Zack se lo devolviera...

Pasó todo el jueves ensimismada en sus pensamientos; no había podido dormir bien, pendiente de si el móvil seguía encendido y de la llamada de Zack, pero no recibió ninguna llamada, ni ningún mensaje... Rodolfo no paraba de hablar de la cena de esa noche con Candy y Enzo, en casa de Sofía. Rodolfo había contratado un *catering* para esa velada. ¡Un *catering*! Sofía se calló, pues la idea había sido de él, así que ella no tenía que pagar nada... Para redondear el día, tuvo una fuerte discusión, o más bien un monólogo, con su abuelo sobre las cuentas de ese mes, las cuales, según éste, eran bajas y había que tomar medidas para que aquello cambiase... A Sofía, lo menos que le apetecía esa tarde, después de salir del despacho con dolor de cabeza y apesadumbrada, era arreglarse como si tuviese que ir a cenar al mejor restaurante de la ciudad, y sonreír porque debía ser simpática con los invitados...

—¡Oh, la, la! —exclamó Rodolfo en cuanto la vio salir del dormitorio—. Enzo va a querer matarme esta noche.

Sofía, con un vestido blanco ceñido y largo hasta las rodillas, resopló agotada por el tema y simplemente optó por no repetirle, por enésima vez, que aquello había pasado hacía años y que ahora Enzo se iba a casar con Candy.

—¿Han llegado los del *catering*? —preguntó, al oír jaleo en la cocina.

—Sí, hace unos minutos. ¡Mira, ya están aquí! —exclamó Rodolfo emocionado al sonar el timbre.

Sofía lo observó mientras se dirigía a abrir la puerta a los invitados. Se había puesto muy elegante, con un traje gris, camisa blanca y corbata morada.

—Bienvenidos al hogar de mi chica —dijo con una sonrisa.

Sofía puso los ojos en blanco al oír que la llamaba «su chica».

Candy llevaba un ajustadísimo vestido rojo por encima de las rodillas, y un sugerente escote enmarcaba su voluminoso pecho; Enzo iba con un traje azul, camisa rosa y corbata gris. Se acercaron a ella y la saludaron con dos besos en las mejillas.

—Ay, Sofi, me encanta tu casa. Nunca había estado aquí —dijo Candy, dejando su bolso encima del sofá.

—Cuando organizamos una fiesta en la finca, siempre abrimos a los invitados el edificio central, es más espacioso que nuestras casas —explicó ella con voz cansada, sin ganas de nada y menos de aguantar a aquella presuntuosa.

—Estás espectacular, Candy —dijo Rodolfo, dándole un buen repaso a ésta, que se paseaba por el salón admirando la decoración.

—Pues porque no has mirado a tu chica... —musitó Enzo, con voz cargada de erotismo.

Sofía lo miró sorprendida y vio cómo paseaba la mirada por sus curvas.

—¿Queréis una copa antes de la cena? —preguntó, dirigiéndose hacia la cocina.

—Sí, por favor —dijo Candy con una sonrisa de niña buena, jugueteando con un mechón de su cabello.

En la cocina, tres mujeres vestidas con un uniforme que llevaba el logo de su empresa saludaron a Sofía con una sonrisa y ella se la devolvió mientras analizaba lo que acababa de pasar hacía unos segundos... No sabía qué era, pero no le había gustado ese

intercambio de piropos por parte de los hombres. Y la actitud de Candy, pavoneándose delante de Rodolfo exagerando sus contoneos, tampoco era que le infundiera mucho ánimo, la verdad.

Cenaron en el salón; la comida estaba deliciosa y Sofía comenzó a relajarse, al ver que todo marchaba como debía. Candy hablaba sin parar de los preparativos de la boda, de lo maravillosa que iba a ser y del dinero que se estaban gastando sus respectivos padres para que así fuese. Se la notaba entusiasmada por ser el centro de la conversación de aquella noche. Enzo y Rodolfo hablaron un poco de negocios, de algunos trámites bancarios y de un empresario amigo de ambos que acababa de ser imputado por blanquear dinero con una sociedad ilícita. Sofía escuchaba mientras comía y bebía, sin apartar la mirada de ellos, intentando descubrir si lo que había captado al principio eran cosas suyas o no...

Después de la cena, Sofía fue a la cocina a coger una botella de champán y cuatro copas alargadas y al salir los encontró sentados en el sofá. Dejó la botella y las copas sobre la mesa y se acomodó al lado de Rodolfo, que comentaba un cotilleo que le habían contado.

—Es que ese tío es tonto. ¿Tú te crees que va y se acuesta con su secretaria en su casa? Chico, ¡¡sé más listo!! —exclamó Rodolfo y todos se rieron. Sofía simuló una sonrisa.

—El viernes lo veremos en la fiesta de Borja —informó Candy al tiempo que apoyaba la mano en la pierna de Enzo—. Dicen que asistirá con la chica en cuestión. Pobrecilla, no sabe dónde se mete. —Rio tapándose la boca con su fina y delicada mano, en un gesto de coquetería.

—No seas mala con ella, que os conocemos —dijo Enzo con cariño—. Sois todas un poco perversas cuando se trata de las desgracias de los demás.

—No creo que él lo considere como una desgracia. Me da que se quitó un peso de encima cuando Lucinda los pilló en plena faena —comentó con soberbia Candy—. Es que Lucinda, y me tenéis que dar la razón, se creía muy divina y perfecta. Esto ha hecho que se le bajen un poco los humos.

—¿Y quién de nuestro grupo no se cree divina y perfecta? —preguntó Rodolfo entre risas—. Es lo malo de tener tanto tiempo libre, nos da por hablar y poner verde a todo el que se tercie.

—Bueno, bueno... y porque no sabéis la última. Esto que no salga de aquí, que me lo han confesado de primera mano. —Candy hizo una pausa para darle más emoción a su chisme—: ¡¡Lucinda ya está con otro hombre y seguramente será su acompañante en la fiesta de Borja!! —gritó extasiada, mientras daba palmaditas y unos botecitos en el sofá.

—Esto va a ser digno de ver —dijo Rodolfo, encantado con el plus añadido a la velada del viernes.

—Ay, Sofi... no dices nada —se quejó Candy haciendo una mueca, y cogió una copa llena del champán que Sofía había servido.

—Ya sabes que soy mujer de pocas palabras... —respondió con una tímida sonrisa.

—¿Estás nerviosa por volver a ver a Borja? —preguntó Candy, escudriñando su reacción.

—No, la verdad es que ya siento indiferencia por él —contestó Sofía con tranquilidad.

—Siempre he tenido curiosidad por saber si lo que cuenta él es verdad.

—No sé qué cuenta él, pero me puedo imaginar que no tendrá nada que ver con la realidad —dijo Sofía seria. No le gustaba nada hablar de su vida privada delante de la gente y mucho menos delante de aquella chismosa.

—Dice por ahí que eres la mujer más fría con la que ha compartido lecho, que ni siquiera sabes lo que tiene que conocer una mujer para excitar a un hombre, porque simplemente tú nunca te has excitado ni con él ni con nadie; y que por eso rompió contigo, cansado de pelear para que abrieses las piernas —contó Candy en voz baja, como intentando que aquello no saliese de allí.

—Madre mía —dijo Sofía, tratando de no echarse a reír por lo absurdo del argumento—. Eso es mentira. Todo, de principio a fin. Pero ¿sabes una cosa? Yo no soy como él, que le gusta hablar más

de la cuenta, y no te diré las razones verdaderas por las que yo, y recalco, yo, lo dejé a él y no al revés.

—¡No puedes dejarme así! ¡¡Me lo tienes que contar!! —exclamó Candy, ansiosa de información y de un nuevo chismorreo para poder explicar a sus conocidos.

—Candy, déjalo estar, ella no te dirá nada —intervino Enzo, observando la determinación de Sofía. La conocía lo suficiente como para saber que no diría nada.

Sofía respiró aliviada cuando Enzo comenzó a hablar de otra cosa. No le gustaba pregonar por ahí su vida, era suya y no quería que nadie la conociera, aunque eso equivaliese a quedar mal ella misma en lugar de Borja. Estuvieron hablando un buen rato más y, cuando se hizo tarde, se despidieron en la puerta de la casa y comentaron que se verían el viernes.

Rodolfo estaba encantado de cómo había resultado aquella velada, estaba exultante y se notaba que le hubiese gustado poner la guinda final con ella... Pero Sofía no podía, no porque Rodolfo fuese un orco, que no lo era, ni porque la tratase mal, tampoco tenía quejas tan grandes como para tacharlo de algo que no era; el tema era que Sofía necesitaba más y él no se lo daba.

En su dormitorio, se desvistió y se quitó el maquillaje mientras se observaba en el espejo; se la veía cansada, sin color en las mejillas y ni siquiera le brillaban los ojos. Se tumbó en la cama y miró, más por rutina que por otra cosa, el teléfono móvil. El corazón le dio un vuelco cuando vio que Zack le había mandado un mensaje. Lo abrió con una sonrisa en los labios y con los nervios instalados en la boca de su estómago mientras lo leía:

> Lo siento, brujilla, pero no tenía cobertura y ni me sonó. Me alegro de que hayas averiguado cosas de tus padres, de esas que te acercan más a ellos y no a la inversa. Me encantaría estar más cerca y poder escaparme para ir a verte, para ver cómo se mece tu cabello con el viento y oler el dulce aroma de tu piel. ¿Qué tal con don Perfecto, es tan perfecto como te lo pintaron? Ahora mismo le tengo envidia, a ese que

puede verte todos los días y puede hacerte reír. ¿Te hace reír? Espero que sí, porque la vida es demasiado corta como para desperdiciarla con llantos y reproches. Sofía, piensa en lo que de verdad quieres en tu vida, no pongas cara a eso, sino sensaciones.

Un suspiro salió de sus labios al leer aquello. ¿Cómo era posible que un hombre tan loco como él dijera cosas tan sabias? ¿Cómo era posible que le hiciese sentir tantas cosas con un par de frases? Tecleó en su móvil un mensaje de respuesta:

¿Eres el mismo pelanas al que conocí en el crucero? Parecías un niñato con ganas de divertirse y me estás demostrando que eres algo más. Intentaré poner en orden mis sentimientos y, sobre todo, ponerles nombre. A veces me sorprendo con cosas que siento y que no debería sentir, ¿o sí? ¡No lo sé! Estoy hecha un lío, Zack. Me debato entre el deber y el querer...Y tengo miedo, miedo de equivocarme y de arrepentirme con la elección... Dime, ¿tú qué harías?

Dejó el móvil sobre la mesita y apagó la luz. De repente se iluminó la pantalla avisándola de un nuevo mensaje:

No te puedo decir lo que debes hacer, Sofía. Debes decidirlo tú. A veces es bueno equivocarse, así descubres cuál es el camino al que querías llegar. Buenas noches, brujilla mía. Descansa mientras sueñas con pócimas y embrujos. Mientras, yo intentaré salvarte de tus pesadillas; aunque estemos lejos, siempre estaré a tu lado.

Sofía suspiró mientras cerraba los ojos, percibiendo unas sensaciones nuevas para ella, una especie de cosquilleo que comenzaba en su pecho y bajaba hasta su estómago. Intentaba encontrarle lógica a lo que estaba viviendo: tenía a un hombre a escasos metros de ella y aun así quería hablar con otro que estaba a miles de kilómetros. Era una locura. Pensando en Zack, en sus palabras y en esa sensación de plenitud que le producía tenerlo en su vida, se quedó dormida.

34

Los viernes eran días más o menos tranquilos, los trabajadores se preparaban para el fin de semana y a Sofía sólo le restaba finiquitar algunas cuestiones administrativas. Pero aquel viernes no fue así. Rodolfo la apremiaba para que terminase de trabajar pronto y así poder salir enseguida hacia Madrid. Debía recoger la ropa que se pondría ese fin de semana repleto de eventos sociales y necesitaba tiempo para prepararse, anímica y físicamente, para la fiesta de Borja. Por lo tanto, salió antes del despacho, con pocas ganas de abandonar la tranquilidad de su hogar, pero con la sonrisa satisfecha de sus abuelos al ver que accedía a pasar un fin de semana completo con el futuro marido que deseaban para ella.

Llegaron a casa de Rodolfo antes de comer. Al entrar los recibió el aroma delicioso de un asado de carne. Él la acompañó a su dormitorio, contiguo al suyo, y, aunque a regañadientes, le dijo que podía instalarse allí. Rodolfo hubiese preferido tenerla en su cama, pero tuvo que contentarse con eso; por lo menos la tendría bajo su techo y no en una habitación de hotel.

Cuando lo tuvieron todo guardado en sus respectivos vestidores, Rodolfo se la presentó a la cocinera como su novia. Ese apelativo hizo que Sofía frunciera el cejo, aunque él no se dio cuenta. No le gustaba que aquello fuese tan rápido como estaba siendo. Comieron en el amplio salón de aquella lujosa casa; la comida estaba deliciosa y Sofía la disfrutó mucho, mucho más que la conversación, que, cómo no, giró en torno a la fiesta, que ella ya estaba empezando a odiar.

Después se dirigieron a los confortables sofás del salón, sin preocuparse de recoger la mesa, ya que la asistenta lo hizo por ellos. Vieron una película de acción, a la cual Sofía no prestó mucha

atención, pues estaba más pendiente de que Rodolfo guardara las distancias con ella que del argumento. Al final se levantó, harta de apartarle la mano que quería tocarla sin cesar, y le comentó que tenía que empezar a arreglarse si quería estar espectacular. Eso valió para que pudiera irse y tener algo de intimidad.

Llegó al dormitorio y se tumbó en la cama; no le hacía falta tanto rato para vestirse y maquillarse, por tanto, optó por enviarle un mensaje a Zack. Esperaba verlo pronto. Aún no había decidido qué iba a hacer con su vida, si Zack estaría dentro o lo estaría Rodolfo, aunque no sintiese predilección por este último precisamente.

Sofía comenzó a teclear:

Pfff. Hoy fiesta con la élite en Madrid. ¿Dónde estás?

Al poco, Zack le contestó:

Hasta el lunes no vuelvo y eso con suerte. No te diviertas en exceso con la élite. Jajajaja.

Sofía:

Qué simpático, estoy por declararme en huelga y así me ahorro sonreír sin ganas.

Zack:

Pobre niña rica, que tiene que asistir a una fiesta... Te propongo una cosa: ¡escápate!

Sofía:

Me entran ganas de escaparme, no te creas. Pero ¿adónde iría? Mis abuelos me echan de casa fijo.

Zack:

Sólo te digo una cosa: me encanta recoger cachorros abandonados.

Sofía:

¿Ahora soy un cachorro?

Zack:

Eres igual de achuchable que ellos, para mí sí lo eres. Te dejo, me están llamando. Intenta pasártelo bien y, sobre todo, ¡¡PIENSA!!

Sofía apagó el móvil, no sabía qué tenía que pensar. Bueno, sí, pero... ¿qué podía hacer? Sólo tenía a sus abuelos en el mundo, a nadie más, era consciente de que su decisión podía afectar a su relación y no sabía si aguantaría perder a más gente... Se levantó y comenzó a prepararse para la fiesta. Debía ponerse guapa, aunque lo que necesitase en aquel momento fuera un abrazo, pero no uno normal, sino uno de Zack, de esos que la envolvían por completo y la reconfortaban sin necesidad de decir nada. ¿Cómo era posible que lo añorase tanto? No era lógico, lo conocía hacía poco tiempo, tenían muy pocas cosas en común; pero con él se sentía diferente, mejor persona, capaz de hacer cualquier cosa, fuerte y valiente.

Su hombre ideal, el que cumplía sus requisitos, estaba bajo aquel techo. Sabía que Rodolfo tenía de sobra todo lo que ella siempre decía que era necesario para que un hombre la enamorase. Pero allí estaba, encerrada en el dormitorio, inventándose mil y una excusas para que no la tocase, ni siquiera con un palo...

Resopló mientras sacaba la ropa interior que se pondría con el fino vestido de seda y comenzó a desnudarse. No estaba segura de si aquel cambio en su manera de pensar venía dado por la relación tan atípica que había mantenido con Zack... ¿Estaría dispuesta a arriesgarlo todo por una relación en la que ni ella misma creía? Porque no estaba enamorada de Zack, eso lo tenía más o menos claro, y tampoco estaba enamorada de Rodolfo. Para ser exactos, no quería saber nada de Rodolfo, la aburría hasta la extenuación, pero era tan perfecto... ¿Qué debía hacer? ¿Dejarse llevar por aquella extraña sensación que la embargaba cuando estaba al lado de Zack o dejar apartado el romanticismo e involucrarse en una relación que, a priori, parecía perfecta?

Cogió el vestido gris perla de cuello de barco y espalda descubierta; la falda caía en cascada por sus piernas, creando un estilismo digno de la pasarela Cibeles. Era un Elie Saab, el último capricho que tuvo antes de embarcarse en aquel crucero que la había cambiado tanto... Se puso unos zapatos de tacón fino con miles de cristales incrustados, produciendo con la luz unos destellos magníficos a cada paso que daba. Se maquilló, destacando sus ojos y sus labios, se cepilló la melena y se puso una pequeña horquilla con piedras de Swarovski para despejar el lado derecho, y fijó sus ondas anchas con serum, dejándolas caer por la espalda. Para terminar su sofisticado look de aquella noche, optó por ponerse como pendientes unas finas perlas encastradas en oro blanco, una pulsera de brillantes en la muñeca y cambió su bolso de Gucci negro por uno de nácar de mano, donde sólo pudo meter algo de dinero, el móvil y el pintalabios que había utilizado.

Antes de salir del dormitorio, se miró un par de veces más en el espejo y salió hacia el salón, donde la esperaba Rodolfo vestido con un sobrio y elegante esmoquin negro con camisa blanca y pajarita también oscura. Cuando la vio, apareció una sonrisa complacida en su rostro. Aquello era lo que él quería, alguien a quien llevar del brazo, alguien que estuviese a su altura y, en teoría, ella también buscaba lo mismo; por lo menos era lo que prefería antes del crucero y antes de conocer a Zack...

—Uf... Sofía, estoy deseando que comprendas lo perfectos que somos el uno para el otro —dijo Rodolfo, acercándose a ella sin borrar de sus labios aquella sonrisa—. Me casaría ahora mismo contigo y nunca me separaría de ti.

Ella sonrió porque no sabía muy bien qué decir ante aquella declaración. Mientras, Rodolfo le cogió la mano y se la besó, sin apartar la mirada de Sofía.

—Tengo muchas ganas de que te vean conmigo —dijo, acomodando la mano de ella en su brazo y dirigiéndose a la entrada de la casa—. Hoy más de uno se va a llevar una desilusión cuando vea que ya tienes a alguien en tu vida, que me tienes a mí...

Sofía no dijo nada, sólo se dejó llevar hacia el coche; aquella noche conducía él. Rodolfo le abrió la puerta, ella se acomodó en el asiento del copiloto y juntos partieron hacia aquella casa que Sofía conocía demasiado bien; un lugar que en su día creyó que sería su casa, pues Borja y ella estuvieron a punto de dar el gran paso. Menos mal que Sofía supo darse cuenta de cómo era y pudo escapar de un futuro lleno de infidelidades, donde el centro de todo sería él.

La casa seguía igual, con la fachada blanca rodeada por un cuidado jardín, donde florecían unas preciosas rosas de diferentes tonalidades. Detrás de ésta se encontraba la descomunal piscina en forma de lágrima. El interior era lujoso y lleno de esplendor, mármol, maderas nobles, obras de arte, todo en su justa medida y dispuesto para que la gente pudiera verlo sin dificultad, porque lo que más le gustaba a Borja era presumir de todo lo que poseía, no por su trabajo, sino por la millonaria herencia de sus abuelos, con la que varias generaciones podrían vivir con desahogo.

Cuando entraron, ya había unos cuantos invitados saludando al anfitrión y alabando la organización de aquella fiesta. Sofía vio a Borja. Hacía tiempo que no coincidía con él y comenzó a sentirse incómoda y violenta por tenerlo de nuevo delante. Se irguió y caminó cogida del brazo de Rodolfo, que saludaba con efusividad a todo el que pasaba por delante de ellos, orgulloso de llevarla al lado.

Borja hablaba de forma animada con una pareja de amigos. Físicamente no había cambiado nada en ese año que había pasado desde su ruptura: su cabello castaño seguía recortado de un modo perfecto, sus ojos oscuros bailaban vivarachos cuando hablaba, su porte elegante hacía que aquel esmoquin pareciera más caro de lo que debía de ser en realidad. Era un hombre atractivo, poderoso e intimidante. Más alto que Rodolfo y de espaldas más anchas, se notaba que le encantaba practicar deporte, sobre todo remo y piragüismo. De repente, sus miradas se encontraron y él sonrió complacido al verla. Acabó la conversación que estaba manteniendo para poder centrarse en ellos.

—Buenas noches, Borja —lo saludó Rodolfo sonriente, dándole la mano.

—Muy buenas noches, chicos. Muchas gracias por venir —dijo con su voz grave y despreocupada, observando de arriba abajo a Sofía—. Hacía mucho tiempo que no te veía, Sofi...

—Hola, Borja, ya sabes que no soy muy partidaria de las fiestas —contestó a regañadientes.

—Lo sé, es una pena, porque siempre es un placer verte —dijo él, levantando las cejas en un gesto divertido que a Sofía le pareció insolente.

—Ni te imaginas, Borja, el placer que es ver a Sofía justo cuando se despierta y cuando se va a dormir. Simplemente delicioso —soltó Rodolfo, haciendo que Sofía se volviese para mirarlo sorprendida.

—Vaya, sabía que estabais juntos, pero no que ya habíais llegado a la segunda base. Enhorabuena, chicos —dijo Borja con una sonrisa—. Bebed lo que queráis y, sobre todo, divertíos; voy a seguir saludando a la gente.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Sofía en voz baja, cuando Borja los dejó solos.

—Porque se merece escucharlo —respondió con una sonrisa—. Además, es cuestión de tiempo que al final lleguemos a la segunda base, como dice él.

Sofía lo miró, tan seguro de sí, tan orgulloso de haber conseguido que ella hubiese accedido a acompañarlo a aquella fiesta. Eso hizo que se sintiera mal, utilizada como un adorno, sin tener voz ni voto. Cogió una copa de champán de las que ofrecían los veinte camareros uniformados con traje blanco que pasaban por la sala y se la bebió de golpe, intentando ahogar aquel malestar que se había instalado en ella.

—Uy, mira, allí están Enzo y Candy —señaló Rodolfo sonriente, mientras la cogía de la mano y la arrastraba hacia ellos.

Decir que Sofía se estaba aburriendo era quedarse corto. Trataba de mantener la conversación que Rodolfo y la inseparable pareja mantenían, pero era tan repetitiva que tuvo que desconectar en un par de ocasiones. Desde lejos vio que Borja cuchicheaba con una pelirroja impresionante, alta y esbelta, mientras la miraban con poco disimulo; supuso que sería su nueva novia. Sintió lástima por ella, por tener que aguantar a aquel espécimen de hombre.

Comió y bebió y sólo hablaba para asentir y responder a alguna pregunta directa. Las copas de champán pasaban a una velocidad de vértigo por delante de ellos, que no pararon de beber, aunque Sofía se detuvo mucho antes que los demás; no quería emborracharse y perder los papeles. Vieron entrar a Lucinda con su nueva pareja y a su ex con una mujer enfundada en un vestido de una talla más pequeña de la que necesitaba.

Candy estaba en su salsa, criticando a aquellas cuatro personas, sin apartar de sus labios la copa de champán. Al rato, Rodolfo y Enzo se fueron juntos a hablar con un amigo en común y ella tuvo que mantener una conversación banal con Candy, que creía que todo lo referente a su boda y a sí misma era más importante que cualquier otra cosa.

—Menuda fiesta de pacotilla; ¿nos vamos a mi casa y nos tomamos la última copa? —propuso Rodolfo con voz pastosa, cuando la gente comenzaba ya a irse a su casa, dando por finalizada la noche; a sólo unas horas de que el sol despuntara en el cielo.

—¡Sí! —exclamó Candy, dando saltitos y haciendo que su voluminoso pecho, ceñido en aquel vestido de palabra de honor, rebotase a punto de crear una hecatombe en la sala.

—¿Nos despedimos de Borja? —preguntó Enzo, cogiendo a Candy por la cintura y acercándola a él, mientras la besaba el cuello sin importarle que ellos estuviesen delante.

—Bah, ¿para qué? Si él me cae mal y yo a él también. —Rodolfo rio despreocupado, cogiendo la mano de Sofía, que los miraba con ganas de dormir y poca cosa más.

Se dirigieron hacia el jardín.

—Rodolfo, creo que lo mejor es que me dejes conducir a mí —dijo Sofía al ver los traspiés que daba él al acercarse a su coche.

—No, cariño mío, tú eres mi princesa y yo debo conducir por ti —contestó con los ojos excesivamente brillantes y las pupilas muy dilatadas.

—No digas tonterías, Rodolfo. Tú no estás en condiciones de hacerlo, has bebido mucho.

—Sube al coche, Sofía —ordenó él con voz ruda, abriendo la puerta del copiloto para que ella entrase.

Sofía renegó por dentro, mientras se sentaba en el asiento. Rodolfo cerró de golpe la puerta y rodeó el coche. Se sentó al volante y puso el motor en marcha.

—Debes relajarte, Sofía. Algún día seremos tan inseparables que la gente nos asociará sin pestañear —comentó Rodolfo en el momento en que salían de la propiedad de Borja—. Estoy deseando ver lo que escondes bajo esos caros vestidos, princesa.

—No sabes de lo que hablas, Rodolfo... —replicó disgustada, sin dejar de mirar la carretera.

—Sí lo sé, y no sabes las ganas que tengo de averiguar si Borja tenía razón o no. Enzo y yo lo hemos hablado esta noche. Será interesante ver qué haces cuando la temperatura se caldee —susurró, acelerando cada vez más y dibujando una sonrisa bobalicona en su cara.

—No entiendo de lo que me estás hablando, Rodolfo.

—Ay, Sofi... Esta noche es la idónea para averiguar qué harás cuando Enzo y Candy follen delante de nosotros. Dime, no te harás la mojigata con nosotros, ¿verdad? —preguntó con voz ronca, cargada de excitación y erotismo.

—No corras tanto, Rodolfo. Estás borracho y no tienes los mismos reflejos —señaló Sofía con miedo, mientras se cogía del asidero de la puerta, obviando su comentario y prestando atención al velocímetro, que marcaba 150 kilómetros por hora.

—¿Sabes una cosa, Sofía? Tengo la sensación de que tú no estás peleando porque esto salga bien, creo que no deseas que seamos pareja y podamos jugar con otras personas...

—Rodolfo, te lo pido por favor, no corras tanto y no digas más tonterías —contestó molesta por su actitud, por sus palabras fuera de contexto y, sobre todo, por la velocidad endiablada que estaba cogiendo aquel automóvil.

—No son tonterías, querida Sofía... Dime, ¿te gusto lo suficiente como para seguir adelante con lo nuestro?

—Creo que no es momento ni lugar para hablar de estas cosas, Rodolfo.

—A mí me parece que es el mejor momento para hacerlo. Dime, ¿te gusto?

—No —confesó con un suspiro, mientras cerraba los ojos para no ver lo que ocasionaba su sinceridad.

—No pasa nada, ya lo tengo todo pensado desde hace tiempo. Aunque creía que sucumbirías a mis encantos y podría divertirme un poco contigo —respondió con voz profunda.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella sin comprender nada.

—De lo importante que es saber esperar el tiempo suficiente para que un anciano se encariñe más de un extraño que de su propia nieta y que haya hecho redactar un preacuerdo para que todo salga como él desea —explicó él, sonriendo de medio lado.

—Rodolfo, no te entiendo... —susurró Sofía, temerosa por aquel cambio de actitud y por su voz fría.

—Ay, dulce niña, creo que mereces saber las razones por las que hago esto, antes de que tu corazón se pare para siempre —dijo, bloqueando las puertas desde dentro y aminorando un poco la velocidad para hablar con ella—. Todo comenzó antes de que tú nacieses e incluso antes de que mis padres se casaran. Cuando era niño, mi madre me contó que estuvo a punto de casarse con tu padre. Curioso, ¿verdad? Por aquel entonces no teníamos tanto dinero como ahora, pero tus padres sí...

—Cada vez entiendo menos de qué va esto, Rodolfo —contestó asustada; observó que el estado de embriaguez de él no era tanto como ella suponía, pues se explicaba sin problemas.

—Es muy fácil de entender, Sofía; tu padre nos privó a mi madre y a mí de tener lo que ahora mismo te pertenece a ti —dijo, apretando la mandíbula con rabia.

—Pero Rodolfo, tus padres se casaron antes que los míos y además eran amigos...

—Bah, tonterías. Yo sé que en el fondo mi madre siempre se ha arrepentido de elegir al cenutrio de mi padre —comentó con desgana—. Por eso hice lo que hice. —Sonrió y pisó el acelerador de nuevo, poniendo el vehículo a una velocidad muy superior a la permitida en aquella carretera.

—¿Qué hiciste? —preguntó con un hilo de voz; contempló los gestos duros de su rostro, y al mismo tiempo seguía con la mirada fija en la carretera.

—Pues hacer justicia, Sofía —contestó, mientras se reía ante su ingenio—. Entré en tu casa y los maté a los dos, porque me daba asco verlos juntos. Ellos eran los culpables de que yo no tuviera lo que quería, ni la ropa que me apetecía, ni siquiera los videojuegos que necesitaba. Comprende que mis padres tenían dinero, pero no lo suficiente para pagarme todo lo que deseaba por aquel entonces. Si tu padre se hubiese casado con mi madre, lo habría tenido todo. Habría sido asquerosamente rico, como lo eres tú ahora. Pero tu madre tuvo que meterse en medio de ellos dos y tu padre dejó a mi madre por ella... Se merecían lo que les hice —concluyó con voz afilada y despreocupada.

—¡¡¡¡¿Qué?!!!! —gritó Sofía horrorizada, sintiendo que su mundo se desmoronaba ante sus ojos.

—¿Quién iba a sospechar del hijo adolescente de los mejores amigos de los fallecidos? ¡Nadie! Además, estudié mucho la situación, no lo hice a lo loco. Me puse guantes para no dejar huellas y después tiré la pistola al río... ¿Sabes una cosa, Sofía? Estuve a punto de matarte a ti también, pero lo pensé mejor, mucho mejor —

dijo con una sonrisa lobuna—. Tenía preparada la mejor venganza para ti: enamorarte y después matarte, así yo sería el heredero absoluto de la finca.

—Pero si tienes dinero, ¿por qué quieres hacer algo así?

—Ahora sí que lo tengo, pero quiero culminar mi plan; son muchos años esperando el momento adecuado... Sé que estás ultimando los detalles de un gran negocio que haría que la finca subiera en prestigio y dinero. Ahora es el momento, tus abuelos comen de mi mano y ni siquiera me ha hecho falta casarme contigo. Están tan desesperados por casarte que les da igual que a ti no te guste el pretendiente. Tu abuelo incluso ha redactado un documento dándome cierto poder en la finca —comentó Rodolfo, complacido ante la brillantez de su plan—. Y veo que tú me quieres dejar plantado ya, se te nota, y no deseo que tires por la borda lo que he logrado después de tantos años.

»Por tanto, Sofía, aunque yo tenía otros planes para ahora mucho más placenteros, tengo que anunciarte que hoy es el gran día. Todos pensarán que ha sido un accidente. Yo saldré magullado, claro, no puedo salir sin un rasguño, pero todos te han visto conmigo, a mi lado, de la mano y siendo presentada como mi novia. Dirán que bebí mucho y que por eso nos estrellamos, aunque lo que nunca sabrán es que a mí el alcohol no me afecta tanto como a otros. —Sonrió satisfecho de su elaborado plan.

—¡¡¡Estás loco!!! —gritó Sofía, intentando abrir la puerta del copiloto para escapar de allí, pero estaba bloqueada.

—No te resistas, querida. Sabemos que eres tan fría, tan pelele, que dejarás que te mate; al fin y al cabo, ¿no es lo que siempre has querido? —preguntó con ironía.

—Quiero que detengas aquí el coche, Rodolfo. ¡Me quiero bajar! —exclamó nerviosa, viendo que iban ya a 200 kilómetros por hora.

—No, Sofía, hoy es la noche perfecta para morir —dijo él con una sonrisa malévola.

Ella lo miró horrorizada. Estaba loco. Nunca se habría imaginado que él fuera el causante de sus desgracias, que hubiese matado a sangre fría a sus padres para conseguir lo que creía que le pertenecía. Y quería ir más lejos, quería culminar su matanza, estrellando adrede el coche que conducía de manera alocada, para que ella muriese y así quedarse él con todo, con todo lo que ella había conseguido en esos años y con el sueño de sus padres, a los que arrebató la vida por codicia...

Sofía quería salir de allí, necesitaba escapar de aquel hombre que le decía cosas que nunca había pensado que fuera capaz de hacer. Miró hacia delante, pensando en una escapatoria. Para su estupor, vio cómo se acababa de pasar un semáforo en rojo sin parpadear y sin aminorar su veloz carrera. Abrió los ojos muerta de miedo; observó a Rodolfo, que estaba como ido, con la vista hacia delante sin pestañear. Esbozaba una sonrisa de gozo y su mirada delataba lo que era capaz de hacer por dinero.

—¡¡RODOLFO!! —gritó como la última súplica para intentar que detuviese aquella locura.

Todo sucedió muy deprisa. Sofía vio cómo un coche se les iba a cruzar, mientras Rodolfo mantenía el volante fijo en la misma dirección. Entonces ella, en un arrebato de supervivencia, cogió el volante y lo giró hacia la derecha, haciendo que el impacto fuese en la puerta trasera y no en la que ella ocupaba.

Rodolfo la miró asombrado y le dio un manotazo para que soltara el volante. Ella luchó para no morir y en un momento de locura, aferrándose con uñas y dientes a esa vida que no había vivido como ella hubiese querido, viendo que no tenía nada más que hacer, pues él era mucho más fuerte, cogió el freno de mano y lo accionó con fiereza, gritando de impotencia y rabia.

El automóvil, que circulaba a toda velocidad, dio varios giros de 360 grados; el chirrido de las ruedas la horrorizó y sólo pensó en salir viva, en poder volver a ver a Zack y hacer las cosas de otra manera. El coche finalmente se detuvo impactando contra la parada del autobús. El estruendo que ocasionó hizo que Sofía cerrase los

ojos. De repente, los airbags se hincharon y sus cabezas, como si estuviese hecho adrede, rebotaron sobre éstos, con lo que Sofía perdió la noción del tiempo y del espacio.

A lo lejos, se oía el silencio, sólo roto por algunas voces remotas. El humo de los neumáticos quemados, y el del propio impacto, los envolvía por completo en un escenario terrorífico.

35

Sofía abrió los ojos cuando los bomberos la sacaron del amasijo de hierros en que se había convertido el lujoso coche de Rodolfo. Temblaba de miedo y, a pesar de notar un dolor punzante en el brazo derecho y en la cabeza, estaba agradecida de seguir con vida. Oyó las voces de Enzo y Candy que hablaban entre sí horrorizados ante aquel accidente. Ellos iban detrás y, cuando llegaron al lugar del siniestro y vieron el automóvil de Rodolfo empotrado en la parada de autobús, llamaron a los servicios de urgencias.

La llevaron enseguida a la ambulancia, donde comenzaron a hacerle las primeras curas mientras se dirigían al hospital. Sofía se sentía como si estuviese soñando, un sueño horrible y doloroso que la dejaba como sedada, en el que solamente percibía algunas palabras sueltas, las que intercambiaban los sanitarios de aquella ambulancia que corría veloz hacia su destino. Sabía que la enfermera le estaba hablando e intentó comprender qué le decía. Estaba aturdida y ni siquiera era consciente de lo que ocurría allí. «¡Estoy viva!», pensaba una y otra vez, casi sin creer que hubiera sobrevivido a aquel aparatoso accidente. Intentó recordar qué había sucedido, pero no se acordaba y eso le creó una mayor angustia.

Llegaron al hospital y la llevaron en camilla hasta urgencias, donde le hicieron radiografías y varias pruebas para asegurarse de que se encontraba en perfecto estado. Del brazo derecho le tuvieron que sacar los cristales de la luna, que, al colisionar el automóvil, se le habían clavado en la piel. Fue una operación lenta y laboriosa, pero por suerte eran cortes superficiales y no había daños en tendones ni tejidos internos. Era probable que en pocos días estuviese recuperada. En la cabeza tenía un traumatismo por el choque, pero no había patologías graves.

La subieron a una habitación, más por protocolo que por necesidad, pues todas las pruebas y analíticas confirmaban que había tenido muchísima suerte de salir ilesa de un impacto tan fuerte.

—¿Cómo te encuentras, Sofía? —preguntó una enfermera, observando el gotero con analgésicos que le habían puesto para calmar el dolor.

—No recuerdo cómo ha sido el accidente —musitó pensativa y preocupada por esa laguna en su mente.

—No te preocupes, te hemos hecho un escáner y estás bien. Seguramente tienes una amnesia postraumática, que en unas horas o días desaparecerá y podrás recordarlo todo —explicó la enfermera en tono profesional, intentando aliviar la inquietud de ella.

—¿El conductor se encuentra bien? —preguntó, acordándose de Rodolfo.

—Él ha salido peor parado del accidente que tú; tiene varios huesos rotos por el fuerte impacto y lo han tenido que escayolar. Pero se encuentra estable. Nos ha comentado que perdió el control del coche y que por eso chocasteis contra la parada del autobús.

—Mmmmm... Sólo soy consciente de haber salido de la fiesta y subido al coche, los minutos de después es como si me los hubiesen borrado de la mente —musitó apesadumbrada.

—Lo que necesitas es descansar. Duerme un poco y ya verás como cuando menos te lo esperes te vendrán los recuerdos —dijo la enfermera, cogiendo la carpeta y dirigiéndose hacia la puerta.

Sofía asintió, mientras la mujer se marchaba y la dejaba sola. Cerró los ojos e intentó relajarse. Estaba agotada, extenuada, y le dolían todos los músculos del cuerpo del impacto y los nervios previos al accidente. Intentó recordar qué había sucedido. Se sentía distinta, como temerosa, pero no sabía las razones. De repente se abrió la puerta y ella se sobresaltó.

—¡¡Ay, mi lucero!! —exclamó Cayetana al tiempo que sollozaba, cuando entró en la habitación corriendo, con lágrimas en los ojos y temblando de miedo.

—Hola, abu —musitó Sofía intentando sonreír.

—¿Cómo estás, mi vida? Ay, virgencita de la Soterraña, nunca creí que la distancia de Nieva a Madrid fuese tan larga —comentó su abuela llena de angustia, mientras se acercaba a ella y le daba un beso en la frente.

—Estoy bien, abu. Sólo unos cortes en el brazo y algunas contusiones...

—Me han dicho que Rodolfo está peor que tú, que al detenerse el coche en su lado, el impacto le ha causado varios traumatismos. Pobrecito, ¿qué pasó para que os estrellarais?

—No lo sé, abu... —murmuró Sofía afligida—. Dicen que tengo amnesia postraumática...

—Ay, virgencita... Bueno, pero estás bien, que es lo importante —dijo, tratando de ver la parte buena de aquello.

—¿Y el abuelo? —preguntó en un susurro.

—Se ha quedado en la finca, ya sabes que tiene que haber alguien... —contestó Cayetana con voz suave.

—Claro... —suspiró Sofía, sintiendo que su abuelo no la quería lo suficiente como para preocuparse por su estado de salud, tras un accidente tan aparatoso.

—¿Estás bien?

—No lo sé, siento como una opresión aquí —se tocó el pecho— que no me deja respirar y no sé por qué. Necesito recordar, tengo miedo de no saber qué pasó...

—Puedes preguntárselo a Rodolfo.

—Sí, eso haré. A ver si dejan que me levante y voy a hablar con él... —comentó pensativa.

Las horas pasaban y Sofía seguía sin recordar lo que había ocurrido minutos antes del accidente; era como si tuviese una gran laguna negra a su alrededor, impidiendo ver la otra orilla. Aprovechó para llamar a su amigo Andreas y comentarle lo que le había sucedido. Él quiso ir a verla, pero Sofía le dijo que no hacía falta, que los médicos le habían recomendado que estuviese tranquila para recuperarse cuanto antes.

Por la tarde le quitaron el gotero y empezó a comer. Los médicos le dijeron que si seguía así al día siguiente ya podría volver a casa y la animaron a que comenzase a moverse por la habitación. Con ayuda de su abuela, se encaminó a la habitación de Rodolfo; necesitaba saber qué había ocurrido y que aquella laguna desapareciera, o por lo menos eso era lo que ella esperaba.

Los padres de él la saludaron con cariño cuando la vieron, dándole un tierno abrazo que la hizo sonreír. Rodolfo la miró con preocupación a medida que se iba acercando a él. Sofía se extrañó de su gesto, pero lo achacó a los nervios de después del accidente. Se estremeció al ver su aspecto; era terrible. Tenía la cara amoratada y el brazo izquierdo enyesado.

—Hola... —la saludó él con un hilo de voz.

—¿Cómo estás? —preguntó Sofía, sentándose en el sillón que había al lado de la cama. Estaban solos, pues los padres de él y la abuela habían salido de la habitación para que tuviesen un poco de intimidad.

—Hecho una pena, ¿y tú? —preguntó, escudriñando su expresión.

—Bien, un poco aturdida... No recuerdo qué pasó.

—¿No recuerdas nada? —preguntó pasmado, experimentando cierto alivio. Había temido que ella hubiese ido a amenazarlo con delatarlo a la policía.

—No... —musitó frustrada, mientras se miraba las manos.

—Es una pena, pues segundos previos al accidente te pedí que te casaras conmigo y accediste —dijo Rodolfo con una sonrisa y los ojos brillantes por volver a tener la sartén por el mango.

—¿Me lo dices en serio? —exclamó, atónita por sus palabras.

—Totalmente. Nunca me inventaría una cosa así —dijo con rotundidad, esbozando una de sus mejores sonrisas.

—Ah... Entonces ¿qué ocurrió para que nos estrelláramos? —balbuceó, intentando encajar las piezas en su cabeza.

—Fue mi culpa. Estaba tan contento de que al final me dieses una oportunidad, que me distraje para darte un suave beso en los labios y no me di cuenta de que aquel semáforo estaba en rojo... Lo demás te lo puedes imaginar, hemos tenido suerte —concluyó su relato.

—Sí... —susurró ella pensativa, sin dar crédito a que hubiese dicho que sí a esa proposición.

—Cuando salga del hospital celebraremos la petición de mano. Te compraré el anillo más grande y caro que haya en la joyería —explicó Rodolfo sonriente, mientras se levantaba de la cama para aproximarse a ella con paso seguro y cogerle la mano.

—¿Eh?... Sí, sí claro —susurró confusa.

—Ahora, cuando entren mis padres y tu abuela se lo diremos, ¿vale? Se van a poner tan contentos que no nos van a dejar tiempo para poner la fecha. —Rio complacido.

Sofía sonrió tímidamente, mirando sus manos rodeadas por las de Rodolfo, sin saber qué hacer al no poder recordar nada de lo que él le había contado.

Como había predicho Rodolfo, en cuanto sus padres y la abuela de Sofía se enteraron de que se iban a casar, se alegraron tanto que poco les faltó para poner ellos la fecha para la boda. Sofía escuchaba la conversación que giraba en torno a ella y a su futuro marido, pero no podía alegrarse ni emocionarse por la noticia, algo en su interior le gritaba que aquello no podía ser real. Pero Rodolfo no le iba a mentir, ¿no? Él, ante todo, era un caballero, o por lo menos eso creía ella...

Cuando la enfermera entró con la bandeja donde llevaba la cena, su abuela y ella volvieron a su habitación. Sofía no paraba de pensar, de intentar recordar por todos los medios los momentos previos al accidente, pero nada, le era imposible acceder a esa información, era como si alguien le hubiese dado a «Eliminar» y, aunque buscase, no encontraba ni rastro de lo que él le había contado.

A la mañana siguiente, el médico la visitó y le realizó unas pruebas rutinarias para cerciorarse de que no había ninguna afección postraumática grave; las constantes estaban bien y lo único que tenía Sofía eran los cortes en el brazo, que sólo requerían una desinfección diaria, y la amnesia parcial, que le permitiría recobrar sus recuerdos en unos días, pues el cerebro no había sufrido ningún daño.

Sofía y su abuela salieron del hospital para dirigirse a su casa, pero antes se despidieron de Rodolfo y sus padres, que les prometieron que se verían muy pronto, ya que a Rodolfo le darían el alta al día siguiente, porque querían asegurarse de que no hubiese complicaciones tras el fuerte impacto recibido.

—Cámbiate de ropa y ven a comer a casa —dijo Cayetana, cuando detuvo el coche ante la casa.

—No, abu, estoy agotada y sólo me apetece estar tumbada en la cama —contestó Sofía, que notaba que la cabeza le iba a explotar de tanto intento por recordar.

—Como quieras. Ahora le contaré al abuelo la buena noticia —dijo sonriente—. Descansa y, sobre todo, relájate.

—Sí, abu —dijo ella, dándole un beso en la mejilla.

Entró en su casa y notó alivio al estar sola, disfrutando del silencio que reinaba en su hogar. Se dirigió a su habitación y se cambió de ropa para ponerse unos pantalones de lino holgados y un top de tirantes. En la calle hacía muchísimo calor, quedaban pocos días para que comenzase el mes de agosto y las temperaturas avisaban de su proximidad. Se fue al salón y se tumbó en el sofá, mientras encendía el televisor y buscaba un canal donde hicieran algo que le gustase lo suficiente como para verlo. La interrumpió el sonido del teléfono móvil. Sofía lo alcanzó de la mesa del centro y se sorprendió al ver quién era.

—Hola —susurró, descolgando.

—¡¡Sofía!! —exclamó Zack con angustia—. ¿Cómo estás?

—Bien, ya estoy en casa...

—Joder, me lo ha contado Andreas hace unos minutos... —comentó él afligido.

—No te preocupes, el coche nos ha salvado de una buena... —murmuró, acariciándose el pelo.

—Me encantaría poder verte para cerciorarme de que estás bien, pero aún estoy de viaje... —explicó intranquilo.

—Estoy bien, Zack... Sólo unos cortes en el brazo y un poco de amnesia sobre al accidente.

—Me dijo Andreas que ibas con el hombre perfecto —dijo con un suspiro.

—Sí, él aún continúa en el hospital.

—Sofía, no he parado de pensar en ti en estos días y quiero saber si he perdido el tiempo haciéndolo...

—Uf... —bufó ella, tapándose los ojos con la mano, sintiéndose terriblemente agotada y desolada—. Yo también he pensado mucho en ti, en nosotros y en él... Zack, parece ser que anoche me prometí con Rodolfo, aunque no lo recuerdo.

—¿Prometida? —preguntó paralizado—. ¿Cómo no te puedes acordar de algo así, Sofía? —le reprochó, sintiendo que aquella información lo hundía en un abismo de desesperación.

—Ya te he dicho que sufro amnesia... Esto me lo dijo Rodolfo.

—¿Y le crees?

—¿Por qué debería dudar de él? No creo que se invente algo así cuando sabe que puedo recordarlo todo en unos días —comentó Sofía.

—Es una lástima, estaba deseando reanudar contigo lo que teníamos, volver a vernos y hacer cosas juntos; ya veo que has hecho tu elección... ¡Cómo no! —exclamó molesto—. La niña rica siempre preferirá al Ken de turno antes que al pelanas que conoció en unas vacaciones locas.

—Lo siento, Zack... No sé qué decirte, no recuerdo las razones por las cuales le dije que sí... —titubeó apesadumbrada, sintiéndose mala persona por hacerle eso al primer hombre que le había hecho sentirse como una mujer distinta.

—Sí, no te preocupes, este final estaba cantado, sólo que yo no quería verlo —dijo con rabia—. Espero que te recuperes pronto. Adiós, Sofía.

—Gracias —susurró ella con angustia—. ¿Zack? —llamó, pero él ya no la oyó, pues había colgado.

Se quedó con el móvil en la mano y de sus ojos cayeron tímidamente unas lágrimas. No sabía las razones por las que lloraba, pero aquella llamada, oír a Zack molesto al saber así que ella se había prometido con otro hombre, y la certeza de que nunca más lo volvería a ver, hizo que se sintiera mal, muy mal...Como si le estuviesen clavando un puñal en el corazón, impidiendo que éste latiese, como si la estuviesen ahogando en un mar helado, y no dejasen que respirara...

Pero ¿qué había hecho? Sollozó y lloró de forma desconsolada por haber perdido la oportunidad de elegir una vida mejor, una en la que estuviera Zack mirándola con su eterna sonrisa y con sus ganas de vivir la vida. Sintió que había perdido por completo su voluntad y sólo tuvo ganas de saber por qué le había dicho que sí a Rodolfo, qué la había llevado a aceptar tal proposición, porque aunque le había dado mil vueltas en su cabeza, seguía sin encontrar una razón suficientemente buena como para llegar a ese extremo, para olvidarse de todo lo que había sentido con Zack...

Estuvo allí tumbada durante horas, hasta que el sonido del timbre de la puerta la obligó a levantarse. Era su amigo Andreas, que al verla la abrazó con cariño, mientras la acompañaba hasta el sofá.

—Bichito, qué susto me has dado —dijo, acariciándole la espalda con cariño.

—Estoy bien, Andreas —respondió ella con una sonrisa.

—Oigo tus palabras, pero no se te nota que estés bien —comentó él, observándola.

Sofía sonrió: Andreas la conocía a la perfección.

—No sé qué me pasa, Andreas. Tengo una sensación extraña que no me deja estar tranquila, algo que me hace estar alerta, sobresaltándome con cualquier ruido que oigo...

—Acabas de sufrir un accidente, es normal que te sientas rara —dijo él, intentando calmar su ansiedad.

—No sé, creo que es algo más, creo que es algo que he olvidado y que no me deja tranquila —susurró Sofía.

—No te agobies por eso, cuanto más te esfuerces en recobrar la memoria, más tardarás en hacerlo. Ahora háblame de tus amoríos —dijo Andreas guiñándole un ojo.

—¿Mis amoríos? —preguntó ella entre risas—. Creo que ese tema es peor que el anterior.

—Sofi, ahora que ya ha pasado un tiempo de nuestro viaje, dime la verdad. Siempre me lo niegas, pero sé que me mientes. Por favor, dime, ¿pasó algo entre tú y Zack?

—Uf... —resopló sonriendo, su amigo era incansable cuando quería información—. Sí, nos veíamos a solas.

—¡¡Lo sabía, lo sabía!! —exclamó él, dando unos saltitos mientras la señalaba con el dedo índice—. Ay, Sofi, mi Muso me lo decía y yo no quería escucharle, pero ahora sí que puedo zanjar ese capítulo, porque sí ha pasado de verdad.

—¿De qué hablas, Andreas?

—Te dije que eres mi Musa en esta novela. Necesito saber por dónde va tu vida para no dejarme llevar mucho por la imaginación.

—¿No estarás contando mi vida? —preguntó boquiabierta.

—Toda no, sólo desde el crucero —comentó Andreas con una sonrisa.

—Pero ¡si mi vida es un caos lleno de líos y preocupaciones! —exclamó aturdida.

—Por eso, quiero ver cómo ese caos que tienes a tu alrededor lo conviertes en el final feliz que te mereces.

—Puf... Dudo mucho que yo tenga un final feliz —replicó, haciendo una mueca de disgusto.

—¿Por qué dices eso?

—Acabo de decirle a Zack que estoy prometida con Rodolfo —informó, frunciendo el cejo.

—¡Joder, Sofía! —soltó Andreas de repente—. ¿Y me dices que tu vida no es interesante? Espera, que saco la libreta para tomar notas de lo que me vas a contar —comentó, levantándose por ella.

Sofía sonrió mientras negaba con la cabeza; su amigo era único.

Andreas se quedó a dormir aquella noche en casa de Sofía. Estuvieron todo el tiempo hablando y poniéndose al día. Sofía averiguó con mucha alegría que al parecer Andreas había encontrado a un hombre lo suficientemente bueno y estable como para mantener con él la relación que siempre había querido. Según él, Eddy era su medio limón, y desde que estaban juntos había descubierto lo que significaba el amor, querer a una persona y poder compartirlo todo con él.

Después de cenar y de estar un buen rato en el salón, se fueron al dormitorio de Sofía. No era la primera vez que ella dormía con su amigo; en la universidad habían compartido cama muchas veces, hablando sin parar durante toda la noche. Andreas era su mejor amigo, casi como un hermano.

—Sofi —musitó él en la penumbra de la habitación—, quiero que averigües si de verdad quieres casarte con Rodolfo, si tu decisión fue fruto del alcohol o de otra circunstancia. No te aventures a hacer algo porque es lo que desean las personas que quieres. Haz las cosas que a ti te hagan feliz. ¿Me prometes que lo harás?

—Sí... —susurró Sofía, entendiendo la preocupación de su amigo.

Andreas tenía razón; debía ser egoísta en ese sentido y mirar más por sí misma, porque, al fin y al cabo, quien se iba a casar con Rodolfo era ella y no sus abuelos. Pensando en eso se quedó dormida, tranquila y feliz de contar con el cariño de su amigo, sabiendo que si él estaba en su vida nunca se sentiría sola.

Se despertó sobresaltada, Pequeñas gotas de sudor cubrían su piel. Había tenido un sueño raro que no tenía pies ni cabeza. Era como unos fotogramas que habían aparecido en secuencia: ella de pequeña, sus padres bañados en sangre, una pistola, la desolación, Rodolfo y ella vestida de novia dentro de un ataúd.

—¿Estás bien? —preguntó Andreas al verla hiperventilar.

—Sí, he tenido una pesadilla... —susurró; se tapó los ojos con la mano e intentó borrar aquel sueño espantoso de su mente.

—Voy a preparar el desayuno. —Andreas le guiñó un ojo mientras se levantaba de la cama—. Y así aprovecho para darle los buenos días a Eddy —añadió, cogiendo su teléfono móvil y saliendo de la habitación.

Sofía se quedó tumbada en la cama, dirigiendo la vista al techo e intentando encontrar la lógica de ese sueño tan extraño. Miró el reloj y pensó en ir a trabajar un rato, aunque eran ya más de las once. De repente, el timbre de la puerta y los pasos de Andreas para ir a abrir la sacaron de sus pensamientos. Al poco, la puerta de su dormitorio se abrió y se asomó un asombrado Andreas.

—Rodolfo está aquí —susurró en voz baja.

Sofía cerró los ojos y asintió con resignación.

36

—¡Oh, Rodolfo, es una maravilla! —exclamó con emoción Cayetana, cuando vio el precioso anillo que éste le había regalado a su nieta.

Sofía sonrió sin ganas, mientras enseñaba la mano a sus abuelos. Desde que Andreas la avisó de que tenía visita, se sentía como si estuviese viviendo la vida de otra persona, sin emociones, hueca. Después de que saliese a saludarlo, perfectamente vestida con un conjunto de falda tubo en blanco y blusa de tirantes fucsia, todo había pasado muy deprisa.

Se lo encontró hablando con Andreas, y, al verla, Rodolfo se acercó a ella con su brazo en cabestrillo y en su rostro una sonrisa complaciente; le dio un dulce beso en la mejilla y le enseñó el anillo que le había llevado, alegando que no podía esperar a darle carácter oficial a aquella petición que había tenido en un momento tan inusual.

Sofía admiró la joya, un pedrusco tan grande que daba miedo, pero se lo agradeció con una sonrisa. Andreas, desde la distancia los observaba taciturno —algo poco habitual en él—, y cuando vio la oportunidad se despidió de su amiga, recordándole lo que tenía que hacer antes de dar el gran paso.

Después de desayunar, Rodolfo y Sofía se dirigieron a casa de sus abuelos, que se deshicieron en alabanzas hacia el futuro marido de su nieta. Sofía nunca los había visto tan contentos, tan orgullosos de ella, cuando en realidad no había hecho nada, sólo aceptar casarse con Rodolfo, o por lo menos eso era lo que decían que había hecho...

—No he encontrado nada que igualase la belleza sin igual de Sofía, esto es sólo una nimiedad comparado con su nieta —dijo Rodolfo, cogiendo la mano de ella y llevándosela a los labios para

darle un beso.

—Ay, lucero, qué cosas más bonitas dice de ti —dijo Cayetana conmovida.

—Me alegro mucho de que al final mi nieta entrase en razón —terció el abuelo—; tenemos que hablar de fecha y de negocios. Quiero que tú también lleves esta finca, sé que con tu ayuda esto florecerá aún más. Me ha dicho mi abogado que mañana estará listo el documento del que te hablé. Cuando lo tenga y lo firmes, podremos decir que eres un poquito más de la familia —concluyó Felipe con alegría, al ver que su nieta había hecho las cosas como él quería.

—Abuelo, Rodolfo no sabe cómo llevar una finca, pero yo sí —dijo Sofía.

—Sí, claro, pero sé que Rodolfo con sus ideas innovadoras y tú guiándolo un poquito, hará de esto lo que tendría que ser: un referente en todo el mundo —replicó el hombre, orgulloso de poder decir que, al fin, la finca la iba a llevar un hombre.

—Sé que con Sofía a mi lado seremos los reyes del mundo —comentó Rodolfo con voz aterciopelada.

Sofía lo miró, frunció el cejo y se miró la mano que él le cogía. No sintió nada, ni amor, ni pasión, ni cariño. ¡Nada! Bufó, intentando recobrar la tranquilidad y que nadie sospechase que ella no deseaba aquello, que no quería estar al lado de ese hombre, no quería llevar ese anillo en el dedo y no quería casarse con él. Pero ¿cómo podía decirle todo eso a alguien al que ya le había dicho que sí? ¿Cómo podía evitar desilusionar a sus abuelos? La respuesta no la sabía, aún se encontraba aturdida y el accidente la había dejado tocada, eso lo notaba.

Comieron en la casa familiar mientras hablaban de los preparativos para la petición de mano que iba a tener lugar la semana siguiente. No tenían intención de perder más tiempo, pues ellos, todos menos Sofía, pensaban que eran la pareja ideal.

Volvió a su hogar desolada. Al despedirse de ella delante de la puerta de su casa, Rodolfo le dio un beso en los labios que la hizo estremecer, no de placer, sino por otras razones que no llegaba a comprender. Se fue directamente al ordenador portátil y lo encendió, quería ponerse al día con los correos electrónicos, que no había podido mirar a causa de la visita inesperada de Rodolfo.

Estuvo allí atareada, leyendo y respondiendo correos, hasta que uno de ellos la hizo ponerse nerviosa. No entendía qué era aquello, a qué se debía y, menos aún, quién lo enviaba:

De: Anonimus
Para: Sofía Figueroa
Asunto: Intrusión

Querida señorita Figueroa, somos una asociación que lucha a favor de los inocentes internautas que no saben proteger sus cuentas de los piratas que campan a sus anchas. Queremos informarle de que nos hemos dado cuenta de que desde hace unos años sus cuentas tanto personales como laborales han sido vistas por un individuo que ha accedido de manera ilícita. Deseamos comentarle que, ahora mismo, sus cuentas están protegidas y que ningún mensaje que pueda enviar podrá ser visto por esa persona a la que estamos intentando identificar. Por tanto, le rogaríamos que si sospecha de alguien, nos lo haga saber y así poder dar parte a las instituciones pertinentes.

Un último apunte: nos gustaría que a partir de ahora mantuviese los ojos abiertos, pues esa persona, por lo que hemos podido ver, está cerca de su entorno.

Un saludo y estaremos en contacto con usted.

Sofía se levantó angustiada y se fue hacia la cocina por agua. Le daba miedo todo aquello que le estaba ocurriendo, era como si estuviese dentro de una película estadounidense y temía salir malparada. Abrió la nevera, cogió la botella de agua fría y se sirvió un poco en un vaso alto de cristal. Guardó la botella y, apoyándose en la encimera, bebió pequeños sorbos para calmar su sed y su intranquilidad. De repente, como si alguien le quitase la venda de los ojos, lo vio todo. Sin poder evitarlo, el vaso de agua se le resbaló de

los trémulos dedos, rompiéndose en mil pedazos contra el suelo, mojando sus pies descalzos. Ahogó un grito mientras se tapaba la boca con las manos.

—No puede ser, no puede ser —se repetía una y otra vez con rabia.

Comenzó a temblar, de miedo y de furia, notando por fin que aquella sensación que había tenido desde que la sacaron del vehículo se disipaba al recordarlo todo. La confesión de Rodolfo, sus intenciones y la valentía que tuvo ella al intentar esquivar por sí misma aquel coche que la hubiese destrozado con la violencia del impacto.

Gritó rabiosa, haciendo retumbar su voz en la cocina, al recordar que aquel hombre le había hecho creer que se iba a casar con él, gritó pensando en sus caricias, en la manera en que sus abuelos lo miraban y de cómo los tenía a todos engañados. Gritó porque se sentía una inútil, una niña malcriada que había accedido a casarse con Rodolfo por contentar a sus abuelos. Gritó de impotencia por no haber plantado cara mucho antes, dejando claro que quien decidía sobre su vida era ella y nadie más. Gritó porque no sabía qué más hacer, porque se sintió perdida y, de repente, se acababa de encontrar. Gritó desechando de una vez por todas a esa pelele en que se había convertido durante esos años, a causa de tanto tragar y callarse.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano; con rabia, recogió los pedazos del vaso y secó el agua y, con una fuerza que jamás pensó que poseería, se fue hacia su ordenador y comenzó a escribirles a aquellas personas que habían averiguado que la estaban espiando. Sabía quién era el responsable y, aunque no los conocía, los puso al corriente de todo lo que sabía, de todo lo que Rodolfo le había confesado segundos antes de estrellar el coche. Cuando le dio a la tecla de «Enviar», respiró con tranquilidad, intentando pensar el siguiente paso a seguir.

No podía contarles todo eso a sus abuelos, pues no la creerían, era su palabra contra la de él, y ya sabía a quién iban a creer antes que a ella... No tuvo tiempo de pensar mucho más, pues un correo electrónico le indicó los pasos que debía seguir a partir de ese momento. Sería difícil hacerlo, pero no podía flaquear. Estaba dispuesta a todo.

Iba a sacar a la verdadera Sofía del fondo del armario, a esa que no temía a nada ni a nadie, esa que no se achantaba por ninguna dificultad, que era capaz de tirarse de un avión en paracaídas y de un puente con una cuerda atada a los pies. A esa Sofía que había hecho florecer el pelanas, ese hombre que le había enseñado cómo era ella de verdad. Esa que siempre había sido, pero que nunca había dejado salir a la luz. Por primera vez en su vida se sentía fuerte y capaz de todo, incluso de desenmascarar al hombre que la había engañado una y otra vez.

Era complicado ser ella misma cuando había estado fingiendo durante tanto tiempo ser otra persona, más contenida y con otros pensamientos. Aquella mañana, Sofía se levantó dispuesta a todo; percibía que las fuerzas y la ilusión la llenaban, haciendo que se sintiese invencible. Recobrar la memoria no la había achantado, al contrario, había hecho que se impulsara hacia delante con más fuerza, convencida de que era capaz de destapar la farsa que había mantenido Rodolfo durante tantos años.

Sabía que era una locura confiar en alguien que había entrado en su ordenador, alguien que se había dado cuenta de que otra persona había estado mirando sus cuentas y todo lo que hacía, pero no tenía otra cosa a la que cogerse, ni siquiera Zack estaba allí para ayudarla. No podía ir a la policía a contarles lo que acababa de recordar, lo que Rodolfo le había confesado segundos antes de sufrir aquel aparatoso accidente. No la creerían.

Desayunó saboreando como nunca el café y las tostadas, observando la quietud de aquella mañana a través de la cristalera de su cocina, sintiéndose viva; percibiendo los colores de la naturaleza y los olores como nunca. Todos sus sentidos estaban despiertos y

alerta de una manera que nunca antes había notado. Cuando limpió la cocina, se dirigió hacia el despacho; el brazo ya prácticamente no le dolía gracias a los antiinflamatorios que le habían recetado, una venda fina se lo cubría y no le impedía hacer su trabajo, además de que necesitaba sentirse útil y ocupada para no darle vueltas a aquello que concentraba toda su atención.

Entró en el despacho y vio un enorme ramo de flores sobre la mesa; se le erizó el vello al pensar de quién podría ser. A grandes zancadas se acercó al ordenador y lo encendió. Luego cogió la tarjeta que estaba apoyada en las preciosas calas. Resopló cuando vio que no se equivocaba al intuir de quién eran:

> Decir que estoy contando los segundos para poder volver a verte es quedarme corto. He pensado hacer una locura más y celebrar nuestra petición de mano este viernes, ¿qué te parece? Piénsalo, luego te llamo por teléfono y lo hablamos.
>
> Con amor,
>
> RODOLFO

Lo que Sofía sintió en ese momento fue asco, asco por las palabras de Rodolfo, por su farsa, por intentar liarla aún más para obtener lo único que él quería de ella: la finca. Rompió la tarjeta en pequeños pedazos y los tiró a la papelera. Se levantó y se dirigió afuera con el ramo de flores, que le regaló a la primera persona que pasó por allí. El jornalero se despidió de ella muy feliz por aquel regalo de la señorita Figueroa y Sofía se dirigió de nuevo a su despacho. Se sentó en su silla y comenzó a leer los mensajes pendientes que tenía en su correo electrónico. Al poco, una llamada entrante hizo que detuviera la redacción de una respuesta. Escuchó atentamente al interlocutor, asintiendo y dando datos cuando era necesario, mientras una sonrisa comenzaba a asomar por su rostro. Finalizó la llamada prometiendo que les enviaría los documentos necesarios para iniciar aquella empresa.

—¡¡¡¡TOMA YAAAAAA!!!! —gritó cuando colgó el teléfono, poniéndose de pie y bailando por el despacho.

Aquélla era la prueba que necesitaba para saber que su vida iba a cambiar de verdad y que la disfrutaría como nunca lo había hecho. Terminó ese baile de felicidad pura, se sentó y envió lo que había prometido sin demora. Luego empezó a buscar información y fechas para poder estar en la firma. Salió de su despacho orgullosa de lo que había conseguido y se fue hacia el campo, donde su abuelo seguramente estaría supervisando las labores del cuidado de las cepas.

—Hola, abuelo —lo saludó cuando se encontró cerca. Él estaba hablando con el capataz del tiempo que estaba haciendo esos días.

—Sofía... —dijo Felipe observándola con frialdad.

—Quería comentarte una acción que vamos a emprender en unos días —dijo ella con seguridad.

—Les dejo que hablen en privado; que pasen una buena mañana —dijo el capataz, despidiéndose de ellos.

—Dime.

—Vamos a exportar nuestros vinos a una famosa cadena de restaurantes de China, en unos días salgo para allá para firmar el contrato. Esto supondrá un aumento considerable en nuestra economía. Nos harán un pedido mínimo al mes de los diferentes vinos que tenemos y, por lo que me han comentado por teléfono, seguramente tendrán que incrementarlo a medida que se vayan extendiendo por el país —explicó con orgullo.

—Lo que me faltaba por oír: al gigante asiático le gusta el vino español... —murmuró Felipe con desagrado.

—Pero abuelo, es una oportunidad maravillosa de hacernos un nombre fuera de nuestras fronteras.

—Sí, colocando nuestro vino en los restaurantes chinos...

—Son restaurantes de alto standing, donde se sirve comida contemporánea y de fusión de grandes chefs —explicó Sofía alterada.

—Veremos a ver por dónde sale eso... —farfulló él con desgana —. ¿Has hablado de esto con Rodolfo? Me da que él lo desaprobaría.

—De momento, la finca la llevamos nosotros y no él. Además, no te entiendo, de verdad que intento hacerlo, pero no logro saber por qué no te gusta este trato que nos reportará tantos beneficios y negocio para todo el año.

—Llámame incrédulo, Sofía, pero hasta que no vea con mis propios ojos esos beneficios de los que hablas, no me lo creeré. A mí me huele a fiasco y una pérdida de nuestro producto para dirigirla a personas que no tendrán el gusto suficiente para saber de qué vino se trata.

—Abuelo, China está considerada la mayor potencia mundial. Es una gran oportunidad que nos hayan elegido como proveedores de vino español —replicó ella.

—Vale, Sofía —soltó él de malas maneras; cogió una rama y observó cómo crecía la uva, dando así por finalizada la conversación.

Sofía se dio la vuelta y se dirigió a su casa, intentando comprender a su abuelo, que no se alegraba por nada de lo que ella conseguía, ni siquiera por esa gran oportunidad para la finca. Y prefería que Rodolfo metiese la nariz en su negocio antes que confiar en su propia nieta. Mientras preparaba la comida, pensó en cómo decirle al hombre que la había intentado matar que se iba a ir unos días a China y que debía ir sin acompañante, pues no quería estar a solas con él. El timbre de la puerta la hizo sobresaltarse. Bajó el fuego del agua que estaba empezando a hervir para echar después unos espaguetis y fue a abrir.

—Vaya... esto sí que no me lo esperaba... —musitó sorprendida al ver al hombre que la miraba sonriente.

—Hola, brujilla; ¿puedo pasar o debo presentar una instancia para que me lo permitan? —preguntó Zack con gesto burlón.

—Entra, estaba preparando la comida.

—Uy, qué bien, ya sé dónde voy a comer hoy —comentó él con guasa.

Sofía cerró la puerta con una sonrisa en los labios al ver que no estaba enfadado con ella.

—Has venido justo a tiempo —anunció, sacando el paquete y echando los espaguetis en la cazuela—. ¿Has vuelto hoy de tu viaje?

—Sí, esta mañana —dijo Zack observándola—. Dime, ¿ya estás recuperada del accidente?

—Sí, cada día me encuentro mejor —contestó.

—¿Y sigue en pie la boda? —preguntó, enarcando una ceja. No parecía tan molesto como cuando habían hablado por teléfono.

—Eso parece —respondió con una sonrisa—. Al final hemos conseguido firmar el contrato con China —le informó, cambiando de tema, ya que no le apetecía comentarle nada de Rodolfo.

—¡Eso es genial, Sofía! —exclamó Zack con alegría.

—Sí... —dijo ella tímidamente, mientras removía la pasta con una cuchara de madera para que no se pegase.

—No te veo muy contenta.

—Lo estoy, de verdad, pero es que... —musitó, deteniéndose para mirarlo a los ojos. No sabía si sincerarse con él o no.

—Dime.

—Nada, serán los nervios previos al viaje.

—Sabes que puedes confiar en mí, Sofía —le recordó Zack en tono serio, adivinando las intenciones de ella.

—Lo sé... —contestó frunciendo el cejo—. Dime, ¿para qué has venido?

—Quería verte una última vez... Ya sabes, para despedirnos como corresponde. Ya has tomado una decisión y no quería que esto se acabara con una triste llamada de teléfono.

—A veces la vida se complica más de lo que uno quisiera —dijo Sofía distraída.

—Está en nuestra mano simplificar esas complicaciones —respondió él con convicción.

—No sé cómo —bufó con ironía.

—Haciendo aquello que te haga feliz. Sofía, ¿a ti qué te hace feliz?

—Menuda pregunta... —dijo, mientras cogía el colador para escurrir los espaguetis y echándolos después de nuevo en la cazuela —. Recuerdo que en el crucero me preguntaste cómo sería mi día perfecto, ese que me encantaría repetir una y otra vez. En aquel momento te dije que salir de compras, porque era lo que debía de decir una chica de bien como yo. Pero la verdad es que mi día perfecto, ese que hace que sonría sin poder reprimirlo, es montar a *Tesoro*; me encanta poder pasear en libertad por el campo, notar cómo el viento acaricia mi cara y poder permitirme el lujo de ser yo por unos minutos. Eso es lo que me hace feliz.

»¿Sabes una cosa, Zack? Llevo muchísimo tiempo fingiendo ser otra persona, y tú, nada más llegar, supiste cómo era yo en realidad y me animaste a que dejara caer la máscara. A tu lado he descubierto situaciones novedosas para mí e incluso has logrado que cumpliese mi sueño.

—Pero aun así, prefieres casarte con un hombre de tu posición que intentarlo conmigo —replicó Zack con gesto serio.

—Las cosas no son tan fáciles —contestó Sofía nerviosa, debatiéndose entre decirle la verdad o seguir mintiéndole. Volcó sobre la pasta el sofrito que había hecho de tomate con cebolla y carne picada.

—Antes de conocerte, yo era un tipo al que no le gustaban las complicaciones, casi huía de ellas; prefería pasármelo bien, disfrutar del regalo de la vida y ser feliz. Pero desde que te cruzaste en mi camino con esos andares de diva, con esa sonrisa estudiada y esa mirada curiosa, no he pensado nunca en las consecuencias de esto. Me da igual que seas de la clase alta, como si eres de la realeza; no me importa que tus abuelos me desprecien si eres tú la que me acepta. Desde entonces, sólo pienso en ti, en descubrir cómo eres de verdad, y cada día encuentro algo nuevo. Me maravillo de la gran persona que eres, aunque tú no se lo demuestres a nadie y ni siquiera te hayas dado cuenta de todo lo que vales. En todo este

tiempo que llevamos jugando juntos —dijo con una sonrisa encantadora—, he aprendido una lección valiosa, de una fuente muy fiable y veraz, porque me lo enseñó una bruja.

—¿Qué te he enseñado yo? —preguntó, sorprendida ante su declaración.

—Que debía centrarme en lo que verdaderamente deseo y luchar por ello hasta conseguirlo, sin importarme lo que cueste y lo que tarde. Porque al final obtendré lo que de verdad me completa y me hace feliz. Lo que siempre me hará sonreír.

—¿Y qué es? —preguntó ella con un hilo de voz, percibiendo que sus palabras podían hacerla volar, por las sensaciones que despertaban en su interior.

—Lo que quiero con todas mis fuerzas es a ti —concluyó Zack, perdiéndose en su mirada verde.

—No sabes lo que dices... —susurró nerviosa, mientras servía los espaguetis y notaba cómo se ilusionaba al escuchar aquella confesión tan romántica.

—Es la primera vez en años que hablo tan en serio —contestó él con una sonrisa—. Yo nunca he sentido nada parecido por otra mujer, Sofía. Tú has sacado una parte de mí mismo que desconocía. Siento como si algo me atara a ti, no dejo de pensar en tu mirada verde y sincera, la única que no me miente. Sé cuándo te preocupa algo, pues frunces el cejo, sé cuándo estás contenta de verdad, porque te brillan los ojos, y sé cuándo estás triste, porque tu mirada se cubre de un velo gris. Yo tampoco pretendía esto, te dije que nunca me había enamorado de nadie y no te mentía; no sabía lo que se sentía cuando alguien te llega tan hondo que no te deja ni respirar. Tú eres el centro de mi vida, Sofía. Si naciese de nuevo, te volvería a buscar.

—Yo... Zack... —titubeó ella, sin saber qué decir ante aquellas palabras, maldiciendo por dentro tener una vida tan complicada y no poder, simplemente, fundirse en los brazos de ese hombre que la miraba con amor verdadero.

—No digas nada que pueda estropear este momento, tus ojos me dicen lo que necesito saber —susurró Zack con una sonrisa—. Estoy dispuesto a esperar lo que haga falta; sólo llámame, dime que tú también me quieres y vendré a besar esos labios que ansío acariciar.

37

Aquella noche fue la más larga de su vida, las palabras de Zack no paraban de retumbar en su cabeza, y notaba algo en su interior que nunca antes había sentido. Todo ello se juntaba con el temor que sentía al volver a ver a Rodolfo. Había sido una cobarde por no contarle a Zack lo que había descubierto, una miedosa por no decir nada ante aquella demostración de amor por parte de él, pero sus palabras, su mirada, la desarmaron por completo y no supo qué hacer.

Comieron juntos pero evitaron tocar de nuevo aquel tema. Él incluso se quedó a cenar, aprovechando el tiempo que tenían. Vieron una película en la televisión y hablaron de hacer parapente algún día, sin que pasase nada más entre ellos, sólo disfrutando de la compañía mutua... Sofía tenía miedo, miedo de que ese día no llegara nunca, de que el loco de Rodolfo la matase para quedarse con todo lo que le pertenecía. Tuvo miedo de no volver a ver a su pelanas...

Resopló mientras se frotaba los ojos con las manos. Todavía era muy temprano para levantarse de la cama, pero ya no podía dormir; estaba demasiado ansiosa, demasiado preocupada por cómo afrontar su caótica vida y poder desmantelar la farsa de Rodolfo. No sabía cómo hacer frente a ese imprevisto, a esa noticia que le quemaba en las manos y que necesitaba gritarle al mundo. Lo que más deseaba era verlo entre rejas, saber que se pudriría encerrado y desenmascararlo ante la sociedad.

Se levantó, cansada de dar vueltas, se puso ropa deportiva y salió a correr por la finca. Comenzaba a amanecer, los trabajadores aún dormían y sólo se oía el trinar de los pájaros. Se esforzó al máximo en su carrera, notando que sus piernas estaban fuertes y

que respondían a esa velocidad. Se centró en su respiración, en darlo todo de sí. Las heridas del brazo ya no le dolían, se estaba recuperando perfectamente y, aunque debía seguir curándose un par de días más, lo hacía por exigencias médicas, no porque ella sintiese que lo necesitara.

De repente oyó un sonido que provenía de detrás de unas cepas, como si algo o alguien pisase las hojas y la tierra seca. Se volvió de forma instintiva para ver qué era, y cuál no sería su sorpresa cuando lo vio a él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sofía petrificada, deteniéndose y observando su rostro serio y frío.

—Esperándote —respondió Rodolfo, mirando su cuerpo cubierto por unos pantalones cortos de lycra negros y una camiseta de tirantes amarilla.

—Es muy temprano para una visita, mis abuelos ni se han despertado —comentó ella, advirtiendo en su mirada algo distinto.

—Llevo aquí desde ayer... —murmuró con una sonrisa irónica y despiadada.

—¿Desde ayer? —Se sorprendió ella, dando un paso atrás; aquello no le había gustado nada.

—Sí... Vine a darte una sorpresa, pero me la llevé yo al ver que otro hombre entraba en tu casa y no salía hasta bien entrada la noche —masculló Rodolfo, con los ojos fuera de sus órbitas.

—Es un amigo, vino a ver cómo estaba —explicó ella, restándole importancia para que él no se enfadara.

—¿Qué tiene ese melenudo que no tenga yo, Sofía? —preguntó con voz ronca y apretando los puños.

—¿Quieres la verdad o lo que quieres oír? —inquirió, encarándose a él, cansada de callarse y de ser la versión que todos querían ver de sí misma.

—Quiero oír qué hace otro hombre en tu casa, uno que no es tu prometido y que no puede darte todo lo que deseas —gruñó, sin apartar la mirada cruel de ella.

—Lo que tú me puedes dar yo ya lo tengo, Rodolfo. Ya tengo riquezas, lujos, fiestas... No me das nada nuevo —comentó, notándose cada vez más segura de sí misma, sin importarle estar a solas con aquel loco que días atrás había intentado matarla.

—¡Vale, eso ya lo tienes! —masculló él nervioso, tocándose el pelo despeinado con la mano que tenía libre, pues la otra continuaba en cabestrillo—. Pero él no te puede dar tanto como yo.

—Rodolfo, en eso te equivocas; él me da la vida, las ganas de reír y poder ser simplemente yo. Me da lo que yo necesito de verdad —dijo Sofía con firmeza, sorprendiéndose a sí misma por sus palabras.

—Esa vida que dices, te la puedo arrebatar yo cuando quiera —susurró con desdén y frialdad, dando un paso hacia ella.

—Lo sé, ya lo intentaste en tu coche —masculló Sofía, observando que Rodolfo se erguía al oír salir esa afirmación de sus labios.

—¡¿Te acuerdas?! —maldijo él, y dio otro pequeño paso hacia ella.

—Sí, lo recuerdo todo. ¿De verdad piensas que voy a dejar que tú heredes todo esto? Ni hablar, eso quítatelo de la cabeza. Yo ya he hecho lo oportuno para que no toques ni un euro —explicó con aplomo.

—Querida, yo puedo coger lo que quiera de tus cuentas —replicó él en tono socarrón.

—Ahora ya no. Sé que has estado entrando en ellas a tus anchas, pero ahora mis cuentas están aseguradas y nadie puede tocarlas si yo no quiero —explicó Sofía, haciendo que Rodolfo contrajera la cara atónito.

—Eres consciente de que nadie te va a creer, ¿verdad? —siseó, entrecerrando los ojos y mirándola con malicia—. Eres una incomprendida, una frívola niñata que no sabe relacionarse con los demás. La gente nunca creerá que yo intenté matarte y menos aún que maté a tus padres.

—Es posible que no me crean, pero estoy empezando a recabar información que demuestra claramente que tú fuiste el causante de la muerte de mis padres y de nuestro accidente.

—Bah, te estás tirando un farol. —Rio despreocupado, seguro de sí mismo y de que su plan no tenía ningún un cabo suelto.

—Es posible, y también es probable que te esté diciendo la verdad —dijo Sofía, que se encogió de hombros con indiferencia, haciendo que él la mirase con aversión.

—¿Sabes lo sencillo que sería para mí matarte ahora mismo? —preguntó Rodolfo con los dientes apretados, mientras la cogía de un brazo con fuerza, impidiendo que se moviera, y la aproximaba a él—. Nadie sabe que estoy aquí, nadie me ha visto, nadie sospecha de mí —murmuró cerca de su oreja, haciendo que ella se estremeciera del asco al notar cómo su cálido aliento le recorría la nuca—. Sería tan sencillo como quitarle el caramelo a un niño. La gente pensaría que había sido un loco que andaba por la zona, a alguien a quien le caías mal... Y yo sería el dueño legítimo de todo esto, porque tus estúpidos abuelos comen de mi mano y están deseando soltar la finca para que yo la lleve. Asúmelo, me prefieren a mí antes que a ti.

—Has sabido jugar muy bien tus cartas, Rodolfo —dijo Sofía sin ápice de miedo, mirándolo a los ojos con descaro, sin achantarse por aquella declaración y sin importarle el peligro que estaba corriendo al encontrarse a solas con él.

—Sí, lo tengo que reconocer, soy un hombre listo, capaz de hacer lo que sea por conseguir lo que quiere —dijo con una sonrisa demente.

—Pero no contabas con una cosa —añadió Sofía, contemplándolo irónica.

—¿Con qué?

—Con que no me conoces de verdad—dijo, mientras levantaba con fuerza la rodilla para darle en sus partes nobles y, gracias a ello, lograr que la soltara.

—¡Zorra! —exclamó él con rabia, al tiempo que se retorcía de dolor.

—Esto es por matar a mis padres, cabrón —bramó con furia, mirándolo fijamente y sintiendo cierto alivio al verlo con cara de dolor.

—No te muevas, no me obligues a sacar mi pistola y a matarte aquí mismo —rugió Rodolfo con desprecio, mientras intentaba incorporarse y recuperaba el aliento, que le había robado aquel duro golpe en su zona más débil.

Sofía vio que trataba de sacar algo del interior de su pantalón. Se le pasaron varias alternativas por la cabeza, unas más valientes que otras, pero lo que no quería de ninguna manera era arriesgarse. Sabía de lo que era capaz aquel hombre y, sin dudarlo, comenzó a alejarse de él a grandes zancadas, corriendo con todas sus fuerzas. Rodolfo echó a correr detrás de ella. Sonaron varios disparos que la hicieron gritar y esforzarse al máximo para llegar a su casa. Estaba muerta de miedo, sabía que él podía acertar en alguno de esos disparos y entonces su vida habría acabado para siempre. Debía ponerse a salvo. Rodolfo quería matarla y aún más sabiendo que había recuperado la memoria.

—¡¡SOFÍA!! —lo oyó gritar fuera de sí.

Sofía vio con alivio el edificio con forma de U, estaba cerca de poder ponerse a salvo. No paró de correr, aterrorizada de que su final fuese ése, que no le diese tiempo de poner en su lugar al asesino de sus padres, sin fijarse si todavía seguía persiguiéndola, sólo pensando en llegar...

—¡Abuelo! —chilló Sofía al descubrir a Felipe que salía de su casa y se dirigía a trabajar.

Él, al oírla, se detuvo.

—¿Qué te pasa? —preguntó extrañado al ver a su nieta tan alterada, corriendo en su dirección con el rostro desencajado.

—Abuelo, es Rodolfo, está loco... Quiere matarme... —dijo, mientras se paraba e intentaba recuperar el aliento.

—Pero ¿qué me estás contando, Sofía? ¿Cómo va a querer matarte? ¡¡Es tu prometido!! —replicó Felipe con voz profunda, observando la expresión de pánico de su nieta.

—Escúchame, te digo la verdad. Él mató a mis padres y fue el causante de que nos estrelláramos el otro día. ¡Está armado y ha intentado matarme!

—Sofía, ésa es una acusación muy fuerte, espero que no sea una de tus maneras de llamar la atención —farfulló el hombre con gesto hosco.

—Te digo la verdad, está aquí, por las cepas, cerca del portón —dijo, y señaló hacia el final de la propiedad.

—Entra en casa, iré a mirar. ¡Marcelo! —llamó Felipe al capataz, que acababa de llegar—. Acompáñame, vamos a ver si mi nieta dice la verdad o todo es producto de su imaginación.

—Tened cuidado, por favor —susurró asustada.

Entró en su casa temblando, cogió el teléfono y llamó a la policía. Debía ponerlos sobre aviso, Rodolfo estaba armado y temía por su abuelo y por Marcelo. Sería capaz de matarlos sin pestañear, era capaz de todo con tal de salirse con la suya. Estaba loco. En comisaría le dijeron que tardarían unos minutos en llegar a la finca, que a Sofía se le estaban haciendo eternos. Seguía en su casa, asomada a la ventana, mirando si veía llegar a su abuelo o a la policía. Estaba histérica, incluso le entraron ganas de volver allí para sacar de su escondite a aquel demente que había jugado con ella como si fuese una marioneta. Pero no quiso tentar a la suerte. Aunque Rodolfo tuviera un brazo escayolado, era un hombre fuerte y no dudaría en dispararle si la viera.

Al fin vio aparecer a su abuelo, que caminaba con tranquilidad hacia donde estaba ella. A su lado iban Marcelo y unos policías. Sofía salió de la casa para encontrarse con ellos y poder aclarar sus dudas.

—¿Lo has encontrado? —preguntó con un hilo de voz.

Su abuelo negó con la cabeza mientras la observaba con frialdad.

—Señorita Figueroa —comenzó a decir un agente de policía de unos cincuenta años, con el pelo canoso y rostro serio—, su abuelo nos ha comentado que hace poco tuvo un accidente y que le habían

diagnosticado amnesia...

—Sí, pero recobré la memoria hace unos días —contestó Sofía, fijándose en el rostro impasible de su abuelo, que la miraba con dureza.

—¿Le podemos hacer unas preguntas? —preguntó el policía, y señaló la casa de ella.

—Sí, claro, pasen —musitó, dándose cuenta del enfado que tenía su abuelo y temiéndose lo peor.

Durante varios minutos estuvo contestando las preguntas rutinarias de los policías, describiendo al detalle lo que había ocurrido esa mañana. Cuando recabaron lo que necesitaban, se fueron de la propiedad, informando que no habían encontrado a nadie ni dentro, ni por los alrededores, y que seguramente había tenido algún tipo de alucinación producida por el golpe sufrido en el aparatoso accidente de hacía unos días. Que su abuelo había llamado a Rodolfo y éste le había dicho que estaba en su casa de Madrid, desayunando...

Cuando la policía salió de su casa, Sofía, desesperada, se tumbó en el sofá, sintiendo que se iba a volver loca, pues nadie la creía... Rodolfo había sabido hacerlo muy bien, tanto que, aun señalándolo ella como culpable, todos desechaban la idea. Ese día no salió de su casa, ni siquiera fue a ver a sus abuelos; sabía que Felipe estaría enfadado con ella, pensando que había sido una alucinación suya, pues Rodolfo era el hombre perfecto que todos querían a su lado.

Trabajó desde casa en su ordenador portátil y envió un mensaje a aquellas personas anónimas que decían velar por ella, explicando lo que había ocurrido. Al poco recibió contestación. Parecían ser los únicos que la creían y la instaban a que no se alejara de la propiedad sola, pues si Rodolfo lo había intentado una vez, volvería a la carga, y le aseguraban que seguían trabajando para desenmascararlo, que sólo debía tener un poco de paciencia, pues estaban muy cerca de lograr lo que necesitaban...

—Hola, bichito —saludó Andreas, cuando Sofía abrió la puerta.

—¡Qué sorpresa! No te esperaba —dijo ella haciéndolo entrar.

—Mi radar de súper amigo me ha dicho que necesitabas mimos y aquí estoy —explicó él con una sonrisa, dándole un beso en la mejilla y abrazándola con ternura.

—Pues ese radar funciona a las mil maravillas, porque así es —contestó ella con una sonrisa triste, mientras se sentaban en el sofá.

—¡Mira qué bien! Yo que me había tirado el pegote —dijo Andreas entre risas—. Pues habla, querida mía.

Sofía lo miró con una sonrisa sombría y se abrazó a él. Había tenido un día horrible y temía pasar la noche sola, nunca se había sentido así de atemorizada y menos en su propia casa. Se alegró de que Andreas se hubiese presentado sin avisar, que la tranquilizase, ofreciéndole su cariño incondicional.

Le contó la historia entera, con todo lujo de detalles, sin omitir nada, pues no sabía si algún día Rodolfo lograría hacer realidad su amenaza y no deseaba que nadie pensase que aquello había sido culpa de otra persona; quería que su muerte estuviese vinculada a él, a ese hombre que había destrozado su vida desde una edad tan temprana. Se había cansado de estar callada y lo iba a contar todo, a quien fuese.

Rodolfo había llegado demasiado lejos y lo peor era que sabía que Sofía había recuperado la memoria; por tanto, sólo cabía esperar que actuase y pusiese punto final a ese plan que había elaborado hacía tantos años.

Andreas la escuchaba impasible, asimilando su relato, dándole el cariño y el ánimo suficientes para que su amiga, al fin, se sincerase del todo con él, algo que llevaba tiempo esperando que hiciera.

—Uf... —resopló intranquilo, sin dejar de apretarle la mano.

—Te he dado bastante material para tu novela, ¿eh? —soltó ella, quitándole hierro al asunto.

—Ya te digo, Sofi... —bufó preocupado—. No quiero que hagas ninguna tontería. Si ves algo raro, por favor, corre. No quieras hacerte la súper heroína.

—Sí, no te preocupes, así lo haré —contestó nerviosa—. ¿Sabes lo peor de esto? Tener la certeza de que Rodolfo está esperando escondido para mover ficha de nuevo y esta vez, a lo mejor, no tengo tanta suerte como esta mañana. Nadie conoce estas tierras como yo y he sabido hacia dónde correr para que no me tuviese a tiro.

—¡No digas eso! —exclamó Andreas, espantado al imaginarse ese final para su querida amiga—. No me voy a mover de aquí hasta que ese loco esté en la cárcel. No te voy a dejar sola, Sofi.

—Gracias, Andreas —susurró ella, a punto de echarse a llorar; en aquellos momentos lo necesitaba más que nunca—. Pero no quiero alejarte de Eddy...

—No te preocupes por él, sé que cuando se lo explique lo entenderá —contestó Andreas con una sonrisa.

—Por favor, dile que no le mencione nada de esto a Zack, no quiero que se preocupe... —pidió, frunciendo el cejo.

—Ay, Sofi, estoy deseando que abras los ojos de una vez y que veas por ti misma lo que el amor les hace a algunas personas... —dijo, mientras la rodeaba con los brazos y la estrechaba con cariño.

Aquella noche descansó tumbada al lado de su buen amigo, que, efectivamente, no se apartó de ella. A la mañana siguiente desayunaron juntos en la cocina y Andreas se quedó en la casa; aprovecharía la soledad de aquel lugar para terminar de escribir su novela.

Sofía se dirigió a su despacho, sabía que allí estaría a salvo; había mucha gente alrededor como para que Rodolfo se aventurase a hacer algo que lo delatara. Al entrar, vio para su estupor un exuberante y colorido ramo de flores encima de su mesa. Fue hasta allí y, con manos temblorosas de rabia, abrió la tarjeta y la leyó:

> Estoy contando los días que faltan para el viernes, para poder gritar a los cuatro vientos que estoy prometido con la mujer más maravillosa del mundo.
>
> Te quiere,
>
> RODOLFO

El pulso se le aceleró al leer aquella pantomima. Ella sabía por qué lo hacía: nadie podría sospechar del novio perfecto, de aquella persona que todos los días le enviaba un ramo de flores declarándole su amor. Rompió la tarjeta en mil pedazos y el ramo de flores, aquella vez, fue a parar al cubo de la basura. ¡Odiaba a ese hombre! Lo odiaba más que a nada en el mundo. Sentía aversión, rabia y asco por todo lo que concernía a Rodolfo; sólo oír su nombre hacía que el pulso se le acelerara y que la furia se apoderara de ella.

Ese impulso de cólera consiguió que se levantase, cogiera su bolso y se dirigiera hacia el garaje, donde estaba guardado su automóvil. Sabía que Andreas desaprobaría esa conducta, pero se negaba a continuar escondiéndose, a seguir a merced de las triquiñuelas de Rodolfo. No iba a hacerse la súper heroína, pero la verdadera Sofía nunca permitiría que nadie jugase con ella. ¡Nadie! En aquel momento de su vida, había aprendido que no debía volver a acallar a su verdadero yo, y éste le decía que debía coger el toro por los cuernos y acabar de una vez por todas con aquella historia.

38

Salió de la propiedad con su jeep sin ser vista y condujo en dirección a Madrid. Sabía dónde encontrar a Rodolfo, no hacía falta ser un lince para conocer el lugar en el que se hallaría aquella mañana. Sorprendentemente, el camino se le hizo corto a causa de las mil versiones que creó en su mente anticipando lo que se encontraría al llegar allí. Estacionó en un parquin privado cerca del edificio donde vivía Rodolfo y, con paso seguro, se dirigió hacia allí, mientras escribía con rapidez un mensaje en su teléfono móvil avisando a su amigo de dónde se encontraba y diciéndole que confiara en ella. Lo mandó pensando que eso sería su salvación.

—Menuda sorpresa, mi prometida se ha dignado venir a verme —dijo Rodolfo cuando abrió la puerta de su casa con una sonrisa divertida. Iba vestido de manera informal, con unos vaqueros y una camiseta de media manga de color azul marino.

—Hola —contestó ella con seriedad, pasando al interior de la casa, haciendo resonar sus tacones por el suelo brillante del lujoso piso.

—No sabía que fueras tan inconsciente, Sofía. Dime, ¿qué haces aquí? —preguntó socarrón, mientras admiraba la figura que le hacía a ella aquel ceñido vestido negro con corpiño blanco.

—He visto el ramo de flores que me has enviado esta mañana y he pensado agradecértelo en persona —respondió en tono afable.

—Ya sabes que me encanta hacer regalos, no hacía falta que te tomaras tantas molestias —dijo él, y se dirigió hacia el sofá con paso seguro.

—Veo que el brazo va mejorando... —señaló, al ver que lo llevaba sin la escayola aunque todavía en cabestrillo.

—Sí, ya sabes lo que dicen: mala hierba nunca muere —se jactó —. Siéntate, por favor, y dime qué haces aquí.

—Quería hablar contigo, llegar a un pacto... —dijo, acomodándose al lado de él—. Como bien dijiste, mi abuelo no se creyó nada de lo que conté, más bien te defendió con uñas y dientes.

—Saca todo lo que lleves en el bolso, Sofía —murmuró con rotundidad, al tiempo que miraba el bolso que llevaba ella y que había apoyado en su regazo.

—¿Por qué? —Se extrañó ante su petición.

—Porque sé que eres una mujer muy lista. Sácalo todo y seguiremos hablando —contestó, señalando la mesa que había enfrente del sofá, para que volcase allí el contenido del bolso.

Sofía hizo lo que pedía y lo vació sobre la abrillantada mesa.

Rodolfo cogió el teléfono móvil de ella y lo activó para asegurarse de que no tuviese la grabadora en marcha. Para su sorpresa, no era así, y lo que había sobre la mesa eran objetos banales.

—Buena chica —dijo con una sonrisa—. Retomando lo que me decías: era obvio que no te creerían... Yo soy un empresario, hijo y amigo ejemplar, y tú siempre has sido la rarita...

—Nunca he tenido don de gentes —respondió Sofía haciendo un mohín.

—Dime, ¿qué me querías proponer? —preguntó él, apoyando la espalda en el respaldo del sofá, con gesto relajado y confiado.

—Una tregua. —Rodolfo sonrió al oír esa palabra—. Nadie tiene por qué saber que intentaste matarme, ni tampoco que asesinaste a mis padres...

—¿Qué me propones? —preguntó a la expectativa.

—Pondré todo lo que me pertenece a tu nombre y, a cambio, tú desaparecerás de mi vida. No quiero volver a verte nunca más.

—Pero si yo me quedo con la finca, ¿tú qué vas a hacer?

—Eso no importa, simplemente saldré de este mundo y empezaré la vida que siempre he querido tener.

—Con ese melenudo —añadió Rodolfo.

—Es posible, pero aún no lo he pensado —respondió ella, intentando quitarle importancia a ese tema.

—No —dijo él con rotundidad, mientras la miraba con dureza a los ojos.

—¿Cómo que no? —preguntó asombrada.

—No quiero las migajas, nunca me conformo con lo que le sobra a la gente. Lo quiero todo, Sofía. Y todo es la finca, el respeto de tus abuelos y, sobre todo, a ti.

—Hace unos días intentaste matarme; ¿por qué ahora entro dentro de tus planes? —indagó, tratando de encontrarle lógica a lo que le pedía.

—He cambiado de idea. Me encantan los retos y tú eres uno muy suculento. La niñita huérfana que vio morir a sus padres porque un chaval atractivo y fornido, del que nadie sospecha, pensó que no merecían vivir, pues ellos tenían lo que él merecía. Entonces, la chica va y se enamora del asesino de sus padres. Uf, menudo guion para una película, ¿eh? —dijo entre risas, con tono burlón—. Quiero destrozarte aún más la vida, Sofía. Tú has vivido siempre como una princesa, rodeada de todo lo que has querido, mientras que yo he tenido que soportar al gilipollas de mi padre, que se follaba a la secretaria, y escuchar los lamentos de mi madre al saber que su querido marido le había sido infiel. Eso no lo sabías, ¿eh? —preguntó con asco—. Para que veas lo que he tenido que soportar mientras tú has estado entre algodones.

»Yo he sufrido en mis carnes lo que es no tener riquezas, sin poder comprar lo que mis amigos ya tenían, sólo porque el inepto de mi padre se lo daba todo a su amante. Dime, si mi madre se hubiese casado con tu padre, ¿no crees que mi vida habría sido diferente? Pero no, tuvo que aparecer tu madre, tan esbelta, tan risueña, para encandilarlo y hacer que la mía tuviese que buscarse a un sustituto, uno que no le llegaba a tu padre ni a la suela del zapato, ese hombre que era un auténtico señor. Aún recuerdo cómo miraba a tu

madre, con ojos brillantes, rebosantes de amor. En cambio, mi padre, creo que se casó con mi madre por el estatus social y no por otra cosa...

»No sabes lo que es vivir en una casa donde no se respira amor, sino codicia. Y cuando tú naciste, te odié, odié lo que significabas y odié que todos estuviesen pendientes de ti... Fue tan sencillo entrar en tu casa. Simplemente cogí la copia de las llaves que tenían mis padres en casa, esas que guardaban por si ocurría algo... Entré de madrugada, mis padres no se dieron cuenta de que salí de casa a esas horas. Llevaba una pistola pequeña que compré a unos camellos en el barrio chino de Madrid. Al entrar, me extrañó ver luz en la cocina, esperaba encontraros a todos durmiendo. Tu padre, al verme, se sorprendió y me preguntó si estaba bien; siempre fue bueno conmigo, pero yo no dudé un segundo en pegarle un tiro. ¡¡Él debería haber sido mi padre y no el tuyo!!

»El ruido alertó a tu madre, que llamó a tu padre desde la cama. Me dirigí hasta allí y al verme se asustó, comenzó a hablarme, pero no la escuché, le disparé con toda la rabia del mundo. Ella era la principal causante de que yo no tuviese la vida que me merecía. Si ella no se hubiera entrometido, aquello no habría acabado así. Después entré en tu dormitorio, estabas buscando tu estúpido peluche y estuve tan cerca de rematar lo que había ido a hacer, pero después lo pensé mejor... La venganza es un plato que se come frío y tú eres el broche de oro a esto, querida mía.

»Quiero culminarlo haciendo de tu vida una auténtica pesadilla. Te vas a casar conmigo, por supuesto. Veré con mis propios ojos cómo te folla Enzo, siempre le has gustado, y creo que le encantará hacerlo cuando nos reunamos en casa. Como habrás adivinado, ellos tienen una relación abierta, y, bueno, ya que me he follado a Candy bastantes veces delante de él, ahora le toca degustar a alguien nuevo...

»¡Ah! Por supuesto, tendremos hijos, los que yo desee y tú no dirás nada, porque eres una pelele que sabe que es mejor callarse que hablar más de la cuenta... Con todo esto pretendo que nunca

seas feliz, porque siempre sabrás que yo, y sólo yo, fui quien te arrebató a tus padres —concluyó con voz pausada, saboreando todo lo que acababa de decir.

—Estás loco, Rodolfo —susurró Sofía, asombrada por aquella verborrea.

—Sí, pero sólo lo sabes tú, querida. Ya has comprobado que nadie te creerá, dulce Sofía. ¡Nadie! —dijo entre risas—. Ahora, ven, dame un beso en los labios y vete a preparar el vestido que llevarás el viernes. Quiero que estés radiante por fuera; ya sé que por dentro nunca lo estarás, pero eso nadie lo sabrá, sólo yo...

Ella se levantó de un salto del sofá, mareada por todo lo que le había dicho; recogió todas sus cosas tiradas en la mesilla de centro y las metió de nuevo en el bolso, mientras observaba la mirada de satisfacción de él.

—Nos vemos el viernes —dijo con voz afilada.

—¿Y mi besito? —preguntó Rodolfo con sorna.

—Nunca te daré un beso en privado.

—Eso es ahora, luego ya veremos lo que hacemos... Aún tengo curiosidad por saber si Borja decía la verdad... —comentó con una sonrisa, observando cómo ella se alejaba—. Recuerda, dulce niñita huérfana, que te tengo en mis manos.

Sofía abrió la puerta de la casa y salió cerrándola tras de sí, bajó los escalones casi corriendo y se dirigió hacia donde había estacionado el coche. Estaba nerviosa y sentía un asco inmenso por aquella sanguijuela que se creía todopoderoso. Una vez en el interior de su jeep comenzó a respirar profundamente, intentando controlar aquella ira que amenazaba con hacerla salir de nuevo, coger un ladrillo y estampárselo en la cabeza a aquel malnacido que quería hacerle la vida imposible. Cuando se relajó un poco, puso el motor en marcha; debía hacer una cosa más antes de dirigirse a su casa.

—Señorita Figueroa, íbamos a salir ahora mismo hacia su casa —dijo el agente de policía en cuanto ella llegó a la comisaria.

—Tome —dijo ella, sacando del interior de su corpiño una pequeña grabadora—. Aquí tiene la confesión íntegra de Rodolfo Colomer, donde explica cómo llevó a cabo el asesinato de mis padres cuando él tenía dieciséis años. Además, también confirma que intentó matarme en el accidente que tuvimos el pasado sábado.

El agente de policía la miró sorprendido. Cogió la grabadora y la dejó en la mesa sin dejar de mirarla, asombrado por la frialdad que había tenido esa mujer al efectuar aquella grabación.

—Ha sido usted un poco temeraria al hacer esto, ¿lo sabe? —preguntó, intentando descifrar el gesto serio y tranquilo de aquella joven de clase alta.

—Era la única manera de que me creyesen... —suspiró, cansada de todo lo que tuviese que ver con Rodolfo.

—Esta mañana nos ha llegado una información muy sustanciosa remitida por una empresa privada que hace ese tipo de investigaciones. Tenemos los datos que él guardaba de todos ustedes, cifras, fotos, todo detallado minuciosamente. Ha estado muchos años centrado en su familia, por eso íbamos a hacerles una visita; queríamos comentarles que la investigación sigue abierta y que empezamos a tener claros indicios de la culpabilidad del señor Colomer —explicó, cogiendo la pequeña grabadora que le había llevado Sofía—. Y ahora, con la declaración que me trae, espero que no se nos escape.

—Entonces ¿lo van a arrestar? —preguntó esperanzada.

—Vamos a escuchar la grabación que nos ha traído y si contiene lo que me ha contado, iremos a por él. El delito aún no ha prescrito y le sugiero que contrate a un buen abogado, pues el señor Colomer tiene dinero y contactos y hará todo lo posible para salir impune del caso —comentó el agente.

—Sí, ahora mismo hablo con mi abogado. No quiero que se acerque nunca más a nosotros. Está loco y no debe llegar a materializar su amenaza.

—Estaremos vigilándolo. No se preocupe, señorita Figueroa, está en buenas manos —dijo con una sonrisa el amable agente.

Sofía salió de la comisaria sonriendo también. Junto con aquellas personas anónimas que habían contactado con ella a través de internet, había logrado recolectar las pruebas necesarias para que Rodolfo no tuviese escapatoria. Deseaba verlo entre rejas, anhelaba ver el final de todo después de tantos años, desde que aquel malnacido mató a sus padres a sangre fría sólo porque creía que merecía todo lo que ellos tenían...

Llegó a la finca y se dirigió directamente a su casa. Sabía que Andreas estaría subiéndose por las paredes, esperando a que ella volviese y deseando saber que se encontraba sana y salva. Cuando la vio, la abrazó con cariño.

—Estás como una cabra, Sofi —dijo, estrechándola contra su pecho.

—Lo he conseguido, Andreas. He logrado que lo dijese todo delante de mí y he llevado la grabación a la policía...

—No lo entiendo; ¿ha confiado en que no se la ibas a jugar? —preguntó, extrañado por la facilidad con que su amiga había obtenido una declaración así.

—Ha hecho que sacase todo lo que tenía en el bolso, pero no me ha registrado; la grabadora la llevaba guardada dentro del corpiño. Rodolfo no sabe cómo soy realmente, eso ha sido una baza para mí.

—¿Estás bien? —preguntó Andreas, llevándola hasta el sofá, para poder sentarse y hablar con mayor tranquilidad.

—Sí. Sé que ahora debo ser más fuerte que nunca, no quiero que vea que flaqueo. Voy a conseguir que ese hombre se pudra en la cárcel —declaró convencida—. Se lo debo a mis padres y me lo debo a mí misma. Nunca más nadie intentará cambiarme. Yo soy así, para las buenas o para las malas. Una mujer complicada, de clase alta, pero que odia asistir a las fiestas para presumir de lo que tiene, que prefiere el campo a la ciudad y que ya se ha cansado de callarse lo que piensa. Una vez, un pelanas entrometido me dijo que la vida

había que vivirla, había que disfrutarla al máximo siendo fiel a uno mismo y eso es lo que voy a hacer, Andreas. Ya me he cansado de ser una señoritinga, una incomprendida; ahora seré sólo Sofía.

—Ven aquí, bichito —dijo él emocionado, abrazándola con cariño al ver la seguridad que transmitía Sofía con sus palabras y su voz—. ¡Qué ganas tenía de oírte decir esto! ¿Sabes una cosa? Hace unos minutos acabo de terminar de escribir mi última novela.

—¿Ya? —preguntó sorprendida.

—Sí y quiero que la leas.

—Ahora no puedo, Andreas. Tengo que hablar con mis abuelos de este tema antes de que se enteren por la prensa.

—Bueno, pero cuando termines, vienes y te pones a leer, que mi agente literario está apremiándome para que se la entregue ya y sabes que sin que pase tu filtro no puedo dársela a nadie —dijo con cariño.

—Sí, tranquilo. Hoy me cogeré la tarde libre para leerla —contestó ella con aplomo, y se levantó para dirigirse hacia la casa de sus abuelos—. No tardaré, prepara la comida y así cuando vuelva comeremos juntos.

Andreas asintió, orgulloso al ver el cambio radical que se había producido en su amiga, quien al fin se había dado cuenta de que debía tomar las riendas de su vida. Se fue a la cocina mientras ella se encaminaba hacia la casa de sus abuelos. Sofía temía que iba a ser complicado hacerlos entrar en razón por segunda vez, pero debía conseguirlo; quería que se enterasen de la verdad por ella y no por otras personas. Cuando Cayetana le abrió la puerta, su rostro reflejaba que había llegado tarde.

—¿Os habéis enterado ya? —preguntó Sofía sorprendida; sólo había pasado una hora y pico desde que salió de comisaria.

—Nos han llamado los padres de Rodolfo y nos ha contado que su hijo acaba de ser arrestado por asesinato... —susurró consternada.

—¿Y el abuelo?

—Dentro.

Sofía fue hasta el salón, donde lo vio cabizbajo, sentado en su sillón. Al verla se le llenaron los ojos de lágrimas y se levantó para ir a su encuentro.

—Sofía, perdona a este anciano por ser tan obcecado —musitó con un gesto que ella nunca antes le había visto.

—Quiero que esto sirva para que confíes en mí en el futuro —contestó con gesto serio, sin que la expresión de su abuelo la afectase.

—Siento muchísimo no haberte creído, haber puesto en entredicho lo que tú me contaste y confiar en ese hombre que a ti nunca te gustó —susurró el hombre con pesar.

—Abuelo, quiero que también confíes en mi capacidad para llevar la finca. Nunca haría nada que fuese perjudicial para estas tierras que han visto crecer a mi padre.

—Lo sé, Sofía... Perdóname por todo —susurró, estrechándola por primera vez en un cálido abrazo; se sentía abatido por todo lo que había sucedido a sus espaldas—. Eres una mujer increíble y siempre has demostrado lo valiosa que eres para esto; incluso cuando yo no he parado de tirar tus ideas por tierra, tú has seguido hacia delante, demostrándome lo equivocado que estaba al rebatírtelas. En eso has salido a mí, eres igual de terca que yo —murmuró con una tímida sonrisa, viendo con otros ojos a su nieta.

—Entonces, entenderás que seré yo la que elija con quién casarme, si algún día quiero hacerlo.

—Nosotros aceptaremos lo que creas adecuado para ti —respondió con dulzura—. Me has quitado la venda que he tenido en los ojos durante tantos años, al creer que eras incapaz de tomar ninguna decisión por ti misma, y me he dado cuenta de lo equivocado que estaba al pensarlo. Me siento muy orgulloso de ti, Sofía. Por todo lo que has hecho durante estos años y por cómo has actuado para desenmascarar a ese malnacido... Cuando nos han llamado sus padres para decirnos que habían arrestado a su hijo, he telefoneado a la policía para saber más de lo que había ocurrido. Nos han contado que tú habías ido a su casa para sonsacarle la

verdad... Has sido muy valiente. En eso te pareces a tu padre, que nunca se rendía ante las adversidades y tampoco daba su brazo a torcer cuando veía una injusticia.

—Cada día que pasa creo que me parezco más a papá —declaró ella con una sonrisa nostálgica, echándolo de menos—. No voy a volver a ser la misma de antes, quiero que lo sepáis. He descubierto que tengo que ser fiel a mí misma y dejar de fingir que soy distinta a como soy.

—Nosotros te querremos igual, Sofía —contestó Felipe, avanzando hacia ella y envolviéndola en un tierno abrazo. Su nieta le había dado una gran lección en la vida y ésta era que no debía subestimar a una mujer.

Cayetana, que estaba presenciando en silencio aquella escena nunca antes vista en aquella casa, se llevó las manos a la boca intentando reprimir un sollozo. Su marido y su nieta habían dado un paso muy importante en su relación; él había conseguido aparcar el orgullo y los prejuicios para poder ver lo que ella valía. La noticia del arresto de Rodolfo había logrado que Felipe mirase de verdad a su nieta, descubriendo a una mujer capaz de hacer todo lo posible por llegar hasta el final; le había demostrado que no era una princesita que necesitaba ser rescatada, sino una mujer con la fuerza de un toro, que no se achantaba por nada y menos por nadie.

—Quédate a comer, lucero —susurró Cayetana emocionada, secándose las lágrimas de felicidad que le caían por las mejillas.

—No puedo, abu. Andreas está en casa preparando la comida.

—Pues otro día... —dijo su abuela—. ¿Por qué no invitas un día a comer a tu amigo?

—Ya se lo diré, seguro que estará encantado de venir —contestó Sofía con una sonrisa.

—No, a Andreas, no; al otro... A ese chico con el pelo tan... bueno, ya sabes, con el que te vieron hace unas semanas en la finca.

—No sé si el pelanas aceptaría la invitación. La he fastidiado demasiado, mareándolo por no saber qué hacer, mintiéndole porque temía su reacción, y dudo que quiera venir a verme de nuevo... —explicó Sofía con pesar, al pensar en lo mal que había tratado a Zack.

—Si te quiere de verdad, vendrá —dijo Felipe, sorprendiendo a las dos mujeres con su comentario.

—Ése no es el problema, abuelo; sé que él me quiere, y mucho. Ahora lo que tengo que averiguar es si yo lo quiero a él —explicó con un suspiro, haciendo que sus abuelos la mirasen con ternura.

—Lo que elijas lo aceptaremos sin rechistar —dijo Felipe estrechando de nuevo a su nieta con afecto. Pensar que había podido perderla también hizo que sus prejuicios y aquella obsesión por no demostrar sus sentimientos se disiparan y comenzara a actuar de diferente manera.

39

«El espectacular navío *Costa Favolosa* se deslizaba con ligereza sobre las aguas del mar del Norte, casi no se percibía el vaivén de las olas al romper contra su gran casco. El barco acababa de zarpar desde el puerto de Copenhague con destino a los fiordos noruegos y, aunque debería estar feliz de poder encontrarse en aquel crucero, por gentileza de su buen amigo Andreas, algo le decía a Sofía que aquello no había sido buena idea. No era que no le gustase el mar o viajar, su desazón venía causada por el hecho de que había sido víctima, una vez más, de las alocadas ideas de su amigo, que la había empujado a realizar su primer viaje Single...

»Sofía no era una mujer a la que le agradase pregonar su soltería, que ya venía durando un año, ni tampoco asistir a fiestas temáticas para solteros; ella prefería pensar que el amor llegaría cuando estuviese preparada y que no hacía falta andar buscándolo. Pero no contaba con la persuasión de Andreas, que era incapaz de estar soltero más de un mes y que necesitaba fervientemente conocer hombres para poder hallar, al fin, a su pareja ideal. Todo ello iba acompañado por el hecho de que Sofía llevaba unos días recibiendo ramos de flores sin tarjeta, algo que la hacía pensar que alguien de su entorno quería seducirla con galantería, como a ella —en teoría— debería gustarle, pero aún no tenía ni siquiera una pequeña pista de quién estaba detrás de aquellos detalles anónimos.»

—¿En serio? —preguntó Sofía, levantando la vista de la pantalla y observando a su amigo, que no apartaba la mirada de ella, intrigado por saber si le gustaba el principio de su novela.

—¿Qué ocurre, hay algo mal? —preguntó preocupado, mientras releía cómo empezaba la historia que había comenzado a escribir en el crucero.

—Andreas, si quieres escribir sobre mí, por lo menos pon nombres falsos... —dijo molesta, señalando el trozo que acababa de leer, donde se podían ver perfectamente sus nombres.

—Eso es lo de menos, puedo cambiarlos en el último momento. Tú sigue leyendo —la apremió él con una sonrisa.

Sofía frunció el cejo y continuó bajo la atenta mirada de su amigo, sentado al lado de ella. Andreas había plasmado en su novela todo lo que Sofía vivió en el crucero: los enfrentamientos verbales con el pelanas, el baño por sorpresa que se dieron en la piscina, su primer beso... Se extrañó al comprobar que había descrito escenas que nunca le había contado, cosas que sólo sabían Zack y ella; por lo tanto, supuso quién era el culpable de tanto detalle fiel a la realidad.

Incluso estaban las notas que Zack le había escrito, tal como eran, y que Sofía aún atesoraba en su cómoda... Nunca habría imaginado que su propia historia fuese tan entretenida. No pudo soltar el libro, queriendo saber más, sorprendiéndose al leer todo lo que había vivido junto a aquel hombre que le había hecho descubrir un mundo nuevo. Sus conversaciones, sus noches a solas, el juego que se llevaban a escondidas de sus amigos, la primera vez que se volvieron a ver después del viaje, aquel encuentro sexual en su despacho, el día en que ella le contó su pasado y cuando él hizo lo mismo; la sorpresa que le dio cuando se fueron a hacer paracaidismo, el miedo que pasó segundos antes de tirarse por un puente, la despedida agria para volver a la realidad, las visitas que se habían hecho y la confesión de su amor...

Sofía levantó la mirada de nuevo. Había estado callada varias horas, inmersa en la lectura de su propia historia, y miró extrañada a su amigo, que la observaba ansioso por saber qué le estaba pareciendo.

«Ahora te toca a ti elegir: si quieres tener un final feliz, ve a la página 279; si prefieres dar por finalizada la historia y cerrar las puertas a ese amor que creo verdadero, sigue leyendo.»

—¿Qué significa esto? —preguntó Sofía señalando la parte del libro que acababa de leer, impaciente por saber más.

—A ver —musitó Andreas, acercándose para verlo—. Bueno, bichito, como bien sabes, eres tú la que me ha inspirado esta novela y ahora te toca elegir. Luego yo pondré el punto final a la historia.

Por sorprendente que pareciera, Sofía no tuvo que pensarlo, ni siquiera barajar los pros y los contras. Leer desde el principio todo lo que había vivido con Zack, lo que había descubierto a su lado y recordar cómo se sentía cuando éste estaba cerca, hizo la elección fácil. Además, Zack se había tomado muchas molestias en preparar aquello con Andreas, y éste... había sido muy hábil al no delatar a Zack, que había estado durante días contándole todo lo que habían vivido con Sofía.

Seleccionó la página que indicaba Andreas y cuando llegó a ella se quedó sorprendida al ver las dos líneas que había escritas:

«Los finales felices existen y para que éste se cumpla, debes volver al lugar donde comenzó todo».

—Pero... —susurró, contrariada al entender lo que significaba eso—, ¿tengo que irme a un crucero, ahora?

—Es lo que pone —dijo Andreas con una sonrisa, mientras sacaba un billete de avión de la libreta que siempre lo acompañaba y se lo tendía para que lo cogiese.

—¡Esto es una locura, Andreas! No me puedo marchar ahora de crucero, el lunes salgo hacia China.

—No te agobies por el futuro, disfruta el presente. Pero antes de que te vayas, voy a tomarme la licencia de hacer un poco de celestina y a contarte algo que aquí no se explica, pero que creo que necesitas saber para comprender lo que ha hecho ese hombre por ti —añadió su amigo, cogiendo la tableta y dejándola sobre la mesa—. Zack es uno de los informáticos más importantes que hay en el país. Se encarga de garantizar la seguridad de las webs para las empresas

más conocidas a nivel mundial, haciendo que las redes de éstas sean fiables y estén libres de posibles hackers. Cuando se enteró del accidente, comenzó a investigar por su cuenta y accedió a tu ordenador, dándose cuenta de que había sido visitado, varias veces durante mucho tiempo, por otra cuenta que no era la tuya. Ahí empezó a sospechar de Rodolfo y lo investigó a él también. Para que tú estuvieses tranquila, te envió un mensaje electrónico desde una cuenta anónima, para informarte de que no estabas sola y decirte que, sobre todo, tuvieses mucho cuidado...

»Él ha estado pendiente de ti en todo momento, de una manera u otra. Siempre que lo veía, me preguntaba por ti y cuando el otro día vino a verme para montar esto, lo supe, Sofi... Zack es el hombre que has estado esperando, es el único que te conoce de verdad y que se ha enamorado de la mujer que eres.

—Oh... —suspiró emocionada, llevándose la mano a la boca, sorprendida por todo lo que había hecho Zack por ella.

—Ahora, ve a donde te dice la novela y crea el final feliz que te mereces —comentó Andreas encantado, viendo que por fin Sofía había encontrado a un hombre lo suficientemente bueno como para hacerla feliz.

—Esto es una locura... —susurró mientras se levantaba de un salto del sofá, nerviosa y deseosa por ver a Zack de nuevo.

—Claro que lo es, pero ¿qué sería de la vida sin un poco de locura? Anda, corre y no pienses, sólo vive —dijo Andreas, levantándose y dándole un tierno abrazo—. Toma, te he metido algunas cosas que creo que necesitarás. Vamos, que yo te acompaño al aeropuerto.

Le dio una pequeña maleta con lo necesario para embarcarse en un nuevo viaje. Sofía la cogió con manos temblorosas. Sentía unas ganas irresistibles de salir corriendo para encontrarse con aquel hombre que le había dado tanto sin pedir nada a cambio.

Sonrió a su amigo, que la apremiaba para salir de la casa. Estaba nerviosa por no saber lo que le depararía aquello, pero se dejó llevar, una vez más, por las ideas alocadas de Andreas y por esa

sorpresa que no se esperaba. El camino se le hizo eterno; en su pecho, una sensación de plenitud la reconfortaba y a la vez la inquietaba. Quería ver a Zack, deseaba hablar con él, saber por qué había hecho aquello y agradecerle su gran ayuda, pues lo que había averiguado iba a servir para encarcelar a Rodolfo durante muchos años.

Andreas detuvo el coche en la terminal desde donde salía su avión.

—Sofía, nunca te niegues la posibilidad de ser feliz —le rogó con ternura, mientras le daba un beso en la mejilla.

Ella salió del coche y cogió su maleta, dirigiéndose hacia la puerta de embarque. En el billete decía que volaría a Barcelona... El avión se elevó y con él se disiparon sus últimas dudas. Quería ver a Zack lo antes posible y aquel viaje le estaba resultando demasiado lento. Cuando llegó al aeropuerto, se dirigió hacia la salida. No sabía cuál era el siguiente paso a seguir y confiaba en verlo allí, esperándola. En cambio, lo que vio fue a un hombre uniformado sosteniendo un cartel que ponía su nombre. Se dirigió a él, que, con amabilidad, cogió su pequeña maleta y la acompañó hacia un coche de alta gama que había estacionado cerca.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sofía, observando las calles por donde pasaban.

—Enseguida lo verá, señorita Figueroa —contestó el chófer con una sonrisa, cómplice de aquel plan.

El coche se detuvo en el puerto, el hombre agarró la maleta y le indicó que lo siguiese. Sofía caminaba mientras contemplaba los barcos atracados en el muelle, intentando encontrar al culpable de aquella aventura, al que deseaba ver con todas sus fuerzas.

—Es aquí. Tome, éste es su billete. Suba, arriba la están esperando —dijo el chófer, ofreciéndole el billete y la maleta—. Que tenga un buen viaje, señorita Figueroa.

Sofía los cogió, sonrió al amable hombre e hizo lo que le decía. El barco era grande, aunque no tanto como en el que habían ido a su travesía por los fiordos noruegos. Al subir le indicaron dónde se

encontraba su camarote y ella se dirigió hacia allí. Estaba en la parte alta, en la zona más cara, y enseguida llegó. De camino al camarote, averiguó el lugar hacia el que iba aquel barco y sonrió complacida al pensar que aquel viaje era demasiado romántico para ser verdad: iban a hacer un crucero por el mar Mediterráneo, haciendo escala en las principales ciudades de Italia. Sofía adoraba ese país.

Abrió la puerta de la habitación que le indicaron y lo que vio la dejó sin palabras. Sonaba una dulce melodía, las cortinas estaban echadas y una tenue luz entraba a través de ellas; sobre la cama había una llave plateada, un muñeco con una peluca a lo afro y una brujita con una escoba. Cerró la puerta y se acercó a donde estaban esos objetos tan significativos para ella.

—Hola —susurró Zack con una sonrisa. Se había apoyado en la pared y la miraba con atención.

—Hola —contestó ella, volviéndose hacia él—. Bonito sitio para volver a vernos.

—Sí, quería crear el mismo ambiente donde nos conocimos. —Sonrió feliz al comprobar que había acertado con el lugar elegido.

—Conque informático, ¿eh? —Levantó una ceja y observó su reacción.

—Mmm... Sí, eso parece —susurró avergonzado, mientras se tocaba la melena con una mano en un gesto distraído.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Y que creyeras que podía ser aún más friki? —bromeó él entre risas—. No te lo dije porque no quería que mi oficio pudiese afectar a tu elección. Da igual que sea informático o peluquero. Tú sabes cómo soy, cómo soy de verdad; no quiero etiquetas para poder catalogarnos.

—Andreas me ha contado lo que has hecho por mí y quiero darte las gracias. Me has ayudado mucho, tu correo fue el causante de que saliera de la amnesia —declaró con una sonrisa, sintiéndose contenta de haberlo tenido a su lado.

—No lo he hecho nada especial. Sabía que algo pasaba, no me cuadraba que te prometieras con él de golpe y porrazo, y sólo me dejé llevar por mi instinto —explicó Zack con timidez.

Él lo había hecho porque sentía la necesidad imperiosa de protegerla del resto del mundo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sofía con una sonrisa divertida, señalando los objetos que había sobre la cama.

—No quería traerte flores, sé que no te gusta ese tipo de detalles, y pensé en algo que nos identificara. Los muñecos somos tú y yo y la llave es el símbolo del amor que se ha abierto paso poco a poco entre nosotros.

—Dime, Zack, ¿qué has visto en una bruja como yo? —preguntó Sofía, cogiendo la muñeca mientras observaba su cabello gris y el sombrero puntiagudo.

—Detrás de esa bruja que has querido mostrar, he encontrado a la mujer que siempre he esperado —explicó él con una sonrisa, dando un paso hacia ella y quitándole la bruja de las manos—. Eres mucho más de lo que muestras, eres lo que necesito en mi vida...

—El otro día me dijiste que yo te había enseñado a amar. Quiero confesarte que tú me has enseñado a vivir; nunca antes me había sentido tan viva y realizada, nunca antes había pensado que mi existencia pudiese tener estas pinceladas románticas, llenas de color y sentimientos. Tú has hecho que crea en ellas, tú eres mi final feliz —confesó Sofía, perdiéndose en su mirada sincera, mientras él la miraba ensimismado.

—Eres el final feliz del resto de mi vida —declaró Zack, dando un paso más hacia ella.

Sonrió como a Sofía tanto le gustaba y la cogió por la cintura acercándola a él. Ella pudo notar su cuerpo fibroso y el calor que emanaba. Lo miró unos instantes; su melena abultada ya no la molestaba, era una de sus señas de identidad, de cómo era. Se había enamorado por completo de aquel hombre estrafalario y contestón. Le daba igual que se vistiese con ropa de colores imposibles, no le importaba que su melena fuese el foco de atención

allí adonde fuera. Zack era el único hombre que había descubierto a la verdadera Sofía, el único que le había demostrado lo bello que era vivir, el único que vivía en su corazón y en su mente.

Estaba enamorada ciegamente de él y se había dado cuenta muy tarde, porque aquello llevaba tiempo latiendo en su interior, pero ella nunca había hecho caso a aquel ronroneo que le susurraba que su hombre perfecto era el más imperfecto que había sobre la Tierra. Sofía lo cogió por el cuello y acercó sus labios a los de él, rozándolos, saboreándolos y sintiendo que ese amor nunca tendría fin

Porque el amor, como la vida, no tiene por qué ser perfecto, sólo debe ser verdadero, real y contener un poco de locura; eso hace que todo encaje. Como habían encajado aquel pelanas que no sabía lo que era el amor y aquella bruja que tenía demasiado miedo de ser ella misma.

Epílogo

Siempre he pensado que debía esconder mi manera de ser para agradar a otros, que la gente me exigía algo que yo era incapaz de dar y que por ello nunca podría ser feliz del todo. Todo eso lo pensaba antes de conocer a ese hombre que me robó el corazón sin darme cuenta, provocándome y haciendo que viviese cosas que nunca hubiese experimentado dentro de mi aburrido círculo social y de mi esquematizada existencia.

Antes de embarcar en aquel crucero Single, llevada casi a rastras por Andreas, creía que mi hombre perfecto debía ser casi igual que yo, alguien de cuyo brazo pudiese cogerme y pasear con él por las aburridas fiestas a las que me obligaban a asistir, simplemente por ser quien era, no porque quisieran invitarme, pues yo era una mujer a la que le costaba gustar a la gente, por mi manera de ser y por la lucha entre mis dos yo que se debatían en mi fuero interno. Estaba muy equivocada al pensar que mi prototipo era ése, pues si hubiese elegido a alguien así, mi vida habría sido soporífera y no habría sido fiel a mí misma.

Debo reconocer que la primera vez que vi a Zack me pareció un espanto, de verdad; un hombre al que le encantaba llamar la atención con su manera de vestir y de actuar, todo lo contrario a lo que era yo. Pero no sé cómo, poco a poco, él se abrió hueco en mi vida y yo lo dejé entrar sin darme cuenta. Al principio como una vía de escape; me hacía sentir bien estar entre sus brazos y descubrí que el sexo podía ser divertido y placentero. Me engañé, ahora me doy cuenta de eso. Yo pensaba que era un acto de rebeldía por mi parte, que era una manera de salir un poco de la rutina, pero lo

único que buscaba era sentirme viva y Zack conseguía ese efecto en mí. Él siempre me ha hecho sentir diferente a como me veían los demás, hizo que me viese como yo era realmente.

Ahora, cuando echo la vista atrás, estoy segura de que todos eran conscientes de cómo habíamos conectado en aquel viaje, aunque supongo que no nos dijeron nada para no estropear aquella falsa ilusión de que estábamos haciendo algo a escondidas; Andreas incluso comenzó a escribir nuestra historia durante el crucero. Fue el primero en saber que Zack llegaría a ser el hombre que hiciese latir mi corazón...

Ahora, después de cincuenta años juntos, me doy cuenta de lo dichosa que soy por poder haber encontrado a mi medio limón, como decía Andreas. Desde aquel día en que nos juramos nuestro amor en aquella escapada romántica por el mar Mediterráneo, no nos hemos separado. Después del crucero, me acompañó a China para firmar el contrato que nos depararía un buen futuro y, a la vuelta, me acompañó a la finca.

Hay una cosa que le debo agradecer a Rodolfo y es que debido a su comportamiento de psicópata, mis abuelos aceptaron de buena gana a Zack, obviando su cabello y su manera de vestir, sólo viendo que yo era feliz a su lado. Zack se vino a vivir conmigo y siguió trabajando como informático: era una lástima privar a la sociedad de un ser tan brillante como él, capaz de acceder a cualquier sitio con un ordenador. Lo bueno que tenía su oficio era que podía trabajar desde casa y sólo viajar para lo estrictamente necesario.

Aprendimos a convivir, a aceptar nuestras manías y a disfrutar del día a día. Él me enseñó muchísimas cosas y yo le mostré lo que significaba la finca para mí. Fue el principio de un cuento de hadas de verdad; nos queríamos muchísimo y, aunque también discutíamos —algo normal en las parejas—, las reconciliaciones superaban con creces cualquier encontronazo. Todavía recuerdo con mucho cariño nuestra primera vendimia juntos, explicándole cómo se debía recoger la uva sin dañarla y cómo las prensábamos para sacarle el

jugo. Él aprendió mucho de mi oficio y me ayudó, directa o indirectamente, a alcanzar mis objetivos, como siempre había soñado.

La bodega familiar logró hacerse un nombre muy respetable en el sector, tanto a nivel nacional como internacional. Hemos vivido muchas cosas juntos, cosas buenas y otras menos buenas, pero siempre nos hemos tenido el uno al otro. Viajamos mucho, muchísimo, descubriendo rincones que yo ni sabía que existían, practicando cualquier deporte extremo que encontrásemos y divirtiéndonos como dos locos enamorados que éramos.

Nos casamos por lo civil después de dos años de convivencia; la boda la celebramos en la finca, rodeados de las cepas y de nuestros familiares y amigos más cercanos. Fue un día especial, único, lleno de amor y cariño. Al año y medio de casarnos nació nuestro primogénito, un niño con la misma sonrisa que su padre y con mis ojos. Le pusimos el nombre de mi padre: Santiago. Sólo tuvimos un hijo, al que siempre hemos adorado y que nos ha acompañado allá adonde fuéramos.

Hace poco, Santiago, que dentro de unos años entrará ya en la cincuentena, y es padre de dos hijos, un chico y una chica, me preguntó cuál era nuestro secreto para seguir juntos. Cuando me lo dijo, con la expresión de cejo fruncido que ha heredado de mí, no pude contener la risa. Le expliqué que no había ningún secreto, que todo se basaba en cuidar lo que uno había conseguido y, para que me entendiese, tuve que poner el ejemplo de las cepas; porque, como el amor, necesitan ser cuidadas todos los días para que no se marchiten y puedan ofrecer un magnífico fruto.

Me sorprendo al comprobar cómo recuerdo esas pequeñas cosas que han marcado mi vida: la sonrisa de Zack, los besos que me daba, cuando conocí a su divertida y cariñosa familia, cuando nació nuestro hijo, cómo Santiago me cogía la mano, la primera vez que habló, cuando nos compramos aquella casa en Helsingor, cerca del castillo que inspiró a Shakespeare, nuestros eternos «te quiero» en cualquier momento del día, los mensajes que nos enviábamos

cuando no estábamos juntos, cuando Santiago se marchó a la universidad... Me encantaría poder enmarcar para siempre todos los momentos felices de mi vida para que nunca se me olvidasen, y en todos ellos hay un protagonista: Zack.

—¿Te queda mucho? —me pregunta él, asomándose por el quicio de la puerta.

—No, cariño. Me retoco los labios y salgo —digo, observando que, como un buen vino, mi marido, el hombre al que sigo amando como si fuera el primer día, se conserva estupendamente.

—Vamos, coquetuela. Nos están esperando —dice, mientras me guiña un ojo y se acerca a mí para rodearme con los brazos.

Los años han pasado para ambos, qué duda cabe, pero estas arrugas que nos marcan el rostro son a causa de muchas alegrías. Zack lleva ahora el cabello corto y lo tiene canoso, la vejez le ha quitado volumen; se viste con vaqueros y camisas de alegres colores, porque, como él dice, la juventud la llevará siempre dentro.

Me levanto y me coge de la mano para salir al encuentro de nuestra familia, la que hemos formado él y yo. En el salón de nuestra casa están sentados mi hijo, su mujer y sus hijos con sus respectivas parejas. Sobre un estante del mueble descansa una foto de mis abuelos, sonrientes, con Santiago sobre su regazo. Aún recuerdo el día que me dejaron y sólo agradezco haber tenido a mi lado a este hombre que me mira con adoración. Sin él me hubiese hundido, porque ellos eran el último recuerdo de mis padres, a los que sigo añorando todos los días.

Un llanto de bebé interrumpe la animada conversación que estábamos teniendo. Mi nieta mayor, Cayetana, coge a su hija en brazos y la acuna para que se tranquilice.

—Abu —me dice, dándome un beso en la mejilla; tiene la misma sonrisa de su madre, pero los gestos de su padre—, ¿has visto cómo ha crecido Sofía en sólo un mes?

Observo a mi bisnieta, tiene el pelo rubio y sus ojos me miran con curiosidad; creo que va a tener mi misma mirada. Me estremezco al verla, parece que hayan pasado segundos desde que

zarpé hacia Italia en aquel camarote donde Zack y yo nos amamos con la mirada y con nuestros cuerpos; y ahora soy bisabuela...

—Está preciosa, Caye —musito con cariño, dándole un tierno beso a la criatura, que balbucea con satisfacción al verme.

Mi nieta siempre ha sentido adoración por mí, creo que se debe a que prácticamente la he criado yo. Por eso le ha puesto a su hija mi nombre, porque dice que quiere que sea igual de fuerte que yo y que encuentre la felicidad para siempre, algo que hace que me enorgullezca; siempre es bueno que a una le recuerden lo fuerte que ha sido en el pasado.

—Venga, sentaos todos a comer —apremia Zack con su eterna sonrisa en los labios, y todos le hacemos caso.

Comemos la deliciosa comida que ha preparado mi marido, porque, todo hay que decirlo, es un perfecto cocinero y le encanta preparar sus especialidades para nosotros; por eso nos hemos reunido en casa y no en un restaurante. Hablamos del negocio, que ahora lleva mi hijo y que le está enseñando a Cayetana, pues Peter, su otro hijo, ha preferido apartarse de las viñas y probar en el mundo del arte. Creo que en eso tiene un poco de culpa Andreas, que siempre que venía a casa le traía libros y libretas para que comenzase a plasmar en ellas lo que se le ocurriese. En este día tan especial para nosotros, en la mesa me falta mi buen amigo, pero ahora es un escritor reconocidísimo y se ha tenido que ir de viaje para recoger uno de los cientos de premios que está ganando con su carrera como escritor. No es por echarme rosas, pues el creador de la novela fue él, pero gracias a la publicación de la historia que basó en nosotros, comenzó a despuntar y a colocarse entre los más vendidos en novela romántica.

Eddy y él estuvieron mucho tiempo juntos, pero como él dice, a veces querer no es poder, y rompieron a los diez años de relación, aunque siguen manteniendo su amistad. En la actualidad vive solo en el pueblo italiano de donde era su padre, rodeado de silencio y vegetación; dice que es feliz así, sin complicarse con el amor, o por

lo menos eso es lo que cuenta, aunque, conociéndolo, sé que alguien habrá, más joven que él, en su vida. Es un eterno enamorado del amor y de lo que ello conlleva.

Espero que este verano venga a la finca y nos cuente sus aventuras. Me encanta oírlo hablar de toda la gente que va conociendo y ser siempre la primera en leer todas sus nuevas novelas.

—Mamá —me dice Santiago, sacándome de mis pensamientos —, cincuenta años ya... Cuéntanos vuestra historia, me encanta escucharla.

—Que te la cuente tu padre, él tiene mejor memoria para ciertas cosas —contesto, mientras cojo la mano de Zack por debajo de la mesa, animándolo a que narre todo lo que hemos pasado para llegar a este día.

Él me mira, sonríe y comienza a hablarle de cómo y dónde nos conocimos. Me encanta escuchar cómo cuenta nuestra historia, creo que nunca me cansaré de hacerlo, porque recordar lo que hemos vivido afianza aún más lo que hemos creado. Zack explica también el episodio de Rodolfo, ese hombre al que jamás volvimos a ver y al que conseguimos que metieran en prisión; y al que, gracias a sus artes informáticas, Zack logró hacerle chantaje para que no nos molestase, con algún tipo de documento que guardaba en su ordenador, algo que, si hubiese salido a la luz, habría apartado por siempre a Rodolfo de la sociedad en la que vivía. No quise saber qué era, prefería no volver a oír su nombre en la vida.

Con el paso del tiempo, nos enteramos de que tras cumplir condena y vivir varios años fuera de España, lo encontraron muerto por una sobredosis...

—Después de cincuenta años a tu lado, sé que hice bien en animar a mis amigos a hacer ese crucero, en hablar contigo y en seguirte; porque tú has hecho que mi vida tenga sentido de principio a fin. Espero disponer aún de más días a tu lado, para poder amarte

y poder demostrarte que todo tiene sentido si tú estás aquí —me dice Zack, cogiéndome las manos cuando termina de contar nuestra historia.

Yo lo miro embelesada, con una tonta sonrisa en la cara y henchida de amor por él.

Y sé que si Zack está conmigo yo seré feliz, porque él es mi felicidad eterna. Ayer, hoy y siempre. Me acerco y le dio un suave beso en los labios, y nuestra familia emite un «¡Oooohhh!» pasteloso y emotivo, al ver que nos seguimos queriendo igual o más que antes.

Porque el amor es la fuerza que necesitamos para ser nosotros mismos y para alcanzar la dicha. Cuando es de verdad, nada más importa, sólo esas dos personas que se aman, porque en cuanto el amor llega, se instala para siempre en el corazón sin que lo pueda remediar la razón.

—Te amo, pelanas mío —musito sólo para que él me oiga.

—Y yo a ti, brujilla —dice, acariciándome la cara con ternura.

Sonrío de felicidad, porque desde que lo conocí me ha contagiado las ganas de vivir.

Agradecimientos

Es difícil condensar todo lo que agradezco a las personas que día a día me leen, me apoyan o me ayudan de una manera u otra, en tan sólo un par de hojas. Intentaré hacerlo lo mejor posible, aunque la emoción me pueda jugar una mala pasada, pues esta novela que tienes en las manos, para mí significa el hecho irrefutable de que los sueños se pueden cumplir. ¡Allá voy!

Desde mi primera novela, el primero en salir en los Agradecimientos, esta parte tan especial del libro, has sido tú. ¿Cómo iba a cambiar eso ahora? Gracias a mi marido, a su empuje y a sus palabras de ánimo, me decidí a publicar mis novelas. Las palabras se quedan cortas al expresarte todo lo que te amo y todo lo que significas para mí. Gracias por todo, mi amor.

A mis hijos, mis dos tesoros, que me hacen reír, consiguen que luche día tras día para lograr ser mejor madre y mejor persona. ¡Sois lo más importante que tengo en mi vida! OS QUIERO.

A mi familia, mi extensa familia, que comprende padres, suegros, cuñados, abuelos, tíos, primos... Gracias por estar ahí y por formar parte de mí.

A mis amigas, gracias por sus risas, sus conversaciones y por estar también ahí. ¡Sois la repera!

A las mamás del cole y a las profes de mis hijos, gracias por vuestro apoyo y vuestras palabras después de leer mis historias.

A mis lector@s cero, gracias infinitas por vuestros consejos, por vuestras palabras y por vuestra paciencia. ¡Os quiero!

A mis lectoras del grupo de Loles López, a mis Cococalas, a mis Iceman, mis Indasex, a todos los grupos que me apoyáis día sí y día también: Divinas Lectoras, Zorras Literarias, La Magia de los libros,

Cotorras Lectoras, Hechizadas por los libros, etcétera. ¡¡GRACIAS!! Gracias por todo lo que me dais, por vuestros comentarios, por vuestro interés. Sin vosotras no sería nada.

A mi editora, Esther Escoriza, gracias por tu cariño, por tu profesionalidad y por confiar en mí. ¡Eres muy grande!

Al Grupo Planeta, gracias por darme esta fantástica oportunidad y por vuestra profesionalidad intachable. Me siento muy orgullosa de poder formar parte de esta gran familia.

A ti, sí, a ti, que acabas de leer esta novela, que te has reído, has llorado un poco e incluso te has sorprendido. Gracias por haber elegido a mi brujilla y a su pelanas, gracias por haberme dejado entrar y que te contase esta historia.



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y su juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí* y *Perdiendo el control*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:

<www.loleslopez.wordpress.com>

Me lo enseñó una bruja
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Kiselev Andrey Valerevich - Shuttersock
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Loles López, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15476-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

LOLES LÓPEZ

ME LO ENSEÑÓ UNA BRUJA

